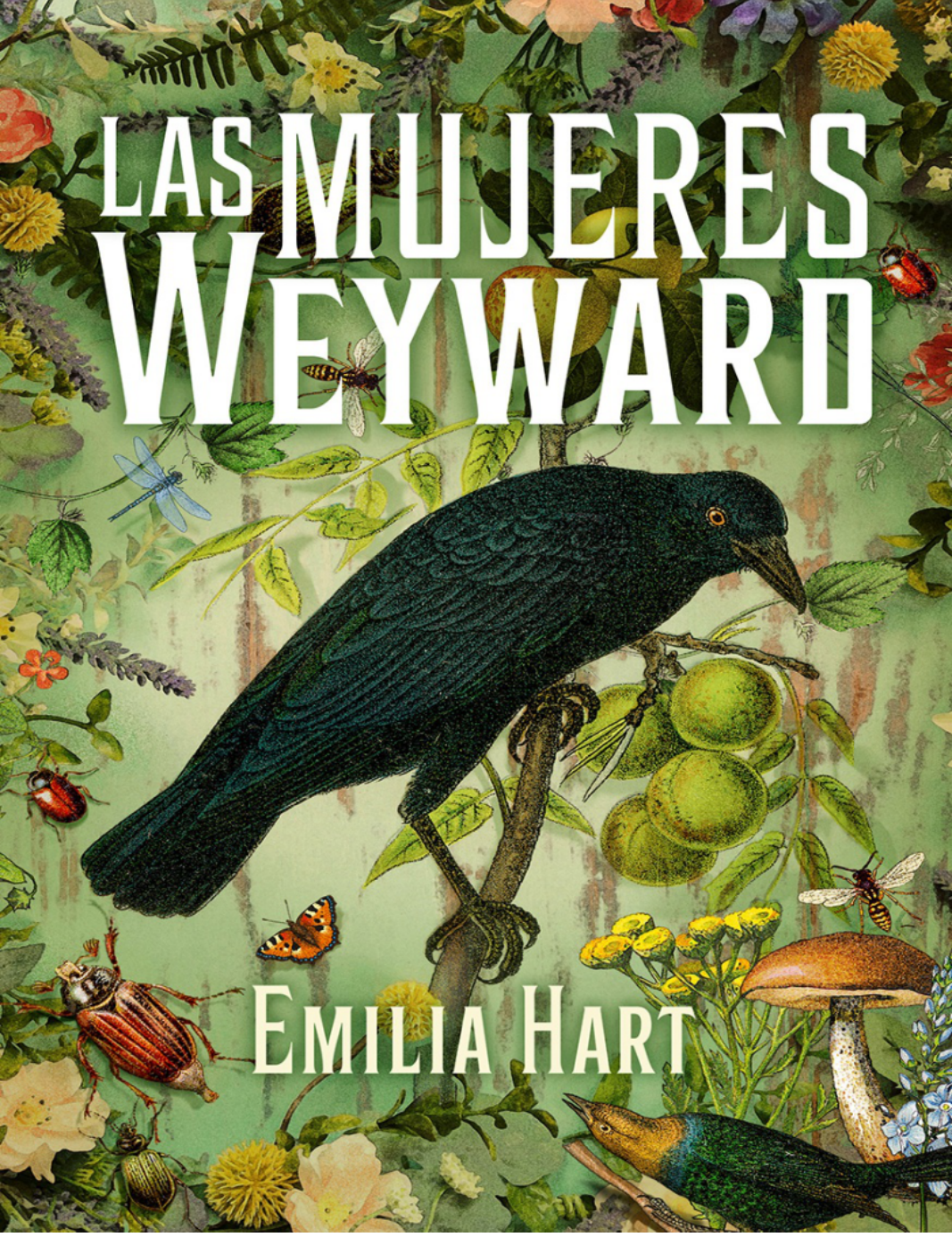
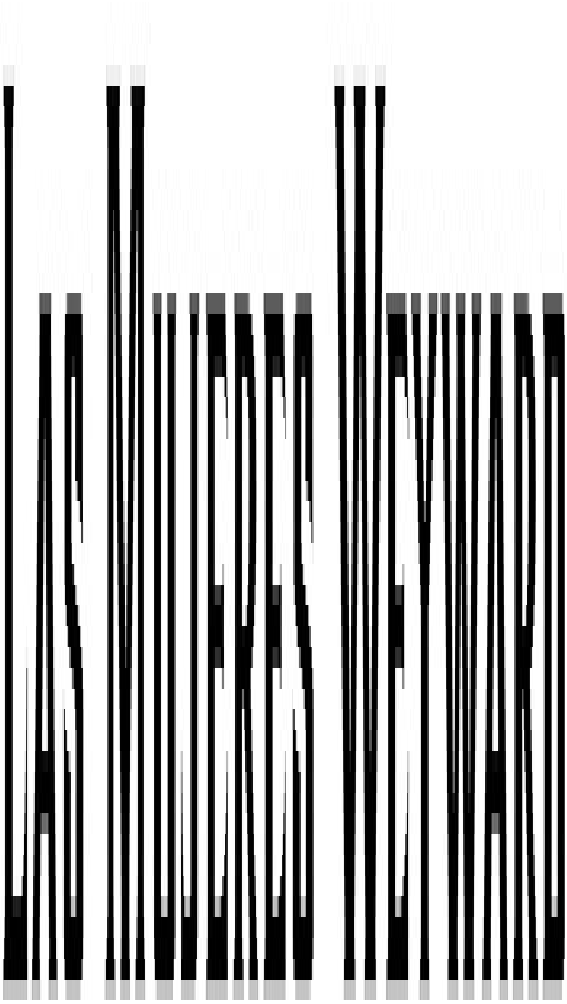
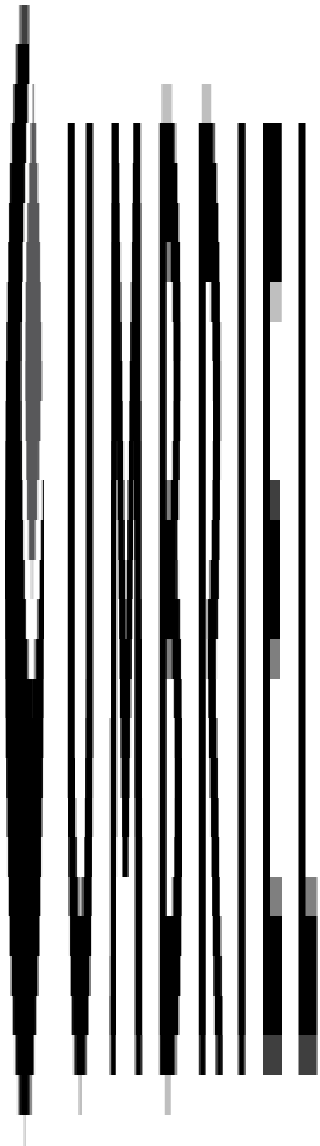

LAS MUJERES WEYWARD
EMILIA HART



# LAS MUJERES WEYWARD

EMILIA HART

Traducción de Xavier Beltrán



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Weyward*
Editor original: The Borough Press, un sello de HarperCollins*Publishers*
Traductor: Xavier Beltrán

1.ª edición: marzo 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2023 *by* Emilia Hart
All Rights Reserved
© de la traducción 2023 *by* Xavier Beltrán
© 2023 by Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19413-63-5

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para mi familia.*

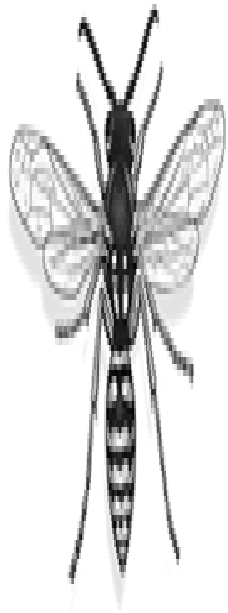
«Las hermanas Weyward, tomadas de la mano,
mensajeras del mar y la tierra,
giran y giran de esta manera:
tres vueltas por aquí, tres por allí,
y otras tres para nueve hacer así.
¡Silencio! Ya está listo el conjuro»*.

*Macbeth*

En la primera publicación de 1623 de la colección de treinta y seis obras teatrales de William Shakespeare, en *Macbeth* se lee la palabra «Weyward». En posteriores versiones, «Weyward» fue sustituida por «Weird Sisters», las «hermanas extrañas».

* N. del T.: texto adaptado de la traducción de Luis Alberto de Cuenca y José Fernández Bueno, publicada en 2015 en una edición de Reino de Cordelia.

# PARTE UNO



# PRÓLOGO
# ALTHA

## 1619

Diez días me tuvieron allí retenida. Diez días, con la única compañía del hedor de mi propia carne. Ni una sola rata me honró con su presencia. No había nada que pudiera llamar su atención. No me habían llevado comida, solo cerveza.

Pasos. A continuación, el chirrido de metal contra metal conforme se corría el cerrojo. La luz me hirió en los ojos. Durante unos instantes, en el umbral los hombres brillaron como si no pertenecieran a este mundo y quisieran sacarme de él.

Los hombres del fiscal.

Se presentaban para llevarme ante el tribunal.

# 1
# KATE

## 2019

Kate está mirándose en el espejo cuando lo oye.

La llave entra en la cerradura.

Le tiemblan los dedos al apresurarse a retocarse el maquillaje, con oscuros hilos de rímel que trazan una red sobre sus párpados inferiores.

Bajo la luz amarillenta, contempla cómo se le acelera la respiración debajo del collar que él le regaló por su último aniversario. La gruesa cadena es de plata, fría contra su piel. Kate no se lo pone durante el día, cuando él está en el trabajo.

La puerta principal se cierra. Los zapatos de él avanzan sobre el parqué. Una copa de vino se llena.

El pánico revolotea en el interior de Kate, como si fuera un pájaro. Respira hondo y se acaricia la cicatriz del brazo izquierdo. Sonríe una última vez en el espejo del cuarto de baño. No puede permitir que él vea que algo ha cambiado. Que algo no va bien.

Simon se recuesta en la encimera de la cocina, con una copa de vino en la mano. Al verlo, el corazón de ella bombea con fuerza. El largo y oscuro contorno de él con su traje, la línea de sus mejillas. Su pelo dorado.

Se queda mirando cómo ella se le acerca con el vestido que le gusta, como le consta a Kate. Tejido áspero, tenso sobre sus caderas. Rojo. Del mismo color que su ropa interior. De encaje, con lacitos

pequeños. Como si ella fuera algo que hubiese que desenvolver, que abrir.

Kate busca alguna pista. Simon se ha quitado la corbata, se ha desabrochado tres botones de la camisa que dejan ver bonitos bucles de vello. El blanco de sus ojos desprende un brillo rosado. Le ofrece una copa de vino, y ella percibe el alcohol de su aliento, dulce e intenso. El sudor le perla la espalda, le cubre los brazos.

El vino es *chardonnay*, que suele ser el favorito de Kate. Pero ahora el olor le revuelve las tripas, le hace pensar en algo podrido. Se lleva la copa a los labios sin darle un sorbo.

—Hola, cariño —dice con voz animada, arreglada solo para él—. ¿Qué tal ha ido en el trabajo?

Pero las palabras se le atascan en la garganta.

Simon entorna los ojos. Se mueve deprisa, a pesar del alcohol: hunde los dedos en la suave carne del bíceps de ella.

—¿A dónde has ido hoy?

Kate sabe de sobra que no debe retorcerse para intentar zafarse, aunque todas las células de su cuerpo así lo deseen. Se limita a colocarle una mano en el pecho.

—A ninguna parte —dice, intentando hablar con voz firme—. Me he pasado el día en casa. —Se ha cuidado de dejar el iPhone en el piso al ir a la farmacia, de llevar tan solo dinero en metálico. Le sonríe y se inclina para besarlo.

La mejilla de Simon está rugosa por la barba incipiente. Otro olor se mezcla con el del alcohol, algo embriagador y floral. Perfume, quizá. No sería la primera vez. Una diminuta llama de esperanza prende en el interior de Kate. Podría aprovecharse del hecho de que haya otra mujer.

Pero ha calculado mal. Él se aparta de ella y entonces…

—Mentirosa.

Kate a duras penas oye la palabra cuando la mano de Simon se estampa en su mejilla, provocándole un dolor que la marea como si fuese una luz potente. En los confines de su visión, los colores de la habitación se entremezclan: el parqué iluminado, el sillón blanco de

piel, el caleidoscopio de la silueta de Londres en la ventana.

El lejano sonido de algo que se hace añicos: Kate ha soltado la copa de vino.

Se aferra a la encimera, respira con exhalaciones irregulares, le palpita la sangre en la mejilla. Simon se está poniendo la chaqueta y agarra las llaves de la mesa del comedor.

—Quédate aquí —le indica—. Como salgas, me enteraré.

Sus zapatos suenan por encima del parqué. La puerta se cierra de golpe. Kate no se mueve hasta que oye el chirrido del ascensor al descender.

Se ha ido.

El suelo resplandece con trocitos de cristal. El vino deja un aroma rancio en el aire.

El sabor metálico que nota en la boca la devuelve al presente. Le sangra el labio, que se ha mordido por la fuerza del bofetón.

Algo se mueve en su cerebro. «Como salgas, me enteraré».

No ha bastado con que Kate dejara el móvil en casa. Simon ha encontrado otra forma. Otra forma de localizarla. Al recordar que el portero la observó en el portal, se pregunta si Simon le habrá dado un fajo de billetes para que la espiase. Se le congela la sangre ante esa idea.

Si él descubre a dónde ha ido y lo que ha hecho hoy, quién sabe qué será capaz de hacer. Instalaría cámaras, le quitaría las llaves.

Y todos los planes de ella se esfumarían. Nunca podría salir de allí.

Pero no. Ya está lo bastante preparada, ¿verdad que sí?

Si se marchase ahora, llegaría por la mañana. El trayecto en coche duraría siete horas. Lo ha organizado con esmero en su segundo móvil, cuya existencia él desconoce. Ha repasado la línea azul de la pantalla, que recorre el país como si fuera una cinta. Prácticamente la ha memorizado.

Sí, se irá ahora. Debe irse ahora. Antes de que él vuelva, antes de que ella pierda el valor.

Extrae el Motorola de su escondrijo, un sobre pegado a la parte trasera de su mesita de noche. Agarra una bolsa del estante superior

del armario y la llena de ropa. Del baño en *suite* saca sus artículos de aseo personal, la caja que escondió en el armarito unas horas antes.

Enseguida se cambia el vestido rojo por unos vaqueros oscuros y una camiseta rosa ceñida. Le tiemblan los dedos al quitarse el collar. Lo deja sobre la cama enrollado en forma de soga, junto al iPhone con la carcasa dorada; el móvil que Simon paga, en el que puede entrar, el que puede localizar.

Hurga en el joyero de su mesita de noche y rodea con los dedos el broche de oro en forma de abeja que ha tenido desde que era pequeña. Se lo guarda en el bolsillo y se detiene para barrer el dormitorio con la mirada: el edredón y las cortinas de color crema, los ángulos rectos de los muebles de estilo escandinavo. Debería tener que empaquetar más cosas, ¿no? Antes poseía un montón de cosas: montañas y montañas de libros con una página con la esquina doblada, pinturas, tazas. Ahora todo le pertenece a él.

En el ascensor, la adrenalina chisporrotea en su sangre. ¿Y si Simon regresa y la intercepta en plena huida? Pulsa el botón del garaje subterráneo, pero el cubículo se detiene y las puertas se abren en la planta baja. Se le acelera el corazón. La ancha espalda del portero está girada: está hablando con otro inquilino. Casi sin respirar, Kate se hace pequeñita en el ascensor y solo vuelve a exhalar cuando nadie más aparece y las puertas se cierran por fin.

En el garaje, abre el Honda, que ella compró antes de que se conocieran y que está registrado a su nombre. Él no podrá pedirle a la policía que lo busque si Kate conduce su propio coche, ¿no? Ha visto suficientes series de misterio. «Se ha marchado por voluntad propia», dirán los agentes.

Qué bonita palabra es «voluntad». A ella le hace pensar en volar.

Gira la llave del motor e introduce la dirección de su tía abuela en Google Maps. Durante meses, Kate se ha repetido las palabras para sus adentros como si fueran un mantra.

Cabaña Weyward, en Crows Beck. Condado de Cumbria.

# 2
# VIOLET

## 1942

Violet odiaba a Graham. Lo detestaba con todas sus fuerzas. ¿Por qué él podía pasarse el día estudiando cosas interesantes, como ciencia y latín y a alguien llamado Pitágoras, mientras que ella debía contentarse con clavar agujas en una tela? Lo peor de todo, reflexionó con la falda de lana irritándole las piernas, era que él podía hacerlo vestido con pantalones.

Violet bajó la escalera principal lo más sigilosamente posible para evitar la ira de Padre, que desaprobaba por completo la actividad física en mujeres (y, como parecía a menudo, desaprobaba a la propia Violet). La muchacha reprimió una risilla al oír a Graham resoplando tras ella. Aun con sus ropas rígidas corría más rápido que él sin problemas.

¡Y pensar que la noche anterior Graham había presumido de que quería ir a la guerra! Era mucho más fácil que las ranas criaran pelo. Y, de todos modos, solo tenía quince años, uno menos que Violet, y por tanto era demasiado joven. En realidad, era lo mejor. Casi todos los hombres del pueblo se habían marchado, y la mitad había muerto (o eso había oído por ahí Violet), como el mayordomo, el criado y los dos ayudantes del jardinero. Además, Graham era su hermano. Ella no quería que muriese. O eso pensaba.

—¡Devuélvemelo! —le siseó Graham.

Al darse la vuelta, vio que el rostro redondo de su hermano estaba

enrojecido por el esfuerzo y por la rabia. Estaba enojado porque Violet le había robado el cuaderno de latín y le había dicho que había declinado de forma incorrecta los sustantivos femeninos.

—No puedo —le respondió, y se llevó el cuaderno al pecho—. No te lo mereces. Has escrito *amor* en lugar de *arbor*, por el amor de Dios.

A los pies de la escalera, miró con el ceño fruncido hacia uno de los numerosos retratos de Padre colgados en las paredes, y torció a la izquierda para recorrer los pasillos con paneles de madera hasta irrumpir a toda prisa en las cocinas.

—¿A qué estáis jugando? —vociferó la señora Kirkby, con un cuchillo de carnicero en una mano y el blanquecino cuerpecito de un conejo en la otra—. ¡Me podría haber rebanado un dedo!

—¡Lo siento! —gritó Violet mientras abría los grandes ventanales, con Graham resollando tras ella. Corrieron por el jardín, que los embriagó con el olor de la menta y del romero, y entonces llegaron al que era su lugar preferido en el mundo: los prados. Ella se giró y le dedicó una sonrisa a Graham. Ahora que estaban afuera, su hermano no tenía ninguna posibilidad de alcanzarla si ella no se lo permitía. Lo vio abrir la boca y estornudar. Tenía alergia al polen—. Vaya —exclamó—. ¿Quieres un pañuelo?

—Cállate —le respondió mientras intentaba recuperar el cuaderno. Violet se lo alejó con suma facilidad. Su hermano se quedó unos instantes allí, resoplando. Era un día especialmente cálido; una capa de nubes vaporosas había retenido la temperatura y caldeado el ambiente. El sudor le goteaba por las axilas y la falda le picaba una barbaridad, pero a ella le traía sin cuidado.

Había llegado a su árbol especial: un haya plateada que según Dinsdale, el jardinero, tenía miles de años. Violet lo oía zumbar con vida tras ella: los gorgojos que buscaban su fría savia; las mariquitas que temblaban sobre sus hojas; los caballitos del diablo, las polillas y los pinzones que revoloteaban entre sus ramas. La joven extendió un brazo y un caballito del diablo se posó en su mano para descansar, con alas que resplandecían bajo la luz del sol. Un dorado calor se abrió paso por su interior.

—Puaj —exclamó Graham, que por fin la había alcanzado—. ¿Por qué dejas que esa cosa te toque? ¡Aplástala!

—No pienso aplastarla, Graham —respondió—. Tiene el mismo derecho a existir que tú o que yo. Y mira lo bonita que es. Las alas se parecen a cristales, ¿no te parece?

—Eres… No eres normal —dijo su hermano mientras se apartaba —. Con tu obsesión por los insectos. Padre también lo cree.

—Me importa un rábano lo que crea Padre —mintió Violet—. Y es evidente que no me importa lo más mínimo lo que creas tú; aunque, a juzgar por tu cuaderno, deberías pasar menos tiempo pensando en obsesiones por los insectos y más tiempo pensando en sustantivos latinos.

Graham se precipitó hacia delante con expresión encolerizada. Antes de que lograse acercársele más de cinco pasos, Violet le arrojó el cuaderno —con un poco más de fuerza de la que pretendía— y trepó por el árbol.

Graham soltó una maldición y se volvió para encaminarse hacia la casa, mascullando.

Violet sintió una punzada de culpa al observar la airada retirada de su hermano. No siempre se habían llevado así. Tiempo atrás, Graham había sido su sombra constante. Lo recordaba tumbado en su propia cama en la habitación de los niños para huir de una pesadilla o de una tormenta, aovillado a su lado hasta que los oídos de ella captaban la irregular respiración de él. Se habían hecho todo tipo de bromas, se habían arrastrado por los campos hasta tener las rodillas negras por el barro, se habían maravillado ante los pececillos plateados del riachuelo, ante el aleteo de un petirrojo.

Hasta aquel espantoso día de verano, un día que se asemejaba a ese, de hecho, con la misma luz que bañaba de miel las colinas y los árboles. Violet se acordaba de que se habían tumbado en la hierba junto al haya plateada, entre cardos de la pradera y dientes de león. Ella tenía ocho años, Graham solo siete. En algún punto había abejas que la llamaban, que le hacían señas para que se aproximase. Violet había merodeado cerca del árbol y había encontrado la colmena,

colgando de una rama como una pepita de oro. Las abejas centelleaban, daban vueltas. Ella se acercó más, extendió los brazos y sonrió al notar cómo los animalitos se le posaban encima y al sentir los cosquilleos de las patas diminutas contra la piel.

Se había girado hacia Graham, riendo por la sorpresa que brillaba en el rostro de su hermano.

—¿Yo también puedo? —dijo con los ojos como platos.

No sabía lo que ocurriría, le confesó entre sollozos a su padre más tarde, mientras la vara atravesaba el aire en su dirección. Violet no oyó lo que le dijo, no vio la oscura rabia que le demudaba el rostro. Solo vio a Graham, chillando con los brazos llenos de picaduras de lustre rosado conforme la tata Metcalfe se lo llevaba adentro. La vara de Padre le abrió a Violet la carne de la palma de la mano, y ella tuvo la impresión de que era menos de lo que se merecía.

Después de aquello, Padre envió a Graham a un internado. Ahora solo regresaba a casa durante las vacaciones, y para ella cada vez era más un desconocido. Sabía en las profundidades de su ser que no debería provocarlo tanto. Se mofaba de él solo porque, por más que no pudiese perdonarse por lo ocurrido el día de las abejas, tampoco perdonaba a Graham.

La había vuelto distinta.

Violet se sacudió el recuerdo de encima y se miró el reloj de la muñeca. Eran tan solo las 3 de la tarde. Ya había terminado las lecciones del día —o, mejor dicho, su institutriz, la señorita Poole, había admitido la derrota—. Con la esperanza de que no la echarían de menos durante otra hora como mínimo, Violet trepó más arriba y se deleitó con la áspera calidez de la corteza bajo sus manos.

En el vacío entre dos ramas, encontró la peluda semilla de un hayuco. Sería perfecta para su colección; el alféizar de la ventana de su dormitorio estaba atestado de tesoros: la dorada espiral del caparazón de un caracol, los restos sedosos del capullo de una mariposa… Con una sonrisa, se guardó el hayuco en el bolsillo de la blusa y siguió ascendiendo.

Enseguida estaba lo bastante arriba como para ver toda Orton Hall,

que con la sucesión de edificios de piedra que se extendían más bien le recordaba a una araña majestuosa que acechara sobre la colina. Subió más todavía, y vio el pueblo, Crows Beck, al otro lado de los páramos. Era precioso. Pero en el municipio había algo que la ponía triste. Era como contemplar una cárcel. Una cárcel verde y bella con aves cantoras y caballitos del diablo y las aguas ambarinas y resplandecientes del riachuelo, pero una cárcel de todos modos.

Porque Violet nunca había salido de Orton Hall. No había visitado el pueblo de Crows Beck ni una sola vez.

—Pero ¿por qué no puedo ir? —solía preguntarle a la tata Metcalfe cuando era más pequeña y la mujer se marchaba a pasear los domingos con la señora Kirkby.

—Ya conoces las normas —murmuraba la tata Metcalfe con un brillo de lástima en los ojos—. Son órdenes de tu padre.

Pero, como supo Violet, conocer una norma no era lo mismo que comprenderla. Durante años, había supuesto que el pueblo estaba repleto de peligros; se imaginaba que había ladrones y asesinos escondidos detrás de las chozas de paja. (Que no hacían sino aumentar la atracción que le despertaba a ella la localidad).

El año anterior, le había insistido a Graham para que le diera detalles.

—No sé qué es lo que te llama tanto la atención. —Puso una mueca—. El pueblo es aburridísimo… ¡Ni siquiera hay un *pub*! —A veces, Violet se preguntaba si Padre estaría intentando protegerla del pueblo. Si, de hecho, no sería más bien a la inversa.

En cualquier caso, su encierro pronto llegaría a su fin, más o menos. Al cabo de dos años, cuando cumpliera los dieciocho, Padre planeaba organizar una gran fiesta para su «presentación». Y entonces, esperaba él, su hija le echaría el ojo a algún soltero, quizá a un futuro lord, y cambiaría esa prisión por otra.

—Dentro de poco conocerás a un apuesto caballero que te enamorará —le decía siempre la tata Metcalfe.

Violet no quería enamorarse. Lo que en realidad quería era ver el mundo como lo había visto Padre cuando era joven. La muchacha

había encontrado toda clase de libros de geografía y de atlas en la biblioteca; libros acerca de Oriente, llenos de humeantes bosques pluviales y polillas del tamaño del plato de la cena («seres espantosos», según Padre), y acerca de África, donde los escorpiones resplandecían como joyas en los desiertos.

Sí, algún día abandonaría Orton Hall y viajaría por el mundo como científica.

Como bióloga, esperaba, o ¿quizá como entomóloga? En fin, algo que estuviese relacionado con los animales, que en su experiencia eran preferibles a los seres humanos. La nana Metcalfe a menudo le comentaba el susto atroz que se llevó por su culpa cuando Violet era pequeña: al entrar en la habitación de la niña, una noche encontró una comadreja, nada menos, en la cuna de Violet.

—Puse el grito en el cielo —decía la nana Metcalfe—, pero estabas tumbada tan tranquila, y la comadreja se estiró a tu lado, ronroneando como un gatito.

Por suerte, Padre no se enteró de aquel incidente. En lo que a él respectaba, los animales debían estar cocinados en un plato o colgados en una pared. La única excepción que confirmaba la regla era Cecil, un crestado rodesiano, un perro terrorífico al que con los años había moldeado hasta volverlo cruel. Violet no dejaba de rescatar a toda clase de animalillos de sus fauces babeantes. Recientemente, una araña saltarina que ahora vivía en una sombrerera debajo de la cama de ella, tapada con una enagua. Había decidido llamarlo (o llamarla, era difícil saberlo) Quilates, por las rayas de un vivo dorado de sus patas.

La tata Metcalfe había jurado guardar el secreto.

Aunque había muchas cosas que la tata Metcalfe no le había contado a ella, como caviló Violet mientras se vestía para la cena. Después de que se hubiera puesto un suave vestido de lino —la ofensiva falda de lana yacía rechazada en el suelo—, se giró hacia el espejo. Tenía los

ojos profundos y oscuros, bastante diferentes de los de Padre y de los de Graham, que eran de un azul claro. Violet pensaba que su cara era un tanto extraña, sobre todo por el feísimo lunar rojizo de la frente, pero estaba orgullosa de sus ojos. Y de su pelo, que también era oscuro, de brillo opalescente, y se asemejaba un tanto a las plumas de los cuervos que vivían en los árboles que rodeaban la casa.

—¿Me parezco a mi madre? —había preguntado Violet desde que tuvo uso de razón. No había ninguna fotografía de su madre. Lo único que guardaba de ella era un viejo collar con un colgante en forma de óvalo abollado. El colgante llevaba una «W» tallada, y la niña había preguntado a cualquiera que la escuchase si su madre se llamaba Winifred o Wilhelmina. («¿Se llamaba Wallis?», le preguntó un día a su padre al ver ese nombre en la portada del periódico. Esa noche, Padre mandó a una desconcertada Violet a la cama sin cenar).

La tata Metcalfe era también de muy poca ayuda.

—Casi no me acuerdo de tu madre —decía—. Hacía poco que yo había llegado cuando murió.

—Se conocieron en la fiesta de May Day de 1925 —la informó la señora Kirkby, que asentía sabiamente—. Estaba tan bella que la coronaron como la reina de la fiesta. Se quisieron muchísimo. Pero no le vuelvas a preguntar a tu padre por ella o te dará un merecido latigazo.

Aquellas migajas de información difícilmente la satisfacían. De pequeña, Violet quiso saber muchas más cosas: ¿dónde se casaron sus padres?, ¿su madre había llevado un velo o una corona de flores (se imaginaba estrellas de espino blanco que combinaran con un delicado vestido de encaje)?, ¿Padre había parpadeado para contener las lágrimas al prometer quererla hasta que la muerte los separase?

Ante la ausencia de datos verídicos, Violet se aferró a esa imagen hasta que se convenció de que había ocurrido así. Sí, su padre había amado a su madre con desesperación, y la muerte los había separado. La joven cavilaba que su madre había muerto al dar a luz a Graham. Y por eso Padre no podía soportar hablar de ese tema.

Pero de vez en cuando algo emborronaba la imagen en la cabeza

de Violet como una piedra lanzada perturba la superficie de un estanque.

Una noche, cuando tenía doce años, había ido a escondidas hasta la despensa para comer algo de pan con mermelada cuando la tata Metcalfe y la señora Kirkby entraron en las cocinas con la señorita Poole, a la que acababan de contratar.

Había oído las sillas retirarse sobre el suelo de piedra y el potente crujido de la vieja mesa de la cocina cuando tomaron asiento, y luego el ruido que hizo la señora Kirkby al abrir una botella de jerez y llenar los vasos de las tres mujeres. Violet se quedó paralizada a medio masticar.

—¿Qué te parece hasta el momento, querida? —le había preguntado la tata Metcalfe a la señorita Poole.

—Bueno… Dios sabe que lo intento, pero parece una niña muy difícil —había contestado la señorita Poole—. Me he pasado buena parte del día buscándola, pues se adentra en los prados y se mancha de hierba la ropa. Y… además…

En ese instante, la señorita Poole respiró hondo.

—¡Habla con los animales! ¡Incluso con los insectos!

Una pausa siguió a sus palabras.

—Supongo que creen que es una tontería —dijo la señorita Poole.

—Oh, no, querida —terció la señora Kirkby—. A ver, no tenemos reparos en decirte que hay algo diferente en esa niña. Es bastante… ¿Cómo la describirías tú, Ruth?

—Insólita —contestó la tata Metcalfe.

—En efecto —prosiguió la señora Kirkby—. Con la madre que tenía, no es de extrañar.

—¿La madre? —preguntó la señorita Poole—. Murió, ¿no es así?

—Sí. Fue horrible —dijo la tata Metcalfe—. Justo después de que llegara yo. Aunque antes de que se fuese no tuve grandes oportunidades de conocerla demasiado.

—Era una muchacha de aquí —añadió la señora Kirkby—. De Crows Beck. Los padres del señor se enojaron muchísimo…, pero un mes antes de la boda fallecieron. Su hermano mayor también. Fue un

accidente de carruaje. Muy repentino.

Al oírlo, la señorita Poole respiró hondo de nuevo.

—Vaya… Y ¿aun así siguieron adelante con la boda? ¿Acaso *lady* Ayres… estaba en estado de buena esperanza?

La señora Kirkby emitió un ruido que no afirmaba ni desmentía nada antes de continuar.

—Él estaba embelesado con ella, eso seguro. Por lo menos al principio. La mujer era una belleza sin parangón. Y se parecía mucho a la niña, no solo en el físico.

—¿A qué se refiere?

Una nueva pausa.

—Bueno, era… lo que ha dicho Ruth. Insólita. Muy rara.

# 3
# ALTHA

Los hombres me sacaron de la cárcel en dirección a la plaza del pueblo. Intenté retorcerme, ocultar el rostro, pero uno de ellos me sujetó los brazos contra la espalda y me empujó hacia delante. Mi pelo se balanceaba ante mí, tan suelto y sucio como el de una prostituta.

Fijé la vista en el suelo a fin de evitar las miradas de los aldeanos. Noté sus ojos en mi cuerpo como si fueran manos. La vergüenza me palpitaba en las mejillas.

Se me revolvió el estómago al percibir olor a pan, y me di cuenta de que estábamos pasando por delante del puesto del panadero. Me pregunté si los Dinsdale, los panaderos, estarían contemplando el espectáculo. El invierno anterior había curado las fiebres de su hija. Me pregunté quién más sería testigo, quién más se alegraría al dejarme en los brazos de ese destino. Me pregunté si Grace estaría allí o si ya se encontraría en Lancaster.

Me subieron al carro con suma facilidad, como si mi cuerpo no pesara nada. La mula era un pobre animal que parecía casi tan famélico como yo; se le marcaban las costillas debajo de la anodina manta que la cubría. Quise alargar una mano y acariciarla, sentir el latido de su sangre bajo la piel, pero no me atreví.

En cuanto nos pusimos en marcha, uno de los hombres me dio un poco de agua y una hogaza de pan duro. Lo desmenucé con los dedos y me lo comí antes de inclinarme por el borde del carro y vomitarlo todo. El hombre más bajo se rio, su aliento rancio contra mi cara. Me recosté en el asiento y ladeé la cabeza para así poder ver el paisaje a

medida que avanzábamos.

Recorríamos el camino que sigue el riachuelo. Mis ojos todavía estaban débiles, y el arroyo no era más que un borrón de luz del sol y agua. Pero sí que oía su música y olía su limpio aroma metálico.

Es el mismo riachuelo que serpentea y brilla junto a mi choza. Donde mi madre había señalado los piscardos que salían despedidos entre las piedras, los prietos ramilletes de las angélicas que crecían en las márgenes.

Una oscura sombra pasó ante mí, y me dio la sensación de haber oído el batido de unas alas. Ese sonido me recordó al cuervo de mi madre. Me recordó a esa noche, debajo del roble.

El recuerdo me abrió en canal como un cuchillo.

Antes de sumirme en la oscuridad, lo último que pensé fue que me alegraba de que Jennet Weyward no viviese para ver así a su hija.

Perdí la cuenta de la cantidad de veces en que el sol salió y se puso en el cielo antes de que llegáramos a Lancaster. Nunca había visto un lugar como aquel, nunca había abandonado el valle siquiera. El olor a mil personas y animales era tan intenso que entorné los ojos y me fijé por si lo atisbaba flotando en el aire. Y ese sonido… era lo bastante potente como para que no me permitiera oír ni un solo trino de pájaro.

Me incorporé en el carro para mirar alrededor. Había muchísima gente: hombres, mujeres y niños abarrotaban las calles; las mujeres se levantaban las faldas al pasar por encima de montañas de excrementos de caballo. Un hombre asaba castañas en una fogata; el aroma de su dorada carne me mareó. Era una mañana radiante, pero yo tiritaba. Me miré las uñas: estaban azules.

Nos detuvimos junto a un gigantesco edificio de piedra. Supe sin tener que preguntarlo que se trataba del castillo, donde se llevaban a cabo los juicios. Parecía la clase de lugar en que se sopesaban las vidas.

Me bajaron del carro y me introdujeron en el interior, cerrando las puertas tras de mí para que el castillo me engullera por completo.

La sala de vistas no se parecía a nada que hubiese visto antes. El sol se colaba entre las ventanas e iluminaba varias columnas de piedra que en mi opinión se asemejaban a árboles que se alzaran rumbo al cielo. Pero esa belleza no consiguió aquietar mis miedos.

Los dos jueces estaban sentados en un banco alto, como si fueran seres celestiales y no de carne y hueso como todos nosotros. Me recordaban a dos escarabajos gordos con esos vestidos negros, las togas ribeteadas de piel y las curiosas capas oscuras. A un lado se sentaba el jurado. Doce hombres. Ninguno me miró a los ojos, con la excepción de un hombre de mandíbula cuadrada con un bulto en la nariz. Tenía los ojos suaves, quizá por la lástima. No soporté mirárselos, así que giré la cara.

El fiscal entró en la sala. Era un hombre alto, y, por encima de una toga sobria, aparecía su cara salpicada de marcas de la viruela. Me aferré al asiento de madera del banquillo de los acusados para no perder el equilibrio en tanto ocupaba su sitio delante de mí. Tenía los ojos de un azul claro, como una grajilla, pero eran fríos.

Uno de los jueces me miró.

—Altha Weyward —empezó a decir, y frunció el ceño como si mi nombre le ensuciara la boca—. Se te acusa de practicar las malvadas y diabólicas artes llamadas «brujería», y con esa brujería haber provocado la muerte de John Milburn. ¿Cómo te declaras?

Me humedecí los labios. Me daba la impresión de que se me había hinchado la lengua, y me preocupó que fuera a atragantarme con las palabras antes de pronunciarlas. Cuando hablé, sin embargo, mi voz fue muy clara.

—Inocente —dije.

# 4
# KATE

El estómago de Kate sigue revuelto por el miedo, aunque ahora ya se encuentra en la carretera A66, bastante cerca de Crows Beck. A unas 200 millas de Londres. A 200 millas de él.

Se ha pasado la noche al volante. Está acostumbrada a dormir más bien poco, pero, aun así, le sorprende lo atenta que está; el cansancio hace poco que ha empezado a manifestarse en forma de una sensación algodonosa detrás de los ojos, de un latido en las sienes. Enciende la radio en busca de voces, de compañía.

Una alegre canción pop llena el silencio, y Kate pone una mueca antes de apagar la radio.

Baja la ventanilla del coche. El aire del alba inunda el vehículo, limpio y verde, con un fuerte olor a estiércol. Muy distinto del olor húmedo y sulfúrico de la ciudad. Desconocido.

Han pasado cerca de veinte años desde la última vez que estuvo en Crows Beck, donde vivía su tía abuela. La hermana de su abuelo —Kate apenas se acuerda de ella— murió el pasado mes de agosto y le dejó en herencia la propiedad. Aunque «propiedad» parece la palabra incorrecta para describir la pequeña cabaña. Apenas si ocupa más que un par de habitaciones, si no recuerda mal.

Afuera, el amanecer vuelve de color rosa las colinas. El móvil le informa que está a cinco minutos de Crows Beck. «A cinco minutos de dormir», piensa. «A cinco minutos de estar a salvo».

Toma un desvío de la carretera principal en dirección a un camino flanqueado por árboles. A lo lejos, ve torrecillas brillando bajo la luz

de la mañana. ¿Se tratará de la casa, se pregunta Kate, donde tiempo atrás vivió su familia? Su abuelo y la hermana de él crecieron allí, pero luego los desheredaron. No sabe por qué. Y ahora no hay nadie a quien preguntárselo.

Las torrecillas desaparecen, y acto seguido Kate ve otra cosa. Algo que provoca que el corazón le dé un buen vuelco en el pecho.

Una fila de animales —ratas, cree, o quizá topos— colgados de una valla, atados por la cola. El coche sigue avanzando y los animales desaparecen de su vista, gracias a Dios. No es más que una inofensiva costumbre de Cumbria. Kate se estremece y niega con la cabeza, pero es incapaz de olvidar la imagen. Los cuerpecillos se balanceaban con la brisa.

La cabaña se alza a poca distancia del suelo, como un animal ansioso. Las paredes de piedra están desdibujadas por la edad y cubiertas de hiedra. Unas elaboradas letras talladas en el dintel de la puerta anuncian el nombre de la propiedad: «Weyward». Un nombre extraño para una casa. Una palabra de extraña ortografía, como si hubiese querido torcerse para escapar de sí misma.

La puerta principal está hecha pedazos; la pintura verde oscura se descascarilla en la parte inferior. El anticuado cerrojo es enorme y está lleno de telarañas. Kate hurga en el bolso para encontrar las llaves. El repiqueteo metálico interrumpe la quietud de la mañana y algo se mueve en los arbustos próximos a la casa, y ella da un brinco. No ha estado allí desde que era pequeña, hace muchos años, cuando su padre todavía vivía. Sus recuerdos de la cabaña y de su tía abuela son vagos, imprecisos. Aun así, le sorprende el miedo que anida en sus entrañas. A fin de cuentas, no es más que una casa. Y no tiene ningún otro lugar al que ir.

Respira hondo y entra en la choza.

El recibidor es estrecho y de techo bajo. Una nube de polvo se alza del suelo con cada paso que da, como para saludarla. Las paredes

están revestidas de papel de color verde claro, casi oculto por los bocetos enmarcados de insectos y animales. Kate se encoge al ver una imagen muy realista de un avispón gigante. Su tía abuela fue entomóloga. A Kate no le llaman la atención; no es precisamente una amante de los insectos ni de nada que vuele. Ya no.

En la parte trasera de la casa encuentra un destartalado comedor, una de cuyas paredes constituye la cocina. Encima de un fogón que parece tener cientos de años cuelgan cazos de cobre ennegrecidos y ramilletes de hierbas secas. Los muebles son bonitos, pero están deteriorados: un sofá verde combado, una mesa de roble rodeada de una variopinta colección de sillas desparejadas. La repisa de la derrumbada chimenea está repleta de extraños artilugios: un mustio panal de abejas, las enjoyadas alas de una mariposa preservada en cristal. Una esquina del techo está cubierta de telarañas tan espesas que parecen hechas a propósito.

Llena con agua el oxidado hervidor y lo coloca sobre un fogón mientras busca provisiones por los armarios. Detrás de varias latas de judías y de tarros de unos misteriosos y pálidos encurtidos, encuentra bolsitas de té y una caja sin abrir de galletas de chocolate. Se las come junto al fregadero, mientras observa por la ventana hacia el jardín, donde el arroyo resplandece dorado en plena alba. El hervidor pita. Con una taza de té en las manos, Kate recorre el pasillo hacia el dormitorio, y los tablones del suelo crujen con cada uno de sus pasos.

Allí el techo es todavía más bajo que en el resto de la casa, y Kate debe encorvarse. Por la ventana ve las colinas que rodean el valle, veteadas de nubes. La estancia está llena de estanterías con libros y de muebles. Una cama con dosel abarrotada de viejos cojines. Se le ocurre pensar que debe de ser la cama donde murió su tía abuela. Según el abogado, falleció mientras dormía, y la encontró al día siguiente una chica del pueblo. Durante unos instantes, Kate se pregunta si alguien habrá cambiado las sábanas y valora la posibilidad de dormir en el raído sofá de la otra habitación. Pero al final la fatiga se adueña de ella, y se desploma encima de las mantas.

Cuando se despierta, las desconocidas formas de la estancia la confunden. Durante unos segundos, cree que está de vuelta en el estéril dormitorio de su piso de Londres, que en cualquier momento Simon se pondrá encima de ella, dentro de ella…, y entonces se acuerda. Se le tranquiliza el pulso. Las ventanas captan el azul del atardecer. Kate mira qué hora es en el Motorola: las 18:33.

Con una ácida oleada de miedo, recuerda el iPhone que dejó atrás. Ahora mismo él tal vez lo esté investigando, pero no le quedó otra opción. Y, de todos modos, no encontrará nada que no haya visto ya.

No está segura de cuándo Simon empezó a vigilarle el móvil. Quizá lleva años haciéndolo sin que ella se diera cuenta. Siempre ha sabido cuál era la contraseña, y Kate se lo dejaba para que lo inspeccionara cuando se lo pedía. Y, aun así, el año pasado estuvo convencido de que estaba poniéndole los cuernos.

—Te estás viendo con alguien, ¿verdad? —le gruñó desde detrás agarrándole el pelo con los dedos—. En la puta biblioteca.

Al principio, Kate creyó que él había contratado a un investigador privado para que la siguiese, pero eso no tenía sentido. Porque entonces se habría enterado de que ella no se veía con nadie, tan solo iba a la biblioteca a leer, a escapar en la imaginación de otras personas. A menudo releía los libros que le encantaban cuando eran pequeña, cuya familiaridad era un bálsamo —los cuentos de los hermanos Grimm, *Las crónicas de Narnia* y su favorito, *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett—. A veces cerraba los ojos y se visualizaba no en la cama con Simon, sino entre las plantas de Misselthwaite Manor, contemplando las rosas que se mecen por el viento.

Quizá ese fuera en realidad el principal problema de él. Que podía controlar su cuerpo, pero no su mente.

Y luego hubo otros indicios, como la pelea que tuvieron antes de Navidad. Simon había descubierto de alguna forma que Kate había

ojeado vuelos para ir a Toronto a visitar a su madre. Se percató de que había instalado un programa en su iPhone para espiarla, algo que le permitiese no solo rastrear su paradero, sino su historial de búsqueda, sus correos y mensajes de texto. Por eso, cuando el abogado la llamó el pasado mes de agosto para hablarle de la cabaña, de su herencia, Kate había eliminado el registro de la llamada y había conseguido procurarse un segundo teléfono. Un teléfono secreto del que Simon nunca tendría conocimiento.

Había tardado semanas en reunir el suficiente dinero para comprar el Motorola; Simon le daba una paga, pero únicamente debía gastársela en maquillaje y en lencería. Y solo entonces empezó a urdir el plan. Le había pedido al abogado que le mandara las llaves a un apartado de correos de Islington. Comenzó a esconder el dinero en el forro de su bolso, y todas la semanas lo ingresaba en una cuenta corriente que había abierto en secreto.

Ni siquiera en ese momento estuvo segura de si lo llevaría a cabo, de si lo merecía. La libertad.

Hasta que Simon anunció que quería tener un hijo. Esperaba que lo ascendieran en el trabajo y que le aumentaran el sueldo, así que iniciar una familia era el siguiente paso natural.

—Cada día que pasa eres más vieja —le dijo. Y añadió con una risilla—: Además, no es que tengas nada mejor que hacer.

Un escalofrío la recorrió mientras lo oía hablar. Que ella soportara la situación, que lo soportara a él, era una cosa. Los escupitajos, el ardor de la mano de él sobre la piel. Las constantes palizas nocturnas.

Pero ¿un hijo?

Kate no podía, no permitiría, ser responsable de eso.

Durante un tiempo, siguió tomando anticonceptivos, escondiendo el blíster de pastillas rosadas dentro de un calcetín hecho bola en la mesita de noche. Hasta que Simon lo encontró. La obligó a contemplar cómo extraía las pastillas una a una del blíster y las arrojaba al váter antes de tirar de la cadena.

Después de eso, se volvió más complicado. Esperaba a que se quedase dormido para escabullirse de la cama, y agachada en silencio

en el cuarto de baño, delante del resplandor azul del móvil secreto, buscaba antiguos métodos. Los que él no sospecharía. Zumo de limón, que almacenaba en una vieja botella de perfume. El olor era casi placentero; la dejaba limpia, pura.

Conforme ella organizaba su huida, saludando con alivio los pétalos de sangre mensuales de la ropa interior, las normas de Simon se endurecieron. La interrogaba sin fin acerca de sus movimientos y sus actividades diarias: al ir a recoger la ropa de él de la tintorería, ¿había dado una vuelta y hablado con alguien más? ¿Había coqueteado con el hombre que le traía la compra a casa? Incluso vigiló lo que comía Kate y llenó la cocina de kale y de suplementos, como si su mujer fuera una cordera a la que cebara antes de llevarla al matadero.

Aunque no dejó de hacerle daño; desde rodearse los nudillos con su pelo para tirar de ella hasta morderle los pechos. Kate dudaba de que Simon quisiese tener un hijo porque sí. Su necesidad de poseerla se había vuelto tan insaciable que ya no le bastaba con dejarle marcas en el exterior del cuerpo.

Hincharle el útero con su semilla sería la forma de dominación definitiva. El control definitivo.

Y Kate experimentaba una seria satisfacción al ver cómo las hojas verde del kale desaparecían por el váter, igual que las píldoras anticonceptivas. Al sonreírle con timidez al mensajero. Pero esos leves actos de rebeldía eran peligrosos. Simon intentaba pescarla en un engaño y le tendía trampas verbales con la misma destreza que si fuera un abogado que interroga a un testigo en el juicio.

—Me aseguraste que ibas a recoger la ropa de la tintorería a las 14 —le dijo con una oleada de aliento cálido sobre el rostro de ella—. Pero el recibo está fechado a las 15. ¿Por qué me has mentido?

En ocasiones sus interrogatorios duraban una hora, y otras veces incluso más.

Últimamente, la había amenazado con confiscarle las llaves. En su opinión, Kate ya no era de fiar durante las largas horas en que estaba a solas en la brillante cárcel de su piso.

El cerco se iba estrechando. Y un bebé la ataría a él para siempre.

Y por eso mismo en el día de ayer el futuro, con su lejana promesa de libertad, pareció evaporarse cuando se metió en el cuarto de baño y vio la tinta que coloreaba una prueba de embarazo. Los azulejos le congelaban la piel. El aleteo de una mosca que se estampaba contra la ventana se mezcló con su respiración entrecortada para formar una melodía irreal.

—No puede ser —dijo en voz alta. No había nadie que pudiera responderle.

Al cabo de veinte minutos, sacó otra prueba del paquete, pero el resultado fue el mismo.

Positivo.

*Ahora no pienses en eso,* se dice. Pero sigue sin podérselo creer; durante todo el trayecto tuvo la tentación de detenerse y abrir la cajita de cartón que se había guardado en el bolso para comprobar que no se había imaginado esas dos líneas difusas.

Lo había intentado con ahínco. Pero al final nada había importado. Simon lo había conseguido.

Las náuseas ascienden por su interior y acarician su paladar. Kate se estremece y traga saliva. Intenta concentrarse en el aquí y en el ahora. Está a salvo. Es lo único que importa. A salvo, pero helada. Se dirige a la otra estancia y se pregunta si la chimenea podrá encenderse. Hay un montón de leños al lado y una caja de cerillas en la cornisa. La primera cerilla se niega a prender. La segunda también. Aunque está a cientos de millas de él, en su mente oye su voz con fuerza: «Patética. No sabes hacer nada bien». Le tiemblan los dedos, pero lo intenta de nuevo. Sonríe al ver la débil llama azul, las chispas naranjas.

Las chispas se transforman en lenguas de fuego, y Kate extiende las manos para calentárselas antes de que un humo espeso cubra la sala. Jadeando, agarra el hervidor de la cocina y vierte el agua sobre las

llamas. En cuanto lo ha extinguido, sus entrañas se enfrían. Quizá la voz lleve razón. Quizá sí que sea patética.

Pero ha llegado hasta aquí, ¿verdad? Puede lograrlo. Ahora que su respiración se ha tranquilizado, sabe racionalmente que algo debe de estar bloqueando la chimenea. Contra la chimenea se recuesta un atizador. Perfecto. A cuatro patas, con escozor en los ojos por el humo, mete el atizador en la chimenea y nota que toca algo, algo blando…

Suelta un grito cuando cae el bulto oscuro, suelta otro grito cuando ve que es el cuerpo de un pájaro. Las cenizas recubren dos alas del color del petróleo. Un cuervo. Los ojos brillantes del animal la siguen cuando retrocede. A Kate no le gustan los pájaros por las alas batientes y los picos afilados. Los ha evitado desde que era pequeña. Durante unos segundos, experimenta resentimiento hacia su tía abuela porque, de todos los sitios de la verde tierra de Dios donde podría haber vivido, eligió precisamente Crows Beck**.

Pero ese cuervo está muerto. No puede hacerle daño. Kate necesita una bolsa, papel de periódico o algo para deshacerse del animal. Ya casi ha salido por la puerta cuando percibe movimiento en la habitación. Al dar la vuelta, observa aterrorizada cómo el pájaro alza el vuelo, renaciendo de las cenizas como una suerte de Lázaro alado. Kate abre la ventana y blande el atizador hacia el pájaro, desesperada, hasta que el animal se va volando. A continuación, cierra la ventana con fuerza y abandona el comedor a toda prisa. El ruido que hace el pico del ave al golpetear el cristal de la ventana la sigue por el pasillo.

** N. del T.: Crows Beck significa, literalmente, «el Riachuelo de los Cuervos».

# 5
# VIOLET

Violet se alisó el vestido verde al seguir a Padre y a Cecil para salir del comedor. Apenas había podido comer nada, y no solo porque la señora Kirkby hubiese hecho pastel de conejo (mientras masticaba, había intentado no pensar en orejas sedosas y en delicadas naricillas rosadas). Padre le había pedido que después de cenar lo acompañara a la sala de estar. La sala de estar, con muebles cubiertos de tartanes oscuros y opresivos, era el lugar donde Padre disfrutaba de una copa de oporto y de silencio de sobremesa, y donde lo observaba la cabeza disecada de una cabra montés que estaba colgada encima de la repisa de la chimenea. Las mujeres tenían prohibido entrar (a excepción de la señora Kirkby, que había encendido en el hogar un fuego poco propio de la estación).

—Cierra la puerta —le indicó Padre cuando hubieron entrado. A medida que cerraba la puerta, Violet vio que Graham la fulminaba con la mirada desde el pasillo. A él nunca lo habían invitado a esa sala. Aunque quizá fuera algo bueno. Violet se volvió hacia su padre y vio que su rostro adquiría la tez cenicienta que a menudo significaba un gran descontento. A la muchacha le dio un vuelco el estómago.

Padre se acercó al carrito de las bebidas, donde los decantadores de cristal centelleaban bajo la luz de las llamas. Se sirvió un generoso vaso de oporto antes de desplomarse en un sillón. La piel crujió cuando cruzó las piernas. No la invitó a sentarse (aunque el otro asiento que había en la sala, un sencillo sillón orejero, estaba demasiado cerca del fuego —y de Cecil— como para resultar

tentador).

—Violet —dijo Padre arrugando la nariz como si su mero nombre lo ofendiera de alguna manera.

—¿Sí, Padre? —Violet detestó lo fina que sonaba su voz. Tragó saliva y pensó en qué habría hecho mal. Por lo general, su padre solo se molestaba en aplicarle disciplina cuando Graham estaba en casa. De lo contrario, la joven siempre conseguía huir de él. Por segunda vez ese día, recordó el incidente de las abejas y se encogió.

Su padre se inclinó hacia delante para atizar el fuego con rabia, para que así las llamas escupieran pálidas cenizas sobre la alfombra turca de elaborado patrón. Cecil gimoteó y luego empezó a gruñir en dirección a Violet tras deducir que debía de ser ella la causante del desagrado de su amo. Una vena se hinchó en la sien de Padre. Guardó silencio durante tanto tiempo que Violet empezó a preguntarse si podría escabullirse de la sala sin que él se diera cuenta.

—Debemos hablar de tu comportamiento —dijo al fin.

Las mejillas de la muchacha ardían por el pánico.

—¿Mi comportamiento?

—Sí —asintió Padre—. La señorita Poole me ha comentado que has… trepado por los árboles. —Pronunció las últimas cuatro palabras lenta y claramente, como si le costara creer lo que estaba diciendo—. Al parecer, te has rasgado la falda. Me han dicho que está… destrozada.

Fruncía el ceño con la vista clavada en el fuego.

Violet se retorció las manos, que ahora estaban resbaladizas por el sudor. Ni siquiera había reparado en el rasguño —que serpenteaba a lo largo de toda la falda de lana— hasta que la tata Metcalfe la había recogido para lavarla. De todos modos, la falda era muy vieja y demasiado larga, con espantosos pliegues puritanos. Para sus adentros, se alegraba de haberse deshecho de ella.

—Lo… lo siento, Padre.

El fruncimiento de ceño se hizo más profundo y le arrugó toda la frente. Violet miró por la ventana y olvidó que las negrísimas cortinas estaban corridas. Una mosca se golpeaba una y otra vez con la tela en

su desesperada misión para salir al mundo exterior. El batir de sus alas llenó los oídos de Violet, que no oyó las palabras de Padre.

—¿Qué? —dijo.

—«¿Cómo has dicho, Padre?».

—¿Cómo has dicho, Padre? —repitió sin dejar de contemplar la mosca.

—Te decía que tienes una última oportunidad de comportarte como Dios manda, como se espera de mi hija. El mes que viene tu primo Frederick se quedará con nosotros tras volver del frente. —Hizo una pausa, y Violet se preparó para recibir un sermón.

Padre a menudo hablaba del tiempo que había pasado luchando en la Gran Guerra. Cada noviembre, le ordenaba a Graham que puliese sus medallas para prepararse para el Día del Armisticio, en el que reunía a todas las personas de la casa en el salón principal para guardar un minuto de silencio. A continuación, soltaba un discurso repetitivo acerca del valor y del sacrificio que parecía alargarse conforme pasaban los años.

—No sabe nada de luchar de verdad —había oído Violet que Dinsdale, el jardinero, le murmuró a la señora Kirkby después de un sermón especialmente largo—. Se pasó casi todo el tiempo junto a los oficiales con una botella de oporto, me apuesto lo que quieras. —Padre casi había parecido alegrarse cuando volvió a declararse una guerra en 1939. De inmediato les había pedido a Graham y a Violet que recorrieran los castaños de Indias que flanqueaban el camino de entrada de la casa en busca de castañas. Por lo visto, los frutos redondos, lustrosos como rubíes, iban a ser indispensables para producir las bombas que iban a estallar por toda Alemania y «mandar a los germanos al otro barrio». Graham recogió cientos de frutos, pero Violet no soportaba imaginárselos sufriendo un final tan espeluznante. En secreto, los escondió en el jardín con la esperanza de que crecieran. Por suerte, Padre enseguida perdió el entusiasmo por la guerra —no se alistó en el ejército porque estaba cojo y «tenía deberes que cumplir en la finca»— y se olvidó del encargo.

Pero esa noche Violet no iba a presenciar ningún sermón marcial.

—Espero que te comportes del mejor modo posible cuando llegue Frederick —prosiguió Padre. Violet pensó que era muy extraño. No recordaba que nadie le hubiese hablado de un primo llamado Frederick, o de ningún primo, la verdad. Padre nunca hablaba de la familia; ni siquiera de sus padres o de su hermano mayor, que habían muerto en un accidente antes de que ella naciera. Ese tema también estaba prohibido. Un día le habían asestado tres dolorosos golpes en la mano por haber preguntado al respecto—. Tómatelo como… como un examen. Si fracasas y eres incapaz de comportarte bien durante su visita, entonces… no tendré más opción que despedirte. Para siempre.

—¿Despedirme?

—Te mandaré a un internado para señoritas. Deberás aprender a comportarte como Dios manda si quieres tener posibilidades de casarte. Y si no me demuestras que eres capaz de comportarte como la joven dama que eres, hay varias instituciones que tal vez puedan cumplir con la labor. Y donde no se permitirá que corras por los prados y recojas ramas y hojas repugnantes como si fueras una salvaje. —Bajó la voz—. Tal vez impidan que termines siendo igual que… ella.

—¿Ella? —A Violet se le aceleró el corazón. ¿Se refería a su madre?

Pero Padre ignoró su pregunta.

—Eso es todo —dijo, y levantó la vista para mirarla por primera vez—. Buenas noches.

Violet vio algo raro en la expresión de él. Como si al mirarla a ella estuviese viendo a una persona distinta.

Violet aguardó a quedarse a solas en el dormitorio para permitirse echarse a llorar. Sollozó en silencio mientras se ponía el camisón y se tumbaba en la cama. Al cabo de un rato, procuró tranquilizar su respiración, pero no sirvió de nada. En su cuarto, el aire olía a rancio, y tuvo la sensación, y no por vez primera, de que en la casa estaba tan fuera de lugar como lo estaría un pez entre las nubes. Ansiaba recibir

el áspero abrazo del haya plateada, ansiaba notar la brisa de la noche sobre la piel.

El fragmento de conversación que había oído cuando era más joven zumbaba en sus oídos.

«Y se parecía mucho a la niña, no solo en el físico».

¿Acaso su madre también había sido como ella? ¿Acaso la naturaleza llamaba a su corazón como ahora llamaba al de Violet?

Y ¿qué problema había con eso?

Con un suspiro, apartó la colcha de un puntapié. Después de apagar la lamparita, se arrastró hasta la ventana, corrió la horrible cortina negra y abrió el travesaño.

La luna brillaba como una perla en el cielo oscuro, iluminando las colinas dentadas. Soplaba un suave viento, y Violet oyó cómo los árboles se movían y murmuraban. Cerró los ojos y escuchó el ululato de un búho, el batido de las alas de un murciélago, un tejón que se dirigía a su madriguera.

Ese era su hogar. No la casa, con los pasillos lóbregos y los tartanes interminables y la amenaza de Padre, al acecho desde cualquier rincón.

Pero si la mandaba a un internado…, quizá nunca volvería a presenciar nada de aquello. Los búhos, los murciélagos, los tejones. La vieja haya que adoraba, y su pueblo de insectos.

La encerrarían entre cuatro paredes y la obligarían a aprender toda clase de habilidades conversacionales absurdas y protocolo. Todo para que Padre pudiera ofrecerla a algún que otro viejo barón, como si fuera algo con que negociar en busca de favores.

Algo de lo que librarse.

Pero no, él no la enviaría a un internado. Ella no se lo permitiría. Cuando se marcharse de Orton Hall —se imaginaba avanzando con destreza en una jungla, rozándose con helechos atestados de escarabajos—, sería a su manera. No a la manera de Padre ni a la de cualquier otra persona.

Cuando llegase el invierno para arrebatarles las hojas a los árboles, ella estaría aquí, se prometió, y no en un internado de señoritas.

Incluso se quedaría dentro de casa si era lo que debía hacer para evitarlo. Solo hasta que terminase la visita del estúpido pariente. Le enseñaría a Padre lo bien que podía comportarse.

# 6
# KATE

Kate se hace un ovillo debajo del edredón para dejar de oír los golpes del pico contra el cristal, a la espera de que el cuervo renuncie a seguir atacando la ventana. Respira hondo, entre temblores, y se ahoga con el olor a humedad de la ropa de cama. Al final, el ruido desaparece, y se imagina que es capaz de oír el batido de las alas en el aire conforme el cuervo se aleja volando. Su respiración se calma, su pulso se ralentiza.

Levanta la cabeza y observa la habitación: el techo inclinado, las paredes pintadas de verde que el tiempo casi ha vuelvo convexas, cerniéndolas sobre ella. Varias fotografías enmarcadas le devuelven la mirada, así como muchos bocetos, todos de animales, insectos, pájaros. Una imagen parece tridimensional, casi una escultura: una serpiente leonada que resplandece detrás del marco de cristal. Sorprendida por su destello rojizo, Kate se acerca. No es una serpiente, en absoluto, sino el cuerpo disecado de un ciempiés: desprende un brillo húmedo en varias partes, atrapado para siempre tras el cristal.

Kate se estremece al leer en voz alta la letra manuscrita del marco, dos palabras tan extrañas como un hechizo.

—*Scolopendra gigantea*.

El pesado silencio la marea un poco. Casi la hace enfermar con la desconocida sensación de la libertad. Es una sensación incongruente, como una tela rugosa contra la piel. Hay que adaptarse.

Desde que se conocieron hace seis años, cuando ella tenía veintitrés, nunca ha estado tanto tiempo sin hablar con Simon. Al

pensar en la primera noche, le duele el estómago. Se ve con meridiana claridad: jovencísima y tímida, acompañada de sus amigas en un *pub* de Londres. Aunque ahora se pregunta si «amigas» llegó a ser en algún punto la palabra adecuada para describir a las mujeres a las que conoció en la universidad. Nunca consiguió hablar al mismo ritmo que ellas, nunca esgrimía correctamente una broma o una carcajada. Es un sentimiento que ha experimentado desde que era pequeña: sin saber por qué, está separada, aislada de todos los demás.

El sentimiento de separación fue especialmente intenso aquella noche, porque su madre acababa de mudarse a Canadá con su nuevo esposo y la había dejado sola por completo. Era justo lo que se merecía, pero aun así resultaba doloroso. Recuerda que contemplaba su jarra, llena de una cerveza fuerte y agria que fingía degustar, intentando pensar en una excusa para irse en breve.

Levantó la vista con la idea de dirigirse hacia el lavabo para disfrutar de un descanso cuando lo vio. Fue la postura de él lo que le llamó primero la atención. La elegancia fácil y leonina con que se recostaba en la barra e inspeccionaba el local. Sonrojándose por la sorpresa y por el placer, Kate se dio cuenta de que la había estado mirando a ella. Una parte primitiva de lo más hondo de su ser reconoció algo en la sonrisa lenta y seductora de él en cuanto se miraron a los ojos. Supo qué sucedería, ya entonces.

Hay una sensación que se abre paso en el interior de su cabeza, y Kate cierra los ojos con fuerza.

Respira hondo y escucha. Si estuviese en el piso, oiría el tráfico, las risas de la gente que ha ido a tomar algo al *pub* de la esquina, un avión que retumba en el cielo. El doble acristalamiento de su moderno piso de un rascacielos de Hoxton no era rival para los ruidos de Londres, para el zumbido de ocho millones de vidas.

Pero aquí no hay coches, no hay aviones que retumben en el cielo, no hay el lejano soniquete de la televisión del vecino. Aquí solo hay… silencio. Kate no sabe si le gusta o si le resulta inquietante. Si presta atención, cree que podrá oír el distante burbujeo del arroyo, la vegetación que cruje por la vida nocturna del entorno. Orugas,

armiños, búhos. Pero eso no es posible, por supuesto. Corre las descoloridas cortinas de la ventana y ve que está bien cerrada. Es imposible que tenga tan buen oído. Está imaginando cosas, como le pasaba cuando era pequeña.

—Baja de las nubes en las que has subido —solían decirle sus padres al sorprenderla en una de sus ensoñaciones—. Y, ya que estás aquí, ¡haz los deberes!

Pero Kate nunca les hacía caso.

Daba igual dónde se encontraran: siempre permitía que cualquier cosa la distrajera… Un gusano rosa que brillaba en la arena del parque, una ardilla que trepaba por un árbol del parque Hampstead Heath, los pájaros que construían nidos en los aleros de su casa.

Ojalá les hubiera hecho caso.

Tenía nueve años cuando sucedió. Su padre la llevaba a la escuela en una brumosa mañana de verano. Tomaron el camino de siempre, una calle ensombrecida por frondosos robles, cuyas hojas moteaban la luz de verde. Su padre le agarró la mano cuando se acercaron a un paso de peatones para recordarle que mirara a ambos lados, que prestase atención especial a la esquina ciega de la izquierda, donde la calle se torcía en una curva cerrada.

Iban por la mitad del paso de peatones cuando el trino de un pájaro le alcanzó en la espalda y activó una extraña y secreta parte de ella. Por el ronco graznido, pensó que era un cuervo; ya había aprendido a reconocer a la mayoría de los pájaros que cantaban en el patio de la casa de sus padres, y los cuervos eran sus favoritos. En sus trinos traviesos y en sus ojos oscuros y luminosos había algo inteligente, casi humano.

Kate se volvió y examinó los árboles que bordeaban la calle tras ellos. Y ahí lo vio: un destello de negro terciopelo, sacudiéndose sobre la hierba estridente y bajo el cielo azul de aquel día del mes de junio. Un cuervo, justo lo que Kate había imaginado. Se soltó de la mano de su padre, corrió hacia el pájaro y vio cómo echaba a volar.

Una sombra se abalanzó sobre la calle. Se oyó un lejano rugido, y luego un monstruo —de esos en los que ella fingía no creer porque era

demasiado mayor, con escamas rojas y dientes plateados— apareció en la calle y se precipitó encima de ella.

Su padre la alcanzó justo a tiempo. La empujó con fuerza sobre la hierba del margen. Y entonces sonó un desgarro, como si el aire se hubiera partido por la mitad. Kate observó, perpleja, cómo el monstruo arremetía contra él.

Primero lento, y luego rápido, su padre cayó al suelo.

Más tarde, cuando llegaron los servicios de emergencia —dos ambulancias y un coche de policía, un convoy de muerte—, Kate vio algo dorado sobre el asfalto.

Era su broche en forma de abeja, el que siempre llevaba en el bolsillo. Debía de habérsele caído cuando su padre la empujó y la salvó del monstruo; un monstruo que, como ahora se había percatado, no era sino un coche, con la pintura roja descascarillada y la rejilla oxidada. Kate miró alrededor y vio al conductor, un hombre de hombros estrechos, sollozando en la parte trasera de una de las ambulancias.

En la otra ambulancia estaban subiendo una camilla que portaba algo oscuro y resplandeciente. La niña tardó unos instantes en darse cuenta de que lo que estaba sobre la camilla era su padre, y de que nunca volvería a ver su sonrisa, las arruguitas alrededor de sus ojos. Se había ido.

*He matado a mi padre*, pensó. *El monstruo soy yo.*

Recogió el broche del suelo y le dio vueltas con los dedos. Había feos vacíos como dientes de leche allá donde había perdido algunos de los cristales. Una de las alas se había roto.

Se lo guardó en el bolsillo como recordatorio de lo que había hecho.

A partir de ese día, se alejó de las ardillas y de los gusanos, del bosque y de los jardines. Sobre todo debía evitar a los pájaros. La naturaleza, así como el resplandor de fascinación que siempre le había despertado a Kate, era demasiado peligrosa.

Ella era demasiado peligrosa.

Cuando su fascinación se transformó en miedo, se quedó en

interiores, siempre detrás de un cristal. Igual que el ciempiés enmarcado de su tía abuela. Y no dejaba que nadie entrara en su mundo.

Hasta que conoció a Simon.

En la cabaña, se ahoga con los sollozos. Tiene la garganta estrecha y seca. Es incapaz de recordar cuándo bebió algo por última vez; necesita agua, lo que sea. El vodka sería mejor, pero la colección de alcohol de su tía —guardada en el armario de la cocina junto a tarros de café soluble y de cacao en polvo— no incluía nada tan vulgar, solo palabras desconocidas escritas en etiquetas amarillentas: *arak, slivovitz, soju*. Idiomas que Kate no reconoce. Y, de todos modos, no sabe si es una buena idea. Se acuerda del *chardonnay*, con su olor a podredumbre. La decisión que debe tomar acerca del bebé aguarda impaciente en su interior.

El contorno oscuro de la cocina se cierne sobre ella en el segundo previo a encender la luz. Desvía la mirada de la pálida red de telarañas que cuelgan del techo y se gira hacia el fregadero de esmalte desportillado.

Al agarrar una taza del estante junto a la ventana, sus nudillos rozan otro objeto: un tarro de mermelada lleno de plumas. Delicadas, blancas y rojas leonadas. La más larga es brillante y negra, casi de iridiscente azul. Al fijarse mejor, ve que tiene motitas blancas, como si estuviera salpicada de nieve. Igual que el cuervo de la chimenea; Kate se da cuenta ahora de que no eran cenizas lo que lo cubría, sino unas marcas blancas parecidas. ¿Tal vez sea una especie de enfermedad que aflija a los cuervos de la zona? Esa idea le eriza el vello de la nuca. Kate abre el grifo, bebe un vaso de agua como si el líquido fuera a limpiarla de dentro hacia fuera.

Más tarde, se toma unos instantes para mirar por la ventana. Ve la luna con claridad, tan llena que deja al descubierto los valles y las crestas de sus cráteres. Proyecta sobre el destartalado jardín una luz amarillenta, que aterriza sobre las hojas de las plantas, sobre las ramas de los robles y de los sicómoros. Kate observa los árboles, se pregunta cuántos años deben de tener, y entonces los ve… moverse.

Nota cómo se le acelera el pulso en los oídos. Respira de forma superficial, el pánico la inunda como si de una marea se tratase. Y entonces, mientras contempla el paisaje, unas formas oscuras —cientos, al parecer— se alzan de los árboles al mismo tiempo, como impulsadas por los hilos de un marionetista. Recortadas contra la luna.

Son pájaros.

# 7
# ALTHA

Los guardias me condujeron hacia una estrecha escalera de piedra en dirección a la mazmorra. Si el castillo me había engullido, ahora me encontraba en sus entrañas, pues allí la oscuridad era todavía mayor que cuando me detuvieron en el pueblo.

Se me revolvieron las tripas por el hambre y por el malestar, y la sed me atenazaba la garganta. Mi corazón se aceleró ante la imagen de la pesada puerta de madera. Yo ya estaba muy débil. No sabía cuánto más iba a durar.

Pero esta vez, antes de encerrarme, me dieron provisiones: una manta fina, un orinal y una jarra con agua. Y un seco mendrugo de pan, que comí poco a poco, mordisqueándolo en cantidades diminutas y masticándolo hasta que la saliva me inundó la boca.

Solamente me fijé en mi entorno en cuanto hube terminado de comer, con calambres en mi marchito estómago. No me habían dado una vela, pero había una pequeña grieta en lo alto de la pared que permitía la entrada de las últimas ascuas del día.

Las paredes de piedra eran frías al tacto, y, cuando aparté los dedos, reparé en que estaban húmedas. Un goteo procedía de alguna parte, y retumbaba como una advertencia.

La paja que había bajo mis pies estaba empapada y podrida, y el olor de la putrefacción se mezclaba con el hedor de antiguos orines. También percibí otro olor. Pensé en todos a los que habían retenido allí antes que a mí, que palidecieron como champiñones en la oscuridad esperando su destino. Era su miedo lo que percibía, como si

hubiera teñido el aire y hubiese calado en la piedra.

El temor zumbaba en mi interior y me daba fuerzas para lo que debía hacer.

Me levanté la ropa para que mi barriga entrara en contacto con el aire frío. Y entonces, con los dientes apretados, empecé a rascarme; mis uñas desgarraban el diminuto adorno de carne debajo de mis costillas. Debajo de mi corazón.

Cuando estuve convencida de que ya no soportaría más el dolor, noté cómo la carne cedía, y luego la espesa humedad de la sangre, cuyo dulce olor metálico se adueñó de la celda. Ojalá tuviera miel o tomillo para prepararme una cataplasma para la herida; debí conformarme con el agua de la jarra. En cuanto hube limpiado la herida lo mejor posible, me tumbé y me cubrí con la manta. La paja apenas llegaba a cubrir el suelo de piedra, y me traqueteaban los huesos por el frío.

Solo en ese momento me permití pensar en mi casa: mis estancias pequeñas, limpias y luminosas, llenas de tarros y de frascos; las polillas que bailaban alrededor de mis velas por la noche. Y mi jardín afuera. Me dolió el corazón al pensar en mis plantas y en mis flores, en mi querida cabra —que me proporcionaba leche y consuelo—, en el sicómoro que me cobijaba bajo sus ramas. Por primera vez desde que me arrancaron del camastro, me permití llorar. Me pregunté si iba a morir de soledad antes de que tuvieran tiempo de colgarme. Pero en ese momento algo me rozó la piel, delicado como un beso. Era una araña, con las patas y las pinzas azules por la luz de la luna. Mi nueva amiga trepó hasta el hueco entre mi cuello y mi hombro, y se aferró a mi pelo. Le di las gracias por su presencia, que ayudó a levantarme el ánimo incluso más que el pan y el agua.

Mientras contemplaba un rayo de luz de luna que bailoteaba entre la grieta, me pregunté quién testificaría en mi contra al día siguiente. Y luego pensé en Grace.

Estaba segura de que no me quedaría dormida. Pero, al parecer, todo pensamiento acababa de abandonar mi mente cuando me despertó el chirrido de la puerta al abrirse. La araña huyó al ver el fuego de la antorcha, y me dio un vuelco el corazón al divisar a un hombre con uniforme de Lancaster. El juicio comenzaría en breve, me dijo. Debía aparecer presentable.

Me entregó un vestido, hecho con un tejido áspero que olía a sudor. No quise pensar en quién se lo habría puesto antes que yo, en dónde estarían esas personas ahora. Me encogí cuando la tela me cubrió la herida, pero, cuando el hombre regresó, me alegró lucir un vestido, aunque fuera tan tosco. Ojalá tuviese una capa o algo con que arreglarme el pelo, que colgaba alrededor de mi cara en jirones. Y que se sumaba a mi vergüenza.

Mi madre siempre me enseñó que la limpieza exige respeto, y que el respeto era mucho más valioso que todo el oro del rey; sobre todo para nosotras, que por lo general contábamos con poco respeto y con poco oro. Nos lavábamos todas las semanas. Las mujeres Weyward jamás hedían a sudor, ni siquiera en pleno verano. No, nosotras olíamos a lavanda para protegernos. Ojalá tuviese un poco de lavanda ahora. Pero solo disponía de mi ingenio, por más entumecido que estuviese por la falta de comida y sueño adecuados.

El hombre me puso unos grilletes durante el breve trayecto desde la mazmorra hasta la sala de vistas. No me permití reaccionar al notar el frío metal sobre la piel, y mantuve la cabeza en alto al subir las escaleras y entrar en la sala.

El fiscal se levantó del asiento y se dirigió hacia el banco donde estaban sentados los jueces. Sus pasos sobre los tablones de madera provocaron miedo en mi corazón, y temblé en el inquietante silencio que precedió a su discurso.

Aun así, no estaba preparada para sus espantosas palabras. Sus ojos pálidos ardían al declararme una bruja malvada y peligrosa, esclava del mismísimo Satanás. Según él, yo había llevado a cabo las prácticas de brujería más pérfidas para arrebatarle la vida al señor John Milburn, un humilde terrateniente, inocente y temeroso de Dios.

Su voz fue ganando potencia conforme hablaba, hasta que repicó como una sentencia de muerte en mi cabeza.

Se volvió hacia mí.

—Confío en que los caballeros del jurado de vida y muerte sepan lo que eres —me escupió—. Culpable.

Y se dirigió al tribunal:

—Llamo al primer testigo que presentará pruebas contra la acusada.

La sangre me subió hasta los oídos cuando vi a quién escoltaban los guardias hacia el estrado.

A Grace Milburn.

# 8
# VIOLET

Violet se comportaba de la mejor manera posible.

Durante toda la semana, se concentró y estuvo atenta en las lecciones. La señorita Poole se llevó una alegría al constatar que por fin había comprendido la forma verbal del pluscuamperfecto francés y afirmó que el jarrón de lirios que había dibujado era precioso. Violet pensó que las flores azules parecían cadáveres, con los capullos marchitos y las hojas caídas. La señorita Poole las había recogido. Violet no consideraba que estuviera bien recoger flores, cortarles el tallo por ninguna razón más que para contemplarlas. Pero mantuvo la boca cerrada y las dibujó lo mejor que supo.

Incluso había hecho torpes progresos con la enagua de seda que la señorita Poole le insistía en coser para su «ajuar». (Desconocía por completo por qué resultaba tan necesario. La tata Metcalfe era la única persona que la había visto con una de sus «combinaciones» —la palabra arcaica que empleaba la mujer para describir las prendas que se ponía entre el vestido y la ropa interior—, y Violet pretendía que así continuara siendo por el momento).

Resuelta a evitar el purgatorio que suponía el internado de señoritas, llevaba ya dos semanas sin salir de casa. Habían pasado dos semanas desde que notó por última vez el beso de las alas de un insecto sobre la piel. Dos semanas desde que trepó por última vez por su amada haya, desde que retiró sus tesoros —el caparazón de caracol, el capullo de mariposa, la castaña de indias con sus pinchos afilados— del alféizar de la ventana y los escondió debajo de la cama. Había

tomado por costumbre pedirle a la señorita Poole que cerrara las ventanas, aunque hiciese tanto calor que el sudor les perlara el labio superior, porque no soportaba oír los sonidos del valle. El zumbido de una abeja era un tormento, el parloteo de una ardilla le perforaba el corazón.

Poco a poco, sin embargo, los sonidos se fueron esfumando. Violet se alegró.

Incluso Quilates pareció dejar de prestarle atención. Por lo general, ella oía el suave golpeteo de sus patas al salir de la sombrerera y recorrer la habitación por la noche —a veces incluso Violet se despertaba y se la encontraba descansando en su pelo—, pero ahora no había más que silencio. Le preocupaba que el animal hubiese muerto, pero no se atrevía a comprobarlo.

La mayoría de los días, cuando no asistía a lo que la señorita Poole había dado en llamar «sus avances», Violet se tumbaba en la cama con las cortinas corridas, sudando en la cálida oscuridad. La señora Kirkby empezó al llevarle bandejas a su habitación: primero, elaboradas tartas y pasteles de frutas, rebosantes de crema, y, cuando vio que los platos volvían intactos, cuencos de comida blanda de hospital. La tata Metcalfe incluso se presentó una tarde y le preguntó si quería que le leyese en voz alta, algo que no había hecho desde que Violet era pequeña.

—Me acuerdo del libro de cuentos que te encantaba —dijo—. Los hermanos Grima o algo así…

—Grimm. Los hermanos Grimm —saltó Violet. Había adorado esos cuentos, era cierto, aunque la tata Metcalfe hubiese pronunciado mal la mitad de las palabras—. Ahora soy demasiado mayor para eso, tata. —Se giró para contemplar la pared. Vio una rendija de luz dorada sobre el papel de pared floral.

Oyó el crujido del vestido de la tata Metcalfe al inclinarse sobre la cama.

—¿Quieres que…?

—¿Podrías cerrar mejor las cortinas, tata, por favor? —le pidió interrumpiendo así la pregunta de la cuidadora.

—Muy bien, señorita Violet —asintió—. Si es lo que deseas.

Violet se mordió el labio. Tan solo debía superar la visita del familiar de Padre. Debía mostrarle que no era necesario que la enviase a una escuela anticuada y conservadora. Y entonces podría volver a salir. Hasta entonces, lo único que necesitaba era que la dejaran en paz.

Esa noche, mientras Violet flotaba entre el sueño y el desvelo, oyó que la tata Metcalfe y la señora Kirkby murmuraban junto a su puerta. La señora Kirkby había ido a recoger otra bandeja de comida intacta.

—Nunca he visto a una persona que pase tanto tiempo en la cama sin estar enferma —dijo la tata Metcalfe—. Pero no he detectado que le esté sucediendo nada. No tiene fiebre ni sarpullidos…

—Yo sí lo he detectado —terció la señora Kirkby—. La antigua señora pasó días en la cama poco antes del final.

—¿Por qué? ¿Por los nervios?

—Eso fue lo que dijo el doctor Radcliffe. El señor le pidió que viniera la primera vez bajo juramento de secreto.

—¿Supo qué lo había desencadenado?

—No hizo falta. Todos sabíamos la razón. Sobre todo después de lo que ocurrió a continuación.

«Tal vez impidan que termines siendo igual que ella».

La tarde siguiente, mientras Violet estaba sentada sin fuerzas en el aula, cosiendo con la señorita Poole, la tata Metcalfe cruzó la puerta de improvisto.

—El señor quiere que la señorita Violet salga a tomar el aire —dijo.

La señorita Poole miró hacia el reloj, y un fruncimiento acentuó

sus rasgos reptilianos.

—Pero acabamos de empezar la clase de costura —se extrañó.

—Son órdenes del señor —afirmó la tata Metcalfe.

—Preferiría quedarme dentro —comentó Violet mirándose los dedos sobre la tela. Sus manos, como el resto de su cuerpo, habían palidecido por la falta de sol. Tenía las uñas moteadas y finas, como si en cualquier momento fueran a despegarse. Violet se preguntó si una persona podía morirse de anhelo.

—Bueno, Violet, si tu padre quiere que salgas, quizá deberías salir —terció la señorita Poole—. Ya seguirás con la labor después de cenar. Estoy encantada de verte entusiasmada. ¿Dónde se había escondido esta Violet?

La tata Metcalfe le ofreció el brazo a la muchacha mientras daban una vuelta por el prado. Los jardines resplandecían con flores —los picos azules de los jacintos, las recientes espirales de los rododendros —, tan luminosas que Violet apartó los ojos y se miró los pies, enfundados en zapatos de cuero.

—¿Verdad que es precioso salir y escuchar a los pájaros? —dijo la tata Metcalfe.

—Sí —coincidió Violet—. Precioso.

Pero no podía oír a los pájaros. De hecho, a duras penas oía nada que no fuera la voz de la tata Metcalfe. Era como si tuviera los oídos envueltos en lana.

Una mariposa pasó junto a ellas. En un acto reflejo, Violet levantó una mano, pero el animal, en lugar de posarse en su palma, se alejó volando, como si ella ni siquiera estuviese allí.

—A tu padre le gustaría que esta noche tomaras el té abajo, en el comedor, con Graham y con él —dijo la tata Metcalfe.

—Muy bien —murmuró Violet con la mirada clavada en la mariposa hasta que ya no fue más que un blanco destello que se perdía en la lejanía—. Tata… —Hizo una pausa antes de intentar formular la pregunta que llevaba días preocupándola—. ¿Qué le pasó a mi madre?

—¿A tu madre? No sé por qué me sales con eso. Violet, ya te lo he

dicho y te lo voy a repetir: apenas coincidí con la señora, que en paz descanse.

Pero la muchacha vio que las mejillas de la tata Metcalfe se habían sonrojado.

—Y… ¿qué me pasa a mí? ¿Me ocurre algo malo?

—Ay, niña. —La tata Metcalfe se giró para mirarla a la cara—. ¿De dónde has sacado una idea como esa?

—De algo que dijo Padre. Y no se me permite ir al pueblo, pero a Graham sí. Y hasta la llegada de este primo nadie ha venido a visitarnos nunca.

Como Violet había aprendido en las novelas, las personas siempre se visitaban unas a otras. Y no era que en los alrededores hubiera pocas familias de estatus parecido, con las cuales quizá pudieran entablar amistad. Por ejemplo, el barón de Seymour vivía a tan solo treinta millas de Orton Hall y, además, tenía un hijo y una hija de la misma edad que Graham y Violet. Un día los buscó en la raída copia de Padre del *Burke's Peerage*[***].

—A ver, es que tu padre es sobreprotector, nada más. No se lo tengas en cuenta. Venga, más vale que regresemos ya para que puedas darte un baño. —Esas palabras hicieron que Violet se sintiera muy pequeña, como si tuviera seis años en lugar de dieciséis.

Antes de cenar no se peinó el pelo, y se puso el vestido que le gustaba menos, uno a cuadros naranjas que no era ni de su talla. Violet sabía que con esa ropa parecía amarillenta y ojerosa, pero le traía sin cuidado.

La señora Kirkby dispuso varias piezas secas de asado de cordero sobre la mesa. Violet detestaba el cordero, aunque sabía por los sermones de Padre que eran bastante afortunados por poder permitírselo. Aun así, intentaba no visualizar a la oveja amable y algodonosa que había dado la vida para ser su comida.

Contempló el plato. La carne era gris y estaba abultada, la clase de

alimento que Padre jamás habría comido antes de la guerra. La sangre acuosa del animal teñía las patatas de rosa. Violet creyó que iba a ponerse mala.

Dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor antes de darse cuenta de que Padre la estaba observando. En la comisura de sus labios fruncidos temblaba un poco de salsa del asado.

—Come, muchacha —le indicó—. Sigue el ejemplo de tu hermano.

Graham, cuyo plato ya casi estaba vacío, se ruborizó. Padre se sirvió un poco más de salsa.

—Recordaréis —empezó— que vuestro primo Frederick llegará mañana para quedarse una temporada con nosotros. Es oficial del Octavo Ejército, que vuelve del sitio de Tobruk. ¿Sabes dónde se encuentra Tobruk, Graham?

—No, Padre —respondió.

—Está en Libia —anunció Padre con la boca llena. Violet veía los hilos de carne entre los dientes de él al hablar. La urgencia por vomitar regresó. Dirigió la mirada hacia el cuadro que colgaba en la pared detrás de su padre, el retrato de un vizconde que los vigilaba imperiosamente desde el siglo dieciocho—. Un lugar dejado de la mano de Dios —prosiguió—. Está lleno de salvajes. —Negó con la cabeza. Violet se encogió al notar que algo le rozaba la pierna. Tras fingir que le había caído la servilleta, se asomó debajo de la mesa a tiempo de ver cómo Padre le daba a Cecil una rápida patada en los cuartos traseros—. Los italianos no tienen ni idea de qué hacen ahí. Son incapaces de gobernar ni una duna.

La criada, Penny, empezó a retirar los platos para dejar sitio al postre. Un *Eton mess*, el postre de merengue y nata favorito de Padre, que nunca dejaba escapar la ocasión de recordarle a Graham que esperaba ver cómo su hijo seguía sus pasos hacia Eton. (Graham no había ido a estudiar a Eton. Había vuelto de Harrow para disfrutar de las vacaciones de verano).

—Vuestro primo arriesga la vida a diario, lucha por este país. Espero que cuando llegue lo tratéis con el mayor de los respetos. ¿Queda claro, niños?

—Sí, Padre —contestó Graham.

—Sí —contestó ella.

—Violet, no te vas a esconder en tu dormitorio. Tanta ociosidad es una falta de respeto hacia los soldados que combaten con ahínco por el rey y por el país, y es impropio de una mujer. Espero que seas una presencia alegre y elegante por la casa y que seas agradable con tu primo. ¿Entendido?

—Sí —dijo.

—No olvides lo que hemos hablado —insistió.

—Sí, Padre.

Después de cenar, Violet terminó la lección de costura con la señorita Poole. Luego se quedó sentada un rato, mirando con anhelo por la ventana. Había mucha luz para ser las siete de la tarde. En general, se pasaba las últimas horas de las tardes como aquella al aire libre, sentada debajo de su haya con un libro, quizá; o junto al río, dibujando las blanquísimas plumas de angélica que crecían en las márgenes.

Sin embargo, como su confinamiento voluntario todavía seguía vigente, no había demasiadas cosas que pudiera hacer más que acostarse. Al dirigirse hacia las escaleras, pasó por delante de la biblioteca. Tal vez intentaría leer en su habitación. Entró en la estancia, y del último estante del rincón agarró un libro con forro de cuero rojo y la cubierta con el título tallado en dorado relieve: *Cuentos de la infancia y del hogar*, de los hermanos Grimm.

Se lo puso debajo de un brazo y subió las escaleras hasta su cuarto, donde vio un pequeño tarro de cristal sobre la colcha, que centelleaba bajo el sol del atardecer. Algo se movía en el interior.

Era un caballito del diablo. Quienquiera que lo hubiera dejado allí había hecho agujeros en la tapa del tarro. Una nota estaba atada a la tapa con una cinta verde que formaba un torpe lazo. Violet abrió la nota y vio que se la mandaba Graham.

«Querida Violet», había escrito con una pulcra caligrafía propia de Harrow. «Mejórate pronto. Con mis mejores deseos, tu hermano Graham». Violet sonrió. Era algo que habría hecho el viejo Graham.

Abrió el tarro con la esperanza de que el insecto se posara sobre su mano. Sin embargo, el animal echó a volar hacia la ventana deprisa, como si la muchacha le inspirara miedo. Violet tuvo la sensación de que no había hecho ni un solo ruido. Abrió la ventana para dejarlo salir, y la cerró de inmediato. La efímera felicidad provocada por el regalo de Graham se evaporó.

Corrió las cortinas negras para dejar de ver el sol rosado, encendió la lamparita de la mesilla de noche y se acostó.

Las páginas soltaron polvo cuando las abrió al azar por la historia de *La novia del bandolero*.

Era un cuento siniestro, mucho más oscuro de lo que recordaba. Un hombre estaba tan desesperado por casar a su hija que se la entregaba a un asesino. La única salvación era que la chica fuera más inteligente que él con la ayuda de una vieja bruja. Al final, el bandolero terminaba muerto junto a su banda de ladrones. *Se lo merecían*, pensó Violet.

Tras abandonar el libro, se quitó el colgante y extendió una mano para guardarlo en el armarito de la mesita de noche. Suspiró al oírlo repiquetear hasta caer al suelo. Violet se asomó por el borde de la cama, pero no vio el dorado destello; quizá había rodado por el suelo. Profiriendo una maldición, apartó las sábanas y se agachó, tanteando en busca del colgante. Sus dedos regresaban vacíos, llenos de polvo. ¿Se habría caído detrás de la mesita de noche? Debería haber estado más atenta. Un escalofrío le recorrió el corazón al imaginarse perdiendo el collar. Ciertamente, y como la tata Metcalfe había comentado más de una vez, era espantoso; estaba abollado y oscurecido por los años. Pero era lo único que tenía de su madre.

Violet gruñó por el esfuerzo al mover la mesita, y puso una mueca al oír cómo el mueble se arrastraba por los tablones del suelo. Se le tranquilizó el pulso al atisbar el colgante, las gargantillas de la cadena enlazadas con grandes motas de polvo. Violet no recordaba la última

vez que habían limpiado adecuadamente su habitación; Penny, la criada, al parecer solo la fregaba deprisa una vez a la semana. La culpa anidó en su estómago. Sabía que Penny le tenía miedo desde que Violet la había convencido para que echara un vistazo a la sombrerera de Quilates. Tan solo quiso mostrarle a la criada las preciosas rayas doradas de las patas. No podría haber previsto que la doncella, a quien por lo visto las arañas le daban pavor, se desmayaría al instante.

Violet se agachó para recuperar el colgante y estaba a punto de volver a colocar la mesita en su sitio cuando se fijó en algo. Había una letra grabada en la blanca pintura del revestimiento, oculta a medias por una bola de pelusa. Era una «W», la misma letra que estaba tallada en el colgante que aferraba en la mano. Apartando con cuidado el polvo, Violet descubrió más letras, que alguien parecía haber marcado con una aguja o —la muchacha se estremeció— con una uña. Juntas, las letras formaban una palabra que en cierto modo le resultaba familiar, como un amigo del pasado, aunque no recordaba haberla visto nunca antes.

«Weyward».

*** N. del T.: El *Burke's Peerage* es el libro de genealogía más prestigioso en que se publicaban datos de la aristocracia inglesa y de las casas reales europeas. La primera publicación data del año 1826.

# 9
# KATE

Kate agarra el bolso y corre hacia el coche.

En el espejo retrovisor, ve que los pájaros —cree que son cuervos — siguen ascendiendo y sobrepasan la luz amarillenta, y la noche resplandece con sus graznidos.

—No mires, no mires —se dice a sí misma, y su aliento produce vaho en el frío ambiente de su vehículo. Le resbalan las manos con el sudor y se las seca con los vaqueros para poder girar la llave en el contacto. El motor cobra vida y Kate arranca en el camino con el corazón acelerado.

No hay farolas, así que activa las luces largas mientras acelera por la senda angosta y serpenteante. Respira de forma superficial, sus dedos aferran el volante como si fueran garras. Una parte de ella espera que los faros del coche iluminen algo amenazador y sobrenatural acechando detrás de cada curva.

Llega al acceso de la carretera principal. Si sigue conduciendo, podría estar de regreso en Londres por la mañana. Pero ¿a dónde iría entonces? ¿Volvería al piso? Mientras observa el carril de la autopista, recuerda lo que ocurrió la primera vez.

La primera vez que intentó marcharse.

Fue poco después de que empezaran a vivir juntos. Una nueva discusión acerca del empleo de Kate en una editorial infantil; Simon

quería que lo dejase, aseguraba que ella no soportaba bien el estrés. Acababa de tener un ataque de pánico en el trabajo durante la reunión semanal de adquisiciones de derechos. Simon la recogió y la llevó a casa, y luego se sentó delante de ella en el salón con esas maravillosas vistas, con una aureola por el sol como si fuera un ángel terrible. Las palabras de Simon la impactaron: Kate no podía más, él no tenía tiempo de lidiar con todo eso, no había motivo para que ella trabajase si el sueldo de él era tan alto. De todas formas, era un empleo inútil; ¿de qué servía que una panda de mujeres parlotearan sobre historias inventadas para niños? Además, era evidente que no se le daba demasiado bien. A fin de cuentas, apenas ganaba una cuarta parte de lo que percibía él.

Fue ese último comentario el detonante, el que prendió un fuego olvidado dentro de Kate. Y lo miró a los ojos y dijo lo que no había sido capaz de decirles a sus amables compañeras, que le llevaron pañuelos y una taza de té mientras se recuperaba en su mesa.

El problema no era el trabajo: era Simon. El rostro de él se ensombreció. Durante unos instantes, se mantuvo inmóvil, y Kate contuvo la respiración. Sin articular palabra, Simon le lanzó la taza de café. Kate giró la cabeza justo a tiempo, pero el líquido hirviendo cayó sobre su brazo izquierdo y dejó tras de sí una mancha rosada de piel escaldada.

Fue la primera vez que le hizo daño. Más tarde, le quedó una cicatriz.

Esa noche, Simon le rogó que no se marchase cuando Kate comenzó a empaquetar sus cosas, le dijo que lo sentía, que no volvería a suceder, que no podía vivir sin ella. Kate vaciló ya entonces.

Cuando llegó el taxi, sin embargo, se subió. Era lo que debía hacer, ¿verdad? En teoría, era una mujer instruida y se respetaba. Era imposible que se quedase allí.

El hotel —en Camden, se acordaba; había sido el único que había podido encontrar (y permitirse) con tan poca antelación— no tenía calefacción y desprendía un hedor rancio a ratas. La habitación daba a la calle y la ventana temblaba con cada coche que pasaba por delante.

Kate estuvo toda la noche en vela, observando en el techo el destello de los faros, mientras su móvil vibraba con mensajes suplicantes y las quemaduras del brazo le palpitaban.

A la mañana siguiente, llamó al trabajo para informar que se encontraba mal, y aprovechó para pasear por los mercadillos, para contemplar las turbias profundidades del canal. Para buscar determinación.

La segunda noche, decidió que lo dejaría. Pero entonces le llegó el mensaje en el contestador.

—Kate, siento mucho, muchísimo, que nos peleáramos. —Su voz sonaba gruesa por la lágrimas—. Por favor, vuelve. No puedo vivir sin ti… No puedo. Te necesito, Kate. Por favor. Me… he tomado unas pastillas…

Y así fue como la determinación de Kate desapareció. No podía permitirlo. No podía permitir que otra persona muriese.

Llamó al teléfono de emergencias. En cuanto se cercioró de que la ambulancia estuviera de camino, llamó a un taxi. En el trayecto de vuelta, clavó la perdida mirada en la ventanilla, por la que pasaban preciosas casas adosadas, que centelleaban oscuras por la lluvia y que le recordaron las imágenes de las pesadillas de cuando era pequeña. Alas negras que batían en el aire. El asfalto que brillaba con la sangre.

*El monstruo soy yo.*

¿Y si era demasiado tarde?

Para cuando llegó, la ambulancia amarilla estaba aparcada en su calle. Apenas había conseguido respirar en el ascensor, detestó que la retrasara tanto al subir lentamente por el edificio.

La puerta principal de su piso estaba abierta. Simon estaba sentado en el sofá en pijama, flanqueado por dos paramédicas; en la mesa de centro, vio frascos de pastillas. Sin abrir. A Kate se le congelaron las entrañas.

No se había tomado las pastillas. Le había mentido.

Se lo quedó mirando. Simon levantó la vista, y las lágrimas corrieron libres por su rostro.

—Lo siento mucho, Kate —dijo mientras sacudía los hombros—. Es

que… me daba muchísimo miedo que no fueras a volver nunca.

Las paramédicas no repararon en las ampollas del brazo de Kate. Ella las acompañó hasta la puerta y prometió que llamaría al número de emergencias de nuevo si Simon mostraba signos de conducta suicida, y consintió en no dejarlo solo, en ponerse en contacto con un equipo de psicólogos. Acto seguido, cerró la puerta tras las paramédicas con cuidado.

Simon se levantó del sofá y se dirigió hacia ella hasta que Kate notó su aliento en la nuca. Se quedaron escuchando cómo el ascensor descendía.

—Siento mucho haberme ido —dijo Kate sin darse la vuelta—. Por favor, prométeme que nunca te harás daño ni volverás a hacer ninguna estupidez.

«Estupidez».

En cuanto la palabra salió de su boca, supo que había cometido un error.

—¿Estupidez? —preguntó Simon en voz baja. La agarró fuerte por la nuca antes de estamparla contra la pared.

Al día siguiente, Kate dejó el trabajo en la editorial. Renunció no solo a su salario y a su identidad, sino al mayor vínculo que la ataba al mundo exterior. A las mujeres que la habían hecho sentirse válida, inteligente, como si fuera algo más que la novia de él, el juguete de él.

Kate desactiva el intermitente. Piensa en las células que se unen en su interior y experimenta una oleada de náuseas. Si regresa… Si Simon descubre que está embarazada…, nunca le permitirá que se marche.

Da la vuelta con el coche.

A la mañana siguiente, decide caminar hasta el pueblo para comprar provisiones.

El aire de principios de primavera le enfría la piel con un olor a hojas húmedas y a crecimiento. Kate cierra la puerta de la cabaña y

las golondrinas echan a volar del viejo roble del patio delantero. Ella se encoge, luego las observa dar vueltas por el cielo azul mientras se recompone. El pueblo está a solo dos millas. La caminata resultará vigorizante, se dice. Quizá incluso la disfrute.

Echa a andar por el camino, que está delimitado por setos salpicados de unas desconocidas flores blancas que le recuerdan a la espuma del mar. Oye el graznido de un cuervo, y se le acelera el pulso. Levanta la vista y echa el cuello atrás hasta que se marea. Nada. Tan solo ramas que forman una red sobre un cielo vacío con hojitas verdes oscilan por el viento. Sigue adelante y pasa por delante de una vieja granja con el tejado hundido. Las ovejas balan en los prados de los alrededores.

Crows Beck da la sensación de no haber cambiado en siglos: las únicas señales de modernización son una cabina de teléfono y una parada de autobús. Kate deja atrás una extensión de hierba, con un viejo pozo y otra estructura de piedra, una pequeña choza con una pesada puerta de hierro. Tal vez antaño fuera la cárcel del pueblo. Se estremece al imaginarse confinada en un espacio tan reducido, condenada a morir allí.

Al otro lado de la hierba hay una plaza adoquinada, rodeada por edificios de una mezcla de piedra y madera, algunos encorvados bajo un tejado de estilo Tudor. Algunos son tiendas: hay una verdulería y una carnicería, una oficina de correos. También un centro médico. A lo lejos ve la aguja de una iglesia, que resplandece roja bajo el sol.

Kate duda delante de la verdulería. Los nervios le encogen el estómago; no ha ido a hacer la compra desde…, no recuerda cuándo fue la última vez. Simon había dispuesto que una cadena de supermercados les entregara la compra a domicilio los domingos por la tarde. Kate intenta tranquilizar su respiración entrecortada con la idea de que ahora podrá comprar lo que se le antoje.

La mesa de tablones que se encuentra delante de la tienda bulle con productos frescos. Filas y filas de manzanas, que llenan el aire con su aroma a madera. Zanahorias medio ocultas debajo de unas hojas verdes enormes y pálidas montañas de repollos.

En el interior, la única otra clienta es una mujer de mediana edad, con melena pelirroja y un jersey rosa estridente que no combinan en absoluto. Kate sonríe al pasar por su lado y reprime un ataque de tos ante el olor fuerte a colonia de pachuli. La mujer le devuelve la sonrisa, y Kate se gira al instante para examinar un paquete de cereales. Se queda aliviada cuando la otra clienta se va de la tienda y se despide de la cajera cantando un «adiós».

Kate agarra productos de las estanterías: pan, mantequilla, café. Observa la cesta. Sin pensarlo, ha elegido la marca de café preferida de Simon. La devuelve al estante y la cambia por otra.

Saluda con un murmullo a la enjuta cajera. Sabe que es una interacción inevitable.

—No te había visto nunca por aquí —dice la mujer mientras escanea un paquete de café soluble. Kate ve que le sobresale un solo pelo de la barbilla, y de pronto ya no sabe dónde mirar. Le hormiguea la piel. Es muy consciente de la ropa que lleva: la camiseta y los pantalones son demasiado ceñidos, demasiado reveladores. A Simon le gustaba que se mostrara así. Que se exhibiera.

—Eh… Acabo de mudarme —responde—. Desde Londres.

La mujer frunce el ceño, así que Kate le explica que ha heredado una cabaña de un familiar.

—Ah, ¿te refieres a la cabaña Weyward? ¿La casita de Violet Ayres?

—Sí… Soy su sobrina nieta.

—No sabía que tuviese familiares vivos —exclama la cajera—. Creía que ya no quedaba ningún Ayres ni Weyward. Sin contar con el viejo vizconde, claro, que perdió la cabeza en la gran casa.

—Aquí me tiene a mí —dice Kate esbozando una tensa sonrisa—. Soy una Ayres. Disculpe… ¿Ha dicho Weyward? No sabía que se trataba de un apellido. Creía que solo era el nombre de la cabaña.

—Lo era, y muy antiguo además —contesta mientras inspecciona el cartón de leche—. Un apellido de hace varios siglos.

Por lo visto, la cajera cree que los Ayres y los Weyward están relacionados de alguna forma. Debe de estar equivocada. La tía Violet

también era una Ayres, y había nacido en Orton Hall. Seguro que compró la cabaña Weyward después de irse de casa. Después de que la desheredaran.

—¿Con tarjeta o en efectivo?

—En efectivo. —Kate nota los ojos de la cajera sobre ella al extraer billetes de un agujero del forro del bolso. De nuevo, tiene la impresión de que está expuesta. Se sonroja y se pregunta si es evidente. Si es evidente que está huyendo de algo. De alguien.

—Todo irá bien, niña —le dice la cajera como si hubiera leído los pensamientos de Kate. Le entrega el cambio—. A fin de cuentas, lo llevas en la sangre.

Mientras camina para regresar a la cabaña, Kate se pregunta a qué se refería la mujer.

Kate busca por todas partes los papeles de Violet, busca alguna conexión con los Weyward. En los cajones de la mesita de noche, dentro del armario cavernoso. Allí se detiene unos instantes e inhala el aroma a lavanda y a naftalina. La ropa de su tía abuela es muy extraña, la clase de prendas que uno encuentra en una tienda de segunda mano: caftanes, túnicas de lino, una capa bordada con cuentas y el lustre plomizo de un caparazón de escarabajo. En el interior de la puerta penden pesados colgantes que se estrellan contra el ajado espejo.

Kate no puede dejar de mirar la capa, que atrae la luz de un modo muy curioso. Con cuidado, la roza con la punta de los dedos, las cuentas de cristal frías contra su piel. La saca de la percha y se la coloca sobre los hombros. En el espejo se ve distinta: el oscuro brillo de la capa saca a relucir algo en sus ojos, una dureza que no reconoce.

La vergüenza le tiñe las mejillas de rubor. Se está comportando como una niña pequeña jugando a los vestidos. Se quita la capa y enseguida vuelve a guardarla en la percha. Al cerrar las puertas del armario, ve un nuevo reflejo de sí misma en el espejo. Se ve vestida

con la ropa escogida por él. Con el pelo decolorado y escalado, como le gusta a Simon. La mujer de la mirada dura ha desaparecido.

Tantea debajo de la cama de la tía Violet. Unas andrajosas sombrereras dan paso a cuadernos de dibujo, cuyas páginas manchadas están repletas de bocetos de mariposas, escarabajos y —Kate pone una mueca— tarántulas. Un objeto cuadrado y pesado envuelto en muselina resulta ser no un álbum de fotos, como sospechaba, sino un pedazo de piedra erosionado. Al darle la vuelta, ve un grabado con la forma estriada y rojiza de un escorpión.

De una de las cajas sobresale una carpeta. Con un gruñido, Kate la extrae.

La tapa está descolorida y llena de polvo, pero los papeles del interior están ordenados con esmero: recibos bancarios, facturas. Hay varios viejos pasaportes de páginas amarillentas que lucen numerosos sellos. Hojea uno de la década de 1960, que registra visitas a Costa Rica, Nepal y Marruecos.

En la fotografía en tonos sepia de la primera página, hay algo que le resulta familiar. En la joven con pelo largo oscuro y ojos grandes, con una mancha de nacimiento en la frente. Kate nunca había visto fotografías de su tía abuela de joven, y se estremece al identificar el sentimiento de reconocimiento. En la imagen, la tía Violet es idéntica… a ella. A Kate.

# 10
# ALTHA

Grace parecía muy joven y pequeña en el estrado de los testigos. Tenía la piel pálida debajo de la capa, los ojos marrones muy abiertos. En ese momento, me costó creer que fuera una mujer adulta de veintiún años.

Era como si casi no hubiese pasado el tiempo desde que éramos jóvenes y nos perseguíamos la una a la otra bajo la luz del sol. Al mirarla, el verano en que tuvimos trece años regresó nítido a mi memoria.

Había sido un verano cálido; el más caluroso en décadas, según mi madre. Habíamos deambulado por el pueblo y nos habíamos bañado en el riachuelo, y, cuando nos cansamos de eso, nos dirigimos al ambiente más fresco de las colinas. Allí encontramos cuestas y peñascos cubiertos de brezos y de neblina. Ascendimos tanto que Grace dijo que era capaz incluso de ver Francia. Recuerdo haberme reído y haberle respondido que Francia estaba muy lejos de allí y, además, al otro lado del mar. Algún día iríamos, le prometí. Las dos juntas.

En ese momento, un águila pescadora graznó por encima de nosotras. Levanté la vista para verla volar, las alas plateadas como regalo del sol. Grace me agarró la mano, y en mi interior se extendió una sensación de ligereza, como si yo también planeara entre las nubes.

Ya entonces algunos de los aldeanos temían tocarnos, como si mi madre y yo acarreáramos alguna pestilencia, alguna plaga. Pero Grace

nunca tuvo miedo. Sabía, por lo menos en esa época, que yo jamás le haría ningún daño.

En el camino de descenso, perdí una bota en una ciénaga. Recuerdo estar tan nerviosa por deber informar a mi madre que apenas le dirigí una palabra a Grace durante el regreso. *Ella no lo entendería*, pensé. Siendo la hija de un humilde terrateniente, estrenaba nuevas botas cada doce meses. Mi madre había vendido queso y mermelada de ciruela damascena de sol a sol, y atendía a cualquier aldeano enfermo que se presentaba en nuestra puerta a fin de pagar al zapatero para que remendara mi calzado.

Pero Grace me acompañó hasta la cabaña y le dijo a mi madre que había sido culpa de ella que yo hubiese perdido una bota en el barro. Insistió en darme un par que le sobraba.

Tras eso, guardé esos zapatos durante muchos años, hasta que me apretaron tanto los pies que me dejaron los dedos azules. Los había reservado con la intención de dárselos algún día a mi hija.

Había otro motivo por el cual ese verano, el de nuestro decimotercer año, estaba grabado a fuego en mi mente mientras barría la sala de vistas con la mirada. Fue el último año de nuestra amistad.

Y el último año de mi inocencia.

En otoño, cuando las hojas caían de las hayas, la madre de Grace enfermó.

Mi madre me despertó antes del alba, con el rostro salpicado de sombras por la luz de la vela.

—Grace viene hacia aquí. Ha sucedido algo —me dijo.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

No me contestó, sino que se limitó a acariciar al cuervo que tenía posado en el hombro, cuyas plumas resplandecían con gotas de lluvia.

Se trataba de escarlatina, nos informó Grace al cabo de poco, sentada a nuestra mesa, intentando recobrar el aliento. Había corrido las dos millas que nos separaban de la granja de los Metcalfe. Su madre tenía las mejillas sonrojadas por completo y sudaba, y llevaba tres días y dos noches en la cama, nos comentó. Cuando se despertaba, que ocurría con poca frecuencia, llamaba a gritos a sus hijos que

habían fallecido tiempo atrás.

Grace nos contó que su padre había llamado al doctor, que aseguró que la paciente tenía demasiada sangre en el cuerpo. Tanta sangre la hacía hervir de dentro hacia fuera. Observé la cara de mi madre, sus labios apretados en una fina línea, conforme Grace proseguía. El doctor había colocado sanguijuelas en el cuerpo de su madre, pero no servía de nada. Las sanguijuelas se iban engordando, mientras que ella se iba debilitando.

Mi madre se levantó. Me quedé mirando cómo llenaba la cesta con paños limpios, tarros de miel y tintura de saúco.

—Altha, ve a por nuestros abrigos —me dijo—. Debemos darnos prisa, muchachas. Si el médico insiste en hacerla sangrar, me temo que no va a superar esta noche.

La luna estaba oculta tras las nubes y tras la llovizna, así que apenas veía por dónde caminaba. Mi madre avanzaba con resolución, aferrando mi mano con fuerza. Yo oía a Grace jadeando a mi lado.

En la oscuridad y en la humedad, no vi al cuervo de mi madre, pero supe que se nos había adelantado volando entre los árboles, y eso era algo que alentaba a mi madre.

Habíamos llegado a la mitad del camino cuando la lluvia arreció. El agua me goteaba de la capucha y me salpicaba en los ojos. En las prisas por marcharnos había olvidado los guantes, y tenía las manos entumecidas por el frío. Me pareció que había pasado una eternidad cuando al fin vi a lo lejos la silueta achaparrada y hundida de la granja de los Metcalfe, las ventanas de color amarillo por la luz de las velas.

Encontramos a William Metcalfe en el suelo, junto al lecho de su esposa. No había rastro del médico. La estancia estaba repleta de velas, por lo menos una veintena; más de las que mi madre y yo utilizábamos en todo un mes.

—A mamá no le agrada la oscuridad —susurró Grace.

En la cama, la madre de Grace parecía dormida. Aunque no era ninguna clase de sueño que yo hubiese presenciado hasta el momento. El pecho de Anna Metcalfe ascendía y descendía veloz bajo el camisón

que vestía. Bajo la titilante luz de las velas, vi que le temblaban los párpados. Y entonces abrió los ojos y se medio incorporó en la cama mientras chillaba y se arrancaba una sanguijuela de la sien, y acto seguido volvió a desplomarse.

—Santa María, madre de Dios —murmuraba William Metcalfe sobre el cuerpo arrugado de su esposa—, reza por nosotros, pecadores…

De pronto, al oírnos entrar, se volvió. Vi que sujetaba una cadena de cuentas carmesíes sobre los labios, una cadena que enseguida se guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué diablos hacéis aquí? —preguntó. La extenuación le había robado las fuerzas, estaba casi tan pálido como su esposa.

—Las he traído yo, papá —dijo Grace—. La señora Weyward puede ayudarnos. Sabe muchas cosas…

—Niña ingenua —le escupió—. Las cosas que sabe no van a salvar a tu madre. Van a condenar a su alma. ¿Es eso lo que quieres que le pase?

—Por favor, William. Sé sensato —dijo mi madre con voz tensa—. Ya ves que las sanguijuelas no han hecho más que empeorar su estado. Tu esposa está asustada y sufriendo. Para calmarse, necesita paños fríos y miel y ciruelas.

Mientras ella hablaba, Anna soltó un gemido. Grace comenzó a llorar.

—Por favor, papá, por favor —le rogó.

William Metcalfe miró a su esposa, y luego a su hija. Una vena le palpitaba en la sien.

—De acuerdo —accedió—. Pero debes detenerte si así te lo indico. Y, si muere, caerá sobre tu conciencia.

Mi madre asintió. Se dispuso a retirar las sanguijuelas de la piel de Anna y le pidió a Grace que trajera una jarra de agua y un vaso. Cuando se los entregó, mi madre se arrodilló junto a la cama e intentó que Anna bebiese, pero el líquido tan solo le goteó por la barbilla. Le colocó un paño húmedo sobre la frente. Anna mascullaba, y vi que apretaba y desapretaba los puños debajo de las sábanas.

Me senté al lado de mi madre.

—¿Intentarás darle la tintura de ciruelas? —le pregunté.

—Está muy lejos de aquí —contestó mi madre en voz muy baja—. No sé si podrá bebérselo. Quizá sea demasiado tarde.

Extrajo la botellita de líquido morado de la cesta y la destapó. Llevó el gotero hasta los labios de Anna y lo estrujó. Varias gotas oscuras cayeron sobre sus labios y los tiñeron.

Ante mí, el cuerpo de Anna comenzó a sacudirse. Abrió los ojos, del todo blancos. Soltaba espuma por las comisuras de la boca.

—¡Anna! —William se abalanzó sobre su mujer y nos apartó de un empujón. Intentó sujetar el cuerpo de su esposa para inmovilizarlo. Me giré y vi que Grace se encontraba en el rincón más alejado de la estancia, con las manos sobre los labios.

—Grace, no mires —dije, y crucé la habitación. Le tapé los ojos con las manos—. No mires —repetí, mis labios tan cerca de su cara que pude oler la dulzura que desprendía su piel.

En la estancia reinaban los espantosos sonidos de la cama al zarandearse, la voz de William Metcalfe llamando a su esposa una y otra vez.

Entonces, se hizo el silencio.

No tuve que volver la cabeza para saber que Anna Metcalfe había muerto.

—¿Por qué no la has salvado? —le pregunté a mi madre mientras regresábamos a casa. Seguía lloviendo. El frío barro me calaba las botas. Las botas que Grace me había dado.

—Lo he intentado —me respondió—. Estaba demasiado débil. Si Grace nos hubiese llamado antes…

No dijimos nada durante el resto del camino. En cuanto llegamos a casa, mi madre encendió el fuego. Y entonces nos pasamos horas contemplando las llamas, mi madre con su cuervo en el hombro, hasta que la lluvia amainó y oímos los cantos de los pájaros.

En los días que siguieron a la muerte de Anna, deseé estar con Grace; deseé abrazarla con fuerza y consolarla por su pérdida. Pero mi madre no me dejó salir de casa, me mantuvo alejada de la plaza, de los campos. Donde tal vez pudiese oír los rumores que se propagaban por el pueblo como si de un incendio se tratase. No importaba: yo ya me imaginaba qué decían al ver la palidez de la cara de mi madre, al ver las manchas oscuras que tenía debajo de los ojos. Más tarde, supe que William Metcalfe le había prohibido a su hija que fuera a verme.

Pasaron siete años antes de que volviésemos a dirigirnos la palabra.

# 11
# VIOLET

Al día siguiente, Violet se despertó cansada por la falta de sueño. Pero saltó de la cama, aunque fuera sábado y no tuviera lecciones a las que asistir.

No podía quitarse de la cabeza el descubrimiento que había hecho. Esa extraña palabra, grabada en el revestimiento detrás de la mesita de noche. «Weyward».

Se acarició el colgante de oro que pendía de su cuello y recorrió con los dedos la «W». ¿Y si esa inicial no representaba el nombre de su madre, como ella había pensado durante tantos años? ¿Y si representaba su apellido, antes de casarse con Padre y convertirse en *lady* Ayres?

El anhelo le hinchó el pecho. De pronto, Violet experimentó un repentino deseo por volver a apartar la mesita de noche y pasar los dedos por las marcas, para sentir algo que quizá había tocado su madre. Pero ¿por qué había grabado su madre allí su propio nombre? ¿Pretendía que Violet lo descubriese algún día?

Se retiró las sábanas, pero enseguida volvió a taparse cuando la señora Kirkby llamó a su puerta con una bandeja de gachas y té.

El ama de llaves lucía una expresión distraída que le envolvía los grandes rasgos e irradiaba un débil aroma a carne. Tenía los nudillos blancos de harina, y una mancha oscura que parecía ser salsa le coloreaba el delantal.

Violet dedujo que la mujer se había afanado en los preparativos para la inminente llegada de Frederick, el primo misterioso. La

muchacha supuso que la señora Kirkby tenía mucho trabajo que hacer, dado que en Orton Hall nunca recibían visitas. Tal vez podría tomarla desprevenida.

—Señora Kirkby —dijo entre sorbo y sorbo de té, cuidándose de hablar con un tono indiferente—. ¿Cuál era el apellido de mi madre?

—Una pregunta demasiado trascendental para una hora tan temprana, niña. —La señora Kirkby se acercó para inspeccionar una mancha sobre las sábanas—. ¿Es chocolate? Tendré que pedirle a Penny que las ponga en remojo.

Violet frunció el ceño. Estaba bastante segura de que la señora Kirkby era reacia a mirarla a los ojos.

—¿Era Weyward?

La señora Kirkby se envaró. Permaneció inmóvil unos instantes antes de arrebatarle la bandeja a Violet del regazo a toda prisa, aunque no hubiese terminado de comer las gachas.

—No lo recuerdo —bufó—. Pero no sirve de nada ir removiendo el pasado, Violet. Muchos niños crecen sin madre. Y hay más incluso que crecen sin madre y sin padre. Deberías considerarte afortunada y dejarlo correr.

—Por supuesto, señora Kirkby —asintió Violet, rumiando un plan —. Por cierto… Hablando de padres, ¿sabe qué ha dispuesto el mío para el día de hoy?

—Se ha ido pronto por la mañana para ir a recoger a tu primo a la estación de tren de Lancaster.

Una noticia excelente. Aunque debería apresurarse, o de lo contrario perdería la oportunidad.

Violet se vistió deprisa. Estaba segura de que la señora Kirkby le había mentido al asegurar que no recordaba si Weyward era el apellido de soltera de su madre. De lo que estaba menos segura era de cómo había terminado grabado en el revestimiento de su propia habitación.

Se dirigió hacia las escaleras en dirección a la segunda planta. Afuera hacía un día radiante, y la luz multicolor que entraba por la vidriera de colores dotaba a la casa de un aire etéreo.

Al recorrer un pasillo, se encontró con Graham, que llevaba un cuaderno de álgebra y parecía desesperado. Violet recordó el regalo que le había dejado sobre la cama.

—Oye… Gracias por el regalo —dijo a vuelapluma. Supuso que para su hermano debió de ser un calvario atrapar el caballito del diablo y meterlo en un tarro, habida cuenta del terror que le inspiraban los insectos. El día de las abejas resplandecía en su mente.

—De nada —respondió—. ¿Ya te encuentras mejor? Te veo un poco más… normal. Bueno, normal siendo tú, quiero decir.

Puso una mueca y Violet se rio.

—Sí, gracias.

—Me alegro. En fin… Será mejor que me ponga con esto. —Hizo un gesto hacia el cuaderno y suspiró.

—Espera, Graham. Una cosa… No serías tan amable de hacerme un favor, ¿verdad?

Lo vio vacilar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le había pedido un favor.

—Claro —contestó.

—Padre ha ido a buscar al primo comosellame a Lancaster.

—Ah. —Graham puso los ojos en blanco—. El alabado Frederick.

—Es que tengo que buscar algo en el despacho de Padre —dijo con la esperanza de poder fiarse de él—. ¿Me puedes avisar si regresa?

Las cejas pelirrojas de Graham dieron un brinco.

—¿En el despacho de Padre? ¿Por qué narices quieres entrar allí? Como se entere, te despellejará viva.

—Ya lo sé. Y por eso necesito que seas mi vigía. Te daré mis postres durante toda una semana si dices que sí.

Violet lo vio sopesarlo, y esperó que la ración extra de dulce fuera demasiado tentadora para él como para resistirse.

—De acuerdo —aceptó—. Daré tres golpes en la puerta como señal. Pero, si te retractas de tu promesa, se lo contaré a Padre.

—Trato hecho —dijo ella.

Y se giró hacia el despacho.

—¿Me vas a contar qué es lo que andas buscando?

—Cuanta menos gente lo sepa —dijo Violet en voz baja—, mejor.

Graham puso los ojos en blanco y siguió caminando.

Violet experimentó una punzada de nervios al acercarse al despacho. Por lo general, Cecil se encontraba gruñendo en el umbral, como si fuera Cerbero custodiando la entrada al inframundo. Gracias a Dios, el perro se había ido a Lancaster con Padre.

Abrió la pesada puerta. Violet tendía a evitar el despacho, y no solamente por Cecil. Era donde Padre la había golpeado después del incidente de las abejas.

La estancia no era menos intimidante ahora que ella era mayor. Daba la sensación de que pertenecía a otra época. A otra estación incluso: Padre mantenía las cortinas cerradas, y el aire era frío y rancio. Violet encendió la luz y se encogió al establecer contacto visual con el cuadro que colgaba detrás del escritorio. Era otro retrato de Padre, tan realista —captaba hasta el brillo de la coronilla calva— que durante unos segundos pensó que él estaba allí, esperando sorprenderla.

Con el pulso acelerado, entró en la estancia e inhaló el aroma a tabaco de pipa. Allí debía de haber algún papel relacionado con su madre. ¿Cómo era posible que una persona hubiese vivido y muerto en una casa dejando tras de sí solamente un colgante y unas cuantas letras talladas? Era como si Padre la hubiese borrado de la faz de la Tierra.

Pero no disponía de tiempo para obsesionarse por esas cosas, se dijo. A fin de cuentas, tenía una misión que cumplir.

Estaba convencida de que el cajón del escritorio estaría cerrado con llave, pero, para su alegría, se abrió con facilidad.

Violet hurgó a toda prisa en lo que contenía. La libreta de piel de Padre con el símbolo de los Ayres (un águila pescadora, grabada en oro), un viejo reloj de bolsillo con la esfera rota, cartas del banco, su pipa… Empezó a sospechar que Padre no se había molestado en cerrar el cajón porque no guardaba nada importante allí, pero entonces vio la pluma.

Era lo bastante grande como para ser de un cuervo, pensó Violet.

¿O quizá de una grajilla?

Con cuidado, la extrajo del cajón. Era negra como la obsidiana, y desprendía un brillo azul cuando la luz incidía en ella. Violet detectó unos trazos blanquecinos, o quizá fuera que había perdido el color intenso en algunas partes, como un cuadro a medio terminar. La pluma parecía haberse soltado de un material suave. Al inspeccionarlo con más atención, Violet vio que era un viejo pañuelo, de delicado lino, que las polillas habían devorado. En la esquina de la tela, había un monograma, las letras «E. W.» bordadas en seda verde botella.

El corazón le dio un vuelvo en el pecho. «E. W.».

¿«W» de «Weyward»?

Debajo de la capa de polvo, Violet detectó un rastro leve y floral que procedía del pañuelo. Lavanda. Apenas se percibía, era el amago de un aroma, pero era suficiente. Los recuerdos le llenaron la cabeza de repente, como si hubiese accionado un resorte oculto. La sensación de brazos cálidos que la rodeaban, una cortina espesa y fragante de pelo que le hacía cosquillas en la cara. La suave melodía de una nana, el sonido de un corazón que latía junto a sus oídos.

La pluma, el pañuelo.

Eran de su madre.

Y Padre los guardaba en el cajón de su mesa, como si fueran algo importante. Algo especial.

La vieja fantasía del día de la boda de sus padres regresó hasta ella. Padre estaba casi apuesto, con un traje de color gris claro. Su madre —Violet se imaginaba a una mujer con el rostro en forma de corazón y una oscura mata de pelo— sonreía al tomarle la mano. Las caras de ambos centelleaban doradas por el sol, y numerosos pétalos revoloteaban por encima de su cabeza.

Violet a veces se preguntaba si Padre era capaz de amar algo —además de cazar y el imperio—, pero también sabía que su padre había desafiado la tradición y los deseos de sus fallecidos progenitores al casarse con su madre. Y había guardado esos recuerdos, objetos que le hacían pensar en ella, durante todos esos años. Lo visualizó sentado a la mesa, llevándose el pañuelo a la nariz como estaba haciendo su

hija en estos momentos.

¿Era posible que hubiese malinterpretado lo que oyó aquella noche en el despacho? «Tal vez impidan que termines siendo igual que ella». Palabras que parecían despedir un odio profundo.

Pero ¿y si se había equivocado o se había confundido? El corazón le dio un vuelco al pensarlo. Quizá Padre sí había amado a su madre, y mucho. Y luego ella había muerto.

Violet empezó a sentir casi lástima por él.

No supo cuánto tiempo permaneció allí con el paquetito en la mano, pero al cabo de un rato se dio cuenta de algo muy extraño.

Su oído se había aguzado. Esta vez, más que nunca. Era como si las espesas cortinas, los gruesos cristales de la ventana y las viejas paredes de piedra se hubiesen venido abajo. Oyó el batido de las alas de un gorrión que echaba a volar desde un sicómoro. Oyó el ronco graznido de un gavilán que llamaba a su compañero en tanto revoloteaba por el cielo. Oyó a un ratón que gruñía al buscar comida en los arbustos debajo de la ventana.

Maravillada, se quedó mirando los objetos que sostenía en la mano. Y entonces sonaron los tres golpes: la señal de Graham. ¿Por qué había regresado Padre tan pronto? Violet miró el reloj: acababan de dar las diez de la mañana. Padre debía de haber salido antes de lo que se había imaginado ella.

Quiso llevarse la pluma y el pañuelo, pero ¿y si Padre se daba cuenta de que habían desaparecido? Descubriría que Violet había entrado en su despacho. Quizá no echaría de menos la pluma —se le aceleró el corazón al pensarlo, al saber lo que estaba a punto de hacer —. Podría quedársela un rato y devolverla más tarde. Al fin y al cabo, Padre la había tenido para sí durante años y años…

—¿Violet? —la llamó Graham desde el otro lado de la puerta—. ¿Estás ahí? ¡Ha regresado! ¡Date prisa!

Con un zumbido de emoción que le recorría la sangre, Violet dejó el pañuelo en el cajón y luego se metió la pluma en el bolsillo del vestido. Cerró la puerta del despacho de Padre con sigilo y subió las escaleras.

Para hacer una prueba, Violet se arrodilló en el suelo y sacó la sombrerera de debajo de la cama.

El interior de la caja era vaporoso gracias a la seda de araña. Quilates estaba vivo y bien, y, a juzgar por las moscas y las hormigas muertas que moteaban su red, hacía gala de su apetito habitual. Se irguió sobre las patas y parpadeó con los ocho ojos brillantes en su dirección, antes de dar un salto en el aire con un destello leonado. Se subió al hombro de Violet, y ella sonrió al notar al animal sobre su piel. El pecho se le llenó de calidez, que le burbujeó por las venas.

Era igual que quitarse una venda de los ojos. No se había percatado de lo sorda que había estado hacia el mundo; ahora, sus nervios parecían chisporrotear con electricidad. Los colores parecían más intensos que nunca, al otro lado de la ventana el mundo exterior llameaba con la luz del sol y el golpeteo de las pinzas de Quilates era milagroso en sus oídos.

Volvía a ser ella.

Violet se alisó el pelo y la ropa, y comprobó en el espejo que estuviera presentable antes de bajar las escaleras. Recordó lo que Padre le había dicho la otra noche después de cenar. Esperaba que fuera una «presencia alegre y elegante por la casa» y agradable con su primo Frederick. Puaj.

Mientras bajaba las escaleras, oyó a Padre hablando en el recibidor. Una burda carcajada retumbó por toda la casa. Era tan potente que Violet oyó chirriar de miedo a la familia de herrerillos que vivían en el tejado. Su primo Frederick ya le caía mal.

En cuanto llegó al vestíbulo, vio que el propietario de la tosca risotada era un joven de espalda recta que vestía uniforme de color arena. Sonrió al verla acercarse y mostró una dentadura blanca y

perfecta. Debajo de la gorra de oficial, sus ojos eran verdes. El color favorito de ella. Padre, que acababa de contarle una historia absurda, le dio una palmada en la espalda. Graham se encontraba a un lado en una rara postura, como si no supiese qué hacer con las manos.

—Frederick —dijo Padre—, me gustaría presentarte a mi hija, tu prima. La señorita Violet Elizabeth Ayres.

—Hola —la saludó Frederick, y le tendió la mano—. ¿Cómo estás?

—Hola —respondió Violet. Notó la mano de él caliente y callosa. De cerca, su primo olía a una especie de colonia picante. No sabía por qué, pero la muchacha de pronto se sintió mareada. Se preguntó si sería una respuesta normal a los varones jóvenes. Nunca había conocido a ninguno más que a Graham y al segundo ayudante del jardinero, Neil, un chico con dientes de conejo y de rostro pálido que había fallecido en la batalla de Boulogne-sur-Mer.

—Violet, ¿dónde están tus modales? —la reprendió Padre.

—Lo siento —dijo—. ¿Cómo estás?

Frederick sonrió.

Padre llamó con una campana a Penny, que al ver a Frederick se ruborizó y casi olvidó hacerle una reverencia. Padre le pidió que lo condujera a su habitación. La cena estaría servida a las ocho, informó.

—Sed puntuales —dijo Padre mirando a Violet.

Para la cena, Violet se puso su vestido favorito: de sarga verde con falda larga y cuello Peter Pan. Como la prenda no tenía bolsillos, guardó la pluma entre las páginas amarillentas de los hermanos Grimm. Se sentó delante de Frederick y se atrevió a lanzarle alguna que otra mirada. La embriagaba contemplarlo; la línea marcada de la mandíbula, las manos grandes y doradas con oscuros matojos de vello sobre los nudillos. Se parecía tan poco a Padre —cuyas manos parecían dos jamones— que su primo bien podría ser de una especie distinta. La repelía y la fascinaba a partes iguales.

Estaba intentando precisar cuál era el tono exacto de sus ojos —

decidió que del mismo color que la hierba de la bruja que crecía junto a las raíces del haya— cuando el joven la miró directamente. Violet se encogió.

—¿Cómo se encuentran tus padres, Frederick? —le estaba preguntando Padre. Al parecer, el padre de Frederick era Charles, el hermano pequeño de Padre, a quien Violet y Graham no habían visto nunca. Por lo visto, por la familiaridad con que se hablaban, Padre y Frederick habían mantenido una incesante relación epistolar durante varios años. Saberlo hizo que Violet se sintiese un poco más pequeña en su silla. ¿Por qué Padre no había querido hasta ahora que conociese a su único primo? Recordó la falta de visitas, la prohibición de salir de la propiedad.

—Tan bien como cabe esperar, supongo —contestó Frederick—. Después del bombardeo alemán sobre Londres, mi madre sigue un poco con los nervios a flor de piel. No dejo de insistirles en que abandonen la capital, donde hay demasiados recuerdos, pero no me escuchan. Antes de regresar al frente, iré a Londres a hacerles una visita. Pero primero quería disfrutar un poco del aire de la campiña.

—¿Creciste en Londres? —preguntó Violet cuando encontró la voz. La mera idea la horrorizaba. Todo lo que sabía de Londres procedía de artículos de periódico y de novelas de Dickens. En su cabeza, era un lugar sombrío y abarrotado de hollín, sin animales, a excepción de los perros sarnosos que campaban por los callejones—. ¿Cómo es?

—Bueno, me pasé la mayor parte del año en el internado —dijo Frederick—. En Eton, por supuesto. —Graham se puso rígido y se miró el plato—. Pero es una ciudad maravillosa. Está llena de vida y de color. O lo estaba antes de la guerra.

—Pero… ¿hay algún árbol? —se interesó Violet—. No me imagino vivir en un sitio sin árboles.

Frederick se rio y bebió un sorbo de vino. El destello verde claro de su mirada volvió a posarse en ella, como la luz del sol en un bosque.

—Pues sí. De hecho, mis padres viven en Richmond, justo al lado del parque. ¿Has oído hablar de Richmond?

—No —dijo Violet.

—Es precioso. Unos doscientos acres de bosque en las mismísimas afueras de Londres. A veces incluso se ven ciervos por allí.

—¿Has pensado en lo que te gustaría hacer cuando termine la guerra, Frederick? —lo interrumpió Padre.

—Bueno, había pensado en trasladarme a Londres y alquilar algo durante un tiempo; quizá en Kensington, si sigue en pie, claro… Mi paga me lo permitirá. Se me ocurrió escribir un libro sobre la guerra. Pero ahora…

—¡Sí! ¿Sabes qué título le pondrías? ¿*Tormento en Tobruk*? En tu última carta me lo comentabas. Parecía una aventura muy emocionante. ¿Has cambiado de parecer?

—Todavía no estoy seguro —empezó Frederick—. Pensé en estudiar Medicina, tal vez. Uno ve muchas cosas en una guerra…, mucha muerte. —Observaba a Violet—. Pero también milagros. Compañeros que volvían del final del túnel. En un hospital de campaña, los médicos son… como Dios.

Le siguió una extraña pausa. Padre se aclaró la garganta.

—Creo que lo que intento decir —se apresuró a añadir Frederick— es que, cuando todo haya acabado, me gustaría contribuir de alguna manera, mejorar la vida de la gente.

—Una aspiración muy noble —terció Padre, asintiendo.

—¿Podrías ver un cuerpo por dentro? —preguntó Violet—. ¿Y aprender cómo funciona? Si estudiases Medicina, quiero decir.

—Violet. —Padre frunció el ceño—. Una conversación muy poco apropiada para una señorita.

Frederick se echó a reír.

—No me importa, tío —dijo—. La señorita tiene razón, además. Para ser médico, primero debería estar familiarizado con el funcionamiento del cuerpo humano. Íntimamente familiarizado.

Seguía mirando a Violet sin pestañear.

# 12
# KATE

Kate contiene la respiración mientras marca el número de teléfono.

En el dormitorio entran rayos del sol de media tarde, que iluminan partículas de polvo en suspensión. Por la ventana, ve las montañas que rodean el valle, moradas y lejanas.

El teléfono sigue sonando. En Canadá hay —intenta recordar— cinco horas menos, así que allí será media mañana. Su madre estará ocupada en su trabajo como recepcionista de un centro médico. Quizá no le responda. Kate casi lo desea.

*No respondas*.

—¿Diga?

Se le cae el alma a los pies.

—Hola, mamá. Soy yo.

—¿Kate? Ay, gracias a Dios. —La voz de su madre suena nerviosa, preocupada. Kate oye de fondo teléfonos de oficina, débiles conversaciones—. Espera un segundo.

Una puerta se abre, se cierra.

—Perdona, he tenido que ir a un sitio más tranquilo. ¿Desde dónde me llamas? ¿Qué pasa?

—Tengo un móvil nuevo.

—Madre mía, Kate, pensé que me daría algo. Simon me ha llamado hace una hora. Dice que te has marchado, que te has dejado el móvil.

La culpabilidad anida en su interior.

—Perdona, debería haberte llamado antes. Pero escucha, estoy

bien. Es que… tenía que escapar.

Hace una pausa. La sangre le sube hasta los oídos. Una parte de ella quiere contarle la verdad. Lo de Simon, lo del bebé. Pero es incapaz de formar las palabras, de obligarlas a que emerjan entre sus labios. De romper el hielo.

*Me ha maltratado.*

Su madre ya ha sufrido mucho por su culpa. Incluso el mero hecho de oír su voz lo devuelve todo al presente: los largos días después del accidente, cuando su madre apenas salía de la habitación de sus padres. Volver de la escuela y encontrársela con rostro ceniciento y sollozando, la cama llena de la ropa de su padre.

—Todavía huele a él —había dicho antes de hundirse en la pena. En ese momento, Kate deseó no haber nacido.

Años más tarde, cuando su madre se casó con Keith, un médico canadiense, le había propuesto a Kate que se mudara a Toronto con ellos. Podrían empezar de cero, le había dicho. Juntas.

Kate se negó, insistió en que quería quedarse en Inglaterra para terminar la universidad. Pero en realidad no quería arruinar la segunda oportunidad de su madre para ser feliz. Sus esporádicas conversaciones —que pasaron de ser semanales a mensuales— eran forzadas, extrañas. Era lo mejor, se dijo Kate. Su madre estaba mejor sin ella.

—¿Escapar de qué? —le pregunta ahora su madre—. Por favor, Kate… Soy tu madre. Cuéntame lo que está pasando.

*Me ha maltratado.*

—Es… complicado. Es que no funcionaba. Así que he querido alejarme una temporada.

—Vale. Muy bien, cariño. —Kate oye la resignación en su voz—. ¿Dónde has ido, entonces? ¿Te quedas en casa de alguna amiga?

—No… ¿Te acuerdas de Violet, la tía de papá? ¿La que vivía en Cumbria, cerca de Orton Hall?

—Ah, sí, vagamente. Siempre me pareció un pelín excéntrica… No sabía que estabais en contacto.

—No lo estábamos —confiesa—. O sea, a ver. De hecho, murió.

Murió el año pasado y me dejó su casa en herencia. Supongo que no le quedaba más familia.

—No me lo habías comentado. —Kate oye el dolor que tiñe la voz de su madre—. Yo debería haber seguido en contacto con ella, a tu padre le habría gustado.

Las entrañas de Kate se cierran por la culpa. Por eso lo mejor es que no hablen. Le ha vuelto a hacer daño a su madre, como siempre.

—Lo siento, mamá… Debería habértelo contado.

—No pasa nada. Bueno, y ¿cuánto tiempo piensas quedarte allí? Ya sabes que siempre puedes venir aquí. O… ¿podría ir yo para allá?

—No hace falta que vengas —se apresura a decir Kate—. No pasa nada. Estoy bien. En fin… Siento lo de la tía Violet. Debería irme, mamá. Te llamaré dentro de unos días, ¿vale?

—Vale, cariño.

—Espera… ¿Mamá?

—¿Sí?

—No se lo digas. A Simon. No le digas dónde estoy. Por favor.

Cuelga enseguida para interrumpir las preguntas de su madre.

Las lágrimas le nublan la visión. Tantea a ciegas en busca de la caja de pañuelos de la mesita de noche, que guarda un precario equilibrio sobre una alta pila de revistas *New Scientist*, y la derriba. Varias cosas caen al suelo.

—Joder. —Se agacha a recogerlo todo. Necesita recomponerse.

Al suelo ha caído también un joyero esmaltado, con mariposas incrustadas. Lo que contenía se ha esparcido por los tablones de madera y brilla bajo el sol. Pendientes desparejados, un par de anillos oxidados, un collar sucio con un colgante de aspecto maltrecho. Aturullada, lo mete todo en el joyero y ordena la superficie de la mesita de noche.

Hay una fotografía de Graham, su abuelo, detrás de la montaña de revistas científicas. Kate nunca lo había visto tan joven: su pelo todavía es rojizo, y varios mechones se levantan por el viento. Murió cuando ella tenía seis años, y de él solamente guarda recuerdos vagos y fragmentados. Su abuelo solía leerle, sobre todo *Los cuentos de los*

*hermanos Grimm*, y la rica resonancia de su voz la transportaba a otro mundo.

Aunque ahora, al contemplar la imagen, otro recuerdo se enciende en los límites de su cerebro. Su funeral, allí, en Crows Beck.

Se agarraba a la mano de su madre y miraba las nubes bajas que flotaban en el cielo. Creía que iba a ponerse a llover. El cementerio era todo musgo y piedra y árboles, estaba lleno de pájaros y de insectos, y Kate recuerda que era estruendoso. Tanto que apenas pudo oír el discurso del vicario.

Más tarde, sus padres y ella se dirigieron a la cabaña Weyward a tomar el té. La única otra vez en que puso un pie en el interior de la choza, la única vez que vio a la tía Violet.

Le llega un impreciso recuerdo verde. La puerta verde, el papel pintado de las paredes —también verde—, tía Violet llevando un viejo vestido suelto. Se acuerda del olor de su perfume: a lavanda, el aroma que todavía permanece en el dormitorio. Kate intenta conjurar más detalles, pero es incapaz; su memoria está demasiado confusa, como si sus extremos estuvieran desgastados.

En realidad, había olvidado que tenía una tía abuela, hasta que recibió la llamada del abogado.

Sin que sea la primera vez, se pregunta por qué Violet le dejó la cabaña a una sobrina nieta a la que no había visto en veinte años.

—Es usted el único familiar de ella que sigue vivo —le había respondido el abogado con fuerte acento del norte cuando Violet le formuló esa misma pregunta. Pero eso daba pie a más preguntas que a respuestas. Por ejemplo: ¿por qué su tía abuela nunca se había puesto en contacto con ella mientras vivía?

Más tarde, Kate decide explorar el jardín aprovechando que todavía hay luz.

Ha crecido sin orden ni concierto y desprende un fuerte olor a plantas que ella no reconoce. Unas hojas verdes y peludas le rozan los

zapatos perdiendo plateados regueros de savia. Los helechos crujen en el viento.

Kate vacila al acercarse al anciano sicómoro y recordar los cuervos de la primera noche. Mira hacia el cielo, hacia las ramas alargadas, rojas por el sol del atardecer. El árbol debe de tener cientos de años. Se lo imagina haciendo las veces de centinela durante generaciones, manteniendo a salvo la cabañita bajo su sombra. Kate extiende un brazo y apoya la palma en la corteza.

Le parece que desprende calor. Vida.

El aire cambia. De repente, le apetece volver adentro. En el jardín hay algo que le resulta agobiante, abrumador. Como si ya no hubiese ninguna barrera entre el mundo exterior y sus nervios.

Se recuerda a sí misma que está a salvo. No volverá adentro. Todavía no.

Se adentra más en el jardín escuchando el zumbido de los insectos, el agua que fluye sobre las piedras. El arroyo resplandece más abajo. Kate desciende hasta la orilla y se agarra a las retorcidas raíces del sicómoro para no perder el equilibrio. El agua es tan cristalina que deja ver los peces diminutos, cuyos cuerpecitos centellean en la puesta de sol. Un insecto revolotea cerca de ella. No recuerda cómo se llama: es más pequeño que una libélula y tiene delicadas alas nacaradas. Sobrevuela la superficie del riachuelo. Kate se queda un buen rato allí, escuchando los pájaros, el agua, los insectos. Cierra los ojos y los abre de nuevo cuando nota algo que le acaricia la mano. Es la criatura parecida a una libélula con las alas iridiscentes. La denominación correcta se abre paso desde las profundidades de su cerebro: un caballito del diablo.

Para su sorpresa, se le llenan los ojos de lágrimas.

Cuando era pequeña, los insectos la fascinaban. Recuerda haberle suplicado a su madre que no matara las polillas que revoloteaban en los armarios ni las arañas que tejían vaporosas redes que colgaban del techo. Coleccionaba libros con vívidas ilustraciones sobre insectos. También sobre pájaros. Se escondía debajo de las mantas para leerlos en las breves y silenciosas horas de la mañana, mientras sus padres

dormían en la habitación de al lado. Ahora le duele pensar en esa niña, en su inocente asombro: linterna en mano, pasaba las brillantes páginas y se maravillaba ante las fantásticas y salvajes criaturas. Mariposas con ojos en las alas, loros con plumajes de color caramelo.

Cuando murió su padre, Kate metió todos los libros en una vistosa caja y los dejó en la acera, delante de la casa. Se despertó por la noche, con el corazón lleno de arrepentimiento, y salió a recuperarlos, pero ya habían desaparecido.

Kate lo interpretó como una señal, una confirmación de lo que ya sabía. Era demasiado peligroso que estuviese cerca de los insectos, los animales y los pájaros que tanto adoraba. Ya había provocado la muerte de su padre. ¿Y si también le hacía daño a su madre?

Guardó los otros libros —*Los cuentos de los hermanos Grimm, El jardín secreto*—, las historias que habían sido su salvavidas durante las largas noches en que el único indicio de vida del dormitorio de su madre era el destello de neón del televisor por debajo de la puerta. La ficción se convirtió tanto en amiga como en cobijo seguro, un capullo que la protegía del mundo exterior y de sus peligros. Podía leer cuentos sobre pájaros, pero debía evitar a toda costa los petirrojos que se reían en el patio trasero.

Y también se quedó con el broche, que llevaba en el bolsillo para los partidos de *netball*, los exámenes y hasta su primer beso. Como si fuera un amuleto de buena suerte en lugar de un recordatorio de lo que había hecho, de lo que era. Un monstruo.

El broche ahora está desgastado; el oro, opaco y negro por los años transcurridos. Tiempo atrás era bonito; recuerda que cuando era muy pequeña jugaba con él y los cristales resplandecían bajo el sol hasta dar la impresión de que las alas casi se movían. No recuerda de dónde lo sacó. Quizá aquel triste momento —cuando lo apretó fuerte mientras alejaban el cuerpo sin vida de su padre— haya bloqueado todas las demás asociaciones, como un foco potente.

Una cruz de madera, erosionada y verde por los líquenes, está clavada entre las raíces del sicómoro.

No tiene nombre ni fecha. Pero cuando Kate se inclina ve el vago

contorno de unas letras puntiagudas. «R. I. P.».

El sol ha desaparecido detrás de oscuras nubes, y nota en la piel los primeros aguijonazos de la lluvia.

Cuando se incorpora delante de la cruz, el jardín parece acrecentarse con los sonidos. Percibe su piel en carne viva y abierta, como la de un animal que acaba de nacer. En el estómago y en las venas tiene la sensación de que hay algo que quiere entrar. O que quiere salir.

Echa a correr; las extrañas plantas codiciosas dejan manchas verdes y rojas en su ropa. Kate cierra la puerta tras de sí, corre las cortinas de las ventanas para dejar de ver el jardín y el sicómoro. La cruz. La madera cubierta de verde, el modo en que sobresale entre las raíces del árbol.

No puede ser la tumba de una persona, ¿verdad? A fin de cuentas, la cabaña es tan vieja… Recuerda lo que le dijo la cajera. «De hace varios siglos». ¿Y si se trata de un Weyward?

Había albergado la esperanza de descubrir más cosas en los papeles de la tía Violet. Sin embargo, la carpeta que encontró debajo de la cama no contenía nada anterior a 1942, y tampoco nada acerca de la propia cabaña ni de cualquiera que hubiese vivido allí antes que la tía Violet.

Y entonces recuerda que hay un desván. Ha visto una trampilla, ¿no es así? Se encuentra en el techo del pasillo. Tal vez ahí arriba haya algo.

El último peldaño de la escalera cruje cuando Kate apoya el pie en él. Dios sabe lo vieja que es; la ha encontrado oxidándose contra la parte trasera de la cabaña, medio cubierta de hiedra trepadora. Ignorando la protesta de la escalera, abre la trampilla.

El desván de la tía Violet es enorme, lo bastante grande como para que casi pueda ponerse en pie. Enciende la linterna del móvil, y las oscuras siluetas toman forma.

Las paredes están atestadas de estantes en los que relumbran numerosos insectos preservados en tarros. La estancia está presidida por una cómoda gigantesca. Incluso bajo la luz de la linterna se ve desgastada y muy vieja, quizá más incluso que el resto de los muebles de la cabaña. Tiene dos cajones.

Kate abre el primer cajón de la cómoda. Está vacío. Luego intenta abrir el segundo, que está cerrado con llave.

Vuelve a palpar los recovecos del primer cajón, por si acaso ha pasado por alto algo, alguna pista. Suelta una áspera exhalación cuando toca un paquete con los dedos. Lo extrae y ve que está envuelto en una tela raída. Decide no abrirlo allí, en la penumbra. Algo se mueve por el tejado, y el corazón le sube por la garganta.

Desciende entre la luz amarilla de la linterna, con el paquete bien sujeto en la mano, cuyo polvo termina posándose sobre su propia piel.

Prenderá un fuego, se preparará una taza de té, encenderá todas las luces posibles. Y entonces le echará un vistazo. Qué raro que el otro cajón esté cerrado con llave. Es casi como si la tía Violet estuviese escondiendo algo.

# 13
# ALTHA

Contemplé cómo Grace juraba sobre una Biblia decir la verdad y nada más que la verdad. El fiscal se levantó del asiento y se encaminó lentamente en su dirección. Vi que los ojos de Grace buscaban los míos.

Yo quería apartar la mirada, quería taparme la cara con las manos y hacerme un ovillo en el suelo, pero no podía. Nos observaba demasiada gente. Me había convertido en la principal atracción de Lancaster. En los bancos, los hombres me señalaban a sus esposas, las madres mandaban callar a sus hijos mugrientos. Había un rumor grave y constante. «Bruja», los oí decir. «Que cuelguen a la bruja».

El fiscal comenzó a hablar.

—Por favor, diga su nombre completo para los miembros del tribunal.

—Grace Charlotte Milburn —respondió en voz baja. Tan baja que le tuvieron que pedir que lo repitiera.

—Y ¿dónde vive, señora Milburn?

—En la granja Milburn, cerca de Crows Beck.

—Y ¿con quién vivía allí?

—Con mi esposo. John Milburn.

—Y ¿tiene hijos?

Grace hizo una pausa. Se llevó una mano a la cintura; llevaba un vestido de lana gris oscuro, lo bastante grueso como para ocultar su silueta. Deseé que no me mirase.

—No.

—¿Puede contarle al tribunal qué actividad desempeñan en la granja Milburn? ¿Son agricultores o ganaderos?

—Ganaderos.

—¿Qué animales crían?

—Vacas —susurró—. Vacas lecheras.

—Y ¿cómo se adueñó su marido de la granja Milburn?

—La heredó, señor. De su padre.

—Así que él vivió allí desde que nació.

—Sí.

Uno de los jueces se aclaró la garganta. El fiscal se lo quedó mirando.

—Tenga paciencia, su señoría. Todo esto es relevante en los cargos que penden sobre la acusada.

—Puede continuar. —El juez asintió.

El fiscal se giró hacia Grace.

—Señora Milburn. ¿Diría usted que su esposo estaba familiarizado con las vacas? ¿Con las costumbres y los hábitos de esos animales?

—Sí, señor, por supuesto. —Grace dudó—. Ser granjero corría por sus venas.

—Y ¿las vacas en particular de la granja estaban familiarizadas con él?

—Todos los días las llevaba de la vaquería a las pasturas y a la inversa, señor.

—Ya veo. Gracias, señora Milburn. Y ahora, ¿sería capaz de describir al tribunal los hechos que tuvieron lugar el día de Año Nuevo de este año del Señor de 1619?

—Sí, señor. Me levanté al alba como siempre, señor, para dar de comer a las gallinas y preparar el potaje. John ya estaba en pie, había ido a ordeñar a las vacas y a trasladarlas a las pasturas.

—Y ¿John lo hacía solo o contaba con algún tipo de ayuda?

—Contaba con ayuda, señor. El muchacho de los Kirkby le echa una mano, le echaba una mano, los martes y los jueves.

—Y ¿ese día era martes?

—Sí.

—¿Qué sucedió a continuación?

—Me preparaba para ir a recoger agua del pozo para lavar la ropa, señor. Había agarrado la jofaina y miré por la ventana. Quería ver cuán espesa era la nieve, señor, para saber si necesitaba ponerme los guantes.

—Y ¿qué vio, señora Milburn, cuando miró por la ventana?

—Vi a las vacas, señor, que salían de la vaquería y se dirigían a las pasturas, seguidas de John y del joven Kirkby.

—Y ¿cómo vio a las vacas? ¿Le parecieron… nerviosas? ¿Agresivas de algún modo?

—No, señor —respondió.

Supe lo que vendría acto seguido. El pánico me mareó, como si fuera a desmayarme. Di gracias por que nadie pudiera ver mis manos engrilletadas ni cómo brillaban por el sudor. Me las sequé con la falda del vestido.

—Por favor, continúe, señora Milburn.

—Verá, estaba mirando por la ventana, pero luego se me cayó la jofaina, señor. El estruendo metálico fue tremendo, tan fuerte que pensé que incluso Dios lo habría oído. Me agaché para recogerla del suelo. Mientras estaba agachada, oí ruidos afuera, como un trueno. Pensé que quizá se avecinaba una tormenta. Y entonces oí gritar al joven Kirkby.

—¿Gritar? ¿Qué decía?

—Al principio, nada que tuviera demasiado sentido. Solo aullaba. Pero luego empezó a pronunciar el nombre de mi esposo una y otra vez.

—¿Qué hizo usted a continuación?

El corazón me latía fuerte en los oídos. Los confines de mi visión se emborronaron. Deseé poder beber un poco de agua. Deseé que nada de aquello hubiese ocurrido. Deseé ser una niña feliz que trepaba por los árboles con Grace. Que señalaba los pinzones, los escarabajos brillantes; que se deleitaba con la maravillosa sonrisa de mi amiga.

—Salí, señor.

—Y ¿qué fue lo que vio?

—Las vacas estaban diseminadas por los prados. Algunas respiraban con dificultad y tenían los ojos muy abiertos, como si hubiesen echado a correr. El joven Kirkby seguía chillando, inclinado sobre algo. Al principio no vi a John. Pero entonces vi que… mi John… era el bulto que había en el suelo.

Las lágrimas empañaron la voz de Grace. Agarró un pañuelo y se enjugó los ojos. El público murmuró con compasión. Noté los ojos de todos clavados en mí, volví a oír los siseos. «Bruja». «Ramera».

—Y ¿puede describir al tribunal en qué condición estaba su esposo en esos momentos, señora Milburn?

—Estaba… No parecía él, estaba irreconocible, señor. —Hizo una pausa y se relamió los labios mientras se tranquilizaba.

—¿De qué manera?

—Tenía los brazos y las piernas retorcidos, señor. Y su cara… Su cara ya no estaba allí.

Un recuerdo asciende por mi garganta como si de vómito se tratara. Ese rostro, magullado y grumoso como la mermelada de ciruelas. Sin dientes. Un ojo vacío y supurando.

—Mi John estaba muerto, señor. Se había ido.

Se le quebró la voz con la última palabra. Lloró con elegancia, la cabeza inclinada bajo la capa blanca, los hombros ligeramente encorvados por el dolor.

Había cautivado a toda la sala. En los bancos, los hombres consolaban a sus esposas, que se habían echado a llorar, compasivas. Ante el jurado, Grace era el vivo retrato de la pena. Pareció que incluso los jueces habían suavizado su expresión.

El fiscal, sin lugar a dudas consciente de todo ello, prosiguió con amabilidad.

—¿Podría decirme lo que sucedió después, señora Milburn, por favor?

—Fue entonces cuando la vi corriendo hacia mí desde los árboles.

—¿A quién? —le preguntó.

—A Altha —respondió Grace en voz baja.

—Por favor, señora Milburn, ¿sería tan amable de señalarla entre

los presentes en la sala?

Me miró y levantó lentamente una mano. Hasta desde la distancia vi que sus finos dedos estaban temblando. Me señaló.

Los bancos estallaron.

Uno de los jueces llamó al orden. Poco a poco, los gritos se acallaron.

El fiscal prosiguió.

—¿Le sorprendió ver a Altha Weyward allí?

—Todo era muy confuso, señor. No recuerdo qué sentí cuando la vi. Estaba… sobrepasada por la situación.

—Pero habría sido una casualidad inusual, supongo, ver a la acusada en los extremos de las pasturas cuando el sol había salido hacía poco, ¿no es así?

—Inusual no, señor. Todo el mundo sabe que sale a dar paseos muy temprano.

—Entonces, ¿usted ya la había visto antes? ¿Paseando por la mañana cerca de su granja?

—Sí, señor.

—¿Con frecuencia?

—No diría que con frecuencia, señor. —Vi que Grace sacaba la lengua para humedecerse los labios—. Pero una o dos veces sí que la había visto.

El fiscal frunció el ceño.

—¿Es tan amable de proseguir, señora Milburn? ¿Qué ocurrió después de que viese a la acusada en las pasturas?

—Echó a correr hacia mí. Me preguntó qué había pasado. No recuerdo demasiado bien lo que dije, señor. Estaba demasiado… conmocionada, ya se imagina. Pero me acuerdo de que se quitó la capa y con ella cubrió el cuerpo de John, y después le pidió al joven Kirkby que fuera a buscar al médico, el doctor Smythson. A mí me llevó adentro a esperar.

—Y ¿cuándo llegaron el doctor y el joven Kirkby?

—Al cabo de poco, señor.

—¿El doctor le dijo algo?

—Me dijo lo que yo ya sabía, señor. Que mi John había muerto. Era imposible traerlo de vuelta.

Su pequeña cabeza se inclinó de nuevo. Los hombros se sacudieron.

—Gracias, señora Milburn. Constato que tener que revivir esa gran tragedia la ha afectado en el ánimo. Le agradezco la valentía y la ayuda en esta cuestión. Solo debo hacerle unas pocas preguntas más antes de que pueda irse.

El fiscal recorrió la sala de un lado a otro antes de tomar la palabra de nuevo.

—Señora Milburn, ¿cuánto tiempo hace que conoce a la acusada, a Altha Weyward?

—La conozco desde siempre, señor. Como a la mayoría de los aldeanos.

—Y ¿cuál ha sido la naturaleza de su relación con ella a lo largo del tiempo?

—Éramos… amigas, señor. Cuando éramos pequeñas.

—Pero ¿ya no lo son?

—No, señor. No desde que teníamos trece años, señor.

—Y ¿qué ocurrió cuando usted y la acusada tenían trece años? ¿Qué fue lo que provocó que la amistad remitiera, señora Milburn?

—¿Que remi… qué?

—Que terminara. ¿Qué provocó el fin de la amistad?

Grace se miró las manos.

—Mi madre cayó enferma, señor. De escarlatina.

—Y ¿qué tiene eso que ver con la acusada?

—Ella y su madre…

—¿Jennet Weyward?

—Sí… Jennet y ella se presentaron para tratar a mi madre.

—Y ¿puede contarle al tribunal qué resultado tuvo ese tratamiento, por favor?

Grace me miró antes de hablar, con voz tan baja que tuve que esforzarme para oírla.

—Mi madre murió, señor.

# 14
# VIOLET

Violet buscaba algo que ponerse.

Padre le había dicho que después de desayunar saldrían con Frederick a practicar tiro al plato. A Violet no le gustaba disparar. Nunca había disparado a ningún animal, por supuesto (incluso Padre sabía que no debía pedírselo), pero aun así tampoco le agradaba cómo el tiro al plato sobresaltaba a los pájaros de los árboles. Además, siempre le preocupaba que una bala dirigida a un plato fuera a alcanzar a un pájaro. Adoraba las palomas torcaces, con ese plumaje tan bonito y sus amables trinos. Violet las oía ahora, animando la mañana.

Se preguntó si a Frederick le gustarían los pájaros y los animales tanto como a ella. Pensar en Frederick, en el calor que le provocaron sus ojos, le dio un vuelco en el estómago. Temía y deseaba verlo al mismo tiempo. El año anterior, en uno de los libros de texto de Graham había leído acerca de los campos magnéticos, y a Violet le pareció que Frederick contaba con un campo magnético propio, que tiraba de ella como si de una marea se tratase.

Hoy podría hablar con él. Mientras desayunaban o mientras disparaban. Pero ¿querría Fredrick hablar con ella? Por más que tuviera dieciséis años, Violet se sentía —y, peor aún, parecía físicamente— una niña. Frunció el ceño ante el espejo. Se había puesto una falda y una chaqueta de áspero *tweed* y sus rígidos zapatos. La chaqueta y la falda eran demasiado grandes para ella (la tata Metcalfe las había encargado una talla mayor con la promesa de que

Violet «crecería y le irían bien»), que todavía hacía que se sintiese menor de lo que era.

El pelo le caía más allá de los hombros en unas ondas oscuras y resplandecientes. Ojalá supiera cómo recogérselo en un elegante moño —o por lo menos con horquillas, como hacían las mujeres de aspecto moderno que sonreían en los anuncios de los periódicos de Padre—, pero lo máximo a lo que aspiraba era a una torpe trenza. Podría haber pasado por una chiquilla de doce años.

Antes de rendirse y bajar las escaleras, se aseguró de que llevaba debajo de la blusa el colgante de su madre. Padre ni siquiera sabía que todavía tenía ese collar. Le había ordenado a la tata Metcalfe que se lo confiscara cuando Violet tenía seis años (por suerte, la mujer se había apiadado de su ataque de llanto y se lo había devuelto). Y ahora se preguntaba si a Padre le resultaría doloroso ver el colgante.

Casi se había metido la pluma en el bolsillo, pero consideró más oportuno no hacerlo. ¿Y si Padre la veía? Era demasiado arriesgado. Al final se limitó a llevársela a la nariz durante unos instantes para inhalar su oscuro e intenso aroma, el suave toque a lavanda, antes de guardarla en el escondrijo dentro de las páginas de los hermanos Grimm.

Violet seguía sin haber averiguado por qué esa palabra, Weyward, estaba grabada en el revestimiento de su habitación. Se había quedado despierta hasta la una de la madrugada buscando nuevas pistas en su cuarto, pero no había encontrado nada que no fuera polvo y unos cuantos excrementos de rata. Si Weyward era de verdad el apellido de su madre, y si ella fue de verdad quien lo dejó escrito sobre la pintura, Violet era incapaz de descifrar el porqué. ¿Acaso aquel dormitorio antes había sido el de su madre? Violet había supuesto que habría compartido la habitación de Padre… Aunque la idea de que una mujer ocupase aquella estancia ventosa y con tartanes le parecía inadecuada, como el canto de un petirrojo fuera de temporada.

Cuando su madre vivía, Violet dormía en el cuarto de los niños, y era demasiado pequeña como para recordar cuál era la habitación que ocupaba su madre por aquel entonces. Todavía se acordaba del dolor

que sintió cuando la trasladaron de la habitación de los niños después del incidente con las abejas. Había echado mucho de menos las gigantescas ventanas guillotina y la suave cadencia de los ronquidos de Graham por la noche. Su nuevo dormitorio era el más pequeño de la casa, con las paredes pintadas de un amarillo grasiento que le hacía pensar en pescado rebozado.

Con el tiempo, sin embargo, se había vuelto tan familiar para ella como su propio cuerpo, con el techo inclinado, el aguamanil de esmalte desportillado y las cortinas raídas (que también eran amarillas). Pensaba que conocía la estancia como si fuera la palma de su mano. Le costaba creer que ese lugar le hubiese ocultado secretos durante tantos años. Era casi como una traición.

¿Tal vez podría preguntarle a uno de los criados acerca de su habitación? Pero entonces recordó cómo la señora Kirkby había eludido su pregunta acerca del apellido de su madre. Le estaban escondiendo algo.

Violet estaba convencida.

La señora Kirkby se había superado con el desayuno: la mesa estaba abarrotada de una cantidad de comida casi como en la preguerra: platos de plata con judías cocidas, huevos revueltos, riñones y hasta beicon. (Violet tuvo el espantoso presentimiento de que el beicon procedía de una de sus cerdas, un animal inteligente de nariz rolliza al que ella le había enseñado a responder al nombre de Jemima).

Por el modo en que *The Times* estaba doblado en la silla que solía ocupar Padre, Violet sabía que él ya había desayunado. Graham no estaba por ninguna parte; Violet nunca lo había visto despierto antes de las 9 de la mañana (para la consternación de Padre).

Frederick estaba sentado a la mesa. Ese día no llevaba su uniforme, sino que vestía unos pantalones informales y una camisa clara, que resaltaba su pelo oscuro y sus ojos verdes. Los primeros tres botones de la camisa estaban desabrochados, y Violet se ruborizó al ver los

diminutos bucles de vello del pecho. Se llenó el plato con judías y huevos, dejando lejos de sí los riñones y el beicon, y se sentó delante de él.

—Buenos días —lo saludó mientras se miraba el plato.

—Buenos días, Violet —le respondió. Violet oyó la sonrisa que flotaba en su voz y levantó la vista. Le sonrió con timidez—. ¿Has dormido bien?

—Pues… muy bien, sí, gracias —dijo. Apenas había dormido nada; se había pasado la noche contemplando el techo, escuchando los ruidos de los murciélagos del desván y pensando en su madre.

Desayunaron en silencio durante un rato, y Violet se esmeró en comer con los mejores modales. Al final, Frederick dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—Tu padre me ha dicho que vendrás a practicar tiro al plato con nosotros —dijo—. Siendo una muchacha de la campiña, espero que tengas muy buena puntería con el rifle.

Violet se limpió enseguida cualquier rastro de salsa de la boca antes de contestarle.

—Ah, pues la verdad es que no. No me gusta demasiado la idea de disparar y matar.

Le ardieron las mejillas al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Perdona —se disculpó—. No quería decir que tú…

—¿Que yo mato? —Frederick se recostó en el respaldo—. Bueno, de hecho, forma parte del puesto de trabajo. Lo acepté al alistarme.

Violet bajó la vista hasta las manchas de judías y huevos de su plato. Los colores eran muy vistosos sobre la vajilla blanca de Wedgwood (Penny había sacado los mejores platos de que disponían en honor de la presencia de Frederick). Violet no estaba segura de querer seguir comiendo. Cuando alzó los ojos, él la estaba observando, a la espera.

—Sí, por supuesto —se apresuró a añadir—. Estás defendiendo a nuestro país. —Abrió la boca de nuevo, y luego se mordisqueó el labio.

—Adelante —la animó—. Pregunta lo que quieres preguntar. No

muerdo.

—Bueno, supongo que me preguntaba si… si habías matado a alguien de verdad.

Frederick se echó a reír.

—¿Sabes? Sí que parece que tuvieras menos de dieciséis años —dijo—. Pero para responder a tu pregunta: sí, he matado. Más de una vez. —Se detuvo. Al proseguir, había una nueva oscuridad en sus ojos —. No te imaginas cómo es. El calor de Libia se te pega día sí y día también. No hay nada más que arena y rocas durante millas. Ni un poco de verde. Te pasas el día arrastrándote por la arena, disparando y recibiendo disparos. Los hombres mueren a tu alrededor. Cuando ves morir a una persona, te percatas de que no hay nada especial en los seres humanos. Solo somos carne y sangre y órganos, no somos distintos del cerdo que nos ha proporcionado este beicon.

»Así que hay polvo y muerte todos los días por todas partes. Me iba a dormir cada noche con polvo en la boca y el olor a sangre en la nariz. Incluso aquí sigo encontrando polvo en mí. Debajo de las uñas, en el pelo, acumulado en las suelas de mis zapatos. Y sigo oliendo la sangre. Todo para que una bonita muchacha inglesa sentada en el comedor de la casa de su padre me pueda preguntar si he matado a alguien.

En ese momento, calló. El sol entraba por las ventanas y calentaba la nuca de Violet. La joven notó hormigueos y calor. Qué estúpida era. ¿Qué la había llevado a formular una pregunta como esa? No le extrañó que estuviese molesto. No se atrevió a mirarlo. Mantuvo la vista clavada en sus manos, entrelazadas sobre su regazo. Luego, mientras se esforzaba por contener las lágrimas, miró hacia el techo.

Oyó un suspiro y luego el repiqueteo de la porcelana cuando él levantó la taza de té y volvió a dejarla en el platito.

—Ay, perdona, Violet. He sido un bruto. Supongo que sigo cansado del viaje.

Violet abrió la boca para decir algo, pero en ese momento Padre entró en la sala vestido de *tweed* con un gorro y la funda de su rifle. Cecil gruñía tras él.

—Buenos días —dijo sonriéndoles de oreja a oreja—. ¡Es maravilloso ver que os lleváis tan bien!

Hacía un día precioso, y Violet esperó que Frederick se animara al ver el valle. Mientras Frederick y Padre le enseñaban a Graham a tirar al plato haciendo una parábola, ella se quedó sentada en la hierba y contempló las suaves y verdes colinas. Una abeja zumbaba cerca, yendo de diente de león en diente de león. Violet pensó en el pobre Frederick, atrapado en Libia, sin una sola porción de verdor ni nada bonito que admirar. Viendo todas esas cosas horribles. Teniendo que hacer todas esas cosas horribles.

Intentó imaginarse cómo sería matar a una persona. No tenía la más remota idea de cómo era un verdadero campo de batalla: ¿veías a la persona a la que disparabas? ¿Debías mirar… cómo moría?

Violet había visto morir a animales. La comadreja que había sido su mascota cuando era pequeña, el camachuelo de pecho rojizo al que Cecil había herido con saña. Había presenciado cómo desaparecía la luz de esos ojos. Había presentido lo asustados que estaban ante lo que se les avecinaba: la desconocida oscuridad que se cernía sobre ellos. Violet no se imaginaba condenar a otro ser humano a ese mismo destino.

Pero el pobre Frederick no había tenido alternativa.

Ahora ya estaban preparados para empezar a disparar, Padre el primero. Ella se mantuvo apartada y observó cómo Graham, que ya sudaba y resoplaba, arrojaba platos por los aires. Los mirlos salieron despedidos de los árboles con el primer disparo. Padre falló.

—¡Lánzalos más arriba, muchacho! —le gritó a Graham.

Frederick dio un paso adelante para disparar. Alzó el rifle con la misma facilidad que si fuera una extensión de su cuerpo. El plato se hizo añicos y los pedazos cayeron en el suelo como si nevara. Padre le dio una palmada en la espalda. Se quedaron un rato hablando —Violet no oyó qué decían— antes de que Frederick se le acercase.

—Tu padre quiere que lo pruebes —le dijo—. Ven, yo te enseño… Es más sencillo de lo que parece.

Violet no respondió. Nunca había disparado con un rifle; por lo general, Padre la dejaba sentarse en la hierba y observar.

Su primo le entregó el rifle y se puso detrás de ella.

—Colócatelo en el hombro, así —le indicó.

El rifle pesaba muchísimo. Los brazos de Violet temblaban ante el esfuerzo de levantarlo. El metal resultaba frío al tacto, y un poco húmedo por el sudor de Frederick. De reojo vio que Graham los contemplaba.

—Yo te ayudo —oyó que le decía Frederick desde atrás, tan cerca de ella que su aliento le provocaba cosquillas en la oreja—. Mira. Justo así.

Frederick le puso las manos sobre la cintura. Cuando el arma se disparó, Violet cayó hacia atrás sobre los brazos de él.

# 15
# KATE

Kate bebe un buen sorbo de té antes de abrir el paquete. Al desenvolver la tela, que está moteada de blanco por el moho, percibe un aroma suave y empalagoso. En el interior hay un hatajo de cartas. La tinta se ha descolorido hasta adoptar un anodino tono marrón y el papel está arrugado y amarillea. La primera carta está fechada el 20 de julio de 1925.

Mi querida Lizzie:

No he dormido en toda la semana porque he pensado mucho en ti.

Afuera, el mundo es brillante y verde por el verano, y hasta el joven Rainham está lleno de energía. Pero yo no soporto los días largos. De hecho, los detesto. Detesto todos y cada uno de los días que separan el ahora del momento en que vuelva a verte.

Nada me tranquiliza; ni siquiera salir a cazar me supone un consuelo. Lo único que hago es andar con cara mustia, como un hombre atormentado.

Deseo que vengas y te reúnas conmigo en la casa. De verdad pienso, mi amor, que aquí serás feliz, mucho más que en esa fría y húmeda

cabaña. Mientras escribo esta carta, miro por la ventana de mi despacho hacia los jardines. Las rosas han florecido y su delicada belleza no tiene parangón en este mundo, solo tu rostro la iguala.

Y hazme caso, pues he recorrido el mundo. He visto todas las clases de mujeres que existen. Las orientales con el pelo negro azabache y los ojos de obsidiana, las princesas africanas con cuello de cisne enfundado en oro. He visto y admirado muchísimos rostros.

Pero ninguno es comparable con el tuyo.

Ay, tu cara. Sueño con ella noche tras noche. Con tu piel de marfil. Con tus labios, tan rojos como la sangre recién derramada. Con tus ojos oscuros e intensos. Todas las noches me sumo más en los sueños, como un hombre que se ahoga.

Debo tenerte conmigo.

Mi amor, he hablado con el vicario y podrá celebrar la ceremonia dentro de dos semanas. Pero, antes de seguir adelante, tenemos que asegurarnos de que todo esté en orden, como hablamos. Mis padres y mi hermano regresarán el martes de Carlisle. Espero que lleguen a casa al atardecer.

Ahora estamos más cerca que nunca. No debes flaquear sino ser valiente por el bien de nuestra unión. De nuestro futuro. Es como dijo Macbeth:

«¿Quién, con un corazón que ama, y con valentía en el corazón para hacer público ese amor, podría contenerse?».

Como símbolo de nuestra promesa, te adjunto un regalo. Es un pañuelo. Lo encargué en

Lancaster y exigí la mejor de las calidades para mi amor. Para mi futura esposa.

Cuento los días hasta que seas mía.

Siempre tuyo,
Rupert

¿Quiénes son Rupert y Elizabeth? Quizá los antiguos habitantes de la cabaña. Pero no: Rupert se había referido a la casa. ¿Se referiría a Orton Hall, la vieja casa de su familia?

¿Y si estaban emparentados?

Kate hojea entre las demás cartas en busca de más detalles. Rupert escribe acerca de la primera vez que vio a Elizabeth en el pueblo, durante la fiesta del May Day. Según sus palabras, se había quedado «absorto por su piel de marfil y su pelo de cuervo».

Algunas de las cartas hablan de encuentros, siempre al amanecer o al anochecer, cuando a los amantes no los veía nadie. En las palabras de Rupert hay un lúgubre trasfondo, como si el peligro acechara a la pareja, como si las estrellas conspiraran en su contra. ¿Qué era lo que Elizabeth debía afrontar con valentía?

Kate no lo encuentra. Tampoco puede confirmar las identidades de los corresponsales: Rupert no firma con su apellido y no hay ninguna otra referencia a la casa.

La tristeza la embarga. Hay algo en el tono de Rupert que le recuerda a los primeros mensajes que le mandó Simon.

«No puedo dejar de pensar en ti», le escribió después de la tercera cita. «Es como si volviese a tener dieciséis años».

La había llevado a un pequeño restaurante japonés de Shoreditch. Kate se había sentido fuera de lugar entre el resto de las clientas, de pelo brillante y joyas caras. Le había costado mucho decidir el conjunto y les había enviado imágenes de diferentes opciones a sus amigas de la universidad. Quería llevar algo sencillo, un vestido azul marino que tenía desde hacía años, pero una de las chicas, Becky, la había convencido para que se pusiera una de sus camisetas rojas

ceñidas. Era tan escotada que dejaba a la vista su lunar sobre el esternón, una manchita rosa oscuro que odiaba desde que era pequeña.

Al entrar en el restaurante y barrer las mesas con la mirada para divisar a Simon, había sido muy consciente de la ropa que llevaba. Simon se levantó al verla y le sonrió con su perfecta y deslumbrante dentadura. Más tarde, Kate se convenció de que se lo había imaginado, pero en el momento le pareció que en el local se había instalado un fuerte silencio a medida que los otros clientes miraban entre Simon y ella, y pensaban: *¿Con ella? ¿De veras?*

Pero Simon le había servido una copa de vino y le había vuelto a regalar una de sus lentas y sensuales sonrisas. Poco a poco, los nervios de Kate desaparecieron, sustituidos por mariposas de emoción. Hablaron de todo, la conversación fluía con la misma rapidez que el vino con que Simon le llenaba la copa, hasta que enseguida se terminaron una botella, y luego la segunda.

Hablaron de sus respectivas familias; Simon era hijo único, igual que ella. En realidad, admitió que no tenía relación con sus padres. Cuando era joven, habían discutido por algo. Más tarde, Kate supo que Simon no tenía relación con casi nadie de su infancia ni de la universidad. Se le daba muy bien pasar página y empezar de cero, liberándose del pasado una y otra vez como una serpiente que muda de piel.

Pero esa noche ella no estaba al corriente de nada. Lo miró a los ojos, de un azul muy intenso, y se abrió con él como no recordaba haberse abierto con nadie antes. La pared de cristal que había erigido a su alrededor se iba desintegrando; casi veía cómo sucedía, los fragmentos que reflejaban la luz como espejos diminutos.

De hecho, lo que sucedió fue que la pared de cristal se vio sustituida por otra clase de jaula, una que Simon construyó a base de galanterías y piropos, que la ataba con la delicadeza de una sedosa telaraña.

Ahora se pregunta si por aquel entonces lo supo. Quizá había sido una parte de la seducción, la idea de que, después de tantos años

agotadores de encerrarse en sí misma, había encontrado a alguien que podía hacerlo en su lugar.

Sus trabajos no podían ser más distintos; al parecer, Simon disfrutaba del reto que suponían las acciones privadas y le habló de la eléctrica emoción que lo embargaba cuando compraba una empresa con problemas económicos. Dijo que era como cazar, pero, en lugar de disparar a ciervos o a zorros, él agarraba presupuestos y hojas de balance para liberar a una empresa de las cargas como uno separa la carne de un hueso.

El mundo de él, con sus normas propias y su jerga desconcertante, no podría haberle resultado más desconocido a ella. Y, aun así, la escuchó atenta cuando le habló con entusiasmo sobre su trabajo en una editorial infantil. Cuando le contó la emoción de leer manuscritos, de adentrarse en una historia que nadie había leído todavía. Le confesó que la lectura había sido un consuelo, un salvavidas incluso, después de la muerte de su padre.

—Me encanta tu pasión —le dijo Simon mientras le cubría la mano con la suya. Bajo la luz de las velas, el vello de su brazo destellaba dorado. Y luego, con una ternura que le provocó lágrimas a ella, añadió—: Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Hay otras imágenes de esa noche que también la persiguen. Simon al ayudarla a subirse a un taxi, al preguntarle si quería ir a su casa. Ella hundiéndose en el suave sofá de piel de él, con el cerebro entumecido por tanto vino…

—Eres muchísimo más guapa cuando sonríes —le dijo cuando Kate se rio por una de sus bromas. Se inclinó hacia delante, le apartó el pelo de la cara y la besó por primera vez. Al principio la tocaba con amabilidad, como si fuera un animal salvaje al que no quisiera ahuyentar. Luego el beso se profundizó y sus dedos le agarraron la mandíbula con fuerza.

«Debo tenerte conmigo».

A la mañana siguiente, Kate se dijo que fue romántico el modo en que le desabrochó los pantalones, le bajó la ropa interior y se hundió dentro de ella. La fuerza de la necesidad de Simon.

En los primeros días de su relación, regresaba muy a menudo a ese recuerdo, pulía las aristas hasta convertirlo en una mentira que casi se creía. Pasarían años hasta que recordase la palabra que había susurrado, con la mente y el cuerpo adormecidos por el alcohol, cuando el rostro de Simon se desdibujó ante el suyo.

«Espera».

De pronto, ya no soporta ver las cartas. Las dobla y las deja a un lado.

Aferra la taza de té y deja que le caliente las manos. Afuera ahora está lloviendo a mares. Las ventanas parecen brillantes joyas por el agua que las cubre. Kate no puede ver el jardín, pero cree que oye las ramas del sicómoro, que arañan el tejado por el viento.

Las náuseas le sacuden el estómago. Es el único otro indicio de que está embarazada, además de una nueva pesadez en el pecho. Se pregunta si es normal sentir que le suben las entrañas por la garganta, si eso indica de cuánto está. Han pasado casi dos meses desde el último período, desde que notó la conocida punzada de dolor en el útero, desde que vio la mancha de sangre en su ropa interior. El primer día, siempre adquiere el color del cieno, del barro. Parece proceder más bien de la tierra que de su propio cuerpo.

A Simon no le gustaba la sangre, a no ser que fuera él quien la hubiese provocado. Coleccionaba las heridas que nacían sobre la piel de Kate como si fueran trofeos y las señalaba con orgullo. Pero la sangre menstrual fluía de su cuerpo según su propio ritmo, uno que a él no le agradaba y que no podía controlar. Simon detestaba sentirla, viscosa y fibrosa. Olerla. En su opinión, era como si fuese un animal. O algo que estuviese muerto. Por tanto, Kate disponía de una semana al mes en que su cuerpo era solo de ella.

Y ahora lo está compartiendo.

Visualiza la aglomeración de células que se enredan en su interior. Ahora se dividen y cambian, crecen. Para dar forma al hijo de ambos.

¿Será un niño, se pregunta, que terminará pareciéndose a Simon? ¿O una niña, que terminará pareciéndose a ella?

Kate no sabe cuál de las dos opciones sería peor.

# 16
# ALTHA

Había sido extraño volver a ver a Grace. Había sido extraño pensar en cómo todo empezó cuando estábamos juntas, lado a lado, y todo había terminado con una sala de vistas separándonos. Ella con su limpio vestido y yo con los grilletes. Una prisionera.

En las mazmorras reinaba el silencio a excepción de un lejano gemido que bien podría ser el viento o las almas de quienes ya estaban condenados. Busqué la araña, miré debajo del jergón de paja, y me dolió el corazón al pensar que se había marchado, que me había abandonado a mi suerte. Pero, justo cuando perdí la esperanza y me aovillé en el suelo, noté que me rozaba el lóbulo de una oreja. Ojalá hubiese podido ver el destello de sus ojos y sus pinzas, pero la noche era demasiado oscura y ni siquiera entraba luz de luna entre la grieta de la pared. Era tal la negrura que pensé que ya estaba en mi tumba.

En caso de que pretendiesen meterme en una tumba, por supuesto. No sabía qué les ocurría a las brujas después de que las colgaran. Me pregunté si alguien las enterraba. Si alguien me enterraría.

Yo quería que me enterraran. Si debía irme de este mundo, pensé, que me dejasen morar en la tierra: que me dejasen alimentar a los gusanos, nutrir las raíces de los árboles, como mi madre y su madre antes que yo.

En realidad, no era la muerte lo que me daba miedo. Era el morir. El proceso, el dolor. La muerte siempre me había sonado muy pacífica cuando se referían a ella en la iglesia: una reunión de corderos en el seno, un regreso al reino. Pero la había visto demasiadas veces como

para creérmelo. El movimiento de la sombra de la Parca sobre un anciano, una mujer, un niño. Los rostros que se contraían, los miembros que se sacudían, los desesperados jadeos en busca de aire. En ninguna de las muertes que había visto presencié paz alguna. En la mía no encontraría paz alguna.

Cuando me quedé dormida, vi el lazo que me apretaba el cuello. Vi el aliento que salía de mí en un vaho blanquecino. Vi mi cuerpo, que se mecía en el viento.

Al parecer, ya habían terminado con Grace. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando me llevaron hasta el banquillo de los acusados, la vi en un banco. Como cabía esperar. ¿Qué mujer no iba a querer conocer el destino de la acusada asesina de su esposo?

Nos pusimos en pie cuando los jueces entraron en la sala de vistas. Vi que uno de ellos me miraba con los ojos entornados, como si yo fuese la podredumbre que corrompe una manzana, un pedazo que había que arrancar.

El fiscal llamó al médico, al doctor Smythson, hasta el estrado. Como supe que haría.

Lo habían avisado para que me visitase en la cárcel del pueblo. Antes de que me llevaran hasta Lancaster. Aunque el hambre y el agotamiento me alteraban la razón, no cedí a sus preguntas. Me preguntaron si alguna vez había asistido a un aquelarre de brujas, si había amamantado a un espíritu familiar o si había yacido con una bestia. Si me había vendido a Satanás, si era la novia del demonio.

Si había matado a John Milburn.

«No», dije, aunque la sed me enlodase la garganta y el hambre me gruñera en el estómago. «No». Tuve que hacer acopio de todas mis energías para pronunciar esa palabra. Para protestar y defender mi inocencia.

Hasta el momento, me había aferrado a la esperanza como si fuera una cuerda.

Pero cuando llevaron al doctor Smythson hasta la cárcel temí que hubiese terminado.

En ese momento, me quedé mirando cómo juraba encima de la Biblia. Era un anciano, y sus venas tejían patrones rojizos sobre sus mejillas. Sería por la bebida, habría dicho mi madre de haber estado allí. Bebía tanto como lo recomendaba. Aunque era de lejos su método de tratamiento menos peligroso. Cuando lo miré, recordé a Anna Metcalfe, la madre de Grace: su rostro níveo como la leche, el color engullido por las sanguijuelas.

El fiscal comenzó el interrogatorio.

—Doctor Smythson, ¿recuerda usted los hechos que tuvieron lugar el día de Año Nuevo de este año del Señor de 1619?

—Sí.

—¿Es capaz de relatárselos al tribunal?

El médico habló con confianza. A fin de cuentas, era un hombre. No tenía ningún motivo para pensar que no iban a creer en su palabra.

—Empecé el día al alba, como de costumbre. La noche anterior me quedé hasta tarde con un paciente. La familia me había dado unos cuantos huevos. Recuerdo que esa mañana me los comí con mi esposa. No hacía mucho que habíamos roto nuestro ayuno cuando alguien llamó a nuestra puerta.

—¿Quién llamó a su puerta?

—Daniel Kirkby.

—Y ¿qué quería Daniel Kirkby?

—Recuerdo que pensé que estaba muy pálido. Al principio pensé que tal vez había enfermado, pero luego me dijo que había habido una suerte de accidente en la granja de los Milburn. Que involucraba a John Milburn. Por su cara supe que había ocurrido algo malo. Agarré el abrigo y la bolsa, y me dirigí hacia la granja con el muchacho.

—Y ¿qué encontró en cuanto llegó a la granja?

—Milburn estaba tumbado en el suelo. Sus heridas eran muy graves. Supe de inmediato que estaba muerto.

—¿Sería tan amable de describir las heridas al tribunal, doctor?

—Una buena parte del cráneo se había hundido. Un ojo estaba

ensangrentado. Los huesos del cuello se habían roto, igual que los de los brazos y las piernas.

—Y ¿qué fue, en su opinión, lo que le provocó las heridas, doctor?

—La estampida de unos animales. Daniel Kirkby me contó que las vacas habían pisoteado al señor Milburn.

—Gracias. En su carrera como médico, ¿ha presenciado alguna vez heridas como aquellas?

—En efecto. A menudo me llaman para tratar las consecuencias de accidentes en granjas, que son muy comunes en estos lares.

El fiscal frunció el ceño, como si el médico no le hubiese proporcionado la respuesta que ansiaba.

—¿Puede contarle al tribunal qué sucedió a continuación, después de que viese el cuerpo del señor Milburn?

—Entré en la granja para hablar con la viuda.

—Y ¿estaba sola?

—No. Estaba con la acusada, Altha Weyward.

—¿Puede describirle al tribunal el comportamiento de la viuda, Grace Milburn, y de la acusada, Altha Weyward?

—La señora Milburn estaba conmocionada y cenicienta, como cabía esperar.

El fiscal asintió, se detuvo.

—¿Puede contarle al tribunal qué opinión le merecía Altha Weyward? —añadió.

—¿Qué opinión me merecía? ¿Con respecto a qué?

—Se lo preguntaré de otra forma. ¿Puede contarle al tribunal la naturaleza de su relación con la mujer a lo largo de los años?

—Diría que ella, igual que su madre antes que ella, ha sido una especie de fastidio.

—¿Un fastidio?

—En varias ocasiones me han llegado avisos de que había atendido a aldeanos, a pacientes que ya seguían un tratamiento mío.

—¿Puede dar un ejemplo, señor?

El médico hizo una pausa.

—No hace ni dos meses estaba tratando a un paciente por las

fiebres. La hija del panadero, que contaba diez años. Tenía un desequilibrio en los humores: demasiada sangre. Eso provocaba un exceso de calor en el cuerpo, y de ahí las fiebres. Como consecuencia, era necesario que la sangrase.

—Continúe.

—Le administré el tratamiento. Recomendé que le dejaran las sanguijuelas durante una noche y un día. Cuando regresé al día siguiente, los padres le habían quitado las sanguijuelas antes de tiempo.

—¿Le dijeron por qué?

—Habían recibido una visita de Altha Weyward por la noche. Les había recomendado que la muchacha bebiese ingentes cantidades de caldo.

—Y ¿qué le ocurrió a la hija?

—Sobrevivió. Por fortuna, las sanguijuelas permanecieron el suficiente tiempo en su cuerpo como para eliminar la mayoría del exceso de humores.

—Y ¿ha sucedido lo mismo con anterioridad?

—Varias veces ya. Hubo un caso muy similar cuando la acusada no era más que una niña. Su madre y ella trataron a una paciente mía que padecía escarlatina. La suegra de John Milburn, de hecho. Anna Metcalfe. Por desgracia, la señora Metcalfe falleció.

—En su opinión, ¿qué causó su muerte?

—La madre de la acusada. Si fue por maldad o si no, eso no lo puedo decir.

—Y según su parecer —dijo el fiscal—, ¿qué papel tuvo la acusada en la muerte de la señora Metcalfe?

—No lo sé con seguridad —respondió el médico—. No era más que una niña pequeña.

Oí el rumor de los murmullos de nuevo. Miré a Grace, sentada en un banco al fondo de la sala. Estaba demasiado lejos como para que pudiese advertir su expresión.

—Doctor Smythson —prosiguió el fiscal—, ¿está familiarizado con las características de las brujas, descritas por su majestad el rey

Jacobo en la obra *Daemonologie*?

—Por supuesto, señor. Estoy familiarizado con la obra.

—¿Está al corriente de si Altha y Jennet Weyward poseían espíritus animales? Los espíritus familiares son la prueba de que una bruja ha hecho un pacto con el demonio —escupió—. Las brujas invitan a mamar de su pecho a esas criaturas monstruosas, que se disfrazan con el aspecto propio de los hijos de Dios. Así sustentan al mismísimo Satanás con su leche.

Ante esa pregunta, el corazón se me aceleró, tanto que me pregunté si el propio fiscal lo oiría. El doctor no había estado nunca dentro de la cabaña.

Pero mucha gente sí. Mucha gente había visto el cuervo que se posaba, oscuro y brillante, en el hombro de mi madre; las abejas y los caballitos del diablo que me adornaban el pelo cuando era pequeña.

¿Alguien se lo habría contado?

En la sala nadie hablaba, todos los ojos estaban clavados en el doctor Smythson a la espera de que contestase. El médico se removió en su asiento, se secó la frente con un pañuelo blanco.

—No, señor —dijo al fin—. No he visto tal cosa.

El alivio me inundó las venas, dulce y embriagador. Pero enseguida un gélido terror ocupó su lugar, pues sabía qué pregunta formularía a continuación.

El fiscal hizo una pausa.

—Muy bien. Y ¿ha tenido usted, en el curso de su relación con la acusada, la oportunidad de examinarla en busca de la marca propia de las brujas? Esa característica antinatural desde la cual puede alimentar al diablo y a sus sirvientes.

—Sí, señor. La examiné en la cárcel de Crows Beck, delante de los hombres designados por usted. Tiene la marca en el pecho, debajo del corazón.

—Sus señorías —dijo el fiscal—. Me gustaría pedir el permiso del tribunal para exhibir el cuerpo de la acusada, a fin de demostrar que posee la marca de la bruja.

—Permiso concedido —intervino el juez corpulento.

Uno de los guardias se encaminó hacia mí. Me llevó, todavía engrilletada, ante el jurado. El miedo me mareó, hasta que noté unos dedos ásperos que desataban los lazos de mi vestido y me lo quitaban por encima de la cabeza.

Me estremecí en mi mugrienta camisola, avergonzada por que todo el mundo me viese así. Regresaron los dedos y me retiraron la camisola. El aire frío y húmedo incidió sobre mi piel. Los bancos rugieron, y cerré los ojos. El fiscal me rodeó y observó mi carne al desnudo como un granjero observa a sus reses.

Podría haberme puesto a rezar si hubiese creído en Dios.

—Doctor, ¿puede señalar la marca? —le pidió el fiscal.

—Ya no la veo —respondió el doctor Smythson con el ceño fruncido—. Vaya… Lo que me pareció que era la marca de la bruja en la penumbra de la cárcel resulta no ser más que una herida. El mordisco de una pulga, quizá. O el rastro de la viruela.

El fiscal se quedó inmóvil durante unos instantes; sus ojos azules irradiaban cólera. La furia daba una tonalidad morada a sus mejillas con cicatrices.

—Muy bien —dijo después de un rato—. Pueden vestirla.

# 17
# VIOLET

Violet fantaseaba con que todavía podía oler la colonia de Frederick en su pelo después de que él la atrapara entre los brazos.

Padre les lanzó una mirada extraña, como si hubiese pescado a Frederick tomando prestado algo sin su permiso. Luego la mirada desapareció, como una nube que cubre momentáneamente el sol, y se limitó a asentir en su dirección. Después de eso, el tiro al blanco se dio por terminado enseguida cuando Frederick declaró que le dolía el hombro («gracias a Jerry») y sugirió echarse una siesta antes de dar un paseo por los prados.

Violet decidió que caminaría al lado de su primo. Le enseñaría sus lugares favoritos de los prados, incluida su haya. ¿A lo mejor a él le apetecía acompañarla y trepar juntos? Violet se reprendió. Estaba comportándose de forma absurda. Debía ser una joven educada. A Padre le daría un síncope si ella trepara por un árbol delante de un invitado. Además, no quería que Frederick pensara que era…, en fin, una niña pequeña.

Por la tarde, cuando el sol hubo descendido por el cielo hasta arrojar largas sombras sobre el valle, Violet bajó las escaleras para reunirse con los demás. Padre y Graham todavía no estaban en el recibidor, pero Frederick ya aguardaba junto a la puerta. Levantó la vista cuando ella descendió los peldaños, y sentir los ojos de él clavados en su cuerpo la mareó un tanto. Una oleada de calor subió por su cuello. Su primo tendió una mano cuando se acercó al último escalón, como si fuese a ayudarla a bajar de un carruaje tirado por

caballos de esos que aparecían en las novelas de amor.

—*Milady* —dijo, y le dio un beso en la mano. El roce de los labios de él contra su piel fue una especie de chispazo eléctrico. Violet no sabía si le gustaba o si no.

—Vaya. —La voz de Padre retumbó por las escaleras. Violet levantó la vista y vio a un reacio Graham que lo seguía—. Estáis deseosos por marcharos, ya lo veo.

Afuera, el brumoso valle estaba bañado por el sol de media tarde. En el ambiente de aroma dulce revoloteaban mosquitos diminutos.

—Uy —murmuró Frederick mientras agitaba la mano delante de la cara—. Debo confesar que no me gustan demasiado los mosquitos. No estoy seguro de que haya alguna razón para que esos condenados animales campen por la Tierra.

—Oh, pero sí que hay una —dijo Violet, emocionada—. Una razón, quiero decir. De hecho, son una fuente de alimento muy importante para los sapos y las golondrinas. Se podría decir incluso que en verano todo el valle depende de ellos. Y en mi opinión son bastante bonitos… Bajo esta luz, se parecen un poco a polvo de hadas, ¿no crees?

¿Polvo de hadas? Violet se regañó para sus adentros. Pretendía ser una adulta delante de Frederick. No había empezado con buen pie.

—Mmm. No sé si iría tan lejos —respondió él frunciendo el ceño —. Aunque son más agradables que los malditos mosquitos libios. Si tuviese que morir por mordeduras de insectos, preferiría que fuera por los ingleses.

Violet se ruborizó ante el exabrupto. Padre no lo había oído, se había adelantado con Graham, y Cecil trotaba a su lado. Las esporádicas notas de su conversación flotaron hasta ellos, y a Violet le dio la impresión de que Padre le estaba dando un sermón a su hermano acerca de su papel en el tiro al plato.

—Lo siento en el alma —dijo Frederick—. De un tiempo a esta parte no estoy acostumbrado a rodearme de gente fina.

—¿Acaso no hay muchachas en Libia?

—Ninguna como tú —le aseguró Frederick. Violet volvió a sonrojarse. Caminaron un rato en silencio. Se estaban acercando al

haya. El árbol se alzaba majestuoso, pensaba Violet, con el sol que moteaba las hojas verdes y pintaba las ramas de dorado. Esperaba que Frederick hiciera algún comentario al respecto, pero no fue así. Siguieron andando.

—Por cierto —terció—, ¿cómo es posible que seamos primos y que nunca nos hayamos visto hasta ahora?

—Oh, sí que nos hemos visto —contestó Frederick—. Vine de visita con mis padres cuando era pequeño. Pero supongo que no debes de acordarte… Por aquel entonces no eras más que un bebé.

—Pero ¿por qué solo nos has visitado una vez? —insistió Violet—. Me habría encantado disfrutar de la compañía de un primo. Aquí solo estamos Graham y yo, y ya no… tenemos una relación demasiado estrecha. Cuando se marcha a estudiar, me quedo sola.

—Si te digo la verdad, es un poco confuso. Pero, aunque no me gustaría ofenderte, creo que tuvo que ver con tu madre.

—¿Con mi madre? A duras penas la recuerdo.

—Eres clavada a ella —dijo Frederick—. Tenía el mismo pelo oscuro. Y era bastante… curiosa. Hablaba como los criados. Mi madre me comentó que era una muchacha de aquí, del pueblo. A mi padre el tema lo incomoda un poco, creo. No dejaba de decir que sus padres nunca lo habrían permitido si hubiesen estado vivos. En fin. Perdona, no quiero ofenderte más de lo que ya te he ofendido hoy.

—No… Por favor —le pidió Violet aferrándose a las palabras de él —. Por favor, cuéntame más cosas sobre ella. Padre nunca nos cuenta nada. ¿Dices que era curiosa? ¿A qué te refieres?

—Bueno, es que… no estaba demasiado bien, me parece. Por ejemplo, siempre iba por ahí con un viejo pájaro de mal genio en el hombro. Un tipo de grajo… O tal vez fuese un cuervo, no me acuerdo, pero era obvio que alguna enfermedad lo aquejaba: en las plumas tenía unas inquietantes manchas blancas. Y ella lo llamaba…, ¿cómo era? Ah, sí: Morg. Qué nombre tan extraño. Mi madre se escandalizó bastante.

En este punto, Frederick hizo una pausa y miró hacia Violet. Ella procuraba componer una expresión neutral, pues le daba miedo que, si

su primo reparaba en los efectos que tenían sus palabras en ella, fuera a poner fin a la conversación.

Un cuervo con manchas blancas. ¿Y si la pluma que había encontrado era de Morg? El corazón de Violet se animó. *Su madre.* Así que a ella también le encantaban los animales, justo lo que había sospechado Violet.

—No podía sentarse a la mesa con nosotros —prosiguió Frederick —. Empezaba a comer, pero luego comenzaba a hacer comentarios muy raros, así de la nada… «Se lo diré a ellos», soltaba, como si fuese una amenaza. Ninguno de nosotros tenía la más ligera idea de a qué se refería, pero quizá ella tampoco, pobrecilla. Al final, tu padre debía llevarla hasta su habitación. Y entonces ella empezaba a delirar y a chillar… A menudo no le quedaba más remedio que encerrarla.

—¿Encerrarla? —Violet se sobresaltó.

—Era por su propia seguridad —dijo Frederick—. Solo hasta que llegaba el médico. Era… un peligro para sí misma. Y para el bebé.

Violet se estremeció.

Nunca había conocido a una persona que estuviese loca. Se imaginaba a alguien vestido de blanco que murmuraba sinsentidos, como Ofelia en *Hamlet*.

¿Y si era ese el motivo por el cual Padre nunca hablaba de su madre? Porque no quería que Violet supiese que estaba loca. A lo mejor intentaba proteger sus recuerdos. Violet frunció el ceño y volvió a girarse hacia Frederick.

—Vaya… ¿Puedes contarme algo más sobre ella? ¿Era… era agradable?

Frederick bufó.

—Conmigo no. Pero yo no le caía bien, era evidente. A menudo me la encontraba mirándome fijamente y murmurando para sus adentros. En fin… La visita terminó de forma abrupta.

—¿Qué sucedió?

—Una noche, encontré un sapo en mi cama. Un sapo vivo. Recuerdo haberlo tocado con el pie. Estaba frío y era resbaladizo. Espantoso. —Frederick se estremeció al recordarlo—. Es probable que

mi grito se oyera hasta en Londres. Mi madre se presentó en mi habitación y vio el sapo…, y se le metió entre ceja y ceja que tu madre lo había puesto allí. Se volvió histérica. Tu padre no paraba de pedirle que se tranquilizara, de decirle que habría sido uno de los criados, que tu madre se había pasado toda la noche en su dormitorio, con la puerta cerrada con llave, pero lo cierto fue que mis padres se inquietaron muchísimo. Cargaron el equipaje en el coche (recuerdo que ese año teníamos un pequeño Bentley verde) y nos fuimos de madrugada.

—Vaya —murmuró Violet.

—En el camino de regreso a casa, mi madre no paraba de decir que tu padre no estaba bien de la cabeza desde la Gran Guerra… Y luego nuestros abuelos y el tío Edward murieron en ese horripilante accidente… Y mi padre dijo que… —Hizo una pausa para sacudirse un mosquito del hombro.

—¿Qué fue lo que dijo tu padre? —preguntó Violet con la respiración desbocada.

—Que al tío Rupert lo habían embrujado.

Violet no sabía si creer o no la historia de Frederick. No se le ocurría por qué iba a mentirle su primo. Y aun así… le costaba creer las cosas horripilantes que había dicho sobre su madre. Era terrible pensar que su madre deliraba y chillaba, que necesitaba que la encerraran en una habitación… Y, lo peor de todo, que hubiese sido desagradable con Frederick. ¿Quizá no pretendía asustarlo con el sapo? A Violet no le importaría demasiado encontrar un sapo en su cama. De hecho, esos animalitos le encantaban.

Pero entonces recordó las palabras de Padre.

«Tal vez impidan que termines siendo igual que ella».

¿Por eso tenía un desagradable presentimiento en el estómago?

El aire se estaba enfriando. Violet oía a los grillos, que llamaban a sus compañeros. Miró a Frederick, que caminaba a su lado. Bajo la

tenue luz, los rasgos oscuros de él y sus largas zancadas le recordaron a una pantera.

No intercambiaron palabra durante unos cuantos minutos. Violet se preguntó si ella también sería «curiosa», como su madre. Iba a tener que preocuparse por que su primo no la sorprendiera mirándolo fijamente. Ojalá Frederick dijera algo. No había valorado la belleza de la lenta puesta de sol sobre el valle, aunque hubiese pintado el cielo de más colores de los que ella sabía nombrar.

—¿Lo oyes? —le preguntó—. Qué sonido tan bonito.

—¿El qué?

—Los grillos.

—Ah. Sí, supongo que es bonito, sí. —Lo oyó soltar unas ricas y estruendosas carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó.

—Eres una chica atípica. Primero los mosquitos, ahora los grillos… Nunca he conocido a una chica (ni a un chico, tanto da) a quien le gustaran tanto los insectos.

—Es que me parecen muy interesantes —dijo—. Y preciosos también. Aunque es triste, porque sus vidas son muy cortas. Por ejemplo, ¿sabías que las efémeras solo viven un día?

Un día vio un enjambre de efémeras junto al riachuelo. Una nube grande y brillante de insectos que recorrían la superficie del agua. A Violet le pareció que bailaban; la perturbó un poco cuando Dinsdale, el jardinero, le contó que de hecho habían estado apareándose. Ahora se ruborizó al recordar esa imagen. ¿Frederick sabría que estaba teniendo pensamientos impuros? Ojalá no los hubiese invocado.

—Imagina —continuó, deseosa de cambiar de tema— que solo te quedase un día en este mundo. Yo no creo que pudiese decidir entre subirme a un tren hacia Londres para ir a ver el Museo de Historia Natural o… pasarme el día descansando junto al arroyo. Una última tarde con los pájaros, los insectos y las flores…

—Yo sé lo que haría —dijo Frederick. Estaban pasando cerca de un arbusto espinoso. Violet reparó en que no sabía dónde se encontraban Padre y Graham; quizá ya habían emprendido el camino de vuelta a

casa. El sonido del sermón de Padre («Debes apuntar con el rifle, muchacho») hacía tiempo que se había esfumado.

—Y ¿qué es lo que harías, Frederick? —le preguntó, y se sonrojó al oír el nombre de él en sus labios. Una extraña y trémula sensación burbujeó en su interior.

Su primo se rio y se le aproximó. Su brazo rozó el de ella, y el corazón de Violet dio un brinco.

—Te lo enseñaré, pero solo si cierras los ojos.

Violet hizo lo que le pedía. De repente, tenía una mano en la cintura, grande y áspera encima de la tela de su falda. Al abrir un poco los ojos, vio que al rosado destello del crepúsculo lo bloqueaba el rostro de Frederick delante del suyo. Notaba cómo le hacía cosquillas en la nariz con el aliento. Lo percibía cálido y olía a café y a otra cosa, una nota agria que a Violet le hizo pensar, sin que viniese a cuento, en el pudin de Navidad. Intentó recordar la palabra que daba nombre al líquido con el que la señora Kirkby empapaba el pudin antes de prenderle fuego, pero entonces…

Frederick la besó. O eso fue lo que Violet supuso que estaba haciendo. Sabía que la gente se besaba gracias a los libros —«suavizar la áspera piel con un tierno beso», eso decía Shakespeare, ¿verdad?— y porque una vez vio a Penny besar a Neil, el ayudante del jardinero. Estaban recostados contra el establo, aferrados el uno al otro como si se estuvieran ahogando. Se le había antojado un tanto desagradable.

A Violet la sorprendió que todavía siguiese pensando, por más que tuviese los labios totalmente envueltos por los de él, un tanto húmedos. Le estaba costando respirar. No sabía cómo debía respirar si la boca de Frederick cubría la suya (el sabor de sus labios era muy adulto, como si hubiese visto cosas, visitado lugares que ella jamás comprendería… Una vez más pensó en el pudin de Navidad, pero ¿por qué?).

Empezó a respirar por la nariz, y se preguntó si él lo oiría, si sonaría como una vaca… Su cerebro era un torbellino. Volvió a pensar en el hecho de ahogarse. Ahora la besaba con mayor firmeza, la empujaba contra el seto espinoso; Violet notó cómo las ramas le

pinchaban en la espalda y en el pelo; iba a tener que quitárselas antes de que Padre las viese… Y luego su primo hizo algo que casi la dejó con la mente en blanco. Le metió algo viscoso y húmedo en la boca —Violet recordó al sapo—, y entonces se dio cuenta de que se trataba de su lengua. La muchacha farfulló algo, y Frederick se apartó. Ella respiró hondo para tragar bocanadas de limpio aire cuasinocturno.

—Perdona —dijo él—. Me he dejado llevar. —Levantó una mano y recorrió la cadena del collar de Violet con un dedo.

Ella se estremeció. Fue casi más agradable que el beso.

—Más vale que regresemos para la cena —le propuso Frederick—. Pero deberíamos repetirlo… ¿Mañana a la misma hora?

Violet asintió, de repente muda. Frederick se giró para marcharse y encaminarse hacia la casa, que con las ventanas amarillas y las altas torres parecía el escenario de una novela, un barco en un mar tormentoso, quizá. Violet se quedó quieta unos instantes, a la espera de que se acompasara su respiración mientras se quitaba las ramitas del pelo. Cuando se dispuso a dirigirse hacia la casa (tropezó un par de veces, afectada todavía por la sensación de la boca de él sobre la suya), se preguntó si se vería cambiada, si alguien sabría qué había ocurrido nada más mirarla. Ella se sentía distinta, sin duda. El corazón le latía muy deprisa en el pecho, como si hubiese echado una carrera.

Hasta que no cerró la puerta de su dormitorio y su mente acelerada se calmó, no recordó algo que había dicho Frederick antes de besarla tan de pronto.

«Era un peligro para sí misma. Y para el bebé».

Violet siempre había creído que su madre había muerto al dar a luz a Graham.

Pero Frederick le había insinuado que para entonces su hermano ya había nacido.

# 18
# KATE

Kate lleva ya tres semanas viviendo en la cabaña. La primavera está llegando a su fin, el año empieza a madurar. Anoche llovió, tanto que temió que el tejado fuese a hundirse, pero hoy el cielo es bajo y azul, el ambiente es cálido. Cálido y espeso igual que su sangre, que en las últimas semanas parece haber disminuido el ritmo por sus venas.

En la caminata hacia el pueblo de esta mañana, pasa por delante de una fila de topos atados por la cola para que cuelguen de una desgastada verja. Las moscas los sobrevuelan, revolotean entre el pelaje de los animales y la mata de violetas del monte que crecen junto al camino. Ya ha aprendido que es una tradición local; a la cajera del supermercado le hizo gracia que Kate se lo preguntara con timidez, y le explicó que era así como el cazador de topos demostraba su valía. Pero los cuerpos secos seguían haciendo las veces de advertencia, sobre todo para ella.

Para cuando llega al centro médico, tiene la camiseta mojada por el ejercicio y por la ansiedad. Le pidieron que se presentara con la vejiga llena, y le duele el bajo vientre, que le aprieta la cintura de la camiseta. Echa un vistazo a su reloj: las nueve y diez. Ha llegado cinco minutos antes.

Quizá no entrará. Quizá dará media vuelta y regresará a la cabaña sin siquiera haber llamado a la puerta, del mismo modo en que marcó el número de teléfono repetidamente y colgó antes de que nadie le respondiera. Lo hizo cinco veces antes de tener suficiente valor como para conseguir hablar con la recepcionista y pedir cita.

Mira a su alrededor. Tan temprano, la plaza está vacía y tranquila, a excepción de los lejanos mugidos de una vaca. No hay nadie que la vea entrar. Se mira los pies y observa cómo las hormigas serpentean sobre los adoquines.

Después de respirar hondo, Kate abre la puerta, y un olor a desinfectante la recibe. La sala de espera es fría y está pintada de blanco; las sillas de plástico y el cansado tablón de anuncios son un fuerte contraste con el exterior de estilo Tudor del edificio. El lugar está presidido por un gran mostrador, detrás del cual una mujer sentada teclea en un ordenador. Los sonidos amortiguados de conversación proceden del otro lado de una puerta pesada: el consultorio, como reza la brillante placa de latón.

—¿Su nombre? —le pregunta la recepcionista, una mujer delgada con rostro zorruno.

—Kate —responde—. Kate Ayres.

Las cejas de la mujer se alzan cuando contempla bien a Kate por primera vez.

—La sobrina —dice. No es una pregunta.

—Mmm, sí. ¿Conocía a Violet, mi tía abuela?

Pero la mujer ya ha clavado de nuevo la mirada en la pantalla del ordenador.

—Si es tan amable de tomar asiento. El doctor estará con usted enseguida.

Kate se sienta en una de las sillas de plástico. Ojalá tuviese algo de agua consigo; le rugen las tripas y nota un extraño regusto en la boca. Metálico, como a sangre, o quizá a tierra. Lleva días despertándose con ese sabor. Le recuerda a algo, a un momento de la infancia al que es incapaz de aferrarse.

La puerta del consultorio se abre.

—¿Señora Ayres?

El médico es un hombre de unos sesenta y muchos, con las curtidas mejillas ocultas detrás de una barbita blanca. Lleva un estetoscopio en el cuello. Dentro de Kate bulle el pánico.

¿Acaso no había pedido una doctora? Sí, está convencida. La

recepcionista, probablemente la mujer que está mirándola fijamente ahora, le había asegurado que habría una doctora. «La doctora Collins solo está disponible los lunes y los jueves», le dijo al teléfono. «Así que si quiere que la vea una mujer tendrá que venir uno de esos días; de lo contrario, la verá el doctor Radcliffe».

—Ah… Disculpe —dice al levantarse del asiento con una mueca al notar cómo se le despegan los muslos del plástico—. Creo que tenía cita con la doctora Collins, ¿no?

—No ha podido venir —contesta el médico, y le hace un gesto para que la siga hasta el consultorio—. Tiene al hijo enfermo. Me temo que le pasa a menudo.

Kate vacila. Una parte de ella quiere marcharse, pedir cita con la doctora otro día. Pero ya está aquí. Y no se fía de que vaya a regresar.

Sigue al doctor hacia el consultorio.

El gel que le pone en la piel está frío. El doctor Radcliffe ya le ha extraído una buena cantidad de sangre del brazo, la ha pinchado y agujereado como si fuera un espécimen de laboratorio.

—Relájese —dice mientras le pasa el sensor por el barriga. Se acerca y ella huele su aliento, a café rancio—. ¿Su esposo no ha podido venir?

Kate visualiza el rostro de Simon delante del suyo, su mano en la base de su cuello mientras entra en ella. Sus células atravesándole el cuerpo, dispuestas a atarla a él para siempre.

—No estoy casada —dice apartando el recuerdo.

—Su novio, pues. ¿No ha querido venir? —En la sala suena un extraño zumbido, casi como si un animal batiera las alas.

—No, no tengo… ¿Qué es ese ruido?

El doctor sonríe y le aprieta el sensor con más fuerza contra la barriga.

—Es el latido del corazón —la informa—. El latido del corazón de su hijo.

Dentro de Kate algo se viene abajo.

—¿El latido? Creía que era… demasiado pronto para eso.

—Mmm, está de diez a doce semanas, diría. Mire, eche un ojo.

Señala el monitor parpadeante, donde su útero se ondula en tonos grises y blancos. Durante unos instantes, no consigue ver la imagen, como si hubiera interferencias. Y luego la ve: un destello nacarado, casi de la forma de una crisálida. El feto.

Se le seca tanto la boca que le cuesta pronunciar las palabras.

—¿Puede decirme… el sexo del bebé?

El doctor suelta una risita.

—Me temo que es demasiado pronto todavía. Tendrá que volver dentro de unas semanas.

Hay otra cosa que había querido, o pensado, preguntar. Pero ahora, con las manos con manchas rojizas del doctor sobre la barriga y la estancia llena del sonido del latido del corazón de su bebé, le resulta… imposible.

La pregunta se marchita en su interior.

El doctor la mira de manera extraña, como si le hubiera leído la mente.

—Pues ya estamos —dice de pronto, y le entrega una toallita de papel—. Puede limpiarse.

Guarda silencio mientras introduce la información en el ordenador, etiqueta con cuidado los frascos rubíes con la sangre de ella.

—Se parecen mucho —habla al cabo de un rato—. Su tía abuela y usted, digo. Tienen los mismos ojos. Solo se diferencian en el pelo. El suyo era oscuro cuando era más joven.

—Lo llevo decolorado.

—Va a tener que dejar de hacerlo. Es malo para el bebé. —Retoma su labor con las etiquetas.

—¿La trató, entonces? A mi tía.

El doctor hace una pausa y juguetea con el estetoscopio del cuello.

—Una o dos veces, cuando no estaba la doctora Collins. En realidad, era paciente suya. Aunque solo en los últimos tiempos. Antes creo que iba a ver a un médico fuera del pueblo. Solo comenzó a venir

aquí cuando mi padre murió. El doctor Radcliffe. Él fundó la clínica.

Cuando ha terminado de etiquetar los frascos, el doctor se levanta para conducirla fuera del consultorio.

—Hable con la señora Dinsdale al salir, por favor, para pedir la siguiente cita. Deberíamos volver a verla dentro de ocho semanas.

De regreso a la sala de espera, Kate observa de nuevo el tablón de anuncios, los panfletos expuestos en el mostrador de la recepción. Pero no hay ninguno con la información que anda buscando.

—¿Quiere que le demos ya la siguiente cita? —pregunta la recepcionista.

—Pues… En realidad, me estaba preguntando —Kate baja la voz y mira hacia una anciana que aguarda en la sala de espera— si disponen de información acerca de… métodos de interrupción.

La recepcionista le desliza un panfleto por encima del mostrador, con los ojos entornados.

—Gracias —dice Kate. Hace una pausa. Desea marcharse, desea alejarse de la mirada gélida de la mujer, pero le está doliendo la vejiga —. ¿Tienen lavabo?

Un asentimiento hacia el pasillo de la izquierda.

Kate se lava las manos y pone una mueca al oler el aroma químico del jabón. Mientras forma un cuenco con las manos para beber agua del grifo, capta retazos de la conversación que se desarrolla en la sala de espera.

—¿Ha pedido lo que creo que ha pedido? —Es una voz desconocida. La paciente anciana.

Kate se queda paralizada. No quiere oírlo. Le arden las mejillas por la vergüenza.

—No es que me sorprenda —dice la recepcionista—. Siendo de esa familia.

—¿Quién es?

—Es la sobrina nieta de Violet.

—¿De veras? —se interesa la anciana—. No sabía que Violet tuviese familia, más allá del loco de la gran casona. Aunque no estoy segura de que él cuente.

—Me pregunto si ella también la tendrá.

—Todas la tienen, ¿no es verdad? Todas las Weyward. Desde la primera.

Y entonces la recepcionista dice otra cosa, una palabra tan inesperada que Kate está convencida de que la ha oído mal.

«Bruja».

Una vez afuera, Kate respira hondo para tragar aire. Tiene el cerebro desordenado, nublado.

Todavía puede oír el extraño retumbo del latido del corazón de su bebé. El modo en que llenaba la estancia. Le costaba creer que aquello procediese de su propio cuerpo. Más bien parecía algo proveniente del cielo, un pájaro que echa a volar. O algo que no pertenece a este mundo en absoluto.

Son las 2 de la madrugada, pero Kate está despierta viendo cómo los murciélagos pasan volando por delante de la ventana; una pálida porción de luna surge en medio de la oscuridad.

Sus pensamientos están diseminados, asustados; escapan de su mente como si ellos también contaran con alas. Se apoya una mano en la barriga y nota el suave calor de su propia carne. Todavía considera imposible que la criatura larvaria que vio en la pantalla flote en su interior. Que crezca hasta ser un niño.

Esas cosas que las mujeres murmuraban sobre su familia… Por su culpa, a Kate le había dado la sensación de que tenía una especie de gen defectuoso, un error de código en las células que tramaba su muerte. Como el cuervo que encontró en la chimenea con esas rarísimas manchas blancas en las plumas centelleantes; había leído que era indicio de leucismo, un rasgo genético que pasa de generación en generación.

Recuerda lo que le había contado la cajera acerca del vizconde: que había perdido la cabeza.

¿Y si se referían a una especie de enfermedad mental de su

familia? No la sorprendería. Todos los ataques de pánico que había experimentado con los años, la tensión en el pecho, la garganta cerrada…

La sensación de que algo intentaba escapar de su cuerpo.

Después de otra hora de vanos intentos por quedarse dormida, se rinde y aparta las sábanas.

Enciende la luz y saca las sombrereras de debajo de la cama. Allí tiene que haber algo; algo que quizá la primera vez pasó por alto.

De nuevo, hojea la carpeta con la portada descolorida y polvorienta. Pero no hay nada, no hay nada que no haya visto ya. Ni una sola mención a los Weyward.

Con un suspiro de frustración, agarra el viejo pasaporte de Violet, lo abre por la página de la foto y observa fijamente esos ojos oscuros que son casi idénticos a los suyos. Ve en la imagen una determinación en la que no había reparado: los labios apretados con firmeza, la barbilla que sobresale. Como si Violet hubiese peleado por lograr algo y hubiera ganado. Ella nunca habría terminado como Kate, una mujer débil y maleable que dejaba que los dedos de Simon la moldeasen fácilmente como si fuera de arcilla.

De repente, desea que su tía abuela estuviese viva, poder hablar con ella. Poder hablar con alguien. Con quien sea.

Está a punto de guardar el pasaporte cuando un papel amarillento resbala de entre las páginas.

Es un certificado de nacimiento. El certificado de nacimiento de Violet.

Nombre: Violet Elizabeth Ayres

Fecha de nacimiento: 5 de febrero de 1926

Lugar de nacimiento: Orton Hall, cerca de Crows Beck (Cumbria, Inglaterra)

Ocupación del padre: lord

Nombre del padre: Rupert William Ayres, noveno vizconde de Kendall

Nombre de la madre: Elizabeth Ayres, de soltera Weyward

Se acuerda de las cartas. Rupert y Elizabeth son los padres de Violet, los bisabuelos de Kate.

Y eso significa que Kate… es una Weyward.

Cuando al fin se queda dormida, Kate tiene la misma pesadilla que la persiguió durante la infancia: la mano enorme de su padre encima de la suya, pequeña; la sombra oscura del cuervo entre los árboles. Alas que cortan el aire, el chirrido de neumáticos sobre el asfalto. El húmedo golpe sordo del cuerpo de su padre al caer al suelo.

Pero en la cabaña el sueño es más largo y el aleteo de las alas se transforma en el galope del latido del corazón de su bebé. Ve al feto: crece y crece como una luna que se alza en el cielo. Crece hasta ser una criatura. Pero no es un niño rubio y con los ojos azules como Simon. Es una niña con el pelo y los ojos oscuros. Una niña que se parece a la tía Violet. Que se parece a la propia Kate.

Una niña Weyward.

Por la mañana, recoge el folleto arrugado de la mesita de noche y lo desdobla. Pero no marca el número. No se ve capaz. Cada vez que agarra el teléfono, recuerda el sonido del latido del corazón del bebé, recuerda qué aspecto tenía dentro de ella, resplandeciente como una perla. Recuerda a la niña del sueño, con el pelo y los ojos del color del azabache, de la tierra más rica.

Se queda unos instantes inmóvil, pensando en lo que haría Simon si se enterase de que está embarazada. En cómo trataría a su hija.

Esta vez, las cosas serán distintas. Ella será distinta. Será fuerte.

Recuerda la forma en que se vio en el espejo cuando se puso la

capa de la tía Violet. El oscuro brillo de sus ojos. Durante un segundo, se sintió casi poderosa.

Tendrá a su hija, a la niña Weyward. No sabe por qué, pero está convencida de que será una niña.

Y la protegerá.

# 19
# ALTHA

Aunque me habían dejado vestirme, noté la presión de cien ojos sobre mí, como si siguiese desnuda. Los hombres me observaban con apetito, como si fuese un postre que quisieran devorar. Todos menos el hombre de los ojos piadosos, que apartó la mirada.

Después de un tiempo, no pude mirarlos; ni al público sentado en los bancos ni a los jueces, al fiscal ni al doctor. Ni a Grace, con su capa blanca. Había querido llevar conmigo a la araña de las mazmorras, una amiga entre enemigos. Pero supe que no era seguro, que no haría sino oscurecer la nube de sospecha que pendía sobre mí. En ese instante, un destello me llamó la atención, y vi que la araña me había seguido, que estaba tejiendo su red en el extremo del banquillo de los acusados. Se me llenaron los ojos de lágrimas al contemplar cómo sus patas bailaban sobre los resplandecientes hilos sedosos. Ojalá yo pudiese encogerme hasta adoptar su reducido tamaño y escabullirme de allí.

Nací con ese lunar. El que me había arrancado rascándome la piel la primera noche en el castillo. Debería haber pensado en hacerlo con anterioridad, antes de que llamasen al doctor Smythson a la cárcel de Crows Beck. Pero mi sentido común estaba embotado por la falta de alimento y de luz, por haber soportado las preguntas de los hombres del fiscal. Y, de todos modos, era arriesgado: la herida estaba formando una costra que supuraba colérica. El doctor Smythson debía de haber sabido qué era.

La marca de la bruja, la llaman. O la del demonio. Hace las veces

de prueba instantánea de culpabilidad.

Mi madre también tenía una casi en el mismo lugar que yo.

—Lunar a juego —me decía a menudo—. Como corresponde a madre e hija.

No era lo único que teníamos en común. Todo el mundo decía que yo era su viva imagen, con mi rostro ovalado y mi llamativa melena negra.

Eran dos rasgos de los que yo me enorgullecía, sobre todo después de que muriese mi madre. Me quedaba contemplando mi reflejo en la superficie del arroyo, desesperada por hallar un rastro suyo en mis facciones. El agua ondulante me emborronaba el rostro, que no era más que una pálida luna. Me imaginé que era mi madre, que me miraba a través del velo que separa este mundo del siguiente.

Me pregunté qué pensaría mi madre. De su única hija, desnudada en una sala de vistas, mientras los hombres la examinaban con los ojos. En busca de una señal de que le hubiese vendido el alma al diablo.

¿Qué sabían de almas esos hombres que se pasaban el día sentados en cómodos asientos y vestidos con ropas elegantes, y que consideraban oportuno condenar a muerte a una mujer?

No afirmo saber tampoco gran cosa de almas. No soy una mujer instruida, solamente cuento con los conocimientos que mi madre me transmitió, como su madre le transmitió a ella. Pero conozco la bondad, la maldad, la luz y la oscuridad.

Y conozco al demonio.

Lo he visto. He visto su marca. Su marca de verdad.

He visto cosas. Y Grace también las ha visto.

En la mazmorra, a veces soñaba con él. Con el demonio. Con la forma que adopta cuando aparece.

También soñé con Grace.

Mayormente soñé con mi madre en su última noche. La última que

pasó en este mundo. Sus dedos secos sobre los míos. Los broncos jadeos de su respiración, su piel tan pálida que me dejaba ver las venas verdiazules, como una red de ríos. Sus palabras de despedida. «No olvides tu promesa», me dijo. Se había ido tres años antes, pero su recuerdo en el lecho de muerte era tan fuerte como si acabara de perderla.

El tiempo parecía haberse visto alterado por el tribunal. Mientras que antes mis días se interrumpían por pequeños rituales y costumbres —ordeñar a la cabra por la mañana, recoger bayas por la tarde, preparar tónicos para los enfermos por la noche—, ahora solo asistía al juicio y dormía. Solo había miedo y sueños.

El día después de que interrogara al doctor Smythson, el fiscal llamó al joven Kirkby. A Daniel.

Nosotras habíamos asistido su nacimiento, mi madre y yo. No debí de tener más de seis años y solo había visto nacer a animales. A corderos cubiertos por membranas azuladas. A gatos con ojos lechosos. A pájaros que rompían el cascarón rosados y escuálidos. Había presentido su temor al llegar a un mundo lleno de incertidumbres. De peligros.

Tampoco sabía que dar a luz a bebés fuera algo que hiciesen los seres humanos. Había dado por supuesta mi mera existencia, y solo después de ver a la madre de Daniel expulsarlo de su cuerpo descubrí que mi madre me había creado con un hombre y que me había extraído de su interior como una raíz de la tierra. Nunca supe quién fue mi padre. Mi madre se negó a decírmelo.

—En nuestro caso no importa —me había respondido entonces. Ella tampoco había conocido a su padre, como me contó más adelante.

Recién nacido, Daniel Kirkby lloraba tan fuerte que tuve que taparme los oídos. En el juicio, sin embargo, hablaba en voz baja. Cuando juró decir la verdad, fue solemne y abrió mucho los ojos. Vi que miraba hacia mí y que luego apartaba la vista, como un caballo que se encoge ante el látigo. Me tenía miedo. A mi madre le habría entristecido presenciarlo después de haber colaborado en su segura llegada al mundo.

—¿Cuánto tiempo has trabajado en la granja de los Milburn, Daniel?

—Desde el último invierno, señor.

—Y ¿cuál era la naturaleza del trabajo que llevabas a cabo?

—Básicamente, ayudaba. En todo lo que el señor necesitase. En ordeñar a las vacas cuando la señora Milburn no podía hacerlo.

Se le sonrojaron las mejillas al pronunciar el nombre de ella. Le titilaron los ojos, que inspeccionaron los bancos de la sala. Me pregunté si estaría buscando el rostro de Grace.

—Y ¿trabajaste el día de Año Nuevo de este año del Señor de 1619?

—Sí, señor.

—¿Serías tan amable de contarle al tribunal los hechos de ese día, lo mejor que puedas recordarlos?

—Me levanté temprano, señor, cuando todavía estaba oscuro. Una larga caminata separa nuestra granja de la de los Milburn, así que me puse en marcha con tiempo, como siempre.

—Y ¿qué pasó cuando llegaste?

—Todo era normal, señor. Como siempre. Me encontré con John, con el señor Milburn, en la parte trasera, detrás de la vaquería.

—Y ¿te pareció que estaba bien?

—Parecía gozar de buena salud, señor. John siempre estaba sano. Nunca lo he visto enfermo ni con síntomas de nada desde que trabajo con ellos.

—Y ¿qué pasó después de que llegaras?

—Ordeñamos a las vacas y luego las sacamos del establo para que pastaran por los campos.

—Y ¿qué te parecieron las vacas? ¿Estaban tranquilas, dóciles? ¿O agresivas?

—Normalmente tenían más ganas de salir a pasturar, señor. Era una mañana muy fría. Pero estaban tranquilas.

—¿Alguna vez las has visto agresivas de alguna forma desde que trabajas para los Milburn?

—No, señor.

—Ya veo. Es decir, el señor Milburn y tú estabais en los prados, acababais de soltar a las vacas del establo. ¿Puedes contarle al tribunal lo que ocurrió a continuación?

—Yo estaba mirando hacia el establo, señor, pensando que debería acercarme para cerrar la puerta. Y entonces oí a las vacas… Proferían un ruido que nunca he oído emitir a ningún animal. Casi diría que… chillaban. Vi un pájaro, creo que era un cuervo, bajando en picado desde el cielo. El ave las asustó, señor. Tenían los ojos en blanco, les salía espuma por la boca. John intentaba tranquilizarlas. Las amaba, ¿sabe?, a esas vacas. No quería que estuviesen espantadas.

Al decir eso, se le quebró la voz. Vi la nuez de Adán de Daniel temblar mientras se tragaba las lágrimas. Tenía quince años, era un hombre. No iba a llorar, no en un tribunal, vestido con la mejor lana que había vestido nunca para asegurarse de que se hiciera justicia con su señor.

Un muchachito valiente. Vi que para él hacer justicia era un asunto importante. Yo también sabía el valor que tenía.

Me pregunté de qué se habría enterado al trabajar en esa granja. Supe que Grace le había dado de comer. Les había dado de comer a los dos, les había llenado los cuencos con un potaje humeante para cuando volviesen de vigilar a las vacas. Los tres se sentaban juntos a la mesa, Grace miraba su plato, John miraba a Daniel y se preguntaba si algún día tendría un hijo que lo ayudase a llevar a las vacas hasta los prados.

Vi cómo se tensaban los músculos de la mandíbula de Daniel cuando apretó los dientes para proseguir con el relato.

—Pero las vacas no se calmaban, tanto daba lo que hiciese John. Escarbaban en la tierra con las pezuñas, con los ojos en blanco, como si fuesen a atacar. Como si fuesen toros. Y atacaron. Se precipitaron directamente hacia John.

Daniel hizo una pausa. En la sala de vistas, el ambiente estaba tan tenso como la piel de un tambor.

—Cuando las vacas se abalanzaron sobre John y él empezó a gritar, hubo un gran estruendo… Y entonces se cayó al suelo y dejé de

verlo. Los gritos se volvieron aullidos.

Miré a Grace. Seguía con la cabeza inclinada. Vi que algunos de los presentes en los bancos la observaban mientras Daniel Kirkby continuaba con su testimonio.

—John guardó silencio. Y las vacas se detuvieron. Como si nada hubiera sucedido. Como si… Como si…

Giró la cabeza para mirarme. Supe por su expresión que no le apetecía mirarme, que se estaba obligando. Pero mantuvo los ojos clavados en mí mientras hablaba.

—Como si se hubiese roto un hechizo.

Los jadeos y los gritos se adueñaron del aire. No miré a los presentes. Miré hacia la araña, que seguía tejiendo su red.

No necesitaba mirar al fiscal para saber la expresión que componía. Oí el placer que le teñía la voz.

—Gracias, Daniel. Has sido muy valiente. Tu rey y nuestro Padre celestial estarán agradecidos por tu servicio. Espero no robarte mucho más tiempo. ¿Podrías decirle al tribunal lo que viste acto seguido?

—Vi las heridas del señor. Eran… Todavía las veo si cierro los ojos. Rezo por no volver a ver jamás nada parecido. Y entonces la señora Milburn vino corriendo desde la puerta de la granja. No dejaba de preguntar qué había sucedido, se repetía una y otra vez. Y luego vi a otra persona corriendo hacia nosotros. Era la acusada, Altha Weyward. Estaba chillando el nombre de la señora. Cubrió el cuerpo del señor con su capa (como gesto de amabilidad, dijo) y me pidió que fuera al pueblo a buscar al doctor Smythson. Corrí e hice lo que me indicó, señor.

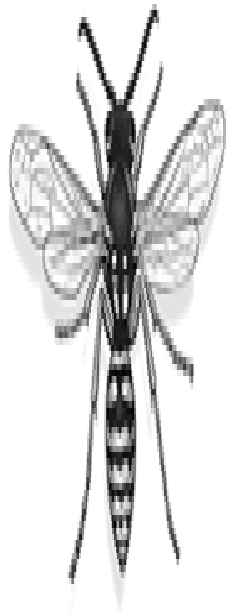
—Gracias, hijo. Y ¿fue esa la primera vez que viste a la acusada ese día? ¿No la viste a ella, ni a nadie más, sin contar a los Milburn, antes del accidente? ¿La viste mascullar un encantamiento, incitar a las vacas a abalanzarse en estampida contra su amo?

—No, señor. Ese día no la había visto antes de ese momento. Pero esa mañana, antes de que sucediese, tuve un presentimiento cuando llevamos a las vacas hacia los pastos.

—¿Qué presentimiento?

—Que alguien me observaba. Que alguien me vigilaba desde el bosque.

# PARTE DOS



# 20
# VIOLET

Violet examinó su reflejo mientras se vestía para la cena. Intentaba descubrir si se veía distinta ahora que alguien la había besado. Pero seguía siendo la misma Violet de siempre, quizá con un nuevo tono rojizo alrededor de los labios. Se llevó una mano a la cara. Tenía la piel delicada e irritada, como si se la hubiera pulido con una lija. Se preguntó si alguien se daría cuenta.

Se quitó una ramita del pelo y la dobló. Sus oscuros mechones centelleaban bajo la luz tenue de su dormitorio y le hicieron pensar en su madre.

*Tenía el mismo pelo oscuro.*

Violet recordó la conversación que había oído entre las criadas cuando era pequeña. ¿Cuál fue la palabra que la tata Metcalfe había utilizado para describir a su madre? «Insólita».

¿Qué diablos significaba eso? Se le revolvió el estómago ante la imagen espantosa que se iluminó en su mente: su madre, pálida y desatada, encerrada en una habitación. Loca.

Quizá por eso todo el mundo mentía sobre lo que le había ocurrido. Aunque, ahora que lo pensaba, Violet no se acordaba de que nadie le hubiese dicho que su madre hubiera muerto al dar a luz a Graham. La tata Metcalfe y la señora Kirkby se limitaron a decir cosas como: «Tu hermano sobrevivió, gracias a Dios» y «El doctor hizo todo lo que pudo».

Los dedos de Violet se dirigieron al colgante que llevaba al cuello, como hacía a menudo cuando estaba preocupada, para recorrer la

preciosa «W». Empezaba a dolerle la cabeza; notaba cierta tensión en la frente y un zumbido junto a la sien. Todavía tenía mucha sed después del beso (¿cómo era posible que algo tan húmedo la dejara a una tan sedienta?) y estaba un poco mareada.

Tenía la curiosa sensación de que estaba observando algo con suma atención, pero que aún era incapaz de discernir la forma en su totalidad. Las palabras de Frederick se repitieron en su mente.

«Tu padre debía llevarla hasta su habitación… Encerrarla».

El gong sonó para que fueran a cenar, reverberando por toda la casa como una llamada a las armas. Violet se miró en el espejo por última vez e intentó ignorar la palpitación que sentía en el cráneo. Se había vuelto a poner el vestido verde, igual que la noche anterior. De pronto, reparó en lo corto que era: sus rodillas corrían serio peligro de quedar al descubierto. No sabía si parecía una niña o una meretriz («meretriz» fue la palabra que oyó utilizar a la señora Kirkby para describir a Penny después de que la muchacha besara al ayudante del jardinero).

Violet procuró ver el comedor a través de los ojos de Frederick. Se trataba de una estancia bastante grande, y, bajo la luz de las velas, la ligera capa de suciedad que se había instalado desde el inicio de la guerra apenas se percibía. El espacio estaba presidido por una gigantesca mesa de caoba a la que Padre se refería, de modo inexplicable, como «reina Ana». (*¿Acaso la reina Ana se había sentado allí?*, se preguntó Violet). Varios miembros fallecidos de la familia Ayres los observaban desde los marcos dorados de las paredes con cierta melancolía, como si lamentaran no poder probar la comida que se servía en la mesa. Encima de un aparador de estilo georgiano se alzaba un pavo real disecado, que Violet había bautizado en secreto como Percy, cuyas plumas, antaño gloriosas, colgaban inertes hacia el suelo.

Aquella noche, la señora Kirkby había preparado faisán asado, que

Padre había cazado unos días antes. Violet vio el agujero que dejó la bala en el cuello del faisán, una mancha oscura en la carne dorada. La desagradable sensación regresó a su estómago. Mientras cortaba la porción que le habían servido, fue muy consciente de la presencia del pobre Percy, que miraba desde la otra punta de la sala. Algún día, cuando fuera adulta y se hubiese convertido en bióloga (o en botánica o en entomóloga), solo comería verduras.

Por lo visto, eran pocas las probabilidades de que Frederick compartiera sus aspiraciones alimenticias, como comprobó Violet al verlo paladear el faisán. A la muchacha le pareció advertir una mirada hambrienta en su primo al escrutar la sala: la reina Ana, los retratos viejos y polvorientos, ella misma. Esa mirada hambrienta no desapareció, si bien ya había comido un buen plato de asado.

Padre y Frederick estaban manteniendo una larga conversación acerca de la guerra. Violet se distrajo, ensimismada en lo que le había dicho Frederick sobre su madre, hasta que Graham le dio una patada por debajo de la mesa. Esbozó una sonrisa remilgada e intentó concentrarse en lo que estaba diciendo Padre.

—No puedo decir que yo sea un gran admirador del general Eisenhower —comentó—. ¿De verdad necesitamos tanta ayuda de los yanquis? —Escupió la última palabra con violencia, como si todavía le escociera la independencia de los Estados Unidos.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir, tío —dijo Frederick—. A no ser que quiera que los germanos se sienten aquí a comer faisán con su hija. Me temo que darían buena cuenta de ambos.

La oleada de calor regresó. Violet no estaba del todo segura de qué quería decir Frederick, pero de pronto pensó, sin saber por qué, en el enjambre de efémeras, en la aspereza de los labios de su primo sobre los suyos. A su lado, Graham miraba a Padre con las cejas arqueadas.

Pero Padre no lo había oído: la señora Kirkby le había preguntado si estaban preparados para que les sirvieran el postre. Violet vio de reojo un destello dorado. Pareció como si Frederick se hubiese añadido algo a la copa. Estaban bebiendo vino de Burdeos, como bebían siempre durante la cena. Lo habían aguado para que Graham y

Violet pudieran «degustarlo». De nuevo reinaba en la estancia un ambiente navideño. Violet recordó el nombre de la sustancia que empleaba la señora Kirkby para lograr que el pudin de Navidad irradiase llamas azules. «Brandi». Eso era. Descansaba en un precioso decantador de cristal del carrito de las bebidas de Padre. Violet nunca había visto a nadie beberlo; Padre prefería el vino de oporto después de cenar.

Observó a Frederick con más atención. Reparó en sus ojos vidriosos y en que le temblaban los dedos al querer agarrar la copa.

¿Estaría ebrio? Así como había leído acerca de los besos mucho antes de que nadie la hubiese besado, las referencias que tenía sobre la ebriedad también procedían de la literatura (al comienzo de *Las alegres comadres de Windsor*, Falstaff tenía «los cinco sentidos aletargados por la ebriedad»). Violet había leído mucho a Shakespeare, aunque Padre no lo sabía, por supuesto; no se había dado cuenta de que dos años atrás sus *Obras completas* habían desaparecido del lugar que ocupaban en la biblioteca.

Frederick estaba atacando ahora el postre, un pudin de sebo que la señora Kirkby había repartido con generosidad, así que el aletargamiento de por lo menos uno de sus sentidos quedaba fuera de toda duda. Violet se miró el plato. El pudin brillaba por la grasa. Decidió comerse tan solo las natillas que acompañaban el postre. Su dolor de cabeza iba ganando fuerza, como una tormenta de verano.

—Cielo santo —exclamó Padre—. ¡Pudin de sebo! La señora Kirkby debió de haber reservado un poco.

Violet no recordaba que antes de la guerra Padre comentara los platos que preparaba la señora Kirkby. Sospechaba que la guerra de Padre (la escasez de su oporto preferido, uno de cuyos envíos había padecido un bombardeo al cruzar el Atlántico) era bastante diferente a la de Frederick.

Por el modo en que su primo agarraba la copa (que, según afirmaba Padre, formaba parte de una vajilla que Isabel I regaló al primer vizconde), Violet se preguntó si Frederick también lo pensaría.

—Delicioso —dijo mientras retomaba el ataque sobre el pudin—.

Creo que desde 1939 no he comido un pudin que no saliese de una lata. Mis felicitaciones a la señora Kirkby.

La conversación viró de nuevo hacia la guerra. Frederick le estaba comentando a Padre la clase de armas que utilizaba su régimen («cañones para los tanques y revólveres Colt en las distancias cortas») y Violet se permitió ensimismarse una vez más mientras la señora Kirkby retiraba los platos. Todavía oía los grillos que cantaban en el exterior. De hecho, parecía un solo grillo, y Violet sintió un poco de lástima por él. Tal vez le había ocurrido algo a su compañero. O tal vez nunca había tenido compañero.

La muchacha se preguntó cómo sería vivir a solas, sin nadie a quien amar y que la amara. Pensó en la Reina Virgen, la ilustre Isabel I que les había regalado las copas. Nunca se había casado. Quizá Violet tampoco llegara a casarse jamás. Padre se llevaría un buen disgusto. La señoría Poole también; Violet se la imaginaba rezongando por el desperdicio que suponía un ajuar confeccionado con esmero.

A Violet nunca le había gustado demasiado la idea de casarse. Sería muy feliz persiguiendo sus ambiciones por su cuenta, como Isabel I, si bien sus ambiciones eran mucho más prosaicas que la victoria sobre la armada española y la conversión del país al anglicanismo.

Pensó con gran añoranza en las polillas y los escorpiones gigantes que aparecían en los libros de Padre. Se imaginó encorvada para acariciar la cabeza brillante de un escorpión, mientras el calor del desierto le secaba la piel… Quizá descubría una nueva especie o era la primera en descifrar los secretos de sus células…

¿Sería posible tener ambas cosas? ¿Amor e insectos? Tal vez Frederick se enamorase de ella y, cuando se hubiesen casado, se alegraría de que se convirtiese en una científica trotamundos. Pero, por más que aquellos anhelos la calentaran e iluminaran desde dentro, las dudas hicieron acto de presencia en forma de oscura nube.

Rememoró el modo en que el corazón le golpeó el pecho cuando Frederick la besó. Experimentaba nuevamente la misma sensación, la de que una marea la arrastraba. Se le constreñían los pulmones. No

había esperado que el amor, si era eso lo que sentía, se pareciera tanto al miedo.

A decir verdad, no estaba segura de que nadie la hubiese querido, aparte de quizá Graham de una forma un tanto irritante. Violet suponía que su madre debía de haberla querido, pero, más allá de unos débiles recuerdos sacados a la luz por el descubrimiento del pañuelo y de la pluma —ahora en cierto modo deslustrados por la historia de Frederick—, era imposible imaginarse cómo la habría hecho sentir ese amor.

Era difícil saber si Padre la quería. A menudo, daba la impresión de que solo le importaba si era capaz o incapaz de moldearla hasta transformarla en algo bonito y agradable, un regalo que entregar a otro hombre.

Aunque se preguntó si no habría otra capa en los sentimientos de su padre hacia ella; a veces le parecía ver una nube de arrepentimiento cubriéndole el rostro al mirarla. Quizá fuera porque, por lo menos según Frederick, se parecía muchísimo a su madre.

Ahora Padre estaba sirviendo tres copas de oporto para llevarlas hasta un salón. Graham contemplaba la tercera copa con una expresión que era mezcla de terror y orgullo.

Violet se aclaró la garganta. Padre la miró y frunció el ceño.

—Violet. —Dirigió la vista hacia el reloj de pared que descansaba contra la pared opuesta—. Es tarde. Deberías irte a la cama ya.

Eran las ocho y media. Unos trazos de luz rosada bañaban la escalera cuando Violet la subió en dirección a su dormitorio. Al pasar por delante de la ventana de la segunda planta, se dio cuenta de que ya no oía el canto del grillo solitario. Quizá se había rendido.

# 21
# KATE

Conforme los días se vuelven más cálidos, Kate abre las ventanas y las puertas para que la cabaña se llene del aroma del jardín. A veces, se pasa horas sentadas en el sofá de la tía Violet disfrutando del sol sobre la piel mientras lee. El aire fresco ayuda a contrarrestar las náuseas que siguen revolviéndole las tripas, y el lejano murmullo del riachuelo le resulta reconfortante. En el exterior, las plantas místicas son casi preciosas, y sus tallos desiguales se retuercen hacia el cielo. Kate se pone una mano sobre la barriga y piensa en su hija, que florece dentro de su cuerpo.

Las estanterías de Violet están repletas de tomos científicos: insectos, botánica, incluso astronomía. Uno de ellos, una guía de la fauna entomóloga local llamada *Los secretos del valle*, parece haberlo escrito la mismísima Violet. A Kate la alivia encontrar también algo de ficción, incluso unos cuantos libros de poesía.

La mayoría de las novelas están escritas por mujeres: Daphne du Maurier, Angela Carter, Virginia Woolf. En el último mes, ha leído *Rebecca*, *La cámara sangrienta* y *Orlando*. Hacía mucho tiempo que no experimentaba deleite con la lectura, con las historias que han pergeñado los sueños de otras personas. Los últimos días que pasó en la biblioteca, antes de dejar a Simon, fueron furtivos y peligrosos; se encogía al oír el tictac del reloj de la pared, al ver una sombra que le oscurecía el libro que estaba leyendo. Durante un tiempo, creyó que se había desprendido de la magia, de la habilidad de adentrarse en otra época, en otro lugar. Fue como olvidarse de respirar.

Pero no debería haberse preocupado. Ahora, los mundos, los personajes, incluso las frases permanecen en su cabeza y brillan como faros en su cerebro. Le recuerdan que no está sola.

Acaba de terminar una novela breve llamada *Lolly Willowes*, de Sylvia Townsend Warner, sobre una mujer soltera que se muda a la campiña para practicar brujería. En la guarda del libro lee el nombre de la librería que se encuentra junto a la iglesia: Libros y Regalos Kirkby. Debajo del sello ve un mensaje escrito a mano:

*¡Al verlo he pensado en ti! Un beso, Emily.*

En tanto revisa la colección de Violet, Kate ve que hay otros libros con el mismo sello. No hay ningún otro libro sobre brujas, aunque sí descubre una colección de poesía de Sylvia Plath, doblada por un poema llamado *Quema de brujas*. Hay dos versos subrayados con lápiz:

«Madre de escarabajos, tan solo abre la mano:

volaré por la boca del cirio como una polilla sin quemarse».

Recuerda lo que oyó sisear a la recepcionista en el centro médico. Que una de las mujeres Weyward había sido una bruja.

Libros y Regalos Kirkby es una casita de ladrillo rojo pegada a la iglesia del pueblo, St. Mary's. Pequeña y achaparrada, se apoya en la iglesia como si intentase ocultarse detrás. Una campanita suena cuando Kate abre la puerta, y la recibe el tranquilizador aroma a polvo y a viejas tapas de piel. Los tablones del suelo originales están tapados casi por completo por unas alfombras turcas de vivos colores, ensuciadas en algunos puntos con mechones resplandecientes de lo que parecen ser pelos de gato.

—Hola —exclama una voz, cuya propietaria está oculta detrás de un laberinto de estanterías. Kate echa un vistazo a un estante con pocos volúmenes en el que se lee la etiqueta: «Historia de St. Mary's». Acto seguido, ve a una mujer de unos cincuenta años detrás de un mostrador lleno de montañas de novedades. La librera se ha puesto un perfume suave a madera, colonia de pachuli. Con los brazos sujeta a un gigantesco gato naranja, que alarga una pata hacia las gafas que penden de un cordón que lleva en el cuello—. Vete —le dice al animal, que maúlla y baja al suelo de un salto. Y se dirige a Kate—:

¿En qué te puedo ayudar?

En la mujer hay algo que le resulta familiar, en la forma en que se le arrugan los ojos al sonreír. En los rizos cobrizos que se van encaneciendo. Kate se ruboriza al darse cuenta: es la mujer a la que vio en el supermercado hace varias semanas.

¿Se tratará de Emily?

—¿Estás bien, cielo? —le pregunta la mujer cuando Kate no contesta.

—Sí, perdone. —Se seca el sudor de las palmas en los pantalones —. Me llamo Kate… Kate Ayres. Estoy buscando a Emily.

—¡Oh! —La sonrisa de la mujer se ensancha. A Kate la avergüenza ver cierto brillo de emoción en sus ojos—. La sobrina nieta de Violet. Debería haberlo sabido… Tienes sus ojos. Soy Emily. Tu tía abuela y yo éramos amigas. Te acompaño en el sentimiento. Era una mujer maravillosa.

—Ah, no pasa nada. —Se sonroja—. Es decir… No llegué a conocerla. Ni siquiera sabía que había muerto hasta que me llamó su abogado… Me dejó en herencia la cabaña.

—Algún día tenemos que quedar —dice Emily con alegría—. Mike, mi marido, y yo vivimos en la granja Oakfield. Nos encantaría que te pasaras. Así podré contarte muchas cosas sobre ella.

—Oh. —Kate titubea—. Es muy amable por su parte. ¿La aviso si me va bien?

—Perfecto.

Hay una pausa, y Kate nota los ojos de Emily clavados en ella. De pronto, le habría gustado vestirse con otra ropa; la camiseta es demasiado escotada y los vaqueros se le pegan, incómodos, a los muslos. Incluso el pelo le parece inadecuado. Levanta una mano en un acto reflejo para peinarse los mechones ásperos y decolorados.

—En fin, ¿te puedo ayudar con algo más? —le pregunta Emily—. ¿Te recomiendo algún libro?

—En realidad, me gustaría saber si tiene algún libro sobre la historia del pueblo. O si… —Se detiene, los nervios le hormiguean en el estómago—. ¿Podría hablarme de las mujeres Weyward?

—Ah. —Emily sonríe—. ¿Ya has oído los rumores, pues?

Kate recuerda a la recepcionista del centro médico, la palabra que espetó como si se tratase de algo podrido.

«Bruja».

—Más o menos, sí.

—A los aldeanos les encanta chismorrear. Bueno… La historia se remonta al año 1600 y algo, cuando juzgaron a una Weyward por bruja.

Kate piensa en la cruz junto al sicómoro. Las letras grabadas. «R. I. P.».

—¿En serio? ¿Qué le ocurrió?

—Me temo que no lo sé con detalle, querida. Pero en aquella época en el pueblo se hablaba mucho de esas cosas. A las mujeres las acusaban a diestra y siniestra.

—¿La tía Violet hablaba sobre ellas? ¿Sobre las mujeres Weyward?

Emily hace una pausa, frunce el ceño. Juguetea con el cordón de las gafas, de tal forma que las lentes brillan bajo la luz.

—No le gustaba demasiado hablar de su familia. Tengo la sensación de que le resultaba muy doloroso. Algo relacionado con su marcha de Orton Hall.

Kate recuerda las torres que vio desde el camino, doradas por el alba.

—En fin. —Emily parpadea y se gira para mirar al reloj, que tiene la forma de la cara de un gato. Uno de los bigotes, el más corto, se acerca a las 5—. Voy a cerrar en breve, cielo. Pero vuelve cuando quieras, cuéntame cómo te va. Y mi propuesta sigue en pie.

Al despedirse, Kate nota cómo el calor asciende por sus mejillas. Hay otra cosa que le gustaría preguntar, pero ha sido incapaz de reunir suficiente valor. Su cuenta bancaria va bajando rápidamente; pronto no le quedará más que el fajo de billetes de emergencia que se guardó en el bolso. Cuando encontró la copia de la tía Violet de *Lolly Willowes*, albergó la absurda esperanza de que tal vez pudiese trabajar allí, en la librería. Estaba casi convencida de que podría recuperar su viejo perfil profesional como una persona recupera un abrigo de un

armario.

Pero ahora que está allí, las dudas le cosquillean en la piel. Hace años que no trabaja, desde que Simon la obligó a renunciar después de que ella intentara dejarlo por primera vez. Sus recuerdos laborales parecen tan lejanos que es como si le hubiesen sucedido a otra persona. Incluso por aquel entonces supo que no la aceptarían en ese trabajo. No se lo merecía.

Era una absurda fantasía. Nada más.

Como todavía no está preparada para emprender el camino de vuelta a la cabaña, Kate se acerca a la iglesia. La puerta principal está cerrada. Sin embargo, la puertecilla del cementerio está abierta y oscila sobre los goznes. Kate mira tras de sí para comprobar si alguien la ve, y a continuación pasa al interior.

El cementerio está rodeado por altos muros de piedra, verdes por el musgo y los líquenes. Los muros están flanqueados por árboles ancianos, cuyas ramas amenazan con rozar la parte superior de las lápidas.

Con un sobresalto, se da cuenta de que ya ha estado allí. Por supuesto. En el funeral de su abuelo. Recuerda a los demás dolientes, negros como cuervos con sus sombríos abrigos. Recuerda el soniquete del cura. Y los ruidos.

Percibe un poco de movimiento. Levanta la vista: una sombra oscura salta de una rama a otra, y a Kate se le desboca el corazón. Acaricia con los dedos la reconfortante forma del broche que lleva en el bolsillo mientras avanza por el cementerio.

Las lápidas pertenecen a distintas épocas: algunas son nuevas, de brillante granito, escoltadas por diminutas macetas de terracota con flores brillantes; el paso del tiempo y el clima han erosionado tanto algunas otras que las inscripciones apenas son legibles. Kate ve los mismos apellidos una y otra vez: Kirkby, Metcalfe, Dinsdale, Ridgeway. Como si el mismo elenco de actores hubiese tenido que

representar el papel de cada generación de aldeanos.

Se abre paso entre las hileras de tumbas en busca de su familia. Al principio, se dirige hacia el mausoleo de aspecto lúgubre que se alza en el centro del cementerio. Está esculpido en mármol y muy decorado, y por encima sobresale una cruz y un ave de presa agachada. Pero el mármol está manchado de verde por el paso del tiempo, la mitad tapada por plantas trepadoras. La puertecilla, colocada en el centro de la tumba, está cerrada; para impedir que alguien entre o salga, Kate no está segura. En la entrada divisa un triste ramo marchito de lavandas. Al reparar en la tarjeta atada con un lazo polvoriento, se pone en cuclillas para echarle un vistazo, pero la letra está emborronada, es ilegible.

Al final, encuentra a sus familiares en el rincón más alejado, protegidos de los elementos por las gruesas ramas de un olmo. Graham, su abuelo, y Violet, su hermana. El uno al lado del otro, debajo de un manto de resplandecientes flores silvestres. Kate se agacha junto a las lápidas para leer las inscripciones. A Graham lo describen como a un padre y un marido cariñoso. Como a un hermano leal. Hay una cita del proverbio 17:17: «En todo tiempo ama el amigo, y para ayudar en la adversidad nació el hermano».

La lápida de Violet, un pedazo de granito que conserva su forma natural, es más sencilla. Solo aparece su nombre, Violet Elizabeth Ayres, y las fechas de su nacimiento y su muerte. Y otra cosa, un leve trazo tallado con tanta delicadeza que Kate no lo ve enseguida.

La letra «W».

¿«W» de «Weyward»? En esa letra hay algo que le resulta familiar. Una cálida brisa se levanta en el cementerio y hace crujir las hojas de los árboles.

Kate se queda un rato allí, observando la tumba de Violet. Según el abogado, su tía abuela había dejado unas instrucciones muy precisas al respecto. Kate se pregunta quién habrá asistido al funeral; ella no habría podido ir sin despertar las sospechas de Simon. Nota un arrepentido dolor por no haber estado. Volverá otro día, decide, con unas cuantas flores. A Violet le habría gustado, seguro.

Se pone en pie y decide comprobar si encuentra alguna otra tumba de las Weyward. Recorre el cementerio de punta a punta varias veces, pero no ve ninguna, aunque algunas de las lápidas están borradas por el tiempo. Seguramente a una mujer acusada de brujería no la enterraban en el cementerio de una iglesia. Es… ¿Cómo se llamaba? Terreno sagrado. Pero es obvio que, si la familia se remonta a varios siglos, otras Weyward debían de haber vivido y muerto en Crows Beck, ¿no? Si no era en el cementerio, ¿dónde estaban enterradas?

Una vaga intranquilidad se apodera de ella al recordar la erosionada cruz debajo del sicómoro. Es imposible que indique la tumba de un ser humano, ¿verdad?

Kate se distrae contemplando el paisaje durante el trayecto de vuelta a casa, el camino que sigue el riachuelo, que bajo la luz de la tarde tiene el color del azúcar quemado. Observa las matas de vegetación de las márgenes: helechos, ortigas, una planta que no sabe cómo se llama con minúsculos capullos de flores blancas.

Algo la lleva a levantar la vista al cielo: hay una silueta oscura recortada contra las nubes rosadas. Un cuervo.

Más tarde, Kate abre el joyero de la tía Violet.

En la semipenumbra de la estancia, ve que el collar está enredado. Lo levanta con suavidad. Se sienta en la cama y enciende la lámpara de la mesita de noche para observarlo mejor. Se pregunta cuántos años tendrá el colgante. Parece ser del siglo pasado, si no anterior: el oro es mate, está deslustrado. Resulta frío contra su palma, reconfortante.

El grabado del colgante ovalado está oscurecido por la suciedad y el polvo, pero es inconfundible: la misma «W» que está tallada en la tumba de Violet.

# 22
# ALTHA

Me daba miedo que todos creyeran al joven Kirkby. Los hombres y las mujeres de los bancos, pero también los jueces y el jurado, que eran los más importantes.

Creían que yo había estado allí, que yo había puesto a las vacas de John en su contra, como si fuese una gran marionetista. Como si fuese el mismísimo Dios.

Sentada en el banquillo de los acusados, contemplando la araña, recordé aquella mañana, la mañana en que murió John. Me había levantado con los primeros rayos de sol, como siempre. Miré por la ventana y vi que el cielo seguía siendo rosa y nuevo. Recuerdo que, mientras me vestía y me ponía las botas, pensé en los comienzos. Y luego salí a pasear. Siempre daba un paseo a esa hora durante las semanas que se acercaban al año nuevo. Se había convertido en una costumbre.

Ese día había sido muy frío, y caminé entre grandes masas de nieve que me empapaban las botas y el dobladillo del vestido. Mi aliento era como cristales delante de mí. El valle siempre era más bello que nunca por la mañana. Recuerdo que pensé que era como si lo hubieran hecho a propósito, para animarnos a seguir con vida.

Las vacas parecían casi majestuosas en los prados: el alba dorada volvía sus flancos ambarinos. La fuerza de esos flancos al correr hacia él, los músculos al desgarrarse. Como si fueran animales totalmente distintos que se habían pasado los días mordisqueando hierba para ganar tiempo hasta que llegase su momento de gloria. Los aullidos

agudos del cuervo que revoloteaba sobre las pasturas se habían mezclado con los gritos de los hombres. Desde el lugar que ocupaba yo en el extremo del campo, noté cómo la tierra se sacudía con las pisadas de las pezuñas.

Terminó muy deprisa. Las vacas regresaron a sus formas habituales en un abrir y cerrar de ojos, y se apartaron para mostrar lo que había ocurrido. Y el cuerpo. El cuerpo de John.

Vi a Grace salir de la granja. Me recogí las faldas y eché a correr; el viento invernal me perforaba los pulmones. Mientras corría, me desabroché la capa para así poder tapar el cuerpo. No quería que ella lo viese. Las extremidades como herramientas rotas, el rostro deformado. Supe que yo iba a ver ese rostro una y otra vez hasta exhalar el último suspiro.

Ahora acaban de despedir al joven Kirkby. Su nuez de Adán tiembla mientras recorre la sala de vistas, rígido con sus ropas nuevas. Ha hecho que su señor se sintiera orgulloso de él. De camino a casa, supongo que repasará todos los detalles del juicio hasta que el relato esté pulido y reluciente, listo para contárselo a sus padres, a los demás aldeanos. Las preguntas del fiscal. La piedra antigua del castillo de Lancaster. Los elevados travesaños de la sala de vistas. Grace, hermosa con su capa blanca. Y, en el banquillo de los acusados, Altha, la bruja.

«Bruja». La palabra serpentea entre los labios como una culebra, gotea de la lengua tan espesa y negra como la brea. Mi madre y yo nunca nos consideramos brujas, pues esa palabra la inventaron los hombres, una palabra que da poder a quienes la pronuncian, no a aquellas a las que describen. Una palabra que erige patíbulos y piras, que convierte a mujeres vivas en cadáveres.

No. No fue una palabra que llegásemos a usar nunca.

Yo no supe, durante mucho tiempo, lo que opinaba mi madre de nuestros dones. Pero supe lo que se esperaba de mí ya desde pequeña. A fin de cuentas, me llamó Altha. No Alice, que significa «mujer noble»; ni Agnes, «cordero de Dios». Altha: «sanadora».

Me enseñó a sanar. Y también me enseñó otras cosas.

—Dicen que la primera mujer nació de un hombre, Altha —me

explicó cuando yo era pequeña, ya que era lo que habíamos oído decir al párroco el domingo en la iglesia—. Que salió de una de sus costillas. Pero debes recordar, mi niña, que eso es mentira.

Fue poco después de que asistiéramos al nacimiento de Daniel Kirkby cuando me lo contó.

—Ahora ya conoces la verdad. Los hombres nacen de las mujeres. No es a la inversa. —Le pregunté por qué iba a mentir el reverendo Goode sobre algo así—. Se cuenta en la Biblia —me respondió—. Así que el párroco no es el primero en decir esa mentira. Y en cuanto al porqué: creo que la gente miente cuando está asustada.

Me quedé confundida.

—Pero ¿de qué iba a estar asustado el reverendo Goode?

—De nosotras —dijo mi madre con una sonrisa—. De las mujeres.

Pero se equivocaba. Éramos nosotras las que deberíamos haber estado asustadas.

Lo noté en mi interior, por mucho que mi madre intentara protegerme. Hubo extraños sucesos durante los años previos a su muerte. Días y noches largos en que desaparecía después de suplicarle a una familia que estuviese en deuda con nosotros que le prestara un caballo. Se marchaba al amparo de la oscuridad y acompañada por su cuervo, que se le adelantaba volando con las plumas moteadas por la luz de la luna. No me decía a dónde iba, solo que, si alguien me preguntaba, había ido a visitar a unos familiares en Lancashire.

Pero yo sabía que no era verdad. Porque no teníamos otros familiares. Solo nos teníamos la una a la otra.

Una noche del otoño en que murió la madre de Grace, una pareja llamó a nuestra puerta. El aire era frío por la amenaza del invierno y recuerdo que la mujer sostenía a un bebé sobre su pecho; aunque estaba envuelto en numerosas capas, su diminuta manita estaba azul.

Mi madre apretaba los labios, y tuve la impresión de que no quería que entraran en la cabaña. Pero no podía dejarlos fuera con un tiempo tan inclemente, sobre todo con el estado en que se encontraba el bebé. Me pidió que pusiese un cazo al fuego, y les habló entre murmullos, pero aun así era imposible que en nuestra pequeña choza no me

llegase su conversación.

La pareja había viajado desde un lugar llamado Clitheroe, al sur, y había caminado durante muchos días y noches. No era de extrañar que tuvieran ese aspecto demacrado y que el bebé estuviera famélico cuando lo liberaron de las ropas que lo envolvían, pues la leche de su madre se había secado. Se dirigían a Escocia, dijeron, y de allí hacia Irlanda cruzando el mar, donde nadie los conocería.

La mujer era una sanadora, pero no como mi madre. Preparaba cataplasmas de vez en cuando, nada más. Pero temían que no importase: según ellos, cerca de Pendle Hill habían reunido a dos familias, a las que habían juzgado por brujería. Casi todas las mujeres habían terminado colgadas.

Cómo se llamaban, preguntó mi madre.

Las Device, dijeron. Y las Whittle. Y otras tantas.

Esos apellidos me resultaban desconocidos, pero mi madre palideció al oírlos.

Después de eso, las cosas cambiaron.

Ese día, el fiscal llamó a un segundo testigo.

El mismísimo reverendo Goode. La sotana negra oscilaba tras él mientras se dirigía a la tarima. Me hizo pensar en las alas de un murciélago, y sonreí sin querer. Y entonces oí el murmullo de voces que se alzó de los bancos, y recordé que me observaban. Me mantuve impertérrita. Busqué la araña, pero había desaparecido. Solo quedaba su red, resplandeciente y delicada. Me pregunté si sería un presagio, si la araña podría presentir lo que se avecinaba.

El párroco juró decir la verdad. Era un hombre delgado y tenía el rostro macilento y enjuto después de haberse pasado años dando sermones.

—Reverendo, ¿sería tan amable de decirle al tribunal dónde predica? —dijo el fiscal.

—Por supuesto —respondió—. Soy el párroco de la iglesia de St.

Mary's, en Crows Beck.

—Y ¿cuánto tiempo hace que ocupa ese puesto?

—En agosto hará treinta años.

—Y, en todo ese tiempo, ¿ha llegado a conocer a la familia Weyward?

—Sí, aunque no estoy seguro de que «familia» sea el término más adecuado.

—¿A qué se refiere, reverendo?

—Desde que vivo en el pueblo, solo han sido ellas dos. La acusada y su madre. Ahora solo queda Altha, puesto que Jennet falleció hace unos años.

—¿Nunca ha habido un miembro masculino en su casa?

—Yo no he conocido a ninguno. Al parecer, la joven nació fuera del matrimonio.

—Y ¿las Weyward asistían a los servicios, reverendo?

El reverendo Goode hizo una pausa.

—Sí —contestó—. Asistían todos los domingos, incluso en invierno.

—Y ¿la acusada ha seguido asistiendo desde la muerte de su madre?

—Sí —asintió el reverendo—. De eso por lo menos no la puedo culpar.

No me gustaba nada sentarme al final de la iglesia y notar cómo los demás aldeanos se apartaban si ocupaba el mismo banco que ellos. Pero supe que debía asistir, como siempre habíamos asistido mi madre y yo, para evitar que nos arrastraran ante un tribunal religioso.

Al oír las últimas palabras del reverendo Goode, el fiscal se asemejó a un gato delante de un plato de leche.

—¿«De eso por lo menos», reverendo? ¿De qué sí la puede culpar?

—En un pueblo pequeño, uno oye cosas. Como su madre, Altha trata a los enfermos. A veces obtiene resultados favorables. Ha ayudado a varios aldeanos a curarse.

—¿«A veces» obtiene buenos resultados? ¿Qué pasa las otras veces?

—A veces el paciente acaba muriendo.

Recordé la última muerte que había presenciado, antes de la de John. El padre de Ben Bainbridge, Jeremiah. Había vivido noventa inviernos, siendo así la persona más anciana de Crows Beck durante dos años consecutivos. Su mente había muerto tiempo atrás y había dejado al cuerpo tras de sí. Tenía los ojos azules y vidriosos, y recuerdo haberlos mirado al sentarme junto a su lecho de muerte y haberme preguntado qué era lo que veía en el mundo que se encuentra más allá de esta vida. Había pronunciado el nombre de su esposa con su último aliento, su cuerpo se sacudió como las hojas por el viento. Era muy anciano. Nada más. No había nada que yo pudiese hacer, más que aliviar el dolor que sentía.

Esa muerte no me la podían achacar a mí. Esa no.

Hubo otras también. Ocasiones en las que la piel del paciente estaba tan pálida por la cercanía de la muerte que yo sabía que poca cosa podría hacer. La mujer Merrywether, que murió al dar a luz; su sangre me encharcó las muñecas y el bebé no era sino un bulto de carne inmóvil. Esas escapaban a mi asistencia.

Supuse que el párroco enumeraría una letanía de esas muertes, pero no lo hizo. A fin de cuentas, se había colocado junto a las respectivas tumbas y les había asegurado a sus seres queridos que la muerte de una persona formaba parte del plan de Dios. Ahora no le serviría de nada, después de haber jurado decir la verdad, asegurar que Dios había dispuesto que los asesinase una bruja.

—A veces sí que morían —prosiguió—. Aunque la muerte nos aguarda a todos, junto al reencuentro de nuestro Padre en el cielo si hemos sido buenos.

Era evidente que los asistentes se inquietaban. No asistían al juicio para escuchar un sermón. Alguien tosió, otros se rieron. Vi que un juez se acercaba a otro para murmurarle algo.

El párroco había puesto en apuros al fiscal. Pero este necesitaba que la iglesia lo respaldase en lo que respectaba a la brujería.

Empezó a caminar de un lado a otro.

—Gracias, reverendo. Y gracias por el gran servicio que ha hecho

al país y al rey al venir a denunciar el delito. Porque fue usted, ¿verdad?, quien me escribió para informarme que se sospechaba de la presencia de una bruja en Crows Beck. Y que se sospechaba que esa bruja en cuestión había desempeñado un papel en la muerte de John Milburn, ¿no es así?

—Sí —dijo el párroco—. Así es.

—Reverendo, ¿vio usted el cuerpo de John Milburn?

—Sí que lo vi. Había sufrido heridas espantosas.

—Y ¿acercó usted a la acusada hasta el cadáver para comprobar si, al tocarlo ella, volvía a sangrar?

—No, señor.

—Pero, reverendo, ¿no habría sido una prueba definitiva de asesinato? ¿Por qué no se hizo?

—Al señor Milburn ya lo habían enterrado, señor, cuando las sospechas recayeron en la acusada. Fue el deseo de su viuda que descansara en paz y que se reuniese cuanto antes con su creador.

—Gracias por la explicación. Y ¿podría contarle al tribunal por qué recayeron las sospechas en la acusada? ¿Qué lo motivó para denunciarla?

—Alguien de la parroquia me hizo llegar su preocupación. Estaba convencido de que, mediante un malévolo contrato con el demonio, esa mujer se había llevado una vida inocente. Esa persona quería cumplir con su deber hacia el Señor y creador.

—Y ¿quién era esa persona?

El reverendo Goode se tomó su tiempo para decirle al tribunal quién había levantado sospechas hacia mí. Quién me había condenado a sentarme en el duro y frío banquillo de los acusados durante el día y a soñar con la muerte durante la noche.

—Fue el suegro del fallecido —anunció al fin—. William Metcalfe.

La sala se llenó de voces. Los susurros de los presentes se parecían al zumbido de un centenar de insectos.

El fiscal había terminado con el reverendo Goode. Bajó poco a poco de la tarima, y en sus movimientos inseguros vi la edad que tenía. La silueta intimidante que recordaba de mi infancia había

desaparecido. Pronto él también emprendería el viaje de este mundo al siguiente. Me pregunté qué iba a encontrar allí.

Me encerraron nuevamente en las mazmorras. Para mí ya había caído la noche.

# 23
# VIOLET

A la mañana siguiente, Frederick no bajó a desayunar.

Violet empezaba a preocuparse bastante por él hasta que apareció a la hora de almorzar con el rostro pálido. Apenas tocó la comida, solo dio un pequeño bocado a las sobras del pastel de conejo de la señora Kirkby antes de cruzar el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

—Anoche se terminaron la botella de oporto —le dijo Graham a su hermana mientras salían del comedor. La aspereza de Graham le confirmó a Violet que estaba celoso—. De hecho, creo que él bebió más que Padre.

—No juzgues tan deprisa a los demás —siseó Violet—. Está luchando en una guerra. Supongo que debe de ser agotador. Creo que se ha ganado una copa o dos de oporto.

Se quedaron rezagados y vieron cómo Padre y Frederick se adelantaban. Padre había apoyado una mano en el hombro de Frederick («Bien, bien, o de lo contrario se caería al suelo», dijo Graham) y le señalaba varios objetos del mobiliario del recibidor, como si fuera una suerte de mercader.

—Eso de ahí —dijo Padre con un dedo dirigido hacia una mesa lateral gigantesca— es de estilo jacobino original. Vale por lo menos mil libras. Lo compró nuestro antepasado, el tercer vizconde, en 1619. El trono lo ocupaba Jacobo I, pero tú ya lo sabías, espero, por el interés que te despierta la historia. —Padre sonrió de oreja a oreja y Graham puso los ojos en blanco.

—Un hombre extraño, el rey Jacobo —terció Frederick—. Se veía a

sí mismo como una especie de cazabrujas. Escribió un libro al respecto, ¿lo sabía?

El rostro de Padre se oscureció, y se apartó de Frederick antes de proseguir con la visita como si no lo hubiese oído.

—Este reloj —dijo señalando un reloj de mesa de oro con adornos en forma de querubines— era de mi madre, y se lo dio su tía, la duquesa de Kent, cuando cumplió veintiún años…

—A mí nadie me lo había contado —masculló Graham—. Cualquiera diría que es él el hijo y heredero de Padre.

Más tarde, mientras jugaban a bolos sobre hierba en el jardín, Violet pensó que Frederick debía de haber olvidado la sugerencia de salir por la noche a dar un paseo. Apenas la había mirado en todo el día. Quizá también se había olvidado del beso. O quizá, peor aún, se había arrepentido. Tal vez no había sido un buen beso, tal vez ella lo había hecho mal.

Su papel en los bolos sobre hierba estaba siendo lamentable. Era un día muy caluroso, y tenía la frente perlada de sudor. Aunque no era la única: en la camisa de Padre habían aparecido manchas oscuras, y el rostro de Graham se había enrojecido para conjuntar con su pelo. Incluso Cecil estaba apagado, tumbado debajo de los rododendros, con la lengua rosada colgando de la boca. Casi parecía agradable.

Solo Frederick parecía ajeno al calor —Violet supuso que en Libia se había acostumbrado a las altas temperaturas— y se había animado de forma considerable desde el almuerzo. Lanzó la bola hasta golpear la blanca con un chasquido y sonrió, dientes impolutos en un rostro bronceado. La muchacha habría pensado que estaba totalmente tranquilo de no haberse fijado en que no dejaba de llevarse una mano al bolsillo de su pantalón y de darle un golpecito a lo que escondía allí, como si se tratara de un talismán.

—Voy a ir a pedirle a la señora Kirkby que prepare un poco de limonada —propuso.

—Mejor tú que yo —murmuró Graham mientras observaba cómo su bola se alejaba de la blanca y se adentraba en un rosal. A Graham le daban miedo todos los criados, pero en especial la señora Kirkby,

que hacía poco lo había sorprendido arrancándole las patas a un pollo asado. La mujer había jurado que le rebanaría las orejas si volvía a encontrárselo en su cocina.

—Te acompaño —dijo Frederick—. Quizá necesites ayuda con los vasos.

A Violet le dio un vuelco el estómago.

—Gracias —accedió, y apenas se detuvo para esperarlo antes de dirigirse hacia la casa. Consciente de que los ojos de él estaban clavados en ella, Violet avanzó rígida, como si hubiese olvidado cómo se caminaba correctamente.

Frederick la alcanzó cuando entraron en el frescor de la casa. Violet pensó en el silencio que reinaba en el recibidor. Aunque las puertas estaban abiertas de par en par para dar la entrada al aire veraniego, ni siquiera oía las abejas que zumbaban afuera. Frederick dio un paso en su dirección. Ella se puso nerviosa.

—Estoy impaciente por el paseo que daremos luego —dijo su primo en voz baja.

Por lo tanto, se acordaba. Cuando se le acercó más aún, se le desbocó el pulso. ¿Por qué notaba un desagradable tamborileo en las venas? El sudor le empapaba las axilas. Se dijo que tan solo estaba emocionada por la idea de hacerle más preguntas sobre su madre. Por eso se le aceleraba el corazón. De pronto, le preocupó que fuera a besarla de nuevo. ¿Ella lo quería? ¿Debería quererlo?

En ese momento, oyeron una puerta que se abría y se cerraba, y Frederick se apartó. Al levantar la mirada, vieron a la señorita Poole en lo alto de las escaleras con una montaña de cuadernos de francés que Violet supuso que tendría el placer de hojear en algún punto del futuro.

—Buenos días —dijo la señorita Poole mientras hacía una reverencia como si Frederick fuera el rey Jorge y no el sobrino de su patrón.

—¿Cómo se encuentra? —la saludó él.

—Íbamos a las cocinas a por un poco de limonada —le contó Violet, pero la señorita Poole a duras penas asintió, con los ojos

todavía fijos en Frederick.

—Espero que disfrute de su estancia aquí —le deseó.

—Seguro que sí —respondió él mirando a Violet.

La limonada estaba aguada y ácida por la falta de azúcar («Cualquiera diría que estamos en guerra», había siseado la señora Kirkby en cuanto Frederick no podía oírla).

Cuando Padre no miraba, pues estaba atento a la técnica de bolos sobre hierba de Graham, que requería una gran finura, Frederick emitió un destello dorado en el bolsillo. Sin preguntar, destapó la petaca y vertió una generosa cantidad de líquido ambarino en el vaso de Violet.

—¿Es…?

—Brandi. ¿Nunca lo has probado? Qué inocente eres —le dijo su primo. Algo en su sonrisa le recordó a ella a la mirada hambrienta con que la noche anterior había observado el mobiliario de la casa—. Bébetelo, deprisa —la alentó—. Antes de que tu padre lo vea. No quiero que piense que soy una mala influencia.

El brandi era una llamarada que le bajaba por la garganta. Violet tosió, y Frederick rugió una carcajada.

Padre se les acercó después de haber renunciado a enseñarle a Graham cómo apuntar con la bola para golpear la blanca en lugar de las rosas de Dinsdale.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Freddie? —le preguntó. Oír el apodo en los labios de su padre la escamó. Padre nunca había llamado a Violet y a Graham de una forma que no fuera…, en fin, Violet y Graham.

—Su hija es una jovencita muy divertida —respondió.

Al cabo de un rato, Padre se había cansado de jugar a los bolos y le pidió a la señora Kirkby, quien pareció disgustarse mucho por tener que abandonar una vez más los preparativos de la cena, que dispusiera sillas plegables sobre la hierba.

—Menuda insolencia —se la oyó mascullar al alejarse—. No sé de dónde piensan que salen los platos que comen… Pensarán que los elaboran las hadas…

—Me temo que andamos un poco escasos de personal —le dijo Padre a Frederick como para disculparse—. Mi mayordomo murió en el hundimiento del *HMS Barham*.

—Pobre Rainham —terció Violet, a quien siempre le había caído bien el viejo mayordomo, un hombre patilludo con predilección por los chalecos coloridos. Un día lo había visto llevar a un ratón (que había escapado por los pelos de las zarpas de Cecil) hasta el jardín con la misma delicadeza que si fuera de cristal. Era muy extraño pensar que jamás regresaría a Orton Hall. Su abrigo seguía colgando en el gancho de la entrada de los criados como si tan solo hubiese salido a dar un paseo por los prados.

Violet observó cómo Frederick bebía el resto de la limonada antes de contemplar el vaso vacío. Vio que se llevaba la mano al bolsillo de los pantalones y deseó que Padre no hubiese mencionado la guerra.

El cáñamo de la silla crujió cuando Violet tomó asiento. Valoró la posibilidad de ir a por un libro, pero el brandi le había dejado el cerebro pesado y lento. El sol era encantador y le calentaba el rostro, y el mundo era un agradable borrón de tonos dorados y verdes. Tanto Graham como Padre se habían quedado dormidos y roncaban casi al unísono. Violet pensó en cerrar los ojos unos instantes. Oyó el ruido que hizo Frederick al arrastrar su silla para acercarla a la de ella. La joven se removió y, al abrir un ojo, lo vio con la misma mirada hambrienta. Una sensación cálida y líquida le embargó el estómago. Oyó un ligero zumbido; una efémera, pensó, o quizá un mosquito.

—Ay. —Violet se incorporó en la silla. Le palpitaba la mejilla con un dolor repentino. Graham murmuró dormido, pero Padre siguió roncando, imperturbable. Violet se llevó los dedos a la cara: ya notaba cómo le empezaba a arder la piel. Una alarma prendió en su interior.

—¿Estás bien? —le preguntó Frederick mientras se inclinaba hacia ella.

—Sí… Gracias. Algo me ha picado. Un mosquito, creo.

—Ah. Malditos bichos. Supongo que por aquí estáis acostumbrados.

—De hecho, a mí nunca me había picado ninguno.

Frederick se la quedó mirando unos segundos. Abrió la boca, la cerró.

—Me parece… Se te ha puesto rojo —dijo—. Creo que necesitas aplicarte algo frío.

Violet vio cómo se le aproximaba. Su primo agarró el vaso de limonada y se lo apoyó en la mejilla. El golpe del frío bloqueó el dolor.

—Ya está —susurró él. Violet percibía su aliento, las puntas ásperas de sus dedos.

Se quedaron así durante un rato, mientras el corazón de la muchacha tamborileaba con frenesí.

—Gracias —dijo al fin, y Frederick apartó el vaso.

—Esto te ayudará. —Extrajo la petaca del bolsillo y se la dio. Con los dedos temblorosos, Violet la destapó y se la llevó hasta los labios. El brandi le quemó tanto como la vez anterior, pero en esa ocasión no tosió. Visualizó una bola de fuego que resplandecía en su esófago. Tenía la extraña y apremiante sensación de que iba a necesitar coraje para afrontar lo que fuese a suceder a continuación.

—¿Mejor? —le preguntó Frederick.

—Mejor.

—¿Sabes qué? Creo que un paseo es justo lo que te hace falta. Para dejar atrás la sorpresa de la picadura. ¿Qué me dices? Yo te protegeré de los mosquitos.

—Tienes razón —asintió—. Es lo que me hace falta.

Se levantó, insegura, como si estuvieran en la resbaladiza cubierta de un barco. Frederick le ofreció el brazo. Violet miró a Padre y a Graham, que seguían roncando. A Graham no le gustaría saber lo mucho que se parecía a Padre cuando dormía.

—Dejemos que estos dos recuperen horas de sueño reparador —comentó Frederick mientras se alejaba con ella.

# 24
# KATE

Kate estaba en lo cierto.

Sí que tendrá una hija. La doctora Collins se lo ha confirmado hoy en la ecografía de las veinte semanas. Le ha entregado una copia impresa: su hija, a salvo en la crisálida de su útero, con dedos iridiscentes que forman puños apretados.

—Esta pequeña parece una luchadora —ha dicho la doctora Collins.

Ahora Kate está sentada en la cama de la tía Violet y acaricia la fotografía. La ventana está abierta y afuera arrulla una paloma torcaz, cuyas suaves notas se las lleva el viento. Hay algo que Kate necesita hacer.

Su madre responde en el segundo tono.

—¿Kate?

La voz está amortiguada, la preocupación expulsa cualquier rastro de sueño. ¿Qué hora es allí? Primera hora de la mañana. Debería haberlo comprobado antes. Últimamente olvida cosas; se tumba a echarse una siesta después de poner el hervidor al fuego y se despierta con un sobresalto al oír el angustioso pitido. El cansancio le hace sentir que le han absorbido los huesos.

—¿Estás bien? No me has devuelto las llamadas.

—Ya lo sé —dice—. Lo siento… He estado un poco distraída. Instalándome, ya sabes.

Su madre suspira contra el teléfono.

—Estaba muy preocupada. Ojalá me contaras qué está pasando.

La saliva abandona su boca.

—Necesito…

—¿Qué necesitas?

Su pulso adopta un ritmo desbocado. No puede hacerlo.

—Necesito preguntarte algo. Sobre la familia de papá.

—¿De qué se trata?

—¿Sabes quién vive ahora en Orton Hall? En el pueblo alguien me ha hablado de un vizconde, pero no sé si está emparentado con nosotros.

—Mmm. Creo que tu padre me comentó que era un familiar lejano. Hubo un escándalo, la desheredación, pero la verdad es que no me acuerdo de los detalles.

—Entonces, ¿no sabes por qué los desheredaron? ¿No sabes cuál fue el escándalo?

—No, cariño. Lo siento. Ni siquiera sé si tu padre estaba al corriente.

—No pasa nada. Mmm, una cosa más… —Hace una pausa y se lame los labios—. ¿Papá alguna vez te comentó si a sus antepasadas las acusaron de brujería?

—¿De brujería? No. ¿Quién te ha dicho eso?

—Es algo que he oído por ahí —responde—. Por lo visto, en el pueblo tienen una curiosa imagen de la tía Violet.

—Bueno, era una mujer un poco rara, sí —añade su madre, pero Kate oye la sonrisa que acompaña al comentario.

Kate mira alrededor, mira las pertenencias de Violet. Los estantes con libros, el ciempiés enmarcado que resplandece en la pared. Piensa en la capa del armario, en el brillo oscuro de sus cuentas. Violet no tendría el miedo que tiene ahora Kate.

Ella diría la verdad.

—De hecho, mamá, tengo que contarte una cosa. —Respira hondo. Las próximas palabras, cuando salen por su boca, suenan como si las hubiese pronunciado otra persona—. Estoy embarazada.

—Dios mío. —Durante unos instantes, se hace el silencio—. ¿Lo sabe Simon?

—No.

—Vale, muy bien. Y ¿has… decidido lo que vas a hacer?

*Sabe lo de Simon*, se percata Kate. *Siempre lo ha sabido.*

El dolor en la voz de su madre le provoca una oleada de náuseas en el estómago. El sol brilla con fuerza por la ventana y la ciega.

*Lo sabe.*

Durante unos instantes, cree que se va a desmayar. Le escuecen los ojos.

Pero no piensa llorar. Hoy no. Mira la ecografía y la aferra con fuerza.

—Voy a tenerlo. A tenerla. Es una niña, me lo han dicho hoy.

—¡Una niña! ¡Kate!

Oye cómo su madre llora al teléfono.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

—Perdona —se disculpa—. Es que… ojalá no nos hubiésemos ido, Kate. Debería haberme quedado. Y entonces quizá no lo habrías conocido… Debería haber estado allí.

—Mamá. No pasa nada. No es culpa tuya.

Pero es demasiado tarde y las palabras emergen entre los labios de su madre como si así pudiera deshacer los años de silencio que las separan.

—No, yo sabía que algo no iba bien. Cuando dejaste el trabajo, cuando perdiste el contacto con tus amigas… Fue como si te convirtieses en otra persona. Pero cuando hablábamos por teléfono él siempre estaba en la habitación… Y luego ya no supe si te leía los mensajes, los correos… No supe qué hacer.

Kate no puede soportar la culpabilidad de su madre. Le quema como si fuera ácido sobre su piel. Recuerda la noche que conoció a Simon. El modo en que se sintió atraída por él, como una polilla que abraza una llama.

¿Acaso su madre no lo ve? No es culpa de nadie, solo suya.

—No podrías haber hecho nada, mamá.

—Soy tu madre —dice—. Lo noté. Debería haber encontrado alguna forma.

Ninguna de las dos habla durante un rato. La línea crepita con la distancia.

—Pero estoy contenta —añade al fin su madre en voz baja—. Por lo del bebé. Siempre y cuando sea lo que quieres.

Kate roza la fotografía y recorre el intenso brote de la forma de su hija.

—Es lo que quiero.

Después de que se hayan despedido, Kate saca el monedero del bolso. Quiere guardar allí la ecografía para que esté en un lugar seguro.

Ahora tiene en las manos una foto de Simon y de ella. Se la hicieron durante unas vacaciones en Venecia. Aparecen con sendos helados en el Puente de Rialto. Fue un día muy caluroso: Kate recuerda el hedor fétido del canal, las ampollas que le habían salido en los pies después de horas de caminata. En la imagen está contenta, los dos lo están. Simon tiene una manchita de helado en el labio.

Al día siguiente, le echó una bronca a voz en grito en medio de la Plaza de San Marcos. Kate no recuerda por qué. Seguramente no le gustó algo que había dicho o la manera particular en que lo había mirado. Más tarde, en el hotel, la golpeó mientras hacían el amor, con tanta fuerza que le dejó marcas rojizas en el muslo.

Arruga la fotografía con la mano y luego la hace añicos. Los pedazos flotan hasta el suelo como si fueran copos de nieve.

Al día siguiente, Kate frunce el ceño mientras pasea. Se abrocha el chubasquero. El día es húmedo y el cielo está cubierto; las nubes gigantescas son de color púrpura. Empieza a lloviznar. Los setos ya centellean por el agua, las gotitas diminutas brillan como cristales sobre las flores silvestres. Algunas las reconoce: castañuelas blancas,

las campanas doradas del trigo vacuno. Se ha aprendido los nombres gracias a un gran libro de botánica de la tía Violet.

Debe cruzar los prados para llegar hasta Orton Hall. El trayecto se vuelve más escarpado a medida que abandona la cómoda tranquilidad de los caminos flanqueados por setos y avanza campo a través. De repente, el cielo gris se le antoja tan gigantesco como demasiado próximo.

Le arden las pantorrillas, le resbalan las zapatillas en la senda rocosa. El corazón le late con una inusitada velocidad y se le ha secado la boca. Nunca le han gustado demasiado las alturas ni los espacios abiertos. Acaricia el broche de la abeja en busca de consuelo y entonces, en un arrebato, lo saca del bolsillo de los vaqueros y se lo pone en la solapa, como si fuera un amuleto.

Se detiene en la cima de la colina, se dobla hacia delante y jadea para recobrar el aliento. Ve un oscuro bosquecillo más adelante, cerca de una antigua vía férrea. Según el mapa borroso del Motorola, Orton Hall se encuentra al final de los árboles.

Alcanza la base de la colina con cierto alivio. A ambos lados se alzan paredes de piedra seca cubiertas de verde por el tiempo y el musgo. Las gotas de lluvia empiezan a caer con ganas cuando entra en el bosquecillo. Los árboles están muy juntos y resultan claustrofóbicos, y apenas ve el cielo por la cantidad de ramas que la sobrevuelan. El camino serpenteante es irregular y está abandonado; el follaje cruje bajo sus pies, y un pálido conejo sale disparado hacia los matorrales.

El aguacero arrecia, y enseguida las hojas y los troncos de los árboles resplandecen húmedos. Kate se cala la capucha. Mira el móvil: ya debería estar cerca del límite del bosque. Camina un poco más deprisa. Hay algo en los bosques que la inquieta; el aroma empalagoso de la tierra mojada, el chasquido de las ramitas a su alrededor. Una silueta parpadea en los confines de su visión, una forma negra, un temblor de alas contra las hojas.

Kate se gira y barre el retorcido dosel de los árboles. No hay nada más que una mariposa marrón y naranja que se estremece sobre una hoja. Respira hondo, intenta tranquilizarse y sigue andando.

La arboleda es tan espesa que no ve Orton Hall hasta que deja atrás la frondosidad. La casa se alza ante ella tan de repente que Kate suelta un grito. No se la esperaba. Se pregunta si Emily se habrá equivocado al pensar que alguien vivía aquí; da la impresión de que el lugar lleva muchos años abandonado. La piedra está apagada y descolorida, con grandes cráteres donde se ha desprendido el enlucido. Unas gruesas hiedras trepan por las torres. En el tejado se aprecia movimiento, y Kate ve que los canalones están llenos de nidos de pájaros. Al acercarse, no puede sacarse de encima la sensación de que alguien la observa, pero bien podrían ser las descomunales y oscuras ventanas, que la contemplan como si fuesen ojos.

Cruza los jardines adueñados por las malas hierbas para llegar hasta la imponente puerta principal. No hay timbre. Golpea la pesada aldaba de hierro y espera.

Nada. Kate mueve los pies. La piedra resbala con una pátina de hojas viejas, las balaustradas están agrietadas. La casa en general desprende un halo de abandono, de tristeza, y Kate acaba de decidir que se marcha cuando oye el ruido de un cerrojo al descorrerse. La puerta se abre lentamente hasta que un anciano enclenque con una bata de tartán y ella se miran a los ojos con sorpresa mutua. El vizconde. Tiene que ser él.

—¿Sí? —dice el hombre con voz fina y aflautada—. ¿Qué quiere? —Entorna los ojos detrás de los empañados cristales de las gafas, y durante unos instantes Kate no sabe qué decir.

—Hola —empieza—. Espero no haberlo molestado… Mmm, me llamo Kate. Hace poco me he mudado por la zona. Estoy investigando la historia de mi familia, y creo que algunos de mis familiares vivieron aquí…

Incómoda, va dejando de hablar. El hombre parpadea y Kate se pregunta brevemente si la habrá oído, si será sordo. El blanco de sus ojos verdes es amarillo, y tiene los párpados rosados y sin pestañas.

El hombre abre más la puerta y, acto seguido, se gira para desaparecer en la insondable oscuridad de la casa. Kate tarda un poco en darse cuenta de que la ha invitado a entrar.

Al seguirlo hacia un recibidor en penumbra, ve cómo el raído dobladillo de la bata de ese señor se despega de sus pies. La única fuente de luz es una lámpara de aspecto polvoriento colocada en una gran mesa. Bajo el haz amarillento, ve que la mesa está abarrotada de correo: sobres viejos y arrugados en la parte inferior y folletos envueltos en plástico en la superior. La montaña de correo cruje cuando pasan por su lado, y Kate se da cuenta de que los sobres abombados están cubiertos por una extraña capa brillante, como partículas diminutas de cristal destrozado.

El otro mueble de la estancia está tapado por unas sábanas deshilachadas, igual que un gran cuadro de la pared, situado encima de una chimenea cavernosa. Algo resplandece en la cornisa, y Kate ve que es un viejo reloj de mesa, envuelto de telarañas. Las manecillas están detenidas, paralizadas para siempre a las seis en punto.

Kate se pregunta cómo es posible que el hombre vea algo mientras lo sigue hacia una inclinada escalera. Los grandes ventanales que la anteceden están oscuros por la suciedad, y tan solo dejan que un poco de luz entre en la casa en algunos puntos. Kate entrecierra los ojos para observar cómo el hombrecillo sube los peldaños con pesadez. En un momento dado, ella tropieza y se aferra a la barandilla, y debajo de la palma nota un poco de arenilla. Al contemplarse la mano, se percata de que es la misma sustancia brillante que cubría el correo. No es polvo, repara horrorizada. Tiene la palma revestida de fragmentos cristalinos de alas. De alas de insectos.

Con un sobresalto, Kate ve que lo ha perdido de vista. En algún lugar oye el crujido de una puerta. Llega a lo alto de la escalera y, siguiendo el ruido, gira hacia la izquierda por el pasillo.

Hay una débil rendija de luz anaranjada más adelante, y los ojos de ella se adaptan hasta divisar la silueta del anciano delante de una puerta ligeramente abierta, esperándola. Cuando Kate está a unos pocos pasos, él entra en la estancia, y ella lo sigue. Al cruzar el umbral, el terror le embarga las venas, pues lo que ve la perturba más que el resto de la casa.

En esa habitación no hay alas, lo cual a estas alturas le parece una

auténtica proeza. La sala está presidida por una preciosa mesa de caoba. Detrás, una ventana del suelo al techo, tapada por unas cortinas deterioradas, se adueña de casi toda la pared. El resto está oculto detrás de un oscuro retrato de un hombre calvo de expresión iracunda.

La mesa está repleta de extrañas baratijas: cajas acristaladas, un viejo compás. Un globo terráqueo, la mitad de cuya esfera está descompuesta. Lo más sorprendente de todo es el enorme colmillo de un elefante, que Kate al principio toma por un hueso humano, amarillo bajo la tenue luz.

Hay un olor agrio a carne, y Kate enseguida dirige la mirada hacia una especie de nido en un rincón de la sala, hecho con sábanas, alfombras, incluso con prendas de ropa. También percibe otro olor, superdulce y químico, que le abrasa las fosas nasales. Repelente de insectos. En el suelo arde un quinqué —de los que solo ha visto en películas clásicas o en tiendas de antigüedades—, el encargado de proporcionar el lúgubre resplandor. Bajo la luz de la lámpara brillan unas latas naranjas. Kate repara en que el hombre ha vivido allí. En esa única habitación.

—No pueden, no pudieron, entrar —dice el hombrecillo, como si le hubiera leído la mente—. Me aseguré.

Señala hacia la puerta, y Kate se gira para ver un pedazo de tela clavado en la madera, otro sobre los goznes. Al volverse de nuevo, de repente sabe el porqué de la penumbra: detrás de las cortinas raídas y rotas, las ventanas están tapiadas.

El hombre toma asiento lentamente junto a la mesa dejándose caer en una silla de respaldo alto, cuya piel está llena de moho.

—Por favor —dice, y hace un gesto hacia la pequeña silla colocada delante de la mesa. Kate se sienta y una nube de polvo se levanta a su alrededor. Reprime una tos—. ¿Cómo me ha dicho que se llama? —le pregunta. A Kate el contraste entre el acento elegante y el aspecto andrajoso del hombre le resulta discordante, estremecedor incluso. Ve que le tiemblan las manos, que sus ojos se clavan repetidamente en los rincones de la sala. Es evidente que los busca. Busca los insectos. A

ella se le eriza el vello de la nuca.

—Kate —responde con una creciente inquietud. Quiere marcharse, alejarse del hombre de la mirada perdida y el hedor animal—. Kate Ayres. —El anciano se inclina hacia delante, y la piel apergaminada de su frente se frunce.

—¿Ha dicho Ayres?

—Sí, mi abuelo era Graham Ayres —le explica—. Creo que vivió aquí cuando era pequeño. Con Violet, su hermana. ¿Están…? ¿Estamos emparentados?

Kate no está segura de si se imagina cosas, pero le ha parecido que las manos de él han temblado más aún cuando ha mencionado el nombre de su tía abuela, que se le han puesto blancos los nudillos.

—Había muchísimos. —Se lame los labios, que están pálidos y agrietados. Habla con voz tan baja que Kate tarda unos segundos en comprender las palabras. Él observa tras ella ahora, con la mirada vidriosa por la distancia—. Y luego la plaga…

¿De qué está hablando?

—¿La plaga?

—El macho que toma a la hembra… Y luego los huevos, por todas partes…, cubriendo cada una de las superficies…

Las dudas se apoderan de Kate. Ese hombre, quienquiera que sea, no está bien, es obvio. Por cómo habla, por cómo vive, necesita ayuda, no que lo avasallen con preguntas. Parece… traumatizado.

Pero, cuando ella se levanta de la silla para marcharse, la mirada de él se clava en sus ojos con una sorprendente claridad.

—¿Quería hacerme alguna pregunta?

Quizá esté más lúcido de lo que ella pensaba. En realidad, Kate sabe que debería irse, pero ya ido hasta allí, ha superado las mareantes alturas y atravesado el bosque. Seguro que no le hace daño a nadie si le formula una o dos preguntas…

Respira hondo e intenta no pensar en la ranciedad del aire.

—De hecho, me preguntaba si podría decirme algo sobre mi abuelo y su hermana. Los dos han fallecido, así que no tengo a nadie a quien preguntar. Mi padre también está muerto, y… En fin, esperaba que

pudiese hablarme un poco de ellos.

El hombre niega con la cabeza con fuerza, como si intentara quitarse de los oídos las palabras de Kate.

—Lo siento mucho —dice—. La memoria ya no es lo que era.

Kate observa la habitación. Hay estantes atestados de libros viejos, los lomos doblados y polvorientos.

—Ah —exclama, y oye la decepción que tiñe su propia voz—. ¿Qué me dice de documentos? ¿Hay alguno que pudiese hojear? ¿Árbol genealógico, certificados de nacimiento y demás? ¿Cartas?

El hombre vuelve a negar con la cabeza.

—No son más que registros de la granja, impuestos y contabilidad —comenta al verla repasar las estanterías con la mirada—. Me temo que no le servirían de gran ayuda. Todo lo demás… se ha ido. Los insectos… —Se echa a temblar.

—Ah. No pasa nada. —Kate guarda silencio durante unos segundos. Siente una punzada de lástima por él, tan solitario en esa casa decrépita, con la única compañía de insectos muertos y viejos libros de contabilidad—. ¿Qué ocurrió? Con los insectos, quiero decir. Debió de ser horrible. Yo tampoco soy una gran amante de los insectos. ¿Tuvo que llamar a un exterminador?

Los ojos del hombre se vuelven dos pozos oscuros al fijarse en el espacio que queda encima de la cabeza de Kate. Cuando habla, hasta su voz ha cambiado; el acento que hace unos instantes sonaba frío y duro ahora se vuelve tembloroso, inseguro.

—Debo dar las gracias —murmura, apenas más alto que un susurro —. El Señor ha respondido a mis plegarias. El pasado mes de agosto, todos empezaron a morir… Oír que sus cuerpecitos caían al suelo fue el sonido más agradable del mundo. Como si lloviese sobre terreno seco. Fue entonces cuando supe… que ella me había liberado al fin.

—Disculpe… ¿A qué se refiere? ¿Quién lo ha liberado?

Kate respira hondo mientras espera a que le conteste. El ambiente es nauseabundo. ¿Cómo puede soportarlo él? Se desabrocha la chaqueta para atenuar la sensación de ahogo.

De repente, el hombre se queda rígido en la silla. Kate se da cuenta

de que la está observando fijamente.

—Ay, ay —exclama Kate, y se levanta enseguida—. Eh… ¿Señor? ¿Se encuentra bien?

El anciano levanta una mano y señala. Kate ve que los dedos le vuelven a temblar. Las uñas están amarillentas y curvadas, y llenas de mugre por debajo.

—¿De dónde —habla con voz áspera y entrecortada— has sacado eso?

Kate cree durante unos segundos que apunta hacia el viejo collar de la tía Violet, que casi había olvidado haberse puesto. Pero entonces se da cuenta: se refiere al broche, el que tiene forma de abeja.

—¿Esto? —dice mientras lo toca—. Lo siento… Es bastante realista, ¿verdad? En realidad, es una tontería. Lo tengo desde que era una niña pequeña…

El hombre se levanta de la silla temblando de la cabeza a los pies.

—Vete. Ahora. —Ha abierto mucho los ojos, y sus labios se han retirado para mostrar unas encías pálidas y secas.

—Vale —dice Kate abrochándose la chaqueta—. Siento mucho haberlo molestado. De veras.

Kate recorre el pasillo y baja las escaleras, y se encoge al oír el crujido de las alas bajo los zapatos. Al cerrar la pesada puerta de la entrada tras de sí, traga grandes bocanadas de aire fresco con olor a lluvia. Está lloviendo a mares, y ella echa a correr obligándose a mirar hacia delante. Las hojas de los árboles susurran bajo el aguacero; ojalá hubiese traído unos auriculares para bloquear ese ruido tan espeluznante. La colina parece más escarpada aún en el camino de regreso; el viento la zarandea y le quita la capucha de la cabeza. El agua le empapa los ojos, hasta el punto de que el valle es un borrón verde y gris.

El miedo se vuelve frustración cuando por fin llega a la cabaña. No está más cerca de saber más sobre su familia. No está más cerca de saber por qué desheredaron a Violet y a Graham, no está más cerca de saber qué —o quién— está enterrado en el jardín de Violet.

Suspira al cerrar la puerta a su espalda. Acciona la ducha,

desesperada por frotarse el recuerdo y la suciedad de la casa, con su manto de alas diminutas y desmigajadas. La peste fría y húmeda a animal del estudio. Mientras espera a que el agua se caliente, se quita el broche y lo levanta contra la luz. El vizconde debe de estar muy traumatizado, en efecto, si reacciona de esa manera a la simple réplica de un insecto.

Recuerda cómo los ojos del anciano bailaban de un lado a otro, como si esperase encontrar movimiento en los rincones de la estancia. Todavía nota en la lengua el hedor punzante a repelente de insectos.

Si cierra los ojos, se lo imagina.

El aire resplandece con miles de alas, el ruido retumba por las paredes de la casa, el hombrecillo acobardado en su fétido nido del estudio… Y, luego, un breve instante de quietud, de silencio, antes de la lluvia de minúsculos cuerpos.

«Ella me había liberado al fin».

En cuanto el cuarto de baño se llena de vapor por el calor de la ducha, Kate empieza a desnudarse. Se desabrocha la blusa, se estremece cuando toca con los dedos un ala pálida y centelleante.

Las palabras de *Quema de brujas* regresan hasta ella:

«Madre de escarabajos».

¿Quién había liberado al anciano? Y ¿de qué?

# 25
# ALTHA

Ojalá en las mazmorras hubiese tenido tinta y pergaminos. Estas palabras ya se estaban formando en mi cabeza, y quise ponerlas por escrito mientras todavía pudiese. Para que algo quedara de mí después de que me hubieran bajado de la horca. Algo que no fuese la cabaña, que contendría todas mis cosas —las cosas que pertenecieron a mi madre y a su madre antes que ella— hasta que alguien fuera a recogerlas.

Pero no dispuse de pergaminos ni de tinta, por supuesto; y, aunque me lo hubiesen proporcionado, no había luz para ver mi letra. Mi madre me había enseñado a escribir y a leer. Lo consideraba una habilidad tan importante como saber qué hierbas aliviaban qué tipo de dolencia. Me enseñó el alfabeto igual que me enseñó los usos de la altea y de la dedalera. Igual que me enseñó lo otro, de lo que todavía no puedo hablar.

Como en las mazmorras era imposible escribir, ordené los pensamientos. Casi podría decirse que practicaba por si lo que contaba el reverendo Goode sobre el más allá fuera cierto y pronto fuera a reencontrarme con mi madre.

Mi madre. Su muerte todavía me pesaba, puesto que fue otro más de mis errores.

Poco después de que la pareja de Clitheroe se presentara en nuestra casa, mi madre empezó a cambiar. Una noche, mientras la luna se alzaba en el cielo —recuerdo que era una luna joven, un simple rasguño en el firmamento—, me indicó que me pusiera la capa.

Luego agarró el cuervo y lo colocó con suavidad en una cesta con tapa. Le pregunté qué estaba haciendo, porque habíamos criado al pájaro desde que era un polluelo, como habíamos hecho con su madre, ya que los dos tenían la marca. No me respondió, solo me dijo que la siguiera rumbo a la noche. No me dirigió la palabra hasta que llegamos junto al robledal que delimitaba una de las granjas; la de los Milburn, donde un día viviría Grace, aunque por aquel entonces yo lo desconocía. Esa noche pensé en ella, en cómo solíamos trepar juntas por los árboles, cuyas ramas torcidas nos mecían. El recuerdo se aposentó, pesado, en mi corazón.

Mi madre se arrodilló delante del roble más alto y sacó al cuervo de la cesta. En cuanto el animal se posó en el suelo, echó a volar, y la luna le iluminó las plumas. Revoloteó hasta colocarse en su lugar habitual, en el hombro de mi madre, pero ella apoyó la mejilla en el pico y cerró los ojos murmurando algo que no pude oír. El cuervo soltó un graznido de angustia, pero se dirigió hacia las ramas superiores del roble, ennegrecidas por una multitud de compañeros suyos.

Regresamos a la cabaña. En la oscuridad, no veía la cara de mi madre, pero, por los sonidos entrecortados y temblorosos que emitía, supe que estaba llorando.

Después de aquello, me ordenó que me quedara en la casa y que solo saliera de la cabaña para ir a la iglesia y a pasear cuando la oscuridad se cerniese sobre la tierra. Comencé a preferir los meses de invierno a los interminables días de verano, aunque por esa época padecía hambre. Ahora disponíamos de menos monedas, y habríamos tenido que sobrevivir sin carne de no haber sido por la amabilidad de los Bainbridge. Mi madre se negaba a aceptar nuevos encargos; solamente trataba a aquellos en quienes confiaba.

—No es seguro —me decía, con los grandes ojos resplandecientes y asustados.

A medida que transcurrían los meses, y que se convertían en años, mi madre cada vez se parecía menos a mi madre. Adelgazó mucho. Se quedó arrugada como una planta que echa de menos el sol. Sus

mejillas perdieron todo rubor y la piel se le pegaba a los huesos. Aun así, únicamente salíamos de la cabaña para ir a los servicios religiosos. Los aldeanos nos observaban cuando cruzábamos la nave, mi madre inclinada sobre mí, las dos renqueando como una criatura monstruosa.

Algunos decían que estábamos malditas. Por lo que le habíamos hecho a Anna Metcalfe.

—Deberíamos ir afuera —dije cuando mi madre no se levantó del camastro durante cinco días—. Necesitas sentir el aire, escuchar el viento entre los árboles. Oír los cantos de los pájaros.

Ya había empezado a sospechar que para nosotras la naturaleza era tanto una fuerza viva como el mismo aire que respirábamos. Sin la naturaleza, me temía que mi madre se moriría.

A veces, en mis momentos más oscuros, me pregunto si ella lo sabía, si había decidido que prefería enfrentarse a lo desconocido que continuar nuestra existencia en las sombras.

—No —me dijo ese día con ojos más negros de lo que nunca se los había visto. Me sujetó el brazo y me clavó las uñas en la carne—. No es seguro.

Al final fue la enfermedad de los sudores lo que se la llevó. Tres años después de mi primer sangrado. Había dirigido su propio tratamiento desde la cama, me indicaba qué raíces desmenuzar, qué hierbas aplicar, incluso cuando apenas podía levantar la cabeza del jergón. Hice todo lo que me pidió, pero enseguida se pasaba más tiempo dormida que despierta, y las sábanas que la rodeaban se mojaban mientras ella murmuraba mi nombre. A mí me daba miedo ver su rostro amarillento bajo la luz de las velas.

—No olvides tu promesa —me dijo arqueando el cuerpo por el dolor—. Debes cumplirla.

Una mañana, mientras el alba partía el cielo en dos, se quedó inmóvil. Y entonces supe que se había ido. Pensé en el nombre que me había puesto. Altha. «Sanadora». La había defraudado.

Después de que mi madre muriese, pensé mucho en Grace. Era la única otra persona a la que había querido. Ahora las había perdido a las dos.

Grace ya se había casado. William Metcalfe había dispuesto que su hija se desposara con otro humilde terrateniente, un granjero como él. Grace ya había desempeñado el papel de esposa de un granjero desde que su madre falleció, sin duda. Supongo que pensó que estaba preparada para casarse.

John Milburn tenía una buena reputación en el pueblo. Y también era apuesto. En la boda hicieron muy buena pareja: ella, pálida y hermosa; él, de pelo oscuro con reflejos dorados.

A mí no me invitaron, por supuesto. Pero encontré un lugar desde el que observar, un terreno sombreado desde el que podía ver la entrada de la iglesia sin por ello abandonar la oscura invisibilidad. Era una mañana de verano. Los aldeanos lanzaban pétalos de flores silvestres sobre la pareja mientras cruzaban la nave. Grace se había adornado la cabellera rojiza con espinos. El dolor me cerró la garganta al recordar los collares de flores que elaborábamos cuando éramos pequeñas. A ella le encantaba fingir que se casaba: describía el rostro de su futuro esposo como si pudiera conjurarlo con su mero discurso. Yo había guardado silencio. Si esperaba compartir el futuro con alguien, era con Grace.

Se la veía feliz con la mano entrelazada con la de su esposo. Quizá en ese momento lo fuera. O quizá yo me encontraba demasiado lejos. Son muchas las cosas que se ven distintas desde cierta distancia. La verdad es como la fealdad: debes estar cerca para advertirla.

Aquella noche, en las mazmorras, decidí que le explicaría todo eso a mi madre cuando la viese en la vida que sigue a esta. Le hablaría de la fealdad. De la verdad.

Al día siguiente, el fiscal llamó a William Metcalfe. Los años no habían tratado con amabilidad al hombre que recorrió la sala para tomar asiento en el estrado. El tiempo y la pena habían provocado profundos surcos en su rostro. El pelo le colgaba en mechones sobre la frente. Sentí que me observaba fijamente al hacer el juramento, el odio en su

mirada era una marca sobre mi piel.

El fiscal se alisó la ropa antes de empezar el interrogatorio. Me pregunté si sería el último testigo. Su última oportunidad de demostrar mi culpabilidad.

—Señor Metcalfe —dijo—. ¿Podría informar al tribunal quién fue el primero en denunciar a la acusada de brujería?

—Fui yo.

—¿Por qué?

—Porque mató a mi yerno, señor.

—¿Presenció usted la muerte de su yerno, señor Metcalfe?

—No.

—Entonces, ¿cómo puede estar tan convencido de la culpabilidad de la acusada?

—Por lo que sucedió antes.

—¿Qué sucedió antes?

—Mató a mi esposa.

Con la mirada busqué a Grace en los bancos. Ojalá la capa blanca se girara para que pudiese verle la cara. Para que pudiese ver alguna señal, por pequeña que fuera, de que todavía no creía a su padre después de tantos años. Después de todo.

—Señor Metcalfe, ¿es capaz de relatarle al tribunal la muerte de su esposa y la participación de la acusada en dicha muerte?

Cuando Metcalfe tomó la palabra de nuevo, su voz había cambiado. El fuego había desaparecido, las palabras crepitaban con el dolor.

—Mi esposa, Anna, enfermó de escarlatina. Fue hace ocho años. Grace tan solo tenía trece. El doctor Smythson se presentó en nuestra casa y le aplicó algunas sanguijuelas. Pero Anna no mejoró. Yo habría llamado de nuevo al doctor, pero una noche Grace se escabulló. Volvió con la acusada y con su madre. En esa época, era… amiga de la acusada.

Se detuvo. No quise mirarlo a los ojos. Escruté la sala de vistas en busca de otra cosa en la que concentrarme. En el banquillo de los acusados ya no quedaba ni rastro de la telaraña. Me pregunté si

alguien la habría limpiado.

Una mosca revoloteaba sobre los bancos. Clavé en ella la mirada mientras William Metcalfe proseguía.

—Por aquel entonces, la madre de Altha, Jennet, era conocida en Crows Beck por sus habilidades sanadoras. Y habida cuenta de que las niñas se llevaban muy bien… En fin, es comprensible por qué Grace consideró oportuno ir a buscarlas. Tan solo intentaba salvar a su madre. Lo primero que hizo Jennet al llegar fue quitarle las sanguijuelas a mi Anna. Y luego prometió que podría salvarla. Pero le dio algo, un brebaje dañino, y entonces mi Anna…

Metcalfe hizo una pausa, temblando. Se llevó una mano al cuello, y recordé la cadena de cuentas que lo vi aferrar con el puño la noche en que murió su esposa. Más tarde entendí que se trataba de un rosario, que la familia de Grace era papista.

Recordé el miedo que desprendían sus ojos cuando lo sorprendimos rezando. Quizá le preocupó que fuéramos a pregonar sus creencias. O quizá yo quería encontrar otro motivo para el odio que sentía hacia mi madre y hacia mí, cuando la verdad era sencilla: creía que éramos unas asesinas.

—Mi Anna se sacudió sin parar —continuó—. Fue… indescriptible. Y al poco falleció. Jennet la había matado.

—Y ¿dónde estaba la acusada? ¿Se encontraba cerca de su esposa cuando murió?

—No. Estaba junto a mi hija. Pero… sé que ayudó a su madre. Y, aunque no lo hubiese hecho, tan solo hay que mirarla para ver que es la viva imagen de Jennet. —El fuego regresó a su voz al seguir hablando, gruñendo más y más alto—. Su viva imagen. En aspecto y en actitud también… La podredumbre ha pasado, como si fuera contagiosa, de madre a hija. No son como las demás mujeres. Vivir sin un hombre… es antinatural. Me apuesto a que la madre aceptó al demonio como amante para engendrar a una hija…, y ahora esa hija ha cumplido con la voluntad del diablo. ¡Deben arrancarla del pueblo como un trozo de carne en mal estado! ¡Deben colgarla!

Los presentes en los bancos se quedaron en silencio, sorprendidos

por las afirmaciones de Metcalfe. Una niña nacida del demonio. Ojalá pudiese frotarme el cuerpo, ojalá pudiese viajar atrás con mi piel y retornar a un lugar donde nunca había oído que pronunciaran esas palabras para describirnos a mi madre y a mí.

Metcalfe había dejado de gritar. Se había desplomado en el estrado y zarandeaba los hombros con profundos sollozos, de esos que yo nunca había oído proferir a ningún hombre.

Un guardia apareció para llevárselo. En cuanto llegó hasta las puertas, se giró hacia mí.

—¡Maldita seas! ¡Espero que te pudras en el infierno como la ramera de tu madre!

Las puertas pesadas se cerraron y se marchó.

Me había esmerado en no mostrar emoción alguna durante el juicio, pero oír a mi madre acusada de esas cosas fue demasiado. Me ardían los ojos con la sal de las lágrimas que me corrían por el rostro. En la sala comenzaron a oírse murmullos. De reojo vi que me señalaban, que señalaban mis lágrimas.

Me cubrí la cara con las manos y lloré. Mantuve la cara escondida conforme hablaba el fiscal. Quedaba claro por los testimonios de Grace Milburn, Daniel Kirkby y William Metcalfe que yo era la ramera del demonio, dijo, que había utilizado mi influencia maléfica para provocar a animales inocentes a fin de que pisotearan a su amo hasta matarlo. Debía ser rebanada de la sociedad como una úlcera, afirmó, arrancada de la tierra como una madera carcomida. Había arrebatado algo a una comunidad de hombres buenos y honestos. Le había arrebatado la mujer a un esposo cariñoso. A su protector.

Al oírlo, alcé la cabeza y lo miré fijamente hasta que me quemaron los ojos. No volví a ocultar el rostro entre las manos nunca más.

# 26
# VIOLET

—Oye —dijo Frederick—. ¿A dónde me llevas? A algún sitio a la sombra, espero… Me estoy asando una barbaridad.

Caminaban por el prado en la linde misma de los campos. Ascendían una colina, desde cuya cumbre se veía el verde paisaje que se extendía a sus pies. Curiosamente, Violet se veía liviana, como si sus huesos se hubieran llenado de aire. El sol incidía con fuerza sobre su nuca. Debería haberse puesto un sombrero. La tata Metcalfe le echaría una buena bronca si se quemaba.

—Hay un bosque junto a la vieja carretera —dijo mientras señalaba hacia un oscuro cúmulo de árboles que se alzaban entre los prados. En teoría, era terreno público, no una parte de su propiedad, y Violet creía que a Padre no le gustaría que se dirigiese hacia allí. Aunque en realidad no podía oponerse si visitaba aquel lugar acompañada, razonó. Sobre todo si quien la acompañaba era Frederick. Freddie.

De pronto, el vaso de limonada parecía haberlo bebido mucho tiempo atrás.

—Tengo sed —rezongó. Cerró los ojos. Ahora era Frederick quien la llevaba en brazos hacia el bosque con un brazo sobre sus hombros. Sentía su propio cuerpo muy pesado, pero su primo siguió adelante con firmeza, como si ella no pesara nada. Violet notó el frío metal de la petaca sobre los labios y bebió más brandi, si bien lo que en realidad deseaba era agua. Más allá de la sed, estaba muy bien. ¿Esa era la sensación de estar ebria?

Olió el aroma rico y húmedo del bosque. Abrió los ojos. El sol estaba bloqueado por los árboles, que eran muy viejos y estaban apelotonados. Frederick se agachó y arrancó una prímula, que acto seguido le colocó sobre la oreja. Violet no le dijo que no le parecía bien recoger flores. Una mariposa echó a volar desde una rama, con círculos anaranjados en las alas, como si fuesen ojos.

—Un argus escocés —murmuró.

—¿Cómo?

—La mariposa. Así es como se llama.

La luz era cada vez más tenue. Violet vio que habían llegado a un claro del bosque, cubierto por un espeso manto de dedaleras y berzas perrunas. Entre los árboles, vio lirios azules y pensó en la señorita Poole. Se preguntó cuánto tiempo hacía que se habían ausentado de la casa. Tal vez fuera alguien a buscarlos.

Frederick la tumbó en el suelo. La joven pensó que debía de estar muy borracha. Quizá le estaba resultando demasiado pesada y su primo iría a la casa a pedir ayuda. Padre se pondría furioso. Quizá podrían dejarla allí. No le importaría. Era un lugar precioso. Oyó los trinos de un pájaro: un colirrojo real.

Frederick seguía junto a ella. Violet se preguntó por qué todavía no se había marchado rumbo a la casa. Se estaba tumbando en el suelo a su lado… ¿No se encontraba bien? Le llegó su olor, una fuerte colonia mezclada con un aroma animal a sudor. Era penetrante. La picadura de la mejilla le escocía bastante.

Su primo se colocó encima de ella. Violet quiso preguntarle qué hacía, pero tenía la lengua demasiado adormecida como para formar las palabras, y a continuación su primo le cubrió la boca con la suya. Pesaba mucho, y a la joven le ardían los pulmones por la falta de aire. Intentó ponerle las manos en los hombros para apartarlo de sí, pero Frederick se las sujetó a ambos lados.

Violet notó la mano de él sobre el muslo, debajo de la camisola, y luego cómo empezaba a bajarle las medias. Oyó que la tela se desgarraba. Eran de seda, el único par que tenía. Apartó las piernas y, durante unos instantes, se liberó del peso de él cuando Frederick se

desabrochó el cinturón y los pantalones. Violet boqueó, intentó hablar, pero su primo enseguida se colocó encima de ella y le cubrió la boca con la mano; en ese momento, notó un intenso y espantoso dolor entre las piernas. Notó cómo su propia espalda se hundía en la tierra conforme él se movía una y otra vez. El dolor persistió como si le estuviese abriendo una herida en el interior.

Violet percibió el sabor de la tierra y del sudor en la mano de Frederick. Se le anegaron los ojos. Levantó la vista e intentó contar las hojas verdes que filtraban la luz del sol, pero había demasiadas y se perdió. Al cabo de un rato —que pareció abarcar toda una vida, años y años que se alargaban sin compasión, pero después se dio cuenta de que no debían de haber pasado más de cinco minutos—, su primo soltó un grito y se quedó inmóvil. Había terminado el horrible acto, fuese lo que fuera.

Frederick rodó sobre su espalda entre jadeos.

Violet sintió cómo algo húmedo goteaba de sus entrañas. Se llevó una mano entre las piernas y, cuando se la miró, vio que estaba llena de sangre y de otra cosa, una sustancia blanquecina, parecida a la baba de caracol.

El colirrojo real volvió a cantar, como si no hubiese sucedido nada.

—Más vale que regresemos —dijo Frederick—. Veo que pareces un poco asustada. Le diremos a tu padre que has tropezado, ¿de acuerdo? Suerte que estaba por ahí tu primo para ayudarte a levantarte.

Violet se quedó unos instantes sin aliento y observó cómo él avanzaba entre los árboles. Poco a poco, cerró las piernas —a duras penas soportaba tocarse la piel— y se puso en pie. Algo brillaba entre el follaje; al bajar la mirada, vio que su colgante se había roto por la mitad, como dos alas polvorientas. Fue eso, más que cualquier otra cosa, lo que le hizo verter las primeras lágrimas ardientes.

El colgante de su madre. Frederick lo había roto.

Daba la sensación de que una pequeña parte del colgante se había desprendido y había caído al suelo. Al recogerlo, reparó en que se trataba de una llavecita dentada. Y comprendió que el colgante no era un colgante, sino un relicario, con una clavija tan pequeña que nunca

se había fijado. La llave resplandecía más que el apagado relicario, como si durante muchísimos años no hubiese visto la luz del sol.

Mientras recorría el bosque y escuchaba el extraño ruido de su propia respiración, Violet aferró la llave con fuerza. Se preguntó si su madre había sido la última persona en tocarla. Ni siquiera eso le proporcionó consuelo.

Cuando regresaron a la casa, las sillas habían desaparecido y Padre y Graham habían entrado. El recibidor olía a lo que la señora Kirkby estuviese cocinando para la cena, una especie de asado. A Violet le revolvió las tripas.

—Creo que me tumbaré un rato antes de cenar —dijo. Le daba la impresión de que su cerebro estaba nadando, y terminó farfullando con voz grave.

—Buena idea —asintió Frederick—. Yo también estoy cansado. Me has agotado. Supongo que te lo has pasado bien, ¿no es así?

Violet se dirigió a la escalera y se tragó la bilis que ascendía por su garganta. Los colores de la vidriera, iluminada por el sol de media tarde, eran de una imposible intensidad y bañaban el entarimado del suelo como si fuese sangre. Le latían las sienes, y se agarró a la barandilla en busca de apoyo. La escalera se le antojó más larga y empinada que de costumbre, como si la casa se hubiese convertido en una horripilante versión de sí misma.

En cuanto se refugió en la seguridad de su dormitorio, intentó limpiarse la extraña sustancia pegajosa en el viejo aguamanil de esmalte. Y luego se puso el salto de cama. Hizo una pelota con la camisola empapada y con las medias desgarradas, y las escondió entre el colchón y el somier. Pensó en la combinación de seda que había confeccionado para su ajuar, destinada a la noche de bodas… Ahora era inservible.

Antes de meterse en la cama, sacó la pluma —la pluma de Morg, como la llamaba— del escondrijo entre las páginas del libro de los

hermanos Grimm. La colocó con cuidado sobre la almohada, junto al relicario de su madre y la llave diminuta. Se la quedó mirando, y el negro azulado de la pluma se emborronó con tonos dorados cuando se le nubló la visión por las lágrimas.

Tan pronto como sonó el gong de la cena, cerró los ojos con fuerza. Creía que la habitación daba vueltas, como el tiovivo de una feria. Debía de haberse quedado dormida, porque al poco oyó a la tata Metcalfe llamándola y sosteniendo una bandeja con té y tostadas.

—Lo siento —dijo mientras se incorporaba y enseguida guardaba sus tesoros debajo de las sábanas—. No me encuentro bien.

—Es por el calor —opinó la tata Metcalfe—. Creo que te ha dado una insolación. Deberías haberte puesto el sombrero. Bebe mucha agua y come un poco, y luego duerme bastante, y por la mañana estarás como una rosa.

Violet asintió débilmente.

—Frederick ha preguntado por ti —le dijo la tata Metcalfe—. Se ha presentado en la sala de los criados después de cenar. Quería saber si yo iría a ver cómo estabas. Es un joven muy agradable, ¿verdad?

—Sí —murmuró Violet—. Muy agradable. —Todavía olía el hedor agrio de su sudor.

—¿Qué es lo que tienes en el pelo? —La tata Metcalfe extendió una mano y sacó algo de detrás de la oreja de Violet. Era la prímula que Frederick le había dado—. Es preciosa. Pero ten cuidado con no manchar las sábanas. Las flores dejan marcas, ¿sabes?

Durmió sin llegar a soñar, y, cuando se despertó con los pájaros, tenía el cuerpo rígido y dolorido.

Se vistió lentamente. En el espejo, se vio pálida y cetrina, como si fuera la enferma de un libro. Casi deseó estar enferma (¿habría alguna manera de ponerse enferma?) y poder pasarse todo el día en el dormitorio. Así no iba a tener que volver a ver a Frederick.

El salón desprendía el rico aroma del desayuno. Padre estaba

oculto detrás de *The Times* («El barco *Kentucky* se ha hundido cerca de Malta», exclamaba la portada) y Graham se metía el tenedor en la boca mientras leía una novela de Dickens. Huevos revueltos cuajados en un plato, de un amarillo estridente. Las lonchas de beicon (*Los últimos restos de Jemina*, pensó Violet con tristeza) parecían jirones de piel despellejada.

Frederick no estaba allí. Poco a poco, el martilleo de su corazón se tranquilizó.

Temblorosa, se sentó a la mesa.

—¿Estuvo bien el paseo de ayer con Freddie? —le preguntó Padre desde el otro lado del periódico. Violet se encogió.

—Sí, gracias —respondió, porque ¿qué otra cosa iba a decir? Aunque supiera con qué palabras describir lo que había ocurrido, Padre no podía saberlo. Seguro que creería que había sido culpa de ella. ¿Y si lo había sido? «Supongo que te lo has pasado bien, ¿no es así?». Frederick debió de pensar que ella quería hacerlo. A Violet le daría un síncope. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara?

—Por cierto, ya ha regresado a Londres —la informó Padre—. Ha tomado el primer tren de la mañana. Yo lo he acompañado hasta la estación. Me ha dicho que te despidiera de él, Violet.

—Ah. —No sabía qué debía sentir: ¿alivio?, ¿lástima? Recordó la prímula con los pétalos aplastados.

—Un joven muy decente —terció Padre—. Me recuerda a mí cuando tenía su edad. Espero que sobreviva a la guerra.

Graham la miró y puso los ojos en blanco. Violet intentó sonreírle, pero le daba la sensación de que sus mejillas eran de caucho.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Graham. Durante unos instantes, ella pensó que su hermano veía, que todo el mundo veía, el vergonzoso recuerdo que yacía oculto en su interior, como algo en descomposición.

—Nada —se apresuró a contestar.

—Me refiero a qué te ha pasado en la cara. Tienes una marca roja gigantesca.

—Ah. —Había olvidado la picadura—. Me ha picado algo… Un

mosquito, creo.

Padre pasó una página del periódico, al parecer sin interés en la conversación.

—Ja —exclamó Graham—. Pero ¡si a ti no te pican nunca! Yo nunca consigo sacarme de encima esos malditos bichos. Quizá se han cansado de mí y han pensado en ir a probar algo nuevo.

—No digas palabrotas, Graham —lo riñó Padre.

—Quién sabe —dijo Violet—. Quizá sí.

# 27
# KATE

Doscientas libras.

Kate lo cuenta de nuevo para asegurarse. Su cuenta bancaria está vacía, así que solamente le quedan los pocos billetes que todavía guarda escondidos en el forro del bolso. Debe conseguir que le duren hasta que encuentre trabajo. Ya ha pasado varias veces por delante de la librería del pueblo, pero ha sido incapaz de entrar.

Pero tiene que hacer algo… Necesita comprar comida, pagar facturas; en el buzón de la tía Violet han empezado a aparecer gruesos sobres de color marrón, los más recientes con la palabra URGENTE escrita con rabiosas letras rojas.

Más tarde, un libro de la colección de la tía Violet le llama la atención: *El jardinero inglés*.

Al mirar por la ventana de la cocina y observar el jardín, siente una punzada de dudas. Las plantas han crecido demasiado, y algunas son muy extrañas: enormes trompetas verdes que se dirigen hacia el cielo y ocupan espacio con tallos peludos, brotes morados que asienten hacia las hojas. No está segura de que sea capaz. Pero un bebé necesita nutrientes, vitaminas. De las verduras y las hortalizas, como las que abarrotan el jardín de la tía Violet.

Y, por lo tanto, debe intentarlo.

Es un día cálido, casi en pleno verano ya. En la habitación, se quita los vaqueros y la camiseta, que empiezan a resultarle incómodos por ser demasiado ceñidos, y se los cambia por un par de prendas de mahón que encuentra en el armario. Se pone uno de los sombreros de

la tía Violet, un mastodonte de paja con una pluma leonada en el ala. En el armario debajo del fregadero hay guantes de jardinería y, apoyada en la pared trasera de la cabaña, una pala.

Con *El jardinero inglés* debajo del brazo, respira hondo y se aventura al exterior.

Acaricia la suave forma del broche del bolsillo, consciente de que está rompiendo la única regla que se ha impuesto en toda su vida. Pero es complicado sentirse amenazada por las plantas y las flores que el sol vuelve doradas, por el limpio gorgojeo del arroyo. Incluso disfruta de los cantos de los pájaros; ojalá pudiese identificar las especies por los trinos, como sabía hacer cuando era pequeña.

Un graznido gutural y casi humano le provoca un escalofrío que le recorre la espalda.

Kate levanta la vista. Se le acelera un poco el corazón al ver al cuervo, que la observa desde la rama más alta del sicómoro. Se queda quieta durante unos instantes porque tiene miedo de que un movimiento repentino vaya a provocar una lluvia de zarpas y de plumas. Pero el ave tan solo se mueve sobre la rama mientras el sol arranca un brillo aceitoso a sus plumas.

Parpadeando para rechazar los recuerdos, Kate reprime la necesidad de tocarse el broche del bolsillo. Concentración. Debe concentrarse en la tarea que pretende llevar a cabo.

Guiada por las imágenes del libro de jardinería de la tía Violet, aprende que las trompetas verdes son ruibarbos y las plantas de tallo peludo, zanahorias silvestres. Los arranca del suelo y se maravilla ante los tallos delicados del ruibarbo y ante las zanahorias pálidas y nudosas. Podrá preparar sopas, ensaladas. El hambre la embarga; el antojo por comer alimentos procedentes de la tierra es tan intenso que casi la llega a marear. Mira la zanahoria que sujeta con una mano. Una parte de ella quiere comérsela ya, sorber la tierra que la cubre y sentir cómo el frescor le inunda la boca al masticar con fuerza. Se da cuenta de que es lo que necesita ella. Es lo que necesita el bebé.

Respira hondo y mete la zanahoria en la cesta.

También hay hierbas, como comprueba enseguida: salvia, romero,

menta. Las recoge. Deja intactas unas plantas extrañas que por lo visto no aparecen en el libro: debajo del sicómoro ve un arbusto de tallo largo con flores amarillas, parecidas a un cúmulo de estrellas diminutas.

Al cabo de un rato, la inunda la necesidad de quitarse los guantes y sentir la tierra contra la piel. Clava los dedos en la tierra y se deleita con su suavidad. El olor que desprende es embriagador: el toque mineral le recuerda al sabor que sigue asaltándole la boca cuando se despierta todas las mañanas.

Nota algo que le roza la herida del antebrazo. Al girarse, ve que es un caballito del diablo, el mismo insecto que vio junto al riachuelo el día que llegó. El animalito tiembla unos instantes y luego, bajo la mirada de ella, revolotea hasta su barriga.

Una oleada nace en su interior, un calor que le burbujea en las entrañas, en las venas. Que asciende por su esófago.

Durante unos instantes, cree que se trata de las náuseas matutinas; le preocupa que vaya a vomitar, a desmayarse. Se inclina hacia delante, apoya las manos y las rodillas en la tierra y deja que la sangre le llegue hasta la cabeza.

Nota un hormigueo en la mano, distinto al tacto sedoso de la tierra. En cuanto baja la vista, ve el destello rosado de un gusano, y luego otro, y otro. Fascinada, contempla cómo otros insectos emergen del suelo, resplandecientes como joyas bajo el sol veraniego. El centelleo cobrizo del caparazón de un escarabajo, los cuerpos pálidos y segmentados de las larvas. Oye un zumbido, y no sabe si se trata del rugido de su pulso o de las abejas que han empezado a rodearla.

Los animales se aproximan. Como si algo, como si Kate, los estuviese atrayendo. Un escarabajo sube por su muñeca, un gusano se frota contra la piel desnuda de su rodilla, una abeja se posa sobre su oreja. Kate está jadeando, abrumada por el calor que nace en su pecho y que le asciende por la garganta. Su visión se nubla, blanquecina, antes de oscurecerse.

Cuando se despierta, el día es más frío y el sol se ha ocultado detrás de las nubes. La boca le sabe a tierra y el cuerpo, desparramado

sobre el suelo, le pesa mucho, nota cierta presión. Observa vagamente cómo el cuervo echa a volar del sicómoro, alas que también tapan el sol. Briznas de hierba le rascan la piel, y Kate se encoge al recordar a los insectos. Se pone en pie, se sacude la tierra de la ropa y con los dedos se busca las criaturillas que con toda probabilidad le cubren el cuello y el pelo.

Pero no hay nada.

Al bajar la vista, ve que la tierra está inmóvil: no hay más que un vacío hoyo de terciopelo donde ella la ha removido. No hay gusanos, no hay escarabajos, no hay larvas. Ni siquiera oye una sola abeja.

¿Se lo habrá imaginado? ¿Habrá alucinado?

Pero algo le llama la atención en los confines de su visión: un destello de alas. El caballito del diablo que ha visto justo antes de perder el conocimiento. Observa cómo revolotea hacia el sicómoro, cómo baila sobre el tronco nudoso, sobre la crucecita de madera, antes de desaparecer.

Y entonces Kate lo sabe. No se lo ha imaginado. Ha sido real.

Un recuerdo se cierne sobre ella, nublado e incierto, como algo que se ve en la distancia. Es una niña pequeña. El sol le calienta la cara, nota el roce de alas contra la mano, una sensación en el pecho… Kate cierra los ojos con fuerza para intentar acercar el recuerdo, pero no consigue concentrarse. Aunque en cierto modo se queda con la extraña sensación de que eso ya le ha ocurrido antes.

Los rumores de los aldeanos se repiten en su cabeza. Una palabra suena con más fuerza que las demás.

«Bruja».

Y necesita conocer la verdad.

Acerca de las mujeres Weyward. Acerca de sí misma.

A la mañana siguiente, Kate se dirige a Lancaster. El trayecto en coche le recuerda a la noche en que huyó de Londres. La carretera serpentea por las colinas, se extiende interminable delante de ella. Nota la

conocida oleada de temor en la garganta cuando acelera junto a los otros coches. La sangre le late con fuerza en las venas. Es su sangre, pero también la del bebé, la sangre de las Weyward, y pensarlo la vuelve más fuerte, le hace aferrar el volante, resuelta. Puede hacerlo.

Nunca ha visitado Lancaster. Es una ciudad pintoresca y bonita, con casitas de blanco impoluto y calles adoquinadas. Pero hay algo en la multitud —casi la engulle una marea de turistas— que la inquieta. Nota un fuerte sabor en la boca, un toque agrio que reconoce como la antesala de un ataque de ansiedad. Le sorprende sentir alivio al divisar el río Lune brillando plateado a lo lejos y las montañas brumosas más allá.

Encuentra con facilidad el Ayuntamiento, un edificio enorme e imponente que se alza en la calle principal de la ciudad.

En el interior, el ambiente es fresco y tranquilo, y Kate intenta recomponerse mientras se pone a la cola para hablar con el hombre de la recepción. Tiene cita a las 14. Se le había ocurrido que en los archivos del condado de Cumbria quizá hubiese alguna información, pero la brusca mujer con la que había hablado por teléfono le había dicho que es en el condado de Lancashire donde se guardan los registros de los juicios a brujas locales, puesto que tuvieron lugar en el castillo de Lancaster.

Al poco, la conducen a otra sala de espera, y luego la llaman desde un cubículo, donde toma asiento delante de un hombre delgado de mediana edad cuyos hombros están espolvoreados de caspa.

Una carpeta de papel manila descansa en el escritorio delante de él. Kate se pone nerviosa al pensar en lo que debe de contener. Cierra los ojos unos instantes y recuerda cuánto ha gastado en gasolina para llegar hasta aquí… *Por favor, que haya valido la pena. Que este hombre haya encontrado algo.*

El funcionario le dedica un saludo indiferente antes de detallarle los resultados. Kate ve cómo saca la lengua para humedecerse los labios antes de hablar, como una rana cazando moscas.

—Solo he encontrado cuatro registros con el apellido Weyward —explica—. Tres de ellos he tenido que sacarlos del archivo de Cumbria.

Empecemos con esos, ¿le parece?

Abre la carpeta y extrae dos documentos.

—Estos dos registros hablan de una tal Elizabeth Ayres, de soltera Weyward.

—Sí —asiente Kate—. Mi bisabuela, creo.

—Aquí tenemos el certificado de matrimonio con un tal Rupert Ayres en agosto de 1925.

Kate vuelve a asentir. Esto ya lo sabe.

—Y un certificado de defunción. De septiembre de 1927.

Kate se inclina sobre la mesa con el corazón acelerado.

—¿Qué dice? ¿Cómo murió?

—La causa de la muerte es un poco vaga: «conmoción y pérdida de sangre», dice. ¿Quizá al dar a luz? En aquella época era bastante habitual, claro, aunque es extraño que no lo hubiesen especificado. El certificado lo firmó un tal doctor Radcliffe y se indica como lugar del fallecimiento Orton Hall, cerca de Crows Beck.

—Creo que mi abuelo nació ese año. ¿A lo mejor le estaba dando a luz a él?

Hay otra cosa que ha dicho el funcionario que le ha encendido el cerebro.

*Doctor Radcliffe.*

Con un sobresalto, recuerda al doctor del pueblo, el que le hizo la primera ecografía. Las manos con manchas rojizas, frías sobre su piel. Había comentado que heredó la consulta de su padre, ¿verdad?

Qué raro pensar que el padre de ese hombre tal vez haya estado presente en la muerte de Elizabeth. En el nacimiento de su abuelo. Aunque imagina que es lo que suele pasar en los pueblos pequeños, en la vida rural. Recuerda las lápidas erosionadas del cementerio. Los mismos apellidos una y otra vez. Y, sin embargo, ni un solo Weyward. De no haber sido por la cabaña, habría sido fácil pensar que no habían existido, que no eran más que producto de una leyenda de la zona.

Kate vuelve a concentrarse en el hombre que tiene justo delante. ¿Cómo es posible que solamente haya encontrado cuatro registros? ¿De verdad es todo lo que hay?

—Luego tenemos un certificado de defunción de una tal Elinor Weyward. Murió con sesenta y tres años en 1938. Cáncer de hígado. Tuvo un funeral de pobre.

—¿Un funeral de pobre? ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que no había nadie para cubrir los gastos de un funeral. —El funcionario frunce el ceño—. Y que la enterraron en una tumba sin lápida.

Kate experimenta una punzada de dolor al saber que nadie se ocupó de la muerte de esa mujer, su pariente. Y eso que en Orton Hall, a unas pocas millas, vivía su familia.

El hombre extrae la última hoja de papel de la carpeta. Kate ve que la piel de las manos de él está seca, con una membrana perlada entre los dedos. De nuevo, le recuerda a una rana.

—Este último es mucho más antiguo —le aclara—. He encontrado el apellido Weyward en los registros de los tribunales jurídicos ingleses de 1619. Una tal Altha Weyward, de veintiún años, acusada de brujería y juzgada en el castillo de Lancaster.

A Kate le da un vuelco el corazón. Nota cosquilleos por la piel, como el rastro de unos insectos fantasmales.

Por lo tanto, los rumores son ciertos.

—¿La declararon culpable? —pregunta con la voz seca—. ¿La ejecutaron?

El hombre arruga la nariz.

—Me temo que no disponemos de esa información —responde—. Solo está el registro de la denuncia, no de la sentencia del tribunal. Siento no serle de más ayuda.

—¿Sabe —comienza a decir Kate al rememorar la cruz debajo del sicómoro— dónde la habrían podido enterrar? Si… si la hubiesen ejecutado, me refiero.

—Como le digo, no es algo que podamos saber. No hay registros. Por lo menos, ya no.

—Y… ¿de verdad no hay nada más? ¿Ninguna otra referencia al apellido Weyward entre 1619 y 1925? ¿Durante trescientos años?

—Nada que haya podido encontrar. —El funcionario niega con la

cabeza—. Pero los nacimientos, las defunciones y los matrimonios solo empezaron a registrarse en 1837. Y son muchos los documentos de las parroquias que no han sobrevivido. Así que era bastante fácil vivir al margen del sistema, sobre todo si eran de una familia pobre.

Kate le da las gracias e intenta sacudirse la decepción que la ha embargado. De hecho, no sabe qué era lo que esperaba. ¿Que fuese fácil rastrear la historia de su familia desde las nieblas del pasado como en cierta manera ha atraído a los insectos desde la tierra? ¿Que conseguir más información la ayudaría a entenderse mejor?

Pero por lo menos no se va con las manos vacías.

Mientras recorre el camino hacia la salida del edificio, le da vueltas una y otra vez en la cabeza al nuevo dato, como si fuera una valiosa reliquia familiar.

«Altha Weyward. 21 años. 1619. Juzgada por brujería».

«Altha». Un nombre muy raro. Suave y, aun así, poderoso. Como un encantamiento.

Durante el viaje de regreso a casa, el sol de la tarde baña de rosa las colinas. El paisaje es muy viejo: los vastos prados, los peñascos rocosos, los pequeños lagos de color pizarra. Altha Weyward, quienquiera que hubiese sido, había llegado a ver esas colinas.

Kate visualiza a una mujer joven, de rostro pálido, a la que arrastran hasta una pira o una horca… Se estremece y expulsa la imagen de su mente.

Veintiún años. Casi una década más joven que ella. Recuerda cómo era ella a esa edad: atenta y precavida, muy atrás quedaba ya la chispa de su infancia. Pero había sido libre, la verdad, en comparación con las mujeres que la precedieron. Piensa en Elizabeth, su bisabuela, que murió dando a luz, y se lleva una mano a la barriga de forma automática. El siglo veintiuno ofrecía cierto grado de protección. Sin embargo, no la había protegido de Simon. Recuerda su rostro, sus facciones fluidas, volátiles. Cómo la miraba a veces, con suma ternura

al principio, cuando ella creía que estaban enamorados. Cuando una mera caricia suya bastaba para que se le desbocara el pulso. Pero entonces hacía o decía algo que a él no le gustaba, y la mirada se agriaba con el desencanto. Le palpita la cicatriz del brazo.

Tantos años atrapada en una danza brutal con pasos que no sabía cómo seguir.

Quizá, a fin de cuentas, no haya cambiado tanto la cosa.

«Era bastante fácil vivir al margen del sistema», le ha dicho el funcionario. Pero ¿también era posible que las antepasadas de Kate, las Weyward, hubiesen querido ocultarse después de lo que le había sucedido a Altha? Después de todo, fue el matrimonio de Elizabeth con Rupert lo que les había hecho aparecer en los libros de registros. Una relación con un hombre.

*Debo tenerte conmigo.*

Kate sabe mejor que nadie lo peligrosos que pueden ser los hombres.

Ese pensamiento le provoca rabia. No está segura de si es una nueva sensación o si siempre ha estado ahí, disfrazada de miedo. Pero ahora arde potente en su sangre. Rabia. Por sí misma. Y por las mujeres que vivieron antes.

La situación será diferente para su hija. Ella se encargará.

Y eso significa que tendrá que ser valiente.

Son las tres de la tarde. Kate tiene poco tiempo antes de que cierre la librería del pueblo.

Está en el frío cuarto de baño de la tía Violet, mirándose en el espejo. La luz del sol le ilumina el cuerpo, teñido de verde por la hiedra trepadora que recubre el exterior de la cabaña.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se miró como es debido. Durante años, ha sido incapaz de soportar su propia desnudez. Todas esas noches en que enfundaba sus propias carnes en la lencería que Simon había querido que se pusiera. Noches en que se tumbaba y

le permitía hacer con sus extremidades lo que le gustase. Se había convertido en un recipiente. En nada más.

Quizá por eso al principio, cuando todavía vivía con Simon, había detestado la idea de estar embarazada. Ya se sentía como un medio para lograr un fin.

Pero no sabía que sería así.

Ahora se inspecciona en el espejo. El contorno firme de sus miembros, la nueva anchura de sus caderas. Su barriga, con la creciente curva. Sus pechos la asombran: la oscuridad de los pezones, las venas que brillan azules e intensas bajo la piel. El lunar de su torso también se ha ensombrecido y el color rubí ha pasado a ser carmesí.

Incluso su piel está diferente: es más suave, más gruesa. Como si estuviese blindada.

Blindada y preparada para proteger a su hija.

La fuerza de ese amor que le corre por las venas la sorprende. Así como la meridiana claridad de que hará lo que sea, lo que haga falta, para asegurarse de que su hija esté a salvo.

Sin que hubiese tenido intención de evocarlo, el día del accidente se enciende en su mente. La mano de su padre en el hombro, áspera y desesperada, empujándola para apartarla de la trayectoria del coche. ¿Él también se habría sentido así?

Pestañea para repeler el recuerdo, concentra de nuevo la mirada en la mujer del espejo. Una mujer en la que le cuesta reconocerse.

Se ve, y se siente, poderosa.

Solo hay otra cosa que quiere cambiar.

Las tijeras de la cocina de la tía Violet están junto al fregadero. Kate se las lleva a la cabeza y empieza a cortar, y esboza una sonrisa conforme los mechones de pelo claro decolorado caen al suelo. Para cuando ha terminado, solo le quedan las raíces, que se encrespan como un oscuro halo.

Se viste antes de salir.

No con su vieja ropa, las prendas que Simon escogió para ella. Esas las deja.

Decide ponerse unos pantalones de lino de Violet y una túnica holgada de seda verde, bordada con un delicado patrón de hojas. Por último, se cala el sombrero con la pluma. La caminata hasta el pueblo resulta tranquila, y pone a prueba su creciente conocimiento de la flora local: en el margen del sendero crecen verdes cúmulos de ortigas, de los setos sobresalen blanquecinas reinas de los prados. Entre la vegetación brilla un tono plateado: los hilos sedosos de las clemátides. Kate respira hondo, inhala el aroma.

Está pasando por debajo de los robles cuando nota cómo una sombra oscura se proyecta sobre su cuerpo y oye un grito gutural. Pero esta vez no tiene miedo. Regresa hasta ella el amago de la sensación que la inundó en el jardín, cuando los insectos se rozaron contra su piel. Percibe movimiento en su pecho, como dos alas que se extienden.

*Vamos,* se dice. *Puedes hacerlo*.

Sigue caminando.

Emily se encuentra inclinada sobre el mostrador, flanqueada por montañas de libros. Sus bucles canosos se bambolean mientras garabatea en un libro de contabilidad. Un ventilador de techo da vueltas y hace crujir las hojas de los libros.

—Hola. —Emily levanta la vista al oír el repique de la campanilla —. ¿En qué puedo…?

Palidece durante unos segundos antes de recomponerse y sonreír.

—¡Kate! Perdona —dice—. Es que… no me había dado cuenta de lo mucho que te pareces a ella. A Violet. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien, gracias. De hecho, me preguntaba —añade con una confianza en la voz que la sorprende también a ella— si necesita a una ayudante.

# 28
# ALTHA

Esa noche en las mazmorras fue la más larga de toda mi vida. Sabía que al día siguiente el jurado habría decidido mi destino. Sabía que me colgarían por la tarde o la tarde próxima. Me llevarían hasta el páramo. Uno de los guardias me lo había comentado. Me consolé con esa idea, con la idea de que por lo menos vería el cielo y oiría a los pájaros. Una última vez. Me pregunté si alguien iría a presenciarlo, si habría una multitud reunida junto al patíbulo, hambrienta de la imagen de mi cuerpo contoneándose en una soga. Enviaban a la novia de Satanás de vuelta al infierno.

Tal vez hacían bien en colgarme.

Pensé en la promesa que le había hecho a mi madre. La promesa que había incumplido. No había conseguido estar a su altura. No había conseguido salvarla. Por eso, y por la promesa incumplida, en el corazón me pesaba la culpa como si fuera un ancla.

Pero que me colgaran por la muerte de John Milburn… Esa era una cuestión diferente.

No sé si esa noche llegué a dormir algo. Las imágenes aparecían ante mí, se cernían en la penumbra de la celda. El rostro de mi madre, sus rasgos hinchados por la muerte. Un cuervo, alas negras recortadas contra el cielo. Anna Metcalfe retorciéndose en su lecho mortal. Y John Milburn, o lo que quedaba de él. Su cara destrozada, oscura y húmeda como una fruta podrida.

Cuando al día siguiente abrieron la puerta de mi celda, me dio la sensación de que ya había iniciado el trayecto de este mundo al

siguiente. Al parecer, lo veía todo a través de una especie de neblina.

Las sombras me acechaban desde los confines de mi visión. *El velo se está alzando,* pensé. El velo que separa este mundo del próximo. Pronto me encontraría con mi madre. Esperaba que entendiese lo que había hecho y el porqué.

En los bancos de la sala de vistas había más gente que nunca; mientras me guiaban hasta el banquillo de los acusados, los presentes estallaron en mofas y abucheos. Miré hacia los jueces, que contemplaban la escena con una mueca pensativa. Hacia los miembros del jurado, de mirada perdida en sus trajes oscuros. Solo el hombre de la mandíbula cuadrada me clavó los ojos. Esta vez yo no irradiaba orgullo: escruté su rostro en busca de alguna pista de cuál iba a ser mi destino. Acto seguido, apartó la mirada, y un escalofrío se adueñó de mi corazón. Quizá no quería posar la mirada en una mujer condenada.

Busqué a Grace entre la muchedumbre. Su capa brillaba blanca, prístina. Estaba sentada junto a su padre, con la cabeza gacha. Deseé que se girara para poder ver su cara, la cara que me perseguía en sueños, una última vez. Pero no se giró.

Uno de los jueces tomó la palabra.

—Altha Weyward está acusada de haber asesinado al señor John Milburn mediante brujería. El supuesto crimen tuvo lugar el 1 de enero de este año del Señor de 1619.

»La brujería es un grave azote en esta tierra, y nuestro rey, su majestad Jacobo I, nos alienta a luchar contra ese artero mal. Debemos recelar de él en todos los aspectos de nuestra vida. El demonio cuenta con dedos largos y voz potente, que nos alcanza con sus dulces súplicas.

»Como sabemos, nuestras mujeres en particular corren el gran riesgo de ceder a la tentación del demonio, pues son débiles tanto de mente como de espíritu. Debemos protegerlas de la influencia maligna, y, donde veamos que ha arraigado, arrancarla de la tierra.

»Hemos escuchado las pruebas presentadas en contra de la acusada. Se ha establecido que el señor Milburn murió pisoteado por la estampida de sus vacas. Ninguno de los testigos de la muerte de

John Milburn ha podido demostrar que la acusada hubiese pronunciado algún encantamiento para provocar que los animales se comportaran de ese modo.

»De hecho, Daniel Kirkby describió que un cuervo atormentó a los animales y les causó un frenético desasosiego. Sabemos que en esta zona los cuervos son comunes, y que a veces son violentos en sus interacciones con otros animales e incluso con los humanos.

»La acusada no fue llevada a tocar el cadáver; por lo tanto, no sabemos si habría sangrado bajo su mano. El tribunal, con la ayuda del buen doctor Smythson, ha examinado el cuerpo de la acusada en busca de la marca de la bruja.

»No la ha encontrado.

»Después de haber escuchado todas las pruebas, les pido a los caballeros del jurado que dicten sentencia, teniendo presente su deber para con Dios y para con sus propias conciencias.

Un silencio se instaló en la sala cuando el presidente del jurado se levantó. Me quedé sin aliento. Tanto daba lo que hubiese dicho el jurado. Yo ya veía la horca. Notaba la áspera soga en el cuello. Pensé en todas las otras mujeres a las que habían condenado a muerte antes que a mí, en el destino del que mi madre había intentado protegerme. Las mujeres de North Berwick. De Pendle Hill. Pronto me uniría a ellas. Estaba convencida.

—En cuanto a la acusación de asesinato por brujería —dijo—, consideramos que la acusada es… inocente.

En ese momento, comencé a flotar. A soñar. Oía las protestas de los presentes en la sala, pero parecían proceder de muchas millas de distancia. Mi cuerpo era liviano, como si me encontrase en el agua. Miré hacia Grace. A su lado, William Metcalfe se agarraba la cabeza con las manos. Así que no lo vio. No vio que Grace levantó la vista hacia mí. No vio la expresión que compuso su hija al mirarme.

# 29
# VIOLET

Violet se pasó en su habitación las semanas posteriores a la marcha de Frederick.

—Tiene mal de amores —oyó que una mañana le decía la tata Metcalfe a Graham, que había ido a preguntarle si había visto por alguna parte su libro de biología.

—¿Por quién? —lo oyó sisear. Y luego, más tarde para que su voz llegara hasta ella—: Por el amor de Dios, Violet, tú también no.

Ese mismo día, le deslizó una nota por debajo de la puerta que decía:

«Olvídate de ese canalla. ¡Eres peor que Padre, que echa de menos a su perrito faldero!».

Violet no le contestó.

Había decidido que sería más fácil olvidar lo que había ocurrido en el bosque si nunca se lo contaba a nadie. Pero no era así. Por la noche, soñaba con Frederick, que entró dentro de ella a la fuerza mientras los árboles se cernían sobre ambos y daban vueltas sin parar. Fue como si hubiese dejado una espora de sí mismo en el cerebro de Violet, que ahora se multiplicaba y se esparcía entre sus neuronas. Se sentía «infectada». Recordó la sustancia pegajosa que había notado saliendo de su interior.

Era lo que más deseaba olvidar de todo. Siempre que lo rememoraba, notaba una tensión en el cerebro que amenazaba con unir los cabos. Eso, la sustancia pegajosa, le había recordado a una palabra que había leído en el libro de biología de Graham.

«Espermatóforo». Era la sustancia que utilizaban los insectos macho para fertilizar los huevos de los insectos hembra. Se negaba a seguir pensando en eso. No pudo ni siquiera terminar el apartado del libro que lo explicaba: lo había ocultado debajo del colchón, al lado de la blusa y la ropa interior sucias.

La mayor parte del tiempo, Violet se quedaba entre las sábanas, un tanto aterida, aunque ya habían superado la mitad del verano. No se sentía bien en su propio cuerpo. El dormitorio seguía girando siempre que no estaba teniendo pesadillas, y percibía cierta pesadez en sus extremidades, como si alguien le hubiese atado los huesos con plomo. Tenía la necesidad constante de bañarse, de desprenderse de la piel contaminada con la esperanza de encontrar una nueva capa limpia justo debajo.

Aún oía sin ningún problema: los estorninos por la mañana, el canto de los grillos por la noche. Pero esos sonidos iban acompañados de un nuevo y áspero dolor, uno en el que ella no había reparado hasta el momento: un mochuelo que llamaba a su madre, un murciélago que lamentaba tener un ala rota, una abeja que experimentaba la agonía de la muerte.

A veces, le parecía demasiado insoportable, el sufrimiento pesaba en el aire como atraído por la gravedad y le presionaba la piel. Era como si la chispa de la vida hubiese desaparecido, como si la manzana se hubiese marchitado y podrido.

Al principio, consiguió consolarse con las pertenencias de su madre. Las hebras sedosas y moteadas de la pluma de Morg, el relicario con la delicada «W», la llavecita que había aguardado oculta en su interior durante años. Pero ¿qué abriría esa llave? En la casa ya no había ninguna habitación cerrada. Empezó a preguntarse si Frederick le habría mentido sobre su madre, sobre la mujer desesperada de rostro níveo a la que debían encerrar. Casi se habría convencido de que su primo se lo había inventado de no haber sido por la palabra grabada en el revestimiento de su cuarto. «Weyward».

En cuclillas delante de esa palabra, una noche en que en la casa reinaba el silencio a excepción de los ratones que corrían junto a las

paredes, se preguntó si su madre habría utilizado esa llave para marcar esas letras sobre la pintura. No soportaba imaginársela así. Desesperada, intentaba conjurar los recuerdos que le había provocado el pañuelo: el aroma a lavanda, el pelo oscuro, el abrazo cálido… A veces, incluso pensaba que se acordaba de Morg, que la contemplaba con un ojo chiquito y resplandeciente…

Ni siquiera sabía dónde estaba enterrada su madre. Cuando era más pequeña, se había pasado largas tardes examinando con cuidado las erosionadas lápidas de la finca, próximas a una vieja capilla que ya no se utilizaba. Se había arrodillado sobre la tierra fría y había apartado los verdes hilos de líquenes en vano. Las tumbas pertenecían a miembros de la familia Ayres muertos tiempo atrás. El fallecido más reciente había vivido casi cien años.

Quizá estaba enterrada en el cementerio del pueblo. A fin de cuentas, era de allí, ¿no? Violet pensó en escaparse, en correr hacia Crows Beck y buscar la tumba de su madre. Pero ¿de qué le serviría eso? Seguiría estando muerta.

Y Violet seguiría estando sola. Sola con lo que había ocurrido ese día en el bosque.

No había más que una manera de eliminar la contaminación de Frederick de su cuerpo y de su mente. De sus propias células.

Violet no estaba segura de si creía en el cielo o en el infierno (aunque dudaba de que fueran a permitirle la entrada en el primero después de que Frederick la hubiera mancillado). Después de todo, era una gran amante de la ciencia. Sabía que, cuando muriese, su cuerpo terminaría reducido por gusanos y otros insectos, y entonces proporcionaría nutrientes a las plantas de la superficie. Pensó en su haya. Le gustaría que la enterraran debajo de ese árbol, le gustaría darle sustento. Y, mientras el árbol se alimentaba de ella, ella sentiría… nada. Olvido. Se imaginó el vacío, tan pesado y oscuro como un manto o el cielo nocturno. Su mente y su cuerpo dejarían de existir junto a las esporas que Frederick había dejado tras de sí. Sería libre.

Se pasó los largos días planeándolo. Se decidió en pleno

crepúsculo, su momento favorito del día, cuando el cielo adoptaba tonos violetas —el color que le daba nombre— y los grillos cantaban. Se marcharía con la luz.

En verano, viviendo tan al norte como ellos, los días se alargaban casi hasta la medianoche, y eso significaba que todo el mundo estaría dormido en la hora que había elegido. Se puso su vestido verde preferido y se peinó el pelo delante del espejo por última vez. La picadura de la mejilla se había convertido en un semicírculo de un rosa plateado, como una luna creciente.

Su habitación ofrecía tonos ambarinos y dorados por el sol, que se ponía al otro lado de las ventanas. Violet las abrió y contempló el paisaje para saborear la última vez que disfrutaría de su valle. Desde allí veía el bosque, una cicatriz oscura sobre las suaves colinas verdes. Bajó la vista. La altura era considerable, unos diez metros, pensó. Se preguntó quién la encontraría por la mañana. Visualizó su cuerpo, arrugado como los pétalos de la prímula. Había dejado una nota junto a la ventana para pedir que la enterraran debajo del haya.

Se subió al alféizar y notó el aire frío de la noche sobre el rostro. Respiró hondo por última vez. En cuanto se preparó para precipitarse hacia el vacío horizonte, sintió que algo le rozaba la mano. Era un caballito del diablo, cuyas alas transparentes resplandecían doradas bajo el sol. Igual que el que Graham le había regalado tantas semanas atrás.

Alguien llamó a su puerta, y entonces Graham —que Violet creía dormido— irrumpió en su cuarto.

—En serio, Violet, tienes que dejar de robarme las cosas sin pedírmelas… Dios, ¿qué diablos haces ahí sentada? Un mal movimiento y acabarás desparramada por el jardín.

—Perdón —dijo Violet mientras bajaba del alféizar y se metía la nota en el bolsillo—. Estaba… contemplando las vistas. Desde aquí se ven las vías del tren, ¿lo sabías? —A Graham le encantaban los trenes.

—No, Violet, después de vivir en esta casa durante toda mi vida no sabía que desde las ventanas de la segunda planta se veía la línea que va de Carlisle a Lancaster. En serio, ¿qué te ha dado últimamente? Pensaba que iba a tener que encerrar a otro maldito insecto en un tarro para ti. —Se estremeció. Violet se miró la mano, pero el caballito del diablo había desaparecido.

—Estoy bien. Solo… bastante cansada.

—Dime que no estás con el corazón roto por el cretino de nuestro primo Frederick, anda. O imagino que para ti es Freddie, ¿no? Tu querido Freddie. ¿De qué hablabais en los paseos que dabais? ¿Seguía presumiendo de su puntería con el rifle? Debo confesar que no esperaba que te enamoraras de alguien tan aburrido.

—No tiene nada que ver con Frederick —saltó Violet demasiado deprisa.

Graham se la quedó mirando unos instantes arqueando una pálida ceja rojiza.

—Si tú lo dices. A mí me encantó ver la espalda de tu querido Freddie, la verdad. Me recordaba a un compañero de Harrow. Era igual de arrogante que él. Lo expulsaron el pasado otoño por haber dejado embarazada a una muchacha. Una de las hijas del profesor. Tuvo al bebé en un convento, pobrecilla.

—De veras —dijo Violet fingiendo desinterés. *Espermatóforo*, pensó —. Debió de ser horrible para ella.

—Exacto —asintió Graham—. En fin, tú ten cuidado con los tipos como él. Frederick no intentó nada contigo, ¿verdad? El día que jugamos a los bolos sobre hierba… Padre y yo nos quedamos dormidos, y al despertarnos os habíais ido. De hecho, Padre parecía bastante contento al respecto.

—No ocurrió nada —dijo Violet—. Solo fuimos a dar un paseo. Le enseñé el bosque.

—Mmm. Mientras no le enseñaras nada más… Bueno, en fin, es muy tarde. Esperaba a que la tata Metcalfe dejara de montar guardia para venir a recuperar mi libro de biología. Lo tienes tú, ¿verdad? Se supone que para cuando termine el verano deberé haberme

familiarizado del todo con el subfilo de los antrópodos. Se me acaba el tiempo.

—Querrás decir «artrópodos». Los que tienen exoesqueleto.

—Uh. Sí, esos. Bueno… Lo dicho, ¿me lo devuelves?

Violet pensó en el libro, oculto debajo del colchón junto a su ropa interior ensangrentada.

—Lo he perdido. Lo siento.

—¿Lo has perdido? ¿Cómo narices vas a perder un libro de texto?

—Se me cayó en el arroyo.

—¿Te imaginas la cara que pondrá el profesor de ciencias cuando le diga eso? «Lo siento, señor, no tengo el libro… Es que la inútil de mi hermana lo arrojó a un río». Pues estupendo, Violet, gracias. Ahora tendré que encargar otro ejemplar. Y seguramente me llegará cuando ya haya regresado a Harrow, maldita sea. Muchísimas gracias. —Se marchó dando un portazo.

En cuanto los pasos de Graham dejaron de oírse por el pasillo, Violet intentó pensar qué hacer con la nota. No podía quemarla sin más. La tata Metcalfe olería el humo —tenía el olfato de un sabueso— y luego le haría preguntas. Y, además, todavía no había decidido por completo si la iba a necesitar o no. Pero entonces se acordó del caballito del diablo, y le dolió el estómago por la culpa que sentía hacia Graham. ¿De verdad iba a dejarlo a solas con Padre?

Agarró el libro de los hermanos Grimm de la mesita de noche, lo abrió y metió la nota entre las páginas. Antes de quedarse dormida, pensó nuevamente en su madre. Si Violet moría, nunca iba a descubrir la verdad. Con cuidado, colocó la pluma de Morg sobre la almohada, cerca de su cara, con la esperanza de soñar con su madre. Sin embargo, soñó con Frederick, con lo que había sucedido en el bosque. En el sueño, ella se miraba el cuerpo pálido y veía cómo se le oscurecía la carne de la barriga, cómo desaparecía bajo sus dedos. Un enjambre de efémeras la rodeaba con sus alas resplandecientes al revolotear y cruzarse unas con otras en un baile interminable y brutal.

A la mañana siguiente, se despertó con el fuerte aroma de los arenques ahumados que la tata Metcalfe le traía en una bandeja.

—Cómetelos —le dijo la mujer—. Son órdenes de la tata. —El pescado estaba amarillo y arrugado, como el cuerpo inerte de un lución que un día vio momificado por el calor del verano.

Violet se esforzó por incorporarse y aceptó la bandeja. Se le revolvieron las tripas y se estremeció al recordar el sueño.

—¿Te encuentras bien, Violet? —le preguntó la tata.

—Sí, gracias —respondió mientras se llevaba el tenedor a la boca. Masticó el pescado poco a poco, y, aun después de tragar, la sensación gelatinosa permaneció sobre su lengua y en su paladar.

Consiguió comer otro bocado. Y, en ese momento, el malestar en la barriga se intensificó y la habitación empezó a dar vueltas de nuevo. Notó algo que se acumulaba en su interior, algo que le subía desde el estómago y ascendía por su esófago, y luego el regusto ácido en la boca.

Vomitó. Una y otra vez.

Más tarde, cuando la tata Metcalfe había limpiado los restos de vómito de sus labios y la había ayudado a ponerse una bata limpia, se quedaron unos minutos en silencio. Afuera un cuervo chillaba. Violet lo vio por la ventana, una coma negra contra el cielo azul.

Al final, la tata Metcalfe tomó la palabra.

—Creo que deberíamos llamar al médico —dijo.

# 30
# KATE

El tiempo pasa más rápido ahora que los días de Kate están llenos con sus turnos en la librería.

El trabajo le resulta relajante: rebuscar entre las cajas de las donaciones, etiquetarlas con la pistolita correspondiente. Por lo general, en la tienda venden novelas románticas de la editorial Mills & Boon («A mucha hambre no hay pan duro», dice Emily); aunque de vez en cuando Kate desentierra una primera edición de Jane Austen o de Louisa May Alcott. Esas las colocan en el escaparate para que las cubiertas con relieve dorado destellen bajo el sol.

Su jefa y ella se instalan en una cómoda rutina; la anciana a menudo le lleva tazas de té y platitos con pastas, mientras habla relajada acerca de su esposo Mike y de Crows Beck, donde creció. A Emily le impresiona la afinidad de Kate con Caramelo, su gato pelirrojo, que según ella detesta a todo el mundo (las propias manos de Emily a menudo están adornadas con arañazos por las ansiosas respuestas del animal).

Kate sale de cuentas en diciembre. Espera que nieve cuando dé a luz. A menudo, sola en la cabaña, prueba a decir nombres en voz alta para probar cómo suenan. Holly, quizá, o a lo mejor Robyn. Aunque ninguno le parece adecuado todavía.

Es a comienzos de otoño cuando nota la primera patadita. Está en el jardín, arrancando matas de tanacetos de debajo del sicómoro —ha aprendido que es una planta bastante venenosa a pesar de sus flores de intenso amarillo— y escuchando el murmullo de los árboles por el

viento. Suelta un grito al percibir un repentino movimiento en el útero, una sensación líquida que le hace pensar en el mercurio o en los pálidos piscardos que nadan veloces en el riachuelo.

Su hija.

Cuando llega noviembre, se le ha estirado y tensado la piel en la barriga como si fuera un tambor. No le entra ninguna prenda; saquea el armario de la tía Violet en busca de túnicas y blusones holgados, y se envuelve en chales y en raídos impermeables. Como su pelo ha crecido, se ha vuelto rebelde: después de tantos años de caros tratamientos capilares, había olvidado que su cabello tiende a rizarse. Ahora lo lleva corto por delante y largo por detrás, pero le da igual. Estos días ni siquiera se lo peina, deja que caiga en oscuras ondas sobre sus orejas.

Simon no la reconocería.

—¿Estás en contacto con él? —le pregunta Emily—. Me refiero al padre del bebé.

Kate la ha invitado para que pasasen juntas la Noche de Guy Fawkes. Han construido una pequeña hoguera en el centro del jardín y han tomado asiento en sillas de cáñamo con sendas tazas de chocolate caliente. Kate respira hondo y saborea el olor a madera quemada. Por encima de ellas, el cielo está repleto de estrellas.

—No —contesta—. Hace meses que no hablo con él. Es… mejor así. Es mejor para el bebé. No es… una buena persona.

Emily asiente. Extiende un brazo y le aprieta la mano a Kate.

—Aquí me tienes, ya lo sabes —se ofrece la anciana mientras retira la mano—. Si algún día quieres hablar de lo que sea, solo me lo tienes que decir.

—Gracias.

A Kate se le cierra la garganta. Se queda observando el fuego, cómo las chispas bailotean doradas en la noche. Durante un rato, ninguna de las dos dice nada. Lo único que se oye es el siseo y el chisporroteo de las llamas y, en algún punto, un búho.

Se pregunta si Emily habrá adivinado la verdad. Kate imagina que puede que sea obvio por el modo en que se encoge cuando le suena el

móvil, por su negativa a hablar de su antigua vida en Londres. De por qué se marchó.

Pero es incapaz de verbalizarlo. Es demasiado pronto. No quiere poner en riesgo los delicados hilos de su amistad. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que disfrutó de la compañía de otra mujer. Hace años que no ve a sus amigas de la universidad.

La última vez fue la boda a la que asistió con Simon en Oxfordshire. Hace cinco años, poco después de que hubiese dejado el trabajo. Su amiga Becky se casaba. Recuerda el vestido que llevaba —el que Simon había elegido para ella—: era rosa, el color de la carne abierta, el color de la cicatriz de su brazo. Se puso zapatos dorados de tacón con los que le costaba caminar. Se sentó delante de Simon en el banquete y soltó estridentes carcajadas ante los chistes malos del hombre ubicado a su lado. Había barra libre; Simon estaba borracho, pero la vigilaba. Siempre la vigilaba. Una de sus amigas lo vio empujarla hacia el taxi antes de los discursos, la forma tan habitual en que le aferraba la nuca con la mano. Después de eso, Simon no le permitió responder a las llamadas de sus amigas. Al final, dejaron de intentarlo.

—Ojalá Violet estuviese aquí —comenta Emily en un momento dado—. La destrozaría perderse esto. Perderse tu presencia en el pueblo.

—¿Cómo era?

—Perdona. —Emily acerca la silla al fuego—. Siempre se me olvida que en realidad no la conociste. Es que me recuerdas muchísimo a ella. Era… rara. Pero rara en sentido positivo. A mí me gustaba pensar que no le temía a nada. ¡Cuántas cosas hizo cuando era más joven! Me dijo que una vez escaló el Everest hasta el primer campamento base. Para estudiar la araña saltarina del Himalaya. Estaba loca. —Niega con la cabeza entre risas—. Tienes su mismo espíritu.

—Ojalá. —Kate sonríe.

—Que sí. Hay que ser fuerte para hacer lo que has hecho tú, para empezar de cero. Ella tuvo que hacer lo mismo.

Las dos guardan silencio.

—¿Nunca te contó lo que sucedió? Mi madre me ha dicho que la desheredaron, que hubo una especie de escándalo.

—No. Como te comenté… Creo que para ella resultaba demasiado doloroso. Entonces, ¿tu madre no tiene idea de qué fue ese escándalo?

—No. Mi padre quizá lo supiese, pero murió cuando yo era pequeña.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. —Últimamente ha pensado más y más en el accidente, y la percepción que tiene del incidente ha cambiado ahora que espera una hija. Una hija a la que protegería a toda costa. Aunque eso significase sacrificarse ella, como había hecho su padre.

A veces casi consigue creer que quizá, solo quizá, no haya sido culpa suya. Que después de todo no sea un monstruo. Pero luego recuerda la sangre, pegajosa y brillante en la calle; el broche en forma de abeja, deslustrado para siempre, en su mano.

—¿Sabes? Yo también tuve una hija —murmura Emily en un extraño eco de los pensamientos de Kate. Al fijarse en la anciana, ve que le brillan los ojos por las lágrimas—. Nació muerta. De haber vivido, ahora tendría tu edad.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Todos llevamos a cuestas nuestra propia cruz.

Después de que Emily se haya ido, Kate se queda sentada un rato contemplando el fuego.

Mientras observa las llamaradas naranjas, su determinación se vuelve más firme. No piensa repetir los errores del pasado. Esta vez, las cosas serán distintas. Ella será distinta. Y no va a volver nunca con él.

Va hasta el dormitorio a buscar su bolsa, que le cuesta arrastrar hasta el exterior.

En el jardín, la abre y saca toda la ropa, las prendas que solía

ponerse por Simon. Los vaqueros ceñidos, las camisetas escotadas. Incluso la lencería que llevaba el día que se fue: de encaje rojo, con un corazón de diamante engarzado entre las copas del sujetador. Lo arroja todo al fuego y ve cómo las llamas arden con mayor intensidad. Un símbolo del pasado que se desintegra. Jirones de encaje flotan en el aire como si fueran pétalos.

Kate se lo queda mirando durante unos instantes. Se ha colocado una mano sobre la barriga, donde su hija nada a salvo.

Diciembre.

Los días empiezan blancos y brillantes por la nieve, que cubre el tejado y las ramas del sicómoro, donde un petirrojo se ha instalado de forma definitiva. A Kate le recuerda al pájaro que aparece en *El jardín secreto*, que durante muchos años fue su único portal seguro al mundo natural. Solamente ahora comprende de verdad su fragmento preferido, que se sabe de memoria desde que era pequeña:

«Todo está hecho de magia, las hojas y los árboles, las flores y los pájaros, los tejones y los zorros y las ardillas y las personas. Así que tiene que estar en todo lo que nos rodea».

A menudo, antes de irse a trabajar, sale al jardín a contemplar cómo el sol baña las plantas cubiertas de blanco en busca del petirrojo. Un puntito de color contra la dura mañana. A veces, mientras lo observa revolotear, nota una punzada en el útero, como si su hija respondiera al canto del ave, ansiosa por atravesar la membrana entre el cuerpo de su madre y el mundo exterior.

El petirrojo no está solo en el jardín. Los estorninos saltan sobre la nieve mientras el sol les laquea el cuello. Justo delante de la cabaña, los zorzales reales —reconocibles por sus plumas leonadas— parlotean entre los setos. Y, por supuesto, están los cuervos. Hay tantos que forman un dosel oscuro encima del sicómoro, siluetas encapuchadas que lo vigilan todo. Hay uno con las mismas marcas blanquecinas en las plumas que el animal que le dio un buen susto en la chimenea al

poco de llegar ella a la cabaña. Kate cada vez es más valiente, y día tras día se pone a prueba acercándose más y más al árbol. Esta mañana, apoya la palma en la corteza escarchada y nota una calidez que le inunda el pecho.

Más tarde, en la librería, lo recuerda y sonríe. Bebe café de una taza con estampado de leopardo de Emily. Pasan pocos minutos de las diez, y quiere ordenar cinco cajas antes de la hora de comer.

Ya hace siete meses que se marchó. En ocasiones le da la sensación de que siempre ha vivido en la cabaña Weyward, de que siempre ha seguido la rutina de despertarse con el sol, luego estar un rato en el jardín o caminar sin prisas hacia el pueblo para trabajar en la librería. Incluso algunos de los aldeanos parecen empezar a aceptarla. Según Emily, la tratan con la misma perpleja aceptación que en su día reservaron para la tía Violet.

Otras veces, le cuesta más olvidar lo que ocurrió.

Anoche le sonó el móvil a las 2 de la madrugada, y el destello azulado la sobresaltó. Era un número que no conocía. Sabe que no se trataba de Simon. Es imposible: desconoce la existencia del Motorola y no tiene su número. Pero eso no impide que Kate repase mentalmente varios escenarios mientras hurga entre las cajas de libros y cierta preocupación se abra paso en su interior.

Gracias a Dios, Simon no sabe nada del bebé.

—Por cierto, Kate. —Emily entra en el almacén, una agradable interrupción. Se agacha junto a una montaña de cajas polvorientas que están debajo de la ventana—. Alguien nos lo trajo ayer… Creo que te resultará interesante. —Gruñe al levantar la caja de lo alto de la pila y la coloca delante de Kate.

—¿Qué es?

—Échale un ojo —le dice Emily con una sonrisa de oreja a oreja—. Puedes quedarte lo que contiene, claro. En realidad, te pertenece a ti.

Al principio, Kate cree que ha leído mal la etiqueta, escrita con bolígrafo y letras apresuradas en la tapa de la caja. Vuelve a fijarse, pero es imposible interpretarla mal.

«Orton Hall».

# 31
# ALTHA

Fuera del castillo hacía un día radiante. La luz me abrasaba los ojos hasta el punto de que las calles y los edificios de Lancaster parecían blancos como las perlas. Durante unos instantes, me pregunté si de verdad me habrían colgado, si me encontraría en el cielo. O en el infierno.

Avancé entre tambaleos hacia el camino que salía del pueblo, en todo momento con la cabeza gacha por si alguien me reconocía. Por todos lados me rodeé de multitudes, y la cálida presión de los cuerpos me hacía sudar y entrar en pánico.

—¿Os habéis enterado? —le decía una mujer a otra—. ¡La reina Ana ha muerto!

Un hombre chilló, otra mujer masculló una oración por el alma de la reina. El balbuceo de voces se volvió agudo, la gente empujaba y jadeaba. Se me anegó el cerebro. En un momento de frenesí, pensé que debería haber sido yo la que muriese, que había habido un grave error, me habían salvado a mí en lugar de a ella.

Se me paralizó el corazón al notar una mano áspera en el hombro. Me di la vuelta temiendo que fuese alguien de la sala de vistas que venía a enmendar el dictamen del jurado, a llevarme de nuevo hacia la senda de la muerte. Pero era uno de los miembros del jurado. El hombre de la mandíbula cuadrada y los ojos piadosos.

Por primera vez vi la riqueza de sus ropas: tanto la capa como el jubón estaban bordados con hilo plateado. En pie delante de él con mi vestido andrajoso, me sentí la pobre que era.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada mientras la multitud se movía a nuestro alrededor.

—Mi esposa… —habló al fin, poco a poco, como si pronunciar las palabras le doliese— estuvo a punto de morir dando a luz a nuestro hijo. Una sabia mujer de nuestro pueblo salvó la vida de ambos. Beatrice, se llamaba. Cuando la acusaron, no dije nada. La colgaron.

Se sacó un saquito de terciopelo de los pantalones y me lo puso en las manos antes de mezclarse entre el gentío.

Miré dentro del saquito y vi monedas de oro. Al instante comprendí que debía agradecerle seguir viva a ese hombre —o a la mujer que había salvado a su familia—.

En el camino, me encontré con un vendedor ambulante que viajaba con un burro y un carro. Me llevaría hasta mi pueblo, me dijo, por una de las monedas de oro. Debería haber recelado de él, de un desconocido en plena oscuridad, pero supuse que, aunque me matase, sería una muerte más rápida comparada con la que me aguardaba en el camino, sin comida ni cobijo.

El vendedor me dio un poco de cerveza y dulces. Luego me subió a su carro y me colocó entre sus bienes, que eran bufandas y mantas suaves. Refugiada entre las telas, me sentí como si yo también fuera una mercancía exótica de una tierra lejana con ropajes extranjeros. Intenté permanecer despierta, pero las mantas eran cálidas y cómodas, y el movimiento del carro resultaba amable y me mecía, como imaginé que haría el océano.

Cuando me desperté, estábamos a media milla de Crows Beck.

En cuanto vi la puerta colgando de sus goznes, supe que los aldeanos habían estado en la cabaña. Los que compartían el pan con William Metcalfe, los que lloraban la muerte de John Milburn.

Habían arrancado los postigos de las ventanas, que formaban una pila de astillas destrozadas.

La puerta principal estaba hundida, el cerrojo roto. En el interior, el suelo estaba cubierto de fragmentos de cristal como estrellas caídas del cielo, y debí tener cuidado con dónde pisaba. El olor a hierbas y a frutas flotaba corrompido en el ambiente, y supe que habían hecho añicos mis preciosos tarros de ungüentos y tinturas.

Me tumbé en mi camastro, que estaba rajado para que las briznas de paja sobresalieran. Me quedé dormida. Cuando me desperté al alba, me encontré ante un mar de objetos rotos.

Tardé buena parte de dos días enteros en arreglar la cabaña. Por suerte, no le habían hecho ningún daño a mi cabra, aunque mi ausencia implicaba que sus costillas se asomaban ahora más bajo la piel; cuando la acaricié con la mano, baló asustada.

—Todo irá bien —murmuré mientras la metía en la cabaña, aunque no estaba del todo convencida.

Una de las gallinas había muerto, pero la otra había sobrevivido. Todavía podría comer huevos en el desayuno y beber leche de la cabra. Preparé sopa de ortigas y té de diente de león con las plantas del jardín. Tampoco habían arrasado con mi jardín, así que arranqué remolachas y zanahorias, y me las comí y las encurtí. Eran trozos pequeños, sin forma, duros por el invierno y obligados a abandonar la tierra antes de tiempo.

Rompí una de las sillas y utilicé la madera como leña. Sin los postigos en las ventanas, en la cabaña hacía mucho frío, y desgarré por la mitad uno de los viejos vestidos de mi madre y lo utilicé para impedir que el viento entrara en el interior.

Cuando hube hecho todo eso, estuve lista.

Saqué del escondrijo del desván el pergamino, el tintero y la pluma, y di gracias por que no los hubiesen encontrado.

A continuación, me senté a la mesa y empecé a escribir.

Ya hace tres días y tres noches que escribo, y solo me detengo para encender el fuego y preparar comida, y para comprobar que los animales estén bien. No quiero dormir hasta que no haya terminado.

Podrían volver, ¿sabes? Me refiero a los aldeanos. Podrían arrastrarme hasta la plaza del pueblo como protesta en contra de la sentencia y colgarme por su cuenta. O podrían encontrar otro delito del que acusarme.

Así que debo escribir lo que ha sucedido mientras todavía respire. Quizá cuando termine me iré de aquí. No lo sé aún. La idea de viajar al aire libre me asusta. Y no soporto tener que abandonar la cabaña. Ojalá yo fuese un caracol y la cabaña, mi caparazón, para poder llevármela a todas partes. Así estaría a salvo.

Me cuesta mucho escribir la siguiente parte de mi historia. Tanto que, aunque ocurrió en primer lugar —antes de que me arrestaran, juzgaran y exoneraran—, es lo que voy a relatar en último lugar. Mi corazón lo ha evitado hasta el momento.

Pero cuando sucedió prometí que lo dejaría por escrito, y pienso cumplirlo. El mero hecho de escribir me consuela. Tal vez, si alguien lo lee, si alguien pronuncia mi nombre cuando mi cuerpo ya se haya descompuesto en la tierra, seguiré con vida.

Estoy intentando decidir por dónde comenzar. ¿Quién decide dónde empiezan y acaban las cosas? No sé si el tiempo se mueve el línea recta o en círculos. Aquí, los años no pasan, sino que avanzan en bucle: el invierno da paso a la primavera, que da paso al verano, que da paso al otoño, que da paso al invierno de nuevo. A veces creo que todo ocurre al mismo tiempo. Por lo tanto, puedes decir que la historia empieza ahora, que me he sentado a escribirla, o que empezó cuando nació la primera mujer Weyward, hace muchísimas lunas.

O puedes decir que empezó hoy hace justo doce meses.

El invierno pasado fue muy frío y extendió sus dedos hasta bien entrada la primavera. En esa noche en particular de comienzos de 1618, hubo una tormenta, y, cuando oí los golpes, pensé que era el viento, que azotaba la puerta. Pero la cabra, a la que mantenía cerca de mí durante los meses de invierno, levantó los ojos llenos de miedo líquido.

Una aguda voz femenina llamaba mi nombre.

Cuando has crecido con alguien y habéis sido como hermanas,

llegas a conocer su voz casi mejor que la tuya. Aunque hayan pasado siete años desde la última vez que la oíste llamarte por tu nombre.

Así, pues, antes de abrir la puerta y verla con los ojos rodeados de sombras, supe que se trataba de Grace.

# 32
# VIOLET

Las manos del doctor estaban frías sobre el abdomen de Violet.

—Mmm —murmuró. Violet vio blancos puntitos de caspa en la brillantina del pelo del hombre. Se giró hacia la tata Metcalfe, que merodeaba cerca de ella como una ansiosa polilla, con las manos rojizas—. ¿Sus menstruos son regulares? —preguntó.

¿Menstruos? ¿Qué era eso? Violet se preguntó si el médico había querido decir *mens*, la palabra en latín para describir la mente. De hecho, esa sí que no era regular. Ni mucho menos. Por ejemplo, aunque sabía que era el doctor quien la estaba tocando y no Frederick, y que estaba tumbada, cómoda y a salvo en su cama y no en el bosque, tenía el corazón en un puño. El olor a brandi y a flores aplastadas regresó, y Violet reprimió el impulso de vomitar. Ansiaba que el doctor apartara las manos, que dejara de tocarle y estrujarle la barriga. Debía hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ponerse a chillar.

—Ah, sí —respondió la tata Metcalfe, sonrojada—. Siempre el día quince, como un reloj.

Violet pensó en los grumos y coágulos de sangre que salían todos los meses de su cuerpo, acompañados de días de un dolor atroz. Era a eso a lo que se refería el médico, pues. Ella nunca había oído el tecnicismo; la tata Metcalfe siempre lo describía como «su maldición». A Violet no se le haba ocurrido que también les sucediese a otras chicas. El mes anterior fue el primero en que no le había sucedido. El sangrado siempre había sido muy puntual.

La tata Metcalfe la miraba con el ceño fruncido.

—Ahora que lo recuerdo, el mes pasado no me pidió ningún paño —le estaba diciendo al doctor. Violet deseó que dejaran de hablar sobre ella como si no se encontrase presente en la habitación. Le ardían las mejillas al referirle esas cuestiones tan íntimas a un completo desconocido.

—Mmm —murmuró el doctor de nuevo. La tocó un poco más, y luego formuló una pregunta tan extraña que Violet creyó que la había oído mal—. ¿Está intacta?

Violet pensó en las imágenes del periódico de Padre, de los soldados heridos en la guerra, cuyos brazos terminaban en el codo o cuyas piernas acababan en la rodilla.

—Que yo sepa sí, doctor —dijo la tata Metcalfe. Hubo un ligero temblor en su voz, como si estuviese asustada.

En ese momento, sin avisar, el doctor le introdujo los dedos entre las piernas, justo en el lugar en que había notado molestias desde el día del bosque. Violet se encogió por el dolor y por la sorpresa.

—No lo está —dijo, y la miró con clara repugnancia. La tata Metcalfe soltó un grito y se llevó las manos a los labios. Violet notó cómo una fría vergüenza le recorría el cuerpo. En cierto modo, el doctor conocía con todo detalle lo que había pasado entre Frederick y ella como si hubiese inspeccionado el interior de su cerebro.

El hombre la hizo orinar en un frasco de una humillante transparencia, que levantó hacia la luz y examinó brevemente antes de guardárselo en el bolsillo de la chaqueta. Violet apartó la cara.

—Dentro de unos días llamaré con los resultados —dijo.

La tata Metcalfe asintió, apenas capaz de obligarse a mascullar un «Que tenga un buen día, doctor» cuando el hombre bajó las escaleras. Se quedaron las dos sentadas en silencio mientras escuchaban abrirse la puerta del despacho de Padre, un bajo murmullo de conversación, seguido por el pesado chirrido de la puerta principal y el chasquido del motor del coche del médico.

En el aire flotó un instante de quietud, como una gota de lluvia que amenaza con caer desde una hoja. Acto seguido, se oyó un

estrépito y el ruido de cristal al romperse. Un gemido agudo de Cecil. Más tarde, la tata Metcalfe diría que Padre había estado tan furioso que había despojado la mesa jacobina del recibidor de toda decoración con un solo gesto.

—¿Qué has hecho? —le dijo la tata Metcalfe, que todavía no le había explicado a Violet lo que estaba ocurriendo. Pero no era necesario, no del todo. Violet pensó en la palabra que llevaba semanas revoloteando en los confines de su conciencia, por más esmero que intentase poner en olvidarla. *Espermatóforo.*

Violet apenas durmió porque le daba miedo soñar con el bosque. Con Frederick. Pasó aturdida los días entre la visita y la llamada del doctor, a medio camino entre el sueño y el insomnio. Hizo lo imposible para intentar no sucumbir a los párpados caídos y a las extremidades pesadas, pero a menudo se encontraba ante un aterrorizador caleidoscopio de imágenes: Frederick encima de ella, debajo del cielo surcado de árboles; su estómago, hinchado y oscuro, pudriéndose desde dentro hacia fuera. Caballitos del diablo que latían a su alrededor.

Ni siquiera la pluma de Morg le daba consuelo ya.

A Graham y a los criados les comentaron que volvía a estar enferma, con el «estado de nervios» que ya la había postrado en la cama con anterioridad. Solo Padre y la tata Metcalfe conocían la verdad.

Cuando sonó el teléfono, cinco días después de la visita del doctor, Violet se quedó debajo del edredón y esperó a que la tata Metcalfe fuera a darle la noticia. Pero los pasos que subieron la escalera y recorrieron el pasillo eran demasiado potentes como para ser de la tata Metcalfe.

Padre abrió la puerta de su habitación. Violet se incorporó en la cama y se preguntó si su aspecto lo sorprendería. Hacía semanas que no la veía, y había perdido mucho peso después de haber estado

vomitando constantemente. Se le marcaban los huesos de la cara, tenía los ojos ensombrecidos por la falta de sueño. Quizá Padre le preguntaría cómo se encontraba.

Se la quedó mirando durante unos segundos con expresión de desagrado, como si su hija fuera un trozo de comida podrida en su plato.

—He hablado con el doctor Radcliffe —dijo con voz gélida por la furia—. Me ha informado que estás embarazada, y desde hace varias semanas.

A Violet se le aceleró el pulso. Creyó que iba a desmayarse.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —le preguntó mientras daba un paso adelante. La rabia hacía que su rostro pareciera más alargado y rojo, hasta el punto de que sus ojos azules casi desaparecían. Una vena de su mejilla estaba hinchada y morada, como una babosa engordada. Violet se preguntó si estallaría.

—Nada —dijo en voz baja.

—¿Nada? ¡¿Nada?! ¿Quién te crees que eres, la maldita Virgen María?

Nunca lo había oído hablar así.

—No —respondió.

—¿Quién es el padre? —preguntó, aunque seguramente ya lo sabía de sobra. Porque ¿quién iba a ser? Violet recordó lo que había dicho Graham sobre el momento en que Padre y él se despertaron ese día de la siesta y vieron que Violet y Frederick habían desaparecido. «Padre parecía bastante contento».

—El primo Frederick —confesó.

Padre dio media vuelta y cerró de un portazo tras él, provocando así que varias motas de polvo echaran a volar. Durante unos segundos, quedaron suspendidas en el rayo de sol que entraba por la ventana, y le recordaron a Violet a los mosquitos que había visto con Frederick el día en que la besó. Había creído que parecían polvo de hadas.

Qué inmadura había sido.

Ese día, la tata Metcalfe entró en su habitación con una maleta enorme, de aspecto raído, que Violet nunca había visto. Jamás se había ido a ninguna parte, jamás había necesitado una maleta. Sin mirarla, la tata Metcalfe empezó a llenarla de cosas.

—¿Me voy a algún lado? —preguntó Violet, aunque no le interesaba demasiado. Desde la visita del doctor, todo le había parecido apagado y gris. Sabía que se dirigía inexorablemente hacia algo, hacia algo horrible, y que no serviría de nada que se resistiese. Pensó en los sueños, en su propia barriga oscura y suave bajo sus dedos. Descompuesta.

—Tu padre te lo explicará —dijo la tata Metcalfe—. Los demás creen que vas a un sanatorio de Windermere para curarte de los nervios. No debes contarles otra cosa.

Violet no añadió nada a la maleta además de la pluma de Morg, que había envuelto con una vieja bufanda con mucho cuidado. Todo lo demás —sus libros, su vestido verde, sus dibujos— quedó atrás. Ni siquiera se llevó a la araña Quilates; la tata Metcalfe había accedido a liberarla en el jardín cuando Padre no mirase.

Graham y el resto de los criados formaban una fila en el recibidor para despedirse de ella. La tata Metcalfe la había vestido con una de las viejas gabardinas de Padre y con un sombrero de ala ancha para ocultar el peso que había perdido y las sombras que le oscurecían la cara. Violet se veía como un espantapájaros, y su hermano Graham palideció cuando apareció en la escalera.

La señorita Poole y la señora Kirkby le dijeron adiós y le desearon que se recuperase pronto. Graham no dijo nada, se quedó observando en silencio cómo Padre se la llevaba agarrada del codo y salía con ella por la puerta hacia el Daimler que aguardaba frente a la casa. Violet nunca se había subido al coche de Padre. La pintura verde cromada le recordó el brillante revestimiento de una crisálida. Quizá emergería de él siendo una mariposa y se alejaría volando muchísimas millas, hasta un lugar donde estuviese a salvo y fuera libre. Soñar era gratis.

En el vehículo perduraba cierto olor a colonia. A Violet se le ocurrió pensar que el último ocupante del asiento donde estaba ella ahora debía de haber sido Frederick. Ese mero pensamiento le hizo querer abrir la puerta y abalanzarse sobre la carretera. Sin embargo, se limitó a mirar por la ventanilla para ver cómo Orton Hall desaparecía tras ellos.

—¿A dónde vamos? —preguntó. Padre no contestó. La lluvia empezó a repicar contra el techo del coche con gotas gruesas y estridentes. Padre activó un mecanismo y unos brazos mecánicos se extendieron sobre el parabrisas para apartar la lluvia. Durante un rato, en el vehículo no hubo otro ruido que el de sus rítmicos barridos.

Dejaron atrás las verjas, que se alzaban a ambos lados del coche como si fueran presagios. Violet se preguntó si sentiría algo al salir de la finca, después de haber permanecido dentro de sus límites durante toda la vida, pero no notó nada. Padre se aclaró la garganta.

—Le he escrito a Frederick —dijo con los ojos clavados en la carretera—. Le he contado tu estado y le he pedido que se casase contigo.

Violet vio cómo un pájaro ascendía y descendía con el viento. Las palabras de Padre parecían proceder de un lugar muy lejano. Se preguntó si no se las habría imaginado, si no se habría imaginado todo lo que había sucedido desde la tarde en que jugaron a los bolos en la hierba. Quizá todavía estaba dormida en su silla de cáñamo, el sol cálido sobre su rostro y el brandi cálido en su estómago. *Despierta*, pensó.

—¿Casarse conmigo? —dijo—. ¿Por qué? —No sabía qué tenía que ver aquello con el matrimonio. Creía que las parejas se casaban cuando estaban enamoradas. Aquella tarde en el bosque no hubo amor alguno.

—Es lo correcto —terció Padre—. Por el bebé. Y por la familia.

El bebé. La espora que crecía en su barriga, que se alimentaba de ella como si de un parásito se tratase. Violet no lo visualizaba en forma de bebé.

—Pero yo no quiero casarme con él —murmuró. Padre la ignoró y

siguió contemplando la carretera—. No pienso casarme con él —afirmó, esta vez más fuerte. Su padre la ignoró de todos modos.

Afuera, el cielo estaba cada vez más oscuro y salpicado de nubes. Se avecinaba una gran tormenta, Violet lo presentía sobre la piel. Vio el repentino destello de un relámpago. La lluvia arreció y emborronó la ventanilla tanto que ella apenas veía nada. En ese momento, el coche frenó y traqueteó antes de detenerse por completo. La muchacha intentó recordar cuánto hacía que se habían puesto en marcha. Menos de diez minutos, pensó; seguro que no bastaba para llegar a Windermere, ¿verdad?

Padre abrió la puerta y Violet percibió el fragante aroma de la tierra mojada. Él sacó la maleta del maletero y le abrió la puerta para que saliese. Ella se caló la gabardina y se bajó el ala del sombrero para repeler la lluvia. Con los ojos entornados, vio una baja cabaña, devorada por la vegetación, con piedra anodina y húmeda. Las ventanas estaban oscuras y cubiertas por telarañas.

Padre buscó las llaves en el bolsillo. Ahora que se habían acercado más, Violet vio que había letras talladas en la piedra por encima de la puerta. «Weyward».

Se frotó los ojos para enjugarse la lluvia por si estaba teniendo visiones. Pero ahí estaba. Daba la impresión de que las habían tallado mucho tiempo atrás: el primer trazo de la «W» era apenas visible, y las otras letras lucían verdes por los líquenes.

—¿Padre? ¿Dónde estamos?

La ignoró.

De pronto, a Violet la embargó el miedo de que Frederick estuviese en la cabaña, esperándola… Pero, cuando Padre abrió la pesada puerta verduzca y ella vio el tenue recibidor, resultó evidente que allí no había nadie.

Padre encendió una cerilla que agujereó la negrura.

En el interior, las oscuras estancias tenían un aspecto hundido, como si fueran a desaparecer bajo la tierra. El techo era tan bajo que Padre, que no era un hombre alto, debía encorvarse.

Solo había dos habitaciones: la más grande, al fondo de la cabaña,

tenía unos fogones de aspecto antiguo y una chimenea cavernosa. En la otra había dos camas individuales y una desgastada cómoda. En el tejado correteaba algo: ratones, pensó Violet. Por lo menos no iba a estar sola del todo.

—Te quedarás aquí hasta que Frederick tenga un permiso y pueda regresar para la ceremonia —la informó Padre—. Vendré cada pocos días a comprobar cómo estás y te traeré provisiones. Por el momento, en la cocina encontrarás algunas latas y una docena de huevos. Quizá la soledad te ayudará a reflexionar sobre tus pecados.

Hizo una pausa antes de mirarla a la cara con las facciones demudadas por la repulsa.

—Frederick me ha dicho que tenía la intención de pedir tu mano, que quería esperar hasta después de la boda, pero que tú… no aceptabas un «no» por respuesta.

A Violet le ardieron las mejillas cuando el recuerdo de lo sucedido en el bosque regresó hasta ella.

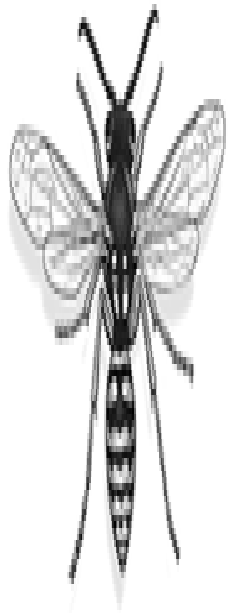
Padre seguía hablando.

—He sido un insensato —decía—. Debería haberlo anticipado. A fin de cuentas, eres la hija de tu madre. —Se giró como si ya no soportara seguir viéndola.

—¿Mi madre? Por favor… ¿Dónde estamos? ¿Qué es este sitio? —preguntó Violet mientras su padre se dirigía hacia la puerta. Él se detuvo en el umbral, con una mano en el pomo, y durante unos instantes su hija pensó que la dejaría allí sin contestarle siquiera.

—De hecho, era de ella —dijo—. De tu madre. —Cerró con tal portazo que la casita se zarandeó.

# PARTE TRES



# 33
# KATE

Kate se queda contemplando las letras de la caja durante un buen rato.

«Orton Hall».

El cartón está mohoso y se levanta en los extremos. Uno de los lados parece haber sufrido el mordisco de algún animal. Kate recuerda los resplandecientes restos de insectos de Orton Hall y se estremece. No está segura de ser capaz de tocar el cartón, pero es consciente de que Emily la está observando con los ojos brillantes por la emoción.

Respira hondo. A continuación, abre la caja.

El aire se llena de polvo y se le mete en la garganta. Tose al echar un vistazo al interior.

Todos los libros son muy viejos, y algunos están en mejores condiciones que otros. Saca un ejemplar de *Una enciclopedia de jardinería.* La cubierta verde está descolorida y mohosa. Kate la sacude y unas destrozadas alas de insecto caen al suelo, donde centellean como perlas bajo la luz.

—Puaj —murmura Emily mientras se aparta—. Debe de ser la plaga que me comentó Mike. Ha ido a Orton Hall a ayudar con la limpieza. Pensó que yo querría los libros. Al vizconde lo han trasladado a una residencia de Beckside. Al parecer, estaba trastornado. Pobre hombre. Espera, voy a por un plumero.

Emily sale del almacén y Kate saca el siguiente libro de la caja.

Es un libro de aspecto denso llamado *Introducción a la biología.* Una de las páginas está doblada, y Kate se estremece al ver los dibujos inquietantes y gráficos que muestran la reproducción de los insectos.

También hay títulos de ficción: una copia raída de *Las aventuras de Sherlock Holmes*, las *Obras completas* de Shakespeare. Kate se pregunta de quién serían. Se pregunta si serían de Graham o de Violet.

Hay un último libro en la caja. Lo agarra. Es precioso y podría ser mucho más valioso que los otros. Sabe que debería decírselo a Emily y preguntarle qué precio ponerle. Pero por alguna razón no quiere que nadie más lo vea. Quiere quedárselo.

Pasa los dedos por la cubierta. El libro tiene tapas de piel de un rojo suave y el título grabado en letras doradas:

*Cuentos de la infancia y del hogar*
HERMANOS GRIMM

Los hermanos Grimm. Ella también tuvo un ejemplar cuando era pequeña, recuerda, aunque su edición, que era más reciente, se llamaba *Cuentos de los hermanos Grimm*. Se acuerda de que algunas de las historias eran bastante inquietantes, y los personajes, por más inocentes y puros que fueran, tenían un final horripilante. Hansel y Gretel eran devorados por una bruja. Una buena preparación para el mundo real, supone.

¿Y si se trata de una primera edición? Lo abre y busca la fecha de publicación en la primera página.

Unas cuantas hojas amarillentas caen sobre su regazo. Al desdoblarlas, ve que es una carta manuscrita, pero, antes de que le dé tiempo a leerla, Emily abre la puerta del almacén con un plumero y una escoba en las manos.

Kate se mete la carta en el bolsillo de la chaqueta antes de que Emily la vea.

Caramelo entra en la estancia, se sube a sus piernas y le clava las zarpas. El gato se acomoda en su regazo y empieza a ronronear. El bebé responde dando una patadita.

—Creo que le caes bien —le dice al minino.

—Y él se ha enamorado de vosotras dos —se ríe Emily. Cuando se agacha para barrer el suelo, sus pendientes con plumas se bambolean

—. Yo solo consigo que ronronee si me marcho de una habitación. ¿Qué has encontrado ahí?

—Cuentos de hadas —responde Kate de inmediato.

—Me pregunto si serían de Violet —dice Emily—. Aunque es raro, ¿verdad?, que no se llevase sus cosas cuando se mudó de la casona.

—Sí —asiente Kate mientras procura juntar lo que sabe de la tía Violet (que adoraba los vestidos verdes, que dibujaba insectos, que tenía una curiosa colección de objetos debajo de la cama) con la oscura y temible Orton Hall. No se la imagina viviendo allí por nada del mundo—. ¿Puede que se fuese a toda prisa?

Emily le lleva un plato de galletas digestivas de chocolate antes de regresar a la tienda para atender a un cliente. Aunque se muere por hacerlo, Kate no se atreve a abrir la carta del bolsillo. No quiere arriesgarse a que Emily vuelva y la vea. No sabe por qué, pero le parece algo privado. Secreto.

A las tres y media, después de que hayan cerrado por hoy, Emily se ofrece a llevarla a casa en coche.

—No deberías cargar mucho peso, ¿sabes? —le dice—. No en tu estado.

Kate se mira la barriga, tapada por capas de lana. Se arrebuja en un viejo abrigo de Violet y se pone una boina verde de terciopelo en la cabeza.

—Estaré bien —le asegura a la anciana—. Además, quiero ver la nieve. —Ahora le resulta gracioso pensar en sus primeros paseos hasta el pueblo cuando hacía poco que había llegado a Crows Beck. Recordar cómo se encogía ante el crujido de las hojas, cómo la sobresaltaba un gorrión. Ahora su vuelta a casa a pie es algo que le encanta, algo que disfruta. Adora fijarse en los pequeños cambios estacionales en el paisaje: cómo ahora, en invierno, los árboles se alzan desnudos y gráciles hacia el cielo, y los setos están engarzados con las rojas joyas de los serbales.

Se coloca la caja en la cadera y abre la puerta, dejando tras de sí la polvorienta calidez de la librería. En el exterior, inhala el aire gélido y paladea su frescura. El frío le hormiguea en las mejillas, y sonríe al

divisar el pueblo. Los edificios están medio ocultos debajo de grandes masas de nieve, las ventanas brillan anaranjadas. Alguien ha colgado luces de Navidad de las farolas, que se encienden cuando el sol ilumina el cielo de rosa.

Por primera vez en muchos años, tiene ganas de que llegue la Navidad. Saldrá de cuentas unos cuantos días antes. Como ya solo quedan unas semanas, nota cómo su cuerpo se prepara para el nacimiento: se le han hinchado los pechos y ha empezado a fijarse en hilos de un flujo dorado en el interior de su sujetador. La doctora Collins lo llamó «calostro».

Incluso sus sentidos parecen haberse aguzado. A veces, cree haber oído unos ruidos muy increíbles: el golpecito de la antena de un escarabajo contra el suelo, el revoloteo de las alas de una polilla, un pájaro que atrapa a un gusano con el pico. Es raro estar en sintonía con cosas que suceden a mucha distancia de ella, y en todo momento percibe en los oídos el tamborileo del corazón de su hija.

Pero ahora, al volver a casa, el campo está inmóvil y tranquilo, amortiguado por la nieve. Es tal el silencio que en cierto modo la inquieta; Kate tiene la sensación de que la tierra y las criaturas que viven en ella esperan algo. A medida que avanza, los únicos ruidos son sus propias pisadas sobre la nieve y el crujido de la carta en el bolsillo. La carta. Hay algo en esas hojas que la preocupa. Un mal presentimiento le recorre la piel y le pone el vello de punta.

Cuando llega a casa, casi le da miedo leerla. Se toma su tiempo para encender el fuego, poner agua a hervir para el té, cortar las verduras para el guiso que preparará luego.

Por fin lo ha hecho todo. Ya no puede retrasarlo más.

Se sienta a la mesa de la cocina y despliega las hojas de papel.

La nota está muy amarillenta, y en algunos puntos es casi translúcida. Está pautada, como si la hubiesen arrancado de un cuaderno de ejercicios de un libro de texto. No tiene fecha.

Queridos Padre, Graham, tata Metcalfe, señora Kirkby y señorita Poole:

Siento mucho lo que he hecho, sobre todo por la persona que me haya encontrado.

Padre, sé que cree que poner fin a la vida es un pecado mortal y que le sorprenderá —y quizá le avergonzará— lo que he hecho. Pero espero que entienda que, después de lo que ha sucedido, no me ha quedado otra opción.

Sé que todos, sobre todo Padre, tienen en gran estima a mi primo, Frederick Ayres. Pero créanme si les digo que no es el hombre que piensan, por favor. Sé que parece agradable y gentil, como un caballero de un cuento de hadas, con su pelo oscuro y sus ojos verdes. Pero ha pasado algo, algo espantoso y perverso. No dispongo de las palabras para describirlo; solo sé que los recuerdos de lo ocurrido me asolan día y noche. Quizá haya sido mi culpa, quizá debería haber hecho algo para evitarlo, pero no sé qué. En cualquier caso, no imagino cómo iba a seguir adelante.

Graham, siento mucho no haber sido una mejor hermana para ti. Tata Metcalfe, siento haber sido una carga difícil. Señora Kirkby, siento mucho la vez que dije que el asado sabía a suela de zapato. Señorita Poole, siento mucho las numerosas veces en que me burlé de su voz al cantar.

Les deseo a todos lo mejor y les transmito de nuevo mis más sinceras disculpas.

Violet

P. D.: Si no es demasiada molestia, me gustaría que me enterrasen debajo del haya del jardín.

Quizá podrían pedirle a Dinsdale que plantase algunas flores sobre mi tumba. Algo intenso y colorido que atraiga a las abejas y a otros insectos. Cualquier flor servirá, siempre y cuando no sean prímulas.

Kate relee la carta.

«Los recuerdos de lo ocurrido me asolan».

Cierra los ojos y se toca el brazo, donde la piel está suave y rosada. A veces, se despertaba por la noche con la insistente boca de Simon sobre el cuello, sintiendo cómo entraba en ella. Como si hubiera perdido todo derecho sobre su propio cuerpo el día en que se conocieron.

Kate cree comprender lo que le ocurrió a la tía Violet.

Como es obvio, no llegó a llevar a cabo el suicidio. Violet se había ido de casa y había encontrado la fuerza para vivir la vida académica y aventurera que la aguardaba. Para romper con el pasado.

Kate se pregunta si Violet se lo contó a alguien. Ella sabe qué se siente al querer contarlo: dejar de estar a solas con un secreto espantoso que te envenena las células como si fuese una enfermedad, querer hablar pero ahogarse en el silencio por la vergüenza.

Al releer las palabras de Violet, otra cosa le llama la atención.

«Sus ojos verdes».

Recuerda su visita a Orton Hall, cuando conoció al viejo vizconde. El anciano también tenía los ojos verdes. Un hormigueo le recorre la columna por el asco al rememorarlo: el aliento fétido a animal del hombre, las uñas largas y amarillas.

Con dedos temblorosos, desbloquea el móvil y busca a Frederick Ayres en Google.

El primer resultado es un artículo del periódico del pueblo, fechado hace cinco años.

**UNA INVASIÓN DE INSECTOS INCORDIA AL VIZCONDE**

A los exterminadores del pueblo les ha costado eliminar las miles de efémeras de Orton Hall, el hogar del vizconde de Kendall.

Según los habitantes que viven en Crows Beck, la plaga lleva décadas asolando la casa, y con los años ha empeorado.

«Todas las empresas de control de plagas del valle lo han intentado», dijo una fuente. «Insecticidas, trampas LED, obras. Pero los insectos no se mueven».

Los caballitos del diablo son más comunes en verano, cuando las hembras pueden poner hasta tres mil huevos. Los insectos suelen frecuentar los ambientes acuáticos y raramente infestan una casa.

Lord Frederick Ayres, el décimo vizconde de Kendall, ha vivido en Orton Hall desde que sucedió a su tío en el título a finales de la década de 1940. Fue oficial del Octavo Ejército durante la Segunda Guerra Mundial y sirvió en el norte de África.

Hace años que no se ve en público al vizconde de Kendall, de quien no hemos conseguido ningún comentario.

Se le cae el alma a los pies.

Una fotografía acompaña al artículo. Un joven con uniforme militar y rasgos atractivos emborronados por el tiempo. Pero lo reconoce por la línea dura de la mandíbula, por los ojos profundos. Es el mismo hombre encorvado y afligido al que se encontró en Orton Hall.

Frederick es el vizconde.

¿Qué clase de padre iba a desheredar a sus dos hijos a favor de un hombre que había violado a la hija? Está claro que no podía saberlo. Durante unos instantes, Kate se permite pensar en la peor posibilidad: que Violet le hubiese contado la violación a su padre y que este… simplemente no la creyera.

Afuera, un búho ulula con pena. Kate siente una oleada de tristeza hacia su tía abuela, esa mujer a la que apenas recuerda. Tenían más cosas en común de las que se imaginaba.

Se dirige al fregadero a por un vaso de agua y se lo bebe de golpe, como si así pudiera desprenderse de sus recuerdos. Se queda un rato ahí, contemplando el jardín nevado, que llamea con la puesta de sol. El jardín de Violet.

A pesar de todo lo que le sucedió, su tía abuela se construyó una vida independiente para sí misma. Quizá no se había casado ni había formado una familia, pero tuvo su cabaña, su jardín. Su carrera.

Ahora Kate también se ha construido su propia vida.

Y no piensa permitir que nadie se la arrebate.

# 34
# ALTHA

Grace y yo nos quedamos mucho rato mirándonos antes de que ella tomase la palabra. Era la primera vez en siete años que me miraba directamente a la cara. Desde que cumplimos trece, solo la había visto de lejos: en la iglesia o comprando el día de mercado. Siempre apartaba los ojos de mí, como si yo no me encontrase allí.

—¿No me invitas a pasar? —me preguntó.

—Espera, te lo ruego —dije antes de cerrar la puerta. A toda prisa, guie a la cabra hasta el jardín mientras la advertencia de mi madre sonaba en mis oídos.

Cuando hube terminado, abrí la puerta y le permití entrar. Reparé en que Grace caminaba poco a poco, como si fuese una mujer mucho mayor de lo que era. Se desplomó junto a la mesa. No se quitó el abrigo, aunque estaba empapado por la tormenta que caía.

—¿Quieres que te dé algo de comer? —le ofrecí.

Asintió, así que corté una rebanada de pan y un poco de queso, y me senté delante de ella. Mientras comía, se le movió la capa, y vi una oscura sombra sobre su mejilla. Pensé que quizá era producto del titileo de la vela de la mesa. No volvió a hablar hasta que acabó de comer.

—Me han comentado lo de tu madre —dijo—. Ahora las dos somos huérfanas.

—Tú tienes a tu padre —tercié.

—Mi padre no me ha mirado como es debido desde que tengo trece años —masculló—, aunque cuidé de la casa por él y crie a mis

hermanos y hermanas hasta que me fui de casa.

—Bueno, tienes a tu esposo.

Se rio. Fue una carcajada seca, como el chisporroteo de las llamas. Recuerdo haber pensado que cuando éramos pequeñas no se reía así. Por aquel entonces tenía una risa dulce, más dulce que los himnos que cantábamos en la iglesia, más dulce incluso que los trinos de los pájaros.

—Algún día me tienes que contar cómo se siente —dije—. Al ser una esposa.

—No he venido hasta aquí para estar de cháchara —me espetó—. He venido por negocios. Para comprarte algo.

Metió una manita blanca en el bolsillo de su vestido, y oí el tintineo de las monedas.

—Ah —murmuré. Me ruboricé, y una marea de dolor ascendió por mi garganta. Había sido estúpida al pensar que Grace iba a querer recuperar lo que había entre nosotras después de tantos años. Después de lo que había ocurrido.

—Estoy encinta —me dijo, y giró la cabeza. Hablaba en voz muy baja, con el rostro oculto por la capa.

—Qué noticia tan alegre —respondí. Recordé que cuando éramos pequeñas me había hablado muchas veces de las ganas que tenía de crecer y ser madre. Cuando yo era muy joven, le había comentado, horrorizada, el nacimiento de Daniel Kirkby: su madre gruñendo y brillando por el sudor, el bebé saliendo de ella en una oleada de babas y sangre. Grace, que había visto nacer a sus hermanos y hermanas, se rio ante mi ignorancia. «Así es como es», me había dicho. «Algún día lo aprenderás».

Por el pueblo habían corrido rumores de embarazo los meses siguientes a su boda, y, cuando la vi en la iglesia, me fijé en la hinchazón que tapaba el vestido, en que tenía el rostro más redondeado. Pero no llegó ningún bebé. No supe si lo había perdido o si nunca se había quedado en estado. Sea como fuere, ahora debía de ser muy feliz, pensé, al haber recibido tal bendición.

Guardó silencio durante unos instantes. Cuando tomó la palabra,

pensé que la había oído mal.

—Necesito algo —dijo lentamente, como si fuera reacia a que las palabras abandonaran sus labios— para hacerlo desaparecer.

—¿Hacerlo desaparecer? ¿Te refieres a las náuseas matutinas? No habrá problema. Te prepararé un tónico para asentarte el estómago…

—No me has entendido bien —me interrumpió—. Me refiero al bebé. Necesito… necesito algo que haga desaparecer al bebé.

Sus palabras pendían pesadas en el aire. Ninguna de las dos habló durante un rato. Oí los crujidos y chasquidos del fuego, el tamborileo de la lluvia en el tejado; ruidos que se acrecentaban en mis oídos como si así pudieran borrar lo que acababa de decirme.

—¿El bebé ha empezado a moverse? —le pregunté.

—Sí.

—Grace, ¿estás segura? Lo que me estás pidiendo… es un pecado. Y un delito. Si alguien lo descubre…

—Morirá de todos modos. —Lo dijo con la misma frialdad con que habría comentado la abundancia de la cosecha o un cambio en el tiempo—. Le estarías haciendo un favor.

—Grace, aunque supiera cómo…

—Tienes que saberlo —me cortó—. Tu madre tenía que saberlo. Hurga entre sus cosas. Seguro que una o dos aldeanas acudieron a ella en busca de ayuda después de alguna que otra indiscreción. Además… —Hizo una pausa—. Se le daba bien poner fin a las vidas, ¿verdad?

El recuerdo de aquella noche terrible nadó frente a mí. Anna, inmóvil e inerte mientras Grace sollozaba.

—Grace. Tu madre habría muerto de todos modos aunque no nos hubiésemos presentado. Estaba demasiado enferma… La fiebre era muy fuerte. Y las sanguijuelas…

Giró la cabeza de pronto hacia mí. Bajo la luz de la vela, le brillaban los ojos con lágrimas o por la furia, no lo supe.

—No quiero hablar de eso —masculló—. Solo dime si me puedes ayudar o si no. Si algún día me quisiste y fuiste mi amiga…, harás lo que te pido. Y no me formularás ninguna otra pregunta.

Toda la humedad de mi boca se había secado. Me sentí mareada,

como si la habitación se hubiese inclinado hacia un lado y me hubiese arrojado al suelo.

—Lo intentaré —susurré—. Pero no te puedo prometer que vaya a funcionar.

—Muy bien, pues. Volveré dentro de una semana. ¿Tendrás suficiente tiempo?

—Sí.

—Debo irme. —Se levantó de la mesa—. He dejado durmiendo a John. Por lo general, no se despierta hasta el alba después de haber bebido mucha cerveza. Pero no me puedo arriesgar y que se levante sin que yo esté allí.

Cuando se marchó, dormí muy mal. Me quedé reflexionando un buen rato y me pregunté a qué había accedido. Todo por el amor de alguien que —y supe en lo más profundo de mi corazón que así era— seguía culpándome por la muerte de su madre. Alguien que seguía odiándome.

Cómo me había dolido oír el odio que le teñía la voz. Mi mente repasó su discurso y recordó su frialdad, y me ardieron los ojos con lágrimas. Cuando éramos pequeñas, habíamos aprendido los gestos de la otra antes incluso que a hablar. Tiempo atrás, sabía qué significaba su ceja arqueada, la curva de sus labios, como si fueran palabras escritas en un libro. Ahora para mí era una desconocida.

La mañana siguiente fue tranquila y soleada, y, mientras escuchaba el canto de los petirrojos, me pregunté si no habría soñado la visita de Grace. Y entonces fui a la otra estancia y vi la segunda taza de té y el plato, y supe que había ocurrido. Grace había ido a verme de verdad. Me había pedido una cosa espantosa de verdad. Quería que yo expiara un mal cometiendo otro.

Decidí que buscaría entre los papeles de mi madre, como me había sugerido. Si no había ninguna receta para la clase de brebaje que Grace quería, le diría que no era capaz de preparárselo, que no sabía

cómo hacerlo.

Abrí la cómoda que había pertenecido a mi abuela, cuya manecilla tenía tallada una «W», mucho más elegante que cualquiera otra de nuestras pertenencias. Era un regalo del primer vizconde de Kendall después de que curaran la fiebre de la leche de su hijo. Era donde mi madre guardaba todas nuestras notas y recetas, nuestras curas y remedios para tratar enfermedades y padecimientos. Mi madre siempre cerraba los cajones con una llave que se colgaba al cuello. Me la dio al morir, y me indicó que hiciese lo mismo.

—Para evitar que todo eso caiga en las manos inadecuadas —me dijo.

Hojeé entre numerosas recetas escritas para toda clase de bálsamos y tinturas: flor de saúco para bajar la fiebre, belladona para curar la gota, agrimonia para reducir el dolor de espalda y de cabeza. Y entonces lo vi, escrito con la pulcra letra de mi madre:

«Para recuperar los menstruos, desmenuzar tres puñados de pétalos de tanaceto y remojarlos en agua durante cinco días antes de administrarlo».

Me quedé sin aliento. Ahora no tenía excusa.

No podía estar segura de que fuese a funcionar si el bebé ya se movía. Quizá podría aumentar la dosis de tanaceto, pensé. Solo un poco, para que así surtiera efecto sin problemas.

Me contuve. ¿De veras quería que funcionase? ¿Por qué iba a querer Grace hacerle daño a un bebé inocente, que todavía no había tenido una oportunidad de vivir?

Recordé sus ojos, resplandecientes y duros por la furia y el dolor. «Le estarías haciendo un favor», me había dicho.

Tal vez la había juzgado con demasiada prontitud. Yo nunca había notado crecer un bebé en el útero para que luego muriese al dar a luz. Recordé a la mujer Merrywether a la que había atendido y la masa de carne pequeña y muerta a la que se pasó horas alumbrando. Por la que dio la vida.

¿Y si Grace llegaba al final del embarazo y el parto la mataba? ¿Y si Grace iba a morir por un bebé que nunca abriría los ojos, que nunca

exhalaría su primer aliento?

No podía perderla. Puede que todavía me culpara, de acuerdo. Pero eso no cambiaba el amor que sentí por mi amiga, y que siempre sentiría. Debía conseguir que estuviese a salvo.

Esperé a que cayera la noche para recoger las flores amarillas de los tanacetos del jardín. Todavía era la época en que los aldeanos se presentaban bastante a menudo ante mi puerta durante el día para lograr un tratamiento para una u otra dolencia. No quería que nadie supiese lo que estaba haciendo.

Me gustaba estar en el jardín. Era allí donde notaba con más fuerza la presencia de mi madre: en las peludas hojas de las plantas a las que había cuidado, en el robusto y alto sicómoro que adoraba, en las criaturas que corrían entre la vegetación. Me daba la impresión de que seguía ahí, me vigilaba. Me pregunté qué habría pensado mi madre de la visita de Grace.

Sabía que mi madre había acarreado una gran culpabilidad por la muerte de Anna Metcalfe. Después de que ocurriese, no le gustaba hablar de eso. Sabía que el fin de mi relación con Grace le había dolido. Creo que le daba miedo abandonarme, sin amigos y totalmente sola en el mundo. Mientras escribo esto y pienso en todo lo que ha sucedido, sé que hacía bien en tener miedo.

Cuando hube reunido suficientes tanacetos, entré en la cabaña y los molí con nuestro viejo mortero. Añadí el agua y puse la mezcla a infusionar en un cuenco tapado. Lo escondí en el desván por si en los próximos cinco días recibía alguna visita.

El aroma que desprendía era tan intenso, a menta en mal estado, que lo olía incluso cuando recostaba la cabeza en el camastro para irme a dormir.

# 35
# VIOLET

Su madre. Esa casa pertenecía a su madre. Violet se llevó una mano al collar y recorrió la «W» tallada en el colgante.

Los Weyward. La familia de su madre, ahora estaba convencida.

Violet buscó algún rastro de ellos en la sucia estancia. Apenas había nada que sugiriese que alguien la había ocupado. Se sentó a la chirriante mesa de la cocina, que estaba cubierta con una espesa pátina de polvo. Apartó un poco con el dedo y se puso a toser. Debajo de la capa blanquecina, la madera estaba marcada y labrada, como si alguien la hubiese recorrido con un cuchillo. El tejado tenía goteras, y la pared más alejada de la cocina brillaba con el agua de la lluvia. Hacía frío y estaba oscuro. En la casita no había ningún reloj, y el pequeño cuadrado de cielo violeta que se veía por la mugrienta ventana no le daba pistas de qué hora era.

Echó un vistazo a las provisiones que le había dejado Padre. Latas de judías, refrito de carne curada, sardinas. Uno de los huevos todavía tenía pegada una suave pluma. Los huevos le hicieron pensar en el espermatóforo y los dejó a un lado con el estómago revuelto. Comió unas pocas judías frías de la lata. Le costó prender una vela de aspecto antiguo con una de las cerillas de Padre, y se encogió al ver la llamita azul. Se quedó un buen rato viendo cómo la cera burbujeaba y se derretía.

Era extraño imaginarse a su madre viviendo allí. Era un cuchitril, pensó. Casi parecía extraído de un cuento de hadas sin final feliz. Se dirigió hacia la puertecita que daba al jardín trasero y la abrió

mientras protegía la vela del viento. El jardín, si es que se lo podía llamar así, crecía silvestre y desenfrenado, y una plantas de forma extraña se estremecían bajo la lluvia. Un largo sicómoro se cernía sobre la casa, y Violet vio los nidos que atestaban las ramas superiores, el destello de plumas negras. Cuervos. Notó los ojos de los animales clavados en ella, vigilándola. Evaluándola.

Cerró la puerta y dejó que la oscuridad fuera completa. Se encaminó junto a la vela hacia la otra estancia y se sentó en una de las camas, que protestó con un gran crujido. En el dormitorio, el aire era espeso por el polvo y avanzaba entre sus pulmones como si fuera melaza. Se tumbó en la cama y observó las sombras que arrojaba la vela en la pared. Violet notó las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. Estaba allí, en la casita de su madre, más cerca de ella de lo que había estado en años, y, aun así, nunca se había sentido tan sola. Cerró los ojos y esperó a que la venciera el sueño. Cuando se quedó dormida, no soñó con nada.

Una oleada de náuseas la despertó. Vomitó en una jofaina que encontró cerca de la cama. Le palpitaba la cabeza por el dolor y tenía la boca seca y agria. Necesitaba beber agua. La vela hacía tiempo que se había apagado, y la negrura de la habitación era total. Corrió las raídas cortinas para mirar afuera. El cristal de la ventana parecía haberse vuelto más grueso por los años de suciedad, de tal forma que el mundo exterior no era sino una mancha marronácea. Violet intentó abrirla, pero el pestillo se había oxidado.

Fue a tientas hasta la otra estancia y buscó la caja de cerillas sobre la mesa de la cocina. Volcó una de las latas, que rodó por el suelo hasta la pared. Encendió una vela y la dejó en la mesa antes de salir.

El alba volvía rojizo el jardín, y oyó el parloteo de los tordos y de las palomas torcaces. El viento susurraba entre las hojas del sicómoro, y Violet detectó otro sonido, el gorgojeo del arroyo. Podía verlo desde allí, brillante bajo el sol de esa hora; el jardín descendía hasta él. Era el mismo riachuelo que recorría el valle y los alrededores hasta llegar a Orton Hall. Conectaba a Violet con ese lugar, con su madre, sin que ella lo hubiese sabido nunca.

En la cabaña no había grifo, pero vio una vieja bomba de agua afuera, parecida a la que tenían en el patio de la cocina en la casa. Los años la habían enverdecido y endurecido, y a Violet le costó accionar la manecilla como había visto hacer a Dinsdale. Las primeras gotas de agua que salieron fueron parduzcas, pero al final consiguió que manara una corriente clara, que recogió con las manos y se echó en la cara. Fue a buscar un cubo y lo llenó hasta los topes. El cubo pesaba mucho, y medio lo arrastró hasta el interior, derramando agua por los bordes.

En ese momento, se detuvo y pensó en los baldes con agua hirviendo que había visto a Penny subir por las escaleras, con el rostro rosado por el vapor. Necesitaba calentar el agua. Encendió el fogón con una cerilla antes de sacar una sartén polvorienta de un gancho de la pared. Se daría un baño y luego limpiaría las ventanas para intentar que algo de luz entrara en la cabaña.

Violet vio que Padre no le había dejado ninguna pastilla de jabón. Supuso que para él era apropiado que la mugre la cubriera. «Reflexionar sobre tus pecados», le había dicho. Ella no quería pensar en sus pecados, en el bosque, en Frederick, en espermatóforos. Le apetecía limpiar la casa y su propio cuerpo hasta que las dos cosas relucieran como nuevas.

Quizá encontraba jabón en algún otro lugar. En lo que a almacenaje se refería, la estancia más grande disponía de muy pocas cosas; también de pocos muebles: era una sala desangelada, con solo los fogones y la mesa y la silla. Recordó la cómoda de la otra habitación.

Al acercar la vela, vio que tiempo atrás había sido una pieza exquisita, antes de que el tiempo y la suciedad le hubiesen hecho mella. La mayor parte estaba cubierta de mugre, pero los fragmentos de madera que veía eran cálidos y ricos, los tiradores de un pesado latón debajo de la porquería. Era mucho más delicada que la desgastada y vieja mesa de la cocina, casi como si en la casita estuviese fuera de lugar. Violet intentó abrir uno de los cajones, pero estaba cerrado. El otro también. Frunció el ceño. No había visto

ninguna llave en ningún sitio. Padre se había llevado la de la puerta principal, recordó. Ella lo había oído cerrarla con llave.

En la cocina, se desnudó —con la precaución de no mirarse el cuerpo, los lugares que Frederick y el doctor habían tocado— y se frotó lo mejor que pudo con un pañuelo húmedo. En cuanto se vistió, se dispuso a limpiar la mesa y las ventanas. Su pañuelo, un regalo de la señorita Poole, como recordó con cierta culpabilidad, enseguida se volvió marrón y rígido por la suciedad.

Las estancias estaban un poco más iluminadas ahora que había limpiado las ventanas. Tanto daba lo que hiciese, era incapaz de desbloquear la del dormitorio, pero abrió la de la cocina de par en par y dejó que entraran los olores y sonidos del jardín. Abrió una lata de judías y comió afuera sintiendo la calidez del sol sobre la cara. El jardín era ruidoso por las abejas y las golondrinas, y por algún que otro graznido de un cuervo desde el sicómoro. Violet pensó que había oído una nota de aprobación en la voz del cuervo, como si la hubiese juzgado favorablemente. Eso hizo que se sintiera un poco menos sola.

Pensó que también podría hacer algo con el jardín. Vio que tiempo atrás debía de haber estado limpio y ordenado: reconoció pétalos de violeta, hojas de menta. Las heleborinas le llegaban por la cintura, y sus cabezas carmesíes se mecían en el viento.

Su madre se había sentado en ese jardín, quizá en el mismo punto en el que estaba ahora Violet. A esta le resultaba evidente que su madre había sido muy pobre, sobre todo comparada con Padre. ¿Por qué él era tan reservado con ella? ¿Acaso lo avergonzaba? Violet recordó lo que le había comentado Frederick: que su madre había «embrujado» a su padre.

«Embrujado». Todo lo que ella sabía de brujas procedía de los libros, y nada de aquello era positivo. La bruja que se comió a Hansel y a Gretel, por ejemplo. Las tres brujas de *Macbeth*, que levantaban el viento y los mares. Pero ¿y la bruja de *La novia del bandolero*? Había ayudado a escapar a la protagonista. De todos modos, era absurdo. Las brujas no existían. Su madre no había sido una malvada hechicera que preparase pociones en un caldero y volase por el cielo subida a una

escoba.

Aun así, en la cabaña tenía que haber algo que fuera de su madre. Otra vez dentro, Violet intentó abrir de nuevo la vieja cómoda. Antes no se había fijado, pero todos los tiradores llevaban una «W» tallada. Violet se sacó el colgante de debajo del vestido y lo colocó cerca de la cómoda para cerciorarse. No, no se lo había imaginado: era la misma «W» que estaba esculpida en el relicario de su madre. Sin apenas respirar, abrió el relicario y metió la llavecita dorada en el cerrojo. Se quedó atascada, y durante unos instantes Violet pensó que se había partido en el interior. La giró con suavidad y descubrió que el mecanismo cedía con un suave clic. Abrió el primer cajón, que estaba vacío. El segundo estaba lleno de papeles, lo bastante viejos como para ser casi transparentes, con letras tan difuminadas que no consiguió leerlas. Un pedazo de papel de periódico estaba escrito con lo que parecía una lista de la compra garabateada a toda prisa. «Harina», decía, «riñones, cardos marianos».

Había una invitación a un mercadillo en St. Mary's, que databa de septiembre de 1920. Una letra arrugada de la rama de Beckside del Instituto de la Mujer que pedía voluntarias para tejer calcetines y calzoncillos para «nuestros muchachos en el extranjero». Violet echó un ojo a la fecha: 1916.

Le llamó la atención algo que le resultó familiar en lo alto del montón de papeles. Un hatajo de gruesos papeles de color crema destacaba entre los otros jirones y fragmentos. Tenían grabado el escudo de armas de los Ayres: un águila pescadora en pleno vuelo. Era el papel que utilizaba Padre para escribir.

Había cartas escritas por Padre a una mujer llamada Elizabeth Weyward. E. W. Lizzie, la llamaba él.

La madre de Violet. Debía de ser ella. Le empezaron a temblar las manos.

«No he dormido en toda a semana porque he pensado mucho en ti», rezaba la misiva. Luego le pedía a Lizzie que fuera «valiente por el bien de nuestra unión». El papel contenía marcas muy fuertes, como si una y otra vez lo hubiesen doblado y desdoblado, leído y releído.

Otra carta, revuelta entre las otras del hatajo, sobresalía. No estaba escrita con la letra elegante de Eton de su padre, sino con una caligrafía chapucera y rápida, que en un punto dado casi se salía de la página.

Mamá:

Siento mucho haber tardado tanto en escribirte, pero no he sido capaz de redactar un mensaje dirigido a ti. Hoy no tengo nada que contarte más allá de que Rupert se ha ido a cazar; el mayordomo Rainham, que se apiada de mí, me ha traído un poco de papel y tinta. Dice que te entregará esta nota cuando se marche a Lancaster para comprarle nuevas ropas a Rupert.

He tardado demasiado, pero sé que tenías razón. Nunca debería haberme ido de casa. Hace un tiempo que Rupert no me deja salir, y ahora estoy encerrada en mi propia habitación.

Cómo detesto esta estancia. Es pequeña, como una jaula, con paredes pintadas de amarillo como las flores de tanaceto. Me hace pensar en el té de tanaceto que solíamos preparar para las mujeres del pueblo, y me duele saber que Violet no aprenderá las curas y los tratamientos que nosotras nos hemos transmitido a lo largo de cientos de años. Cuando cierro los ojos, no veo más que un amarillo intenso, que me recuerda a lo que he renunciado. Mi pasado y el futuro de mi hija.

La echo mucho de menos, mamá. Me traerán al pequeño para que pueda alimentarlo, pero hace días que no me permiten ver a Violet. Oigo cómo sus llantos retumban en estas paredes amarillas.

Mi único consuelo era Morg, pero le pedí que se fuese, mamá… Esta no es vida para un pájaro. Lo único que me queda ahora del ave es una de sus plumas. Aunque no me gusta demasiado contemplarla.

Me recuerda lo que hice. Lo que Rupert me obligó a hacer.

Debería haberte escuchado ese día que discutimos junto al

arroyo. «Te tiene por un perro al que puede enseñar a comer desde su mano», me dijiste.

Creía que me quería por quien era yo. Pero estabas en lo cierto. Para él no soy sino un animal, como esos que caza y exhibe en la pared.

Hubo otra cosa que me dijiste. Que, si un hombre interpretaba mis dones por lo que verdaderamente eran, solo querría usarlos en su propio beneficio. Me dije que lo hacía por ella, por Violet. Como supusiste, por aquel entonces ya se movía en mi interior. Empecé a soñar con ella, con que crecía hasta ser una belleza de pelo oscuro, pero sola y sangrando en nuestra cabaña. Ya fuese por enfermedad o por una herida, eso no lo supe, pero era evidente: mi hija no sobreviviría a una vida de pobreza como la que le podría proporcionar yo. Para mi terror, le conté a Rupert el sueño y le pregunté qué iba a ser de nuestra hija. Los padres de él nunca conocerían su existencia, me dijo. Si se casaba conmigo, quedaría arruinado al ser hijo segundo, sin ningún título que le allanara el camino en el mundo. Y lo peor era que sus padres ya lo sabían. Están al corriente de la hija que engendramos aquella noche en el bosque, cuando solo la luna vio mi miedo y oyó mis gritos. Planeaban alejarnos a las últimas mujeres Weyward de Crows Beck, me dijo. Alejarnos de nuestro hogar, donde nuestros antepasados han vivido durante siglos.

Pero yo tenía en mi haber el poder de darnos a todos una posibilidad para ser felices, me aseguró. Él heredaría el título y mi hija tendría una vida de riquezas, de seguridad. De aceptación.

Me gustó esa idea. Yo nunca fui fuerte como tú, mamá. Las cosas que nos decían los aldeanos, las miradas que nos lanzaban… Nunca podría soportarlo. Anhelaba una vida sin miradas ni susurros.

Y, por lo tanto, cometí el espanto que me pidió.

Me tumbé a la espera, oculta entre los tojos y los brezos,

mientras el alba se extendía sobre los prados. Morg me clavó las zarpas en el hombro. Los oí antes de verlos: los relinchos de los caballos, el traqueteo de los cascos. Esperé hasta que estuviesen lo bastante cerca del precipicio de la colina, donde el terreno se interrumpe bruscamente hasta formar un barranco. Cuando Morg echó a volar, cerré los ojos, y solo los volví a abrir cuando los gritos se hubieron acallado, cuando lo único que quedó fue la estructura maltrecha del carruaje en las rocas del fondo, los chirridos de una rueda que seguía girando. Algo resplandeció en el suelo junto a mis pies: un reloj de bolsillo, una reliquia familiar de la que Rupert me había hablado con gran envidia. Tenía la esfera rota y afilada, así que, cuando lo agarré, varias gotas de sangre me recorrieron el dedo.

Me quedé unos instantes observándolo. Ignorando el horror que me inundaba el corazón.

Creía que era como Altha, nuestra intrépida antepasada, y que nuestros actos nos vinculaban a través del tiempo. Creía que era buena y valiente, que su sangre me volvía fuerte.

Pero me equivoqué.

Ese día, Morg y yo pusimos fin a tres vidas. Me dije que se lo merecían, los padres de Rupert y también su hermano mayor. Que habían sido crueles con el hombre al que amaba; que te harían daño a ti, que le harían daño a mi hija, sin remordimiento alguno. Pero lo cierto, mamá, es que no los conocía ni sabía en absoluto lo que habrían hecho. Rupert me ha mentido sobre muchísimas cosas. Ahora sospecho que sus padres nunca supieron de la existencia de nuestra hija, que nunca planearon alejarnos de nuestro hogar.

Ojalá lo hubiese visto antes, ojalá hubiese sabido que sus palabras revestían la misma verdad que un cuento de hadas. Que nunca me había querido lo más mínimo.

A veces me pregunto si lo urdió todo desde el principio. Me había vigilado, me aseguró, antes incluso de que bailásemos en

la fiesta de May Day. Vio lo especial que era yo y quería que fuese su esposa. Lo creí por cómo me miraba. Por un ardor en sus ojos que interpreté como amor.

Pero ahora interpreto bien esa mirada. Es la misma que le lanza a un sabueso o a un rifle, un simple instrumento para conseguir lo que quiere.

No pido, ni espero, que me perdones. Te escribo esto porque quiero que sepas la verdad. Y porque se me está acabando el tiempo para hacerlo. El doctor está de camino: Rupert dice que me van a dar un nuevo tratamiento. No sé si voy a sobrevivir a él. Encerrada en esta diminuta estancia, y sin siquiera la presencia de Morg para sostenerme, cada día que pasa estoy más débil.

Esto me proporciona un curioso consuelo, casi como si lo hubiese deseado, porque pienso ser un rifle sin balas, e inservible para sus propósitos. Nunca volveré a hacerle daño a nadie por él.

Mamá, te ruego que estés ahí por el bebé… y por Violet. Mantén a salvo nuestro legado por ella.

Espero que herede tu fuerza.

Con todo mi amor,
Lizzie

Con el corazón acelerado, Violet buscó entre el resto de las cartas otras escritas por su madre. Sin embargo, las que quedaban eran de Padre, dirigidas a una mujer a la que ella no conocía.

1 de septiembre de 1927

Querida Elinor:

Gracias por la carta que le has mandado a Lizzie, pero me temo que no está lo bastante

bien como para recibirla. En las últimas semanas, su salud ha empeorado significativamente.

He hablado con el doctor Radcliffe acerca de tu propuesta de visitarnos. Dado el acusado declive en la salud mental y física de Lizzie, el doctor Radcliffe no considera que una visita sea lo más apropiado en estos momentos.

Elinor, tu hija se ha vuelto —no hay otra palabra para describirlo— loca. Ha conspirado para meter a aquel cuervo espantoso —Morg, lo llama, qué nombre tan ridículo— en la casa, y le habla como si fuera un ser humano. Supongo que es precisamente la clase de comportamiento que tú alentaste en ella. Puede que Violet sea una causa perdida. Ya ha empezado a imitar a su madre; se hace amiga de las moscas y de las arañas, por el amor de Dios. Pero no pienso permitir que esta locura infecte a mi hijo. A mi heredero.

Y esto no es bueno para Lizzie, Elinor. No es bueno para Lizzie merodear por la casa en ese estado, inmersa en tales fantasías. La semana pasada me dijo que era capaz de predecir el tiempo —o, mejor dicho, que Morg, ese pájaro absurdo, podía hacerlo—. Vivo, y me avergüenza confesarlo, teniéndole miedo constantemente.

Y me temo —y en eso el doctor Radcliffe está de acuerdo conmigo— que, en caso de que deje de tener los pies en el suelo por completo, supondrá un peligro aún mayor hacia sí misma. Y hacia nuestros hijos.

De hecho, y me estremezco nada más por contarte lo ocurrido, el ama de llaves se la

encontró intentando saltar por la ventana, que una descuidada criada se olvidó de cerrar con llave. Y lo más horripilante de todo fue que llevaba consigo al bebé. Puso la vida de mi hijo —de mi heredero, Elinor— en peligro.

Por suerte, el doctor Radcliffe pudo acudir enseguida. Dados los acontecimientos más recientes, ha sugerido un tratamiento que tal vez sirva de ayuda: una histerectomía, la extracción del útero. Puede que parezca una decisión un tanto extrema, pero el doctor opina que está garantizada por las extrañas circunstancias, cuando el estado de los órganos sexuales empieza a contaminar la mente.

Es mi ferviente esperanza que el tratamiento del doctor Radcliffe logre devolverle el juicio a Lizzie. Te mantendré informada de las novedades.

Atentamente,
Rupert Ayres, noveno vizconde de Kendall

10 de septiembre de 1927

Elinor:

Tu visita de ayer sin previo aviso fue lo de más inadecuada.

Lamento que Rainham no pudiese dejarte entrar en la casa, pero estuve ocupado lidiando con una correspondencia urgente relacionada con la propiedad.

Como me consta que Rainham te ha explicado, ahora mismo Lizzie está

preparándose para el tratamiento. No debes preocuparte por su bienestar: el doctor Radcliffe y su equipo de ayudantes altamente cualificados se han instalado en Orton Hall para organizar la operación.

El doctor Radcliffe tiene confianza absoluta en que el tratamiento funcionará. Debemos permitir que el buen doctor trabaje en paz.

Mientras tanto, te pido que te contengas y que no me mandes nuevas cartas. Te haré saber si hay alguna novedad.

Saludos,
Rupert Ayres, noveno vizconde de Kendall

25 de septiembre de 1927

Querida Elinor:

Te informo con el más sincero de los pesares que Elizabeth ha muerto.

Ha abandonado este reino terrenal durante las primeras horas de esta mañana. El doctor Radcliffe cree que la culpable ha sido la debilidad de su corazón, sin duda exacerbada por el estrés de sus recientes delirios.

Aunque estoy convencido de que el doctor Radcliffe hizo cuanto pudo para salvarla, me temo que, para cuando resultó evidente que había algún problema, fue demasiado tarde.

He dispuesto que sea enterrada el próximo jueves en el mausoleo familiar de los Ayres de la iglesia de St. Mary's.

Espero que te parezca adecuado.

Saludos,
Rupert Ayres, noveno vizconde de Kendall

30 de septiembre de 1927

Elinor:

Dado tu comportamiento del jueves, creo que es mejor que no tengas futura relación con mis hijos. Es mi prioridad que se recuperen cuanto antes de este lamentable episodio. Así como creo que vale más que no presencien ninguna conversación relacionada con Elizabeth; el doctor Radcliffe es de la opinión de que les haría más mal que bien.

Y en cuanto a tu absurda petición de llevarte los restos de Elizabeth hasta tu cabaña cochambrosa para enterrarla… No me puedo creer que hayas pensado que fuese a acceder a tal cosa. Elizabeth fue mi esposa y es por tanto apropiado que sea enterrada en el lugar que le corresponde como miembro de la familia Ayres.

Sin embargo, haré lo que me pides y le daré a Violet el colgante que tanto te preocupa; dispondré que Rainham vaya a buscarlo la semana que viene. Si intentas volver a ponerte en contacto conmigo, tendré que reconsiderar mi decisión.

Saludos,
Rupert Ayres, noveno vizconde de Kendall

Las mejillas de Violet estaban empapadas por las lágrimas. Ahora conocía la verdad. Su madre no había muerto al dar a luz a

Graham, como le habían hecho creer. Había muerto porque un doctor, el mismo que le había metido a ella los fríos dedos, la había mutilado. La había matado.

Releyó la carta de Lizzie y recorrió las líneas y curvas de la letra de su madre. Al principio, no comprendió la parte referida al carruaje, pero luego se acordó. Sus abuelos y su tío habían muerto poco antes de la boda de sus padres.

«Fue un accidente de carruaje. Muy repentino».

«Lo único que quedó fue la estructura maltrecha del carruaje».

¿Acaso su madre había sido la responsable? La carta no hacía ninguna referencia a nada que hubiese dado pie a un accidente. Violet imaginó una trampa entre los matojos, algo que hiciese corcovear a los caballos. Pero Lizzie solamente había hablado de Morg.

En cualquier caso, la culpa era de Padre. Él había deseado —y a Violet se le revolvieron las tripas al pensarlo— que sus propios familiares murieran. Pensó en el reloj de bolsillo roto que había encontrado en el escritorio de Padre. Se preguntó si sería de Edward; así se llamaba el tío al que habían matado, recordó. El mayor de los tres hijos Ayres. Esa debía de haber sido la razón de que Padre lo quisiese apartar. Si sus padres y su hermano mayor morían, él podría heredar el título de vizconde y Orton Hall.

Su mayor conquista.

Su madre debió de ser la única persona que estaba al corriente de la culpabilidad de Padre. Y por eso él la había encerrado, fingiendo que estaba loca, para tapar lo que había hecho.

Ni siquiera le permitieron ver a su propia madre, a la abuela de Violet. ¿Qué habría sido de Elinor? Violet supuso que habría muerto, y eso explicaría por qué la cabaña le pertenecía ahora a Padre. Pero ¿dónde estaban sus pertenencias? Las de Elinor y las de Lizzie. De no haber sido por lo que contenía la cómoda, cabría pensar que no habían llegado a existir.

La última frase de la carta de su madre se repitió en su cabeza.

«Mantén a salvo nuestro legado».

¿A qué se había referido con «legado»?

Violet parpadeó para contener las lágrimas y hurgó entre el resto de los pedazos de papel del segundo cajón, haciendo que el polvo brillara en el aire. Al fondo encontró un libro gordo, con una torpe encuadernación con piel de ternero y raído por el tiempo. Se le aceleró el corazón. El pergamino estaba destrozado, apenas era legible. Violet tuvo que entornar los ojos para poder leerlo: la letra estaba apelotonada, la tinta descolorida. Lo sostuvo contra la vela para echar un mejor vistazo. Leyó un nombre… Altha, la antepasada de la que su madre había hablado en su carta.

Recorrió con los dedos la primera línea.

«Diez días me tuvieron allí retenida. Diez días, con la única compañía del hedor de mi propia carne…».

# 36
# KATE

Cuando suena el teléfono, Kate está sentada en el suelo del dormitorio.

Ha estado construyendo un móvil para el bebé con los tesoros que ha recogido durante sus paseos por la zona. La hoja de un roble de un ámbar translúcido, la resplandeciente espiral del caparazón de un caracol, la pluma de cuervo con manchas blancas que encontró en la taza del alféizar de la ventana de la cocina cuando llegó. Ata todas esas cosas con hilo de pescar a una estructura hecha con ramitas, que sujeta con una cinta verde.

Tiene el teléfono en la cocina y lleva tanto tiempo sentada que se le ha dormido el pie. Avanza por el pasillo dando tumbos. Para cuando llega a la otra estancia, no le ha dado tiempo a responder, pero el teléfono empieza a sonar de nuevo, la vibración dura contra la mesa de madera.

—Hola, mamá —responde.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien… Estaba acabando el móvil, lo que te comenté el otro día.

—Seguro que es precioso. ¿Lo tienes todo bajo control? ¿Tienes todo lo que necesitas?

La cabaña está repleta de parafernalia infantil: la mesa de la cocina está oculta debajo de montañas de camisetas diminutas y paños de muselina, suaves como gasas. Emily le ha dado una cunita y un asiento para el coche, donados por una sobrina suya.

—Creo que sí. Lo tengo todo menos el cochecito.

Suspira. Lo ha buscado por internet, pero incluso el modelo más

básico cuesta cientos de libras. Y no encuentra ninguno de segunda mano por la zona; ni siquiera la sobrina de Emily ha podido ayudarla, ya que vendió el suyo hace años.

Quizá debería comprar uno de esos canguros y atarse a la pequeña junto al pecho. Hasta podría hacérselo ella. Así por lo menos podrá llevársela cuando salga a pasear. Le enseñará el riachuelo, ahora congelado bajo una capa de hielo, y los árboles con sus blancos mantos de nieve.

—¿Sabes? He estado pensando —le dice su madre—. A lo mejor te lo podría comprar yo. Como una especie de regalo navideño anticipado.

—Mamá, no hace falta. Ya te has gastado mucho dinero con los vuelos…

Su madre llegará dentro de dos semanas para estar con Kate durante el parto. Será la primera vez que se vean en años.

—Pero quiero hacerlo. Déjame, anda.

—No quiero que sea un engorro para ti.

—Bueno, ¿y si te hago una transferencia? Y así lo podrás elegir tú misma.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Gracias, mamá.

—Te quiero, Kate.

Kate nota el escozor de las lágrimas. ¿Cuándo fue la última vez que se lo dijeron? Cuando Kate era todavía adolescente. Fue su culpa: ella nunca se lo decía a su madre. No soportaba el peso de un amor que no merecía. Pero ahora las palabras están allí, formas familiares en sus labios.

—Yo también te quiero, mamá.

El cochecito que elige es verde y tiene una capucha separada que le recuerda a una oruga. Sonríe al imaginarse a su hija ahí sentada.

Aunque una parte de ella desea que se quede más tiempo a salvo y calentita en su útero. Que lo compartan todo, hasta la sangre que late en sus venas. Y, aun así, se muere por sostenerla en los brazos, por oler su aroma, por acariciarle los dedos diminutos.

Mientras compra el cochecito, se frota la barriga con la otra mano. Introduce la dirección, el número de su nueva tarjeta de débito. Su correo electrónico para la factura.

En cuanto ha terminado la compra, sonríe. El hervidor está pitando y ella camina lentamente hacia la cocina con el cuerpo encorvado por el peso de la barriga.

Mientras sorbe el té, mira por la ventana y repara en los cuervos que están posados en el sicómoro. En sus movimientos oscuros y líquidos contra la nieve blanca.

La taza de las manos se le escurre y se estrella en el suelo.

El correo electrónico.

Ha utilizado su viejo correo electrónico. El que está vinculado a su iPhone.

Simon tiene su iPhone. Lo verá.

Con la sangre desbocada, va a por el Motorola. Le tiemblan los dedos al abrir el explorador y el Gmail.

*Por favor, Dios, no.*

La página no se carga. La actualiza una y otra vez.

Por fin se carga. Ahí tiene el correo de confirmación: con su dirección, su nuevo número de teléfono, todo. Incluso hay un dibujo de un bebé sonriente.

Kate lo borra. Se queda unos instantes quieta con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

Si Simon lo ha visto…, se habrá enterado de lo del bebé.

Y sabrá dónde encontrarla.

Inclinada sobre el fregadero de la cocina, se echa agua a la cara. La gélida sensación la tranquiliza.

¿Cuánto tiempo ha estado el correo en su bandeja de entrada?, ¿tres minutos? Y ¿qué día es? Martes, a las dos de la tarde. En plena jornada laboral. Simon no lo habrá visto. Lo ha eliminado justo a

tiempo.

No pasa nada. Simon no sabe dónde está.

Kate baja la mirada.

—No te preocupes —le dice a su barriga—. No permitiré que se te acerque lo más mínimo.

Afuera reina la misma perturbadora quietud que la noche anterior. A Kate no le gusta el aspecto de las nubes, el modo en que cuelgan bajas y grises en el cielo. Son un mal presentimiento.

Sudando debajo de todas las capas que lleva, se mete en el coche. El asiento está echado hacia atrás al máximo y sus manos apenas llegan hasta el volante.

Se le acelera el corazón al tomar la A66 y pasar por campos cubiertos de nieve. A lo lejos, las cumbres de las montañas desprenden un brillo plateado.

Respira hondo e intenta calmarse. Está a salvo. Su bebé está a salvo.

Por ahora, tan solo debe concentrarse en la conducción.

Va a ver a Frederick a la residencia de Beckside. En realidad, no está segura de qué es lo que espera; el hombre apenas dijo nada con sentido la otra vez que lo vio, hace tantos meses, en Orton Hall. La culpa le retuerce las entrañas al recordarlo. Debería haberle comentado a alguien que había insectos muertos por todos lados, el estado de la habitación en que él vivía con ese hedor animal… y el estado del propio Frederick. Se estremece al visualizar sus ojos. Su frialdad. Y, aun así, no consigue sentir ninguna lástima por él.

Las palabras de Violet regresan hasta ella.

«Los recuerdos de lo ocurrido me asolan».

Se lo imagina atrincherado en el repugnante despacho mientras los insectos vuelan por el exterior y recorren los pasillos de Orton Hall como si fueran una gigantesca serpiente centelleante.

Y la frase tan extraña que le había dedicado a Kate antes de que se

fuera.

«Ella me había liberado al fin».

Según el artículo del periódico, había miles y miles de bichos. «Los insectos suelen frecuentar los ambientes acuáticos y raramente infestan una casa». No se trataba de un fenómeno natural.

Una plaga deliberada.

Kate cree saber lo que sucedió, pero necesita estar segura.

La residencia, Puerta de Hiedra, no está a la altura de su nombre. La imponente verja de hierro está desprovista de todo verdor. Incluso desde cierta distancia los edificios tienen un aspecto institucional por las losas de piedra grises y la estrechez de las ventanas.

—Puerta de Hiedra —exclama una voz por el interfono de la entrada.

—Hola —dice Kate—. He… he venido a ver a un familiar. A Frederick Ayres.

—Más vale que se dé prisa —responde la voz con un suspiro de impaciencia—. Las horas de visita están a punto de terminarse.

La dirigen a una sala común —o, por el cartelito de la puerta, la Sala Scafell— que está decorada con aburridos tonos melocotón; solo en los paisajes de las paredes hay ligeros guiños a la montaña inglesa con cuyo nombre la han bautizado. A Kate se le revuelve el estómago al percibir el olor, una combinación de aceite de cocinar, lejía y, muy leve, orina. Frederick está en el rincón, desplomado en una silla de ruedas, muy alejado del resto de los residentes. Conforme se acerca, Kate se da cuenta de que está dormido: tiene la cabeza ladeada y le brillan las cuencas de los ojos al otro lado de unos párpados casi transparentes.

Durante unos segundos, se pregunta si debe marcharse y volver en otro momento. Pero sabe que quizá no haya otro momento: el bebé nacerá en breve y aterrizará en el mundo justo cuando Frederick se está despidiendo de él.

Podría ser su única oportunidad de conseguir algunas respuestas.

Se sienta en la silla al lado de él y se inclina hacia delante.

—¿Hola? —dice en voz baja—. ¿Frederick?

Poco a poco, el hombre abre los ojos. Al principio están nublados, desenfocados, pero de inmediato se abren como platos por el miedo. Kate se toca la solapa de la chaqueta al recordar la reacción que tuvo Frederick al ver el broche de abeja, pero no lo lleva allí, sino en el bolsillo. Y entonces se da cuenta. Está observando su colgante. El colgante de la tía Violet.

Frederick se arquea hacia atrás y suelta un grito que a Kate le para el corazón.

—¡Márchate! —chilla, y las babas salen despedidas volando hacia ella—. ¡Se supone que ya te habías ido!

Un camillero acude corriendo. Es joven, tiene las mejillas brillantes por el acné, y la bata anaranjada le queda holgada sobre su delgado cuerpo.

—Ya está, ya está, Freddie, amigo —dice—. Vamos a llevarte a tu habitación. —Fulmina a Kate con la mirada al empezar a empujar la silla de ruedas de Frederick hacia el pasillo—. ¿Qué ha hecho para alterarlo de esta manera? —le suelta el camillero por encima del hombro.

—Na-nada —contesta, todavía perpleja por el arrebato de Frederick.

—Un momento. ¿Es usted la mujer de la que siempre habla? ¿Valerie o algo así?

—¿Violet?

—Eso. Mire, no sé qué ocurrió entre ustedes dos, pero no ha dejado de hablar de usted desde que llegó aquí. ¿Quién es?, ¿su nieta?

—No, yo…

—Entonces, ni siquiera son familia. La verdad es que creo que debería irse, señorita. Es sábado. De todas formas, las horas de visita terminan a las 16.

Kate oye al camillero tranquilizar a Frederick mientras se lo lleva.

—No pasa nada, hombre. Ha sido un susto, nada más.

—Pero es que fue ella. —Kate lo oye respirar hondo entre temblores—. Fue ella la que los envió. La que envió a los insectos.

Cuando Kate conduce hacia su casa desde la residencia, empieza a nevar.

Está tan distraída que se le cala el coche dos veces. Por suerte, en el valle apenas hay tráfico. Las dos veces, antes de conseguir arrancar el coche de nuevo, el pánico se abre paso por su cuerpo y gana intensidad al recorrer su estómago, su corazón, su garganta.

Frederick cree que Violet es la responsable de la plaga.

La joven recuerda otra cosa que le había dicho el hombre cuando fue a verlo a Orton Hall. Que los insectos habían muerto el pasado mes de agosto.

Igual que Violet.

Ahora nieva con más fuerza y el aire es tan espeso y blanco que apenas ve la carretera. La radio se entrecorta, y Kate sube el volumen para oír la previsión del tiempo.

—Una copiosa nevada… —está diciendo un hombre—. Carreteras cortadas… —Y se pierde la señal.

En su interior florece el pánico. No debería haber ido hasta allí. ¿Y si ha puesto en peligro a su hija?

Está conduciendo cerca del bosque de árboles espolvoreados de hielo. El bosque. Donde se sintió muy inquieta antes de su perturbadora visita a Orton Hall. El miedo burbujea en su pecho y, de pronto, le resbala el volante. Recuerda la claustrofobia de los árboles apiñados, la forma en que bloqueaban la luz del sol.

Kate se obliga a mirar hacia delante, hacia las líneas que se reflejan en la carretera, que se curva para alejarse del bosque y

desaparecer en una niebla blancuzca. El viento ruge. Necesita encender la luz antiniebla para ver mejor, pero para su terror no sabe cómo. Sus dedos resbalan y trastean entre el volante y el salpicadero, y aparta los ojos brevemente de la carretera. Por fin. Ha encontrado el botón. Dirige la vista hacia la carretera y los faros iluminan los restos de un animal despatarrado: pelaje apelmazado y ensangrentado, extremidades pálidas. La sangre es sorprendentemente brillante contra la nieve.

Kate chilla. Pierde el control del volante. El coche derrapa hacia delante, y el ruido que hacen los árboles al rasgar el techo del vehículo y al destrozar el parabrisas es ensordecedor.

Todo se vuelve blanco.

El corazón de Kate late muy deprisa. Tarda unos instantes en darse cuenta de que se ha estrellado en el bosque, que el asiento delantero del coche está lleno de hielo y de cristales del parabrisas.

El viento aúlla entre los extremos afilados del parabrisas. Kate se estremece. Tiene muchísimo frío.

Ay, Dios. *El bebé.*

Se pone una mano sobre la barriga con el deseo de que su hija dé alguna señal de vida.

*Por favor. Una patadita. Dime que estás bien.*

Pero no nota nada.

Debe ir a buscar ayuda. Mientras se encoge al sentir una oleada de dolor en el hombro, se retuerce para agarrar el móvil del asiento del copiloto. *Por favor, Dios, que no se haya roto.*

Suelta un suspiro de alivio al ver que la pantalla está intacta. El alivio se vuelve horror cuando, al desbloquearlo, ve solo una raya de cobertura, que parpadea antes de desaparecer.

Mierda.

Piensa en las cinco millas que la separan de la cabaña; la carretera rodea las colinas con círculos grandes y perezosos que añaden una

distancia extra. El camino directo, campo a través, es más corto. Dos millas, no más, cree.

A esa hora en que la luz va desapareciendo del cielo, el bosque es tan negro y espeso que Kate tiene la sensación de que el coche se lo ha tragado una bestia, y que se ha detenido junto a su caja torácica. Se imagina la oscura extensión de árboles como una columna que recorre la tierra.

Podría esperar junto a la carretera para ver si alguien pasa por allí. Y entonces recuerda el silencio que reina en el bosque y que no ha visto ni un solo coche en su trayecto de regreso desde la residencia. Y en plena nevada nadie va a salir a la carretera. La espera podría alargarse hasta la mañana. Y en el coche, con el parabrisas roto, ya hace mucho frío. La gente muere al estar expuesta a situaciones como esa, ¿verdad?

No tiene alternativa. Si necesita llegar a casa antes de que se haga de noche, debe caminar.

Abre la puerta del coche, que choca contra unas cuantas ramas, y jadea al recibir el golpe del frío.

Los copos de nieve le asaltan la cara cuando se dirige hacia la carretera, tropezando con raíces de árboles congeladas y montones de barro. El asfalto está pintado de blanco. Ve el cuerpo del animal —una liebre, como comprueba ahora— tumbado y aplastado. No podrá ir por la carretera a no ser que quiera arriesgarse a correr el mismo riesgo que la liebre.

Se gira hacia el bosque. Las hojas sisean por el viento.

Solo hay un camino de vuelta a casa.

# 37
# ALTHA

Luego de que transcurrieran cinco días, fui a buscar la infusión en el ático y la colé. Al embotellarla, vi que tenía un color ambarino claro, como las aguas del arroyo.

Dos noches más tarde vino Grace, como dijo que haría. Recuerdo que era una noche despejada y que la luna iluminaba con fuerza el firmamento. Esa vez, Grace llevaba una bufanda con la que se envolvía el cuello y la barbilla para que solo quedaran visibles sus ojos, que destellaban debajo de la capa.

No quiso entrar en mi cabaña.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, pues me resultó extraño verla con el rostro medio cubierto, como si fuera una forajida.

—Sí —dijo, con la voz amortiguada por la bufanda—. ¿Tienes el brebaje?

—Será doloroso —le indiqué al entregárselo—. Te dará calambres y sangrarás. Y con la sangre saldrán los inicios del bebé. ¿Le dirás a John que ha sido un aborto?

—Quemaré los restos. John no lo puede saber —me aseguró—. ¿Cuándo hará efecto?

—En cuestión de horas, creo —dije—. Pero no lo sé con seguridad.

—Gracias. Me lo tomaré mañana por la noche, cuando él esté en la taberna. Esta noche no dormirá demasiado… Y yo debo madrugar mucho.

Se giró para marcharse.

—¿Me… me harás saber que estás bien? —le pregunté—. ¿Y que

ha funcionado?

—Intentaré venir otra noche y decírtelo.

Se alejó a toda prisa con cuidado al abrir la verja para que no crujiera, si bien no había nadie en millas a la redonda.

Pasé los siguientes días y noches en un estado de distracción. Por las noches, me encogía al oír el más débil de los ruidos, y me quedaba desvelada en el jergón hasta que el cielo nocturno palidecía con el alba.

El miércoles, Mary Dinsdale, la esposa del panadero, vino a verme con un corte en una mano.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado en el pueblo? —me preguntó mientras le curaba la herida con miel.

Me dio un vuelco el corazón. Estaba convencida de que me diría que Grace había muerto, pero no era más que la viuda Merrywether, que se había comprometido con otro hombre.

La noche siguiente, alguien llamó a mi puerta.

Era Grace. Esta vez llevaba el rostro sin tapar, ni siquiera vestía su capa, y, cuando levanté la vela, me encogí al verla. La piel que le rodeaba el ojo derecho estaba hinchada y lucía un brillante tono rosado, tenía el labio inferior roto y magullado. Vi un poco de sangre en su barbilla y débiles rastros por el cuello. Y también otras marcas de un amarillo claro.

Le franqueé la entrada y se sentó a la mesa lentamente. Puse un cazo de agua en el fuego y recopilé unos cuantos paños para poder limpiarle el corte del labio y bajarle la hinchazón del ojo. Cuando el agua se hubo calentado, añadí clavo molido y salvia para preparar un ungüento. En cuanto estuvo listo, me arrodillé a su lado y se lo apliqué sobre las heridas con la mayor suavidad posible.

—Grace. ¿Qué ha ocurrido? —murmuré.

—Anoche me tomé el brebaje —dijo con los ojos clavados en el suelo—. Nada más verlo irse hacia la taberna. Algunas noches, cuando sale a beber, vuelve a casa pronto y se queda dormido junto al fuego. Otras veces, sale hasta más tarde, y cuando regresa está… privado de sus sentidos.

»Habría sido más fácil si hubiese vuelto pronto y se hubiera quedado dormido hasta la mañana. Yo podría haberme pasado la noche en vela y, cuando todo estuviese hecho, haber quemado la combinación. Tengo otras dos, así que quizá no se habría dado cuenta. Tan solo iba a tener que preocuparme por no manchar de sangre las sábanas.

»Pero no regresó a casa. No durante horas. El dolor fue mucho peor del que imaginaba y apareció enseguida. Deberías haberme advertido. Fue como si el bebé me aferrase desde dentro para combatir el brebaje… Un gran dolor provocado por algo tan pequeño. Cuando salió, ni siquiera parecía un bebé ni ningún ser vivo que yo hubiese visto antes. Solo era una masa de carne, como la que una podría comprarle a un carnicero… —Ahora lloraba.

»Me estaba preparando para lanzarlo al fuego cuando regresó. Pensé que tal vez estaría demasiado ebrio como para saber qué era lo que veía, pero no. Le dije que lo había perdido (había escondido la botella de la tintura) y se encolerizó. Como supe que haría. Me golpeó, como ves. Aunque, comparado con las otras veces, fue casi piadoso.

Soltó una nueva de esas secas carcajadas, pero le brillaban los ojos con las lágrimas.

—Grace. ¿Quieres decir que ya… te había pegado más fuerte?

—Ah, sí —dijo—. Cuando di a luz dos veces y le presenté un cadáver azulado en lugar de un hijo saludable y saltarín.

Guardé silencio. Grace levantó la vista y vio la conmoción de mi rostro.

—Me aseguré de que la segunda vez nadie supiera que estaba encinta —prosiguió—. Me ceñía las ropas para apretar el bulto y, cuando creció más, me cuidé de ver al menor número de personas. Por si volvía a suceder. Y después el doctor Smythson juró guardar el secreto. John no quería que nadie supiese que su esposa tenía el útero envenenado.

—Lo siento mucho, Grace. Ojalá hubieras venido a verme. Quizá te podría haber ayudado.

Volvió a reírse.

—No serviría de nada —dijo—. El doctor Smythson dice que no encuentra motivo alguno. Pero para mí sí tiene sentido: Dios jamás querría que trajera a un niño vivo a este mundo mediante un acto tan espantoso.

Apartó la mirada y la fijó en el fuego.

—Por eso vine a verte. Pensé que, si volvía a suceder, si el bebé nacía muerto como los otros dos, John me mataría.

No supe qué decir. Me quedé mirando cómo observaba el fuego. Sin la capa, vi que su cabello, que cuando éramos pequeñas era tan rojizo como las amapolas, se había oscurecido hasta adoptar un color cobrizo.

—Lamento mucho lo del bebé —murmuró—. Era inocente. Intenté que no llegase a ese punto. Todas las noches, después de que…, después de que John estuviese dentro de mí, esperaba a que se quedara dormido y me preocupaba por limpiarme su semilla. Pero no fue suficiente.

—No es culpa tuya —le aseguré. Supe que mis palabras sonaban vacías. En realidad, no sabía cómo consolarla. Yo nunca había yacido con un hombre. En la iglesia, el párroco afirmaba que la unión física entre un esposo y una esposa era sagrada y divina. En lo que Grace me había descrito no vi nada sagrado.

—No quiero seguir hablando —dijo—. Estoy cansada. ¿Puedo dormir aquí?

—Por supuesto —contesté, y me incliné hacia delante para cubrirle la mano con la mía. Se encogió ante mi caricia y me apretó con gesto vencido.

Nos tumbamos hechas un ovillo en mi camastro como si fuéramos gatitos. Sobre la almohada, mi pelo oscuro se entrelazaba con sus mechones rojizos. El ritmo de sus respiraciones me confirmó que estaba a punto de quedarse dormida. Bebí su olor, a leche y a sebo, como si pudiera guardarlo conmigo para siempre.

En ese momento, recordé un día cálido de nuestra infancia. Éramos muy pequeñas, tanto que no nos permitían salir solas. Mi madre nos había estado vigilando, pero nos escabullimos del jardín cuando nos

daba la espalda y seguimos el riachuelo hacia una verde pradera, brillante y suave por las flores silvestres. Cansadas de jugar, nos tumbamos sobre la hierba. Allí, mientras las abejas zumbaban amables y el aire se endulzaba con el polen, nos quedamos dormidas en los brazos de la otra.

Pensé en las cicatrices de la piel de mi amiga, y las lágrimas me humedecieron las mejillas.

—Grace —susurré—. Podría haber otra manera.

No supe si había oído lo que le había dicho a continuación, pero noté cómo su mano buscaba la mía en la negrura.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, ya se había marchado.

# 38
# VIOLET

A Violet la despertaron los ruidos de unos pasos. Se había quedado despierta hasta el alba leyendo el manuscrito de Altha Weyward. La vela se había derretido dejando tras de sí una luna de cera en el suelo. Le daba la sensación de que en su interior algo había cambiado. Como si se hubiese dicho algo sobre sí misma que siempre había sabido. Uno a uno, los recuerdos encajaron en su lugar y mostraron su verdadera forma. El día de las abejas. El sonido de las pinzas de Quilates en sus oídos. La forma en que se había sentido la primera vez que tocó la pluma de Morg.

Su legado.

Padre estaba en la cocina. Con expresión tensa, le había traído provisiones. Violet tuvo la impresión de que lo veía claramente por primera vez en su vida.

La imagen que atesoraba de la boda de sus padres —rostros brillantes de amor, aire fresco con pétalos de flores— se desvaneció.

Su padre nunca había amado a su madre. No como era debido.

En lo más hondo de su ser, Violet lo había sabido desde el principio. Tan solo se había dejado engañar por el hecho de que Padre había guardado esos objetos de su madre —la pluma y el pañuelo— desde su fallecimiento.

Pero estaba equivocada. No eran recuerdos valiosos de una esposa amada a la que llorase. Eran trofeos. Como el colmillo, la cabeza de cabra montés…, incluso Percy, el pavo real.

Su madre apenas había sido más que un zorro al que desechar

después de la cacería, roto y ensangrentado.

Violet recordaba la mirada de Padre el día de las abejas, cuando le abrió la carne de la mano con la vara. Siempre había pensado que la había pegado con furia. Pero ahora sabía la verdad. Era miedo. Había sabido desde que nació que era la hija de su madre, había sabido de qué era capaz. Por eso las había mantenido alejadas y le había prohibido conocer cosas de Elizabeth y de Elinor. De quién era ella en realidad.

Y en cuanto a Padre…

Era un asesino.

Violet lo observó colocar nuevas latas sobre la mesa. Era un día cálido, y tenía la frente perlada de sudor. La vena de su mejilla había estallado hasta formar la tela de una araña. Cuando tomó la palabra, Violet vio cómo le temblaban los carrillos.

—Frederick ha enviado un telegrama —le dijo—. Ha aceptado casarse contigo. En septiembre le han concedido una semana de permiso. Organizaremos un desayuno nupcial en Orton Hall. Cuando termine, podrás quedarte una temporada. El compromiso será anunciado la semana que viene en *The Times*.

Violet no dijo nada. La presencia de Padre la estaba poniendo enferma. Era el único progenitor que le quedaba, pero ella se alegraría de no volver a verlo en lo que le quedase de vida.

Por suerte, después de darle la noticia, Padre no se quedó en la cabaña. Se marchó sin despedirse. Violet cerró los ojos, aliviada, al oírlo cerrar la puerta.

Ahora podía pensar.

Se imaginó una vida con Frederick. El recuerdo de lo ocurrido en el bosque —la prímula aplastada, el dolor lacerante— regresó hasta su mente.

«Supongo que te lo has pasado bien, ¿no es así?».

No podía, no quería, casarse con él. Tal vez no se viese obligada, pensó a la desesperada. Tal vez su primo moriría en la guerra. Pero Violet tenía el espantoso presentimiento de que sobreviviría como una cucaracha que se aferra a la parte inferior de una roca. Mientras tanto,

su espora seguiría creciendo dentro de ella. Pensar que la carne de él se mezclaba con la suya le provocó arcadas. Y cuando lo tuviese —al bebé, aunque se negaba a pensar de esa forma en ese ser— y la criatura llegase al mundo, Frederick se presentaría para reclamarlos a ambos.

¿Qué sería de ella? Pensó en su madre, quien se había casado con el hombre que se había embelesado con sus ojos oscuros y sus labios rojizos. Quien había acabado encerrada en una habitación, grabando su apellido en una pared para que quedase alguna prueba de que había existido antes de padecer una muerte espeluznante y dolorosa.

Violet no permitiría que a ella le ocurriese lo mismo.

El bebé era la única razón por la que Frederick quería casarse con ella, sin duda. Era su obligación y lo que lo interesaba, el vínculo que los ataba. Un nudo que la engrilletaba desde dentro.

Violet vio las cosas con claridad al fin. Debía cortar ese vínculo.

El manuscrito. «Recuperar los menstruos». Los menstruos. La misma extraña palabra que el doctor Radcliffe había usado para describir su sangrado mensual.

Afuera, el jardín centelleaba con el calor. Violet pasó entre las heleborinas, cuyas flores le dejaron manchas carmesíes en el vestido. El aire zumbaba con los insectos, el sol iluminaba las alas de un caballito del diablo. Violet sonrió al recordar las palabras de la carta de su madre.

«Paredes pintadas de amarillo como las flores de tanaceto».

Era como si le estuviese hablando desde la tumba para guiarla.

Encontró la planta debajo del sicómoro, oscilando con sus flores amarillas, cada una de ellas formada por pequeños capullos que se apelotonaban como los huevos de un escarabajo.

Con Grace había funcionado. No había razón por la cual con ella no fuese a hacerlo también.

# 39
# KATE

Kate se cala la capucha al echar a caminar por el bosque. Allí, el viento es más suave; los árboles apelotonados se arquean a su alrededor para protegerla de los elementos.

Pero, aun así, ella se estremece y jadea por el miedo; su aliento es una nube blanquecina.

El silencio es inquietante. No oye nada más que la nevada. De repente, desea ver a un búho o a un petirrojo, o incluso el aleteo de una polilla. Cualquier cosa que no sea ese mundo blanco y sordo.

Los copos de nieve giran en torno a ella y aterrizan sobre su piel desnuda con estallidos helados. Ojalá tuviese guantes. Pero al final se baja las mangas del jersey para que le cubran las manos y se envuelve la nariz y la boca con la bufanda. Le lagrimean los ojos por el frío.

Hay una grieta en una de sus botas, un viejo par de la tía Violet que pretendía llevar a arreglar, y ahora la nieve se filtra y le empapa el pie.

Avanza entre los árboles mientras se obliga a no pensar en el bebé, en la quietud de su útero. Debe llegar al pueblo. Debe conseguir ayuda.

Al cabo de un rato, todos los árboles empiezan a ser idénticos, con las ramas que tiemblan bajo el mismo manto de nieve. Kate ya no está segura de cuál es la dirección correcta. Una hilera de hongos rosados ascienden por la corteza de un árbol de un modo que le resulta desagradablemente familiar, y la asalta el miedo de que ya ha pasado antes por allí.

¿Estará caminando en círculos? Unas espantosas imágenes se adueñan de su mente: su cuerpo, tumbado en el suelo del bosque, apenas visible bajo la capa de nieve. Su hija, congelada en su interior, con los minúsculos huesecitos calcificándose en su útero. Tropieza con la raíz de un árbol y suelta un grito; su voz muere bajo el viento.

Algo le responde.

Al principio cree que debe de estar soñando, como un viajero perdido que visualiza un oasis en el desierto.

Pero luego lo vuelve a oír. Un pájaro que la llama.

Es real.

Levanta la vista y escruta el dosel de árboles con la respiración acelerada. Algo resplandece. Un ojo líquido. Plumas de un negro azulado manchadas de blanco.

Un cuervo.

El terror la embarga, pero enseguida desaparece.

Nota otra cosa, más cerca que nunca, al otro lado de su miedo. Esa extraña calidez que sintió en el jardín de la tía Violet cuando los insectos salieron de la tierra. Kate deja atrás el pánico y traspasa el muro para encontrar la luz, la chispa que arde en su interior.

El calor alcanza sus venas, zumba por su sangre. Sus nervios —de los canales auditivos, de la punta de los dedos y hasta de la superficie de la lengua— palpitan y brillan.

La certeza procede de lo más profundo de su ser, de un lugar oculto que enterró hace tiempo.

Si no quiere morir, debe seguir al cuervo.

Al poco, ve un manto gris más adelante, y el viento le azota la cara. El bosque es casi como un túnel, cree. Un túnel de árboles. Va a llegar hasta el final.

Enseguida ve un hueco entre los árboles. Al otro lado, la cuesta de la colina, como las fauces de un animal gigantesco de pelaje pálido por la nieve. Agachado y a la espera.

Lo ha conseguido. Ha atravesado el bosque.

En la colina, se cree tan expuesta que casi anhela la claustrofobia del bosque. El viento la golpea y la ensordece. Le escuecen los labios y la nariz por el frío.

El cuervo sigue allí, volando encima de ella en círculos de un negro azulado. Kate apenas oye sus graznidos guturales por encima del estruendo del viento sobre sus oídos.

En la cima del promontorio, ve el resplandor anaranjado del pueblo más adelante. Bajar la colina es más fácil: ahora está a refugio del viento. Tiene las manos y la cara en carne viva, y le late una ampolla en un talón. Pero la nieve cae suave sobre su rostro. Y ya casi ha regresado a la cabaña. Casi ha vuelto a casa.

Levanta la vista. Las nubes se han separado para mostrar una salpicadura de estrellas que brillan en el crepúsculo. Kate observa el cuervo y no tiene miedo; más bien, la sorprenden la belleza del animal al planear y la luz grisácea de sus plumas.

Ha temido a los cuervos desde el día en que murió su padre. Desde el día en que vio el destello aterciopelado de alas oscuras bajo el sol de verano.

Desde el día en que se convirtió en un monstruo.

Pero ella no es un monstruo, y nunca lo fue. Era una niña de tan solo nueve años con nada más en el corazón que amor y asombro. Hacia los pájaros que formaban flechas en el cielo, hacia los cuerpos rosados de los gusanos en la tierra, hacia las abejas que zumbaban en pleno verano. Le duele la garganta al meter una mano en el bolsillo y rodear el broche de abeja con los dedos. Lo alza hacia la noche, y el objeto resplandece tanto como las estrellas. Casi es como si nunca hubiese sufrido ningún daño.

Kate recuerda la fuerza de las manos de su padre, que la empujaron para ponerla a salvo. La última vez que la tocó. Murió para salvarla, así como ella moriría para salvar a su hija. Unas lágrimas ardientes le caen por las mejillas. Ya no está segura de por quién las

derrama: si por la niña que vio morir a su padre o por la mujer que se pasó veinte largos años culpándose por esa muerte.

—No fue mi culpa —exclama en voz alta, asimilando la verdad de esa frase por primera vez—. Fue un accidente.

El cuervo cae en picado hacia la derecha y desaparece a lo lejos con un último graznido retumbante.

—El bebé está bien —le confirma más tarde la doctora Collins, cuyas facciones dan paso a una sonrisa. Está inclinada sobre la barriga de Kate escuchando atenta por el estetoscopio.

—¿Está segura? —pregunta Kate. No ha notado que su hija se moviese desde el accidente de coche, desde que entró en la clínica temblando de frío. La desagradable imagen vuelve a encenderse: su hija congelada en su útero, deditos diminutos formando sendos puños.

—Mira, escucha —dice la doctora mientras le pasa el estetoscopio.

Ahí tiene el latido del corazón de su hija. El alivio le inunda el cuerpo; las lágrimas le queman detrás de los ojos.

—Como ya te dije —añade la doctora Collins—, tu pequeña es una luchadora.

—¿Estás segura de que estarás bien hasta que llegue tu madre? —Emily merodea junto al umbral de la cabaña. Su esposo Mike espera en el coche y la llama con un bocinazo.

Es un día radiante. Los setos cubiertos de nieve centellean bajo el sol. Kate contempla cómo un ampelis picotea frutos de serbal con la cresta temblorosa. Grazna al ver a su compañero. Los estorninos vuelan alto y forman siluetas en el cielo.

—Segurísima. Muchas gracias por todo. —Emily le ha llenado la nevera con toda la comida que Kate pueda necesitar: platos hechos

para calentar en el microondas, pan, leche. Le ha traído pañales y una colchoneta inflable para que la madre de Kate duerma en ella. Emily y su marido incluso han dispuesto que remolquen su coche hasta un garaje de Beckside. Kate no sabe cómo darles las gracias.

—Muy bien. ¡Avísame en cuanto pase algo! En cuanto notes la primerísima contracción, ¡quiero saberlo! —Emily se sube en el coche y se despide de ella, y Kate siente una punzada de tristeza por su amiga al recordar lo que le dijo durante la noche de las hogueras.

«Yo también tuve una hija».

Todavía le cuesta creer que haya salido, que hayan salido las dos, del accidente sin un solo rasguño. Desde ese día, ha estado atenta a cualquier indicio de problemas: dolor en la barriga, sangre en la ropa interior. Pero no ha ocurrido nada. El bebé vuelve a moverse, contoneándose y agitándose en su interior. Por la noche, Kate ve cómo se ondula la superficie de su barriga, y se maravilla ante los piececitos que se marcan por allí, una manita por allá.

Le parece una especie de milagro que pronto vaya a sostener a su hija entre los brazos. Kate se pregunta de qué color tendrá los ojos después de que cambien del azul de los recién nacidos. Se pregunta a qué olerá.

El vuelo de su madre aterriza al día siguiente. En cuanto llegue, tomará el tren desde Londres, y luego alquilará un coche para que, cuando se ponga de parto, puedan ir al hospital.

Le queda un único día para sí misma. Al vagar por la cabaña, mientras toca cualquier superficie sin ton ni son y agarra cosas para volver a dejarlas, se pregunta qué dirá su madre. De los dibujos de insectos enmarcados, del ciempiés disecado. Del rincón del dormitorio que ha preparado para la pequeña: la cuna de segunda mano, cubierta con viejos chales de Violet que hacen de mantas. Del móvil casero, que oscila con hojas y plumas; del resplandeciente broche de abeja, que es el objeto principal.

Y de la propia Kate: de su pelo corto, de los extraños conjuntos que saca del armario de su tía abuela. Hoy se ha puesto la capa con cuentas sobre los hombros, y el brillo de las cuentas le ha recordado a

la vez que conoció a la tía Violet. La ayuda a sentirse preparada para traer a su hija al mundo. Preparada para protegerla a toda costa. Será fuerte, como lo fue Violet.

«Me recuerdas muchísimo a ella», le había dicho Emily. «Tienes su mismo espíritu».

Kate acaricia el colgante con la «W» que lleva al cuello. Piensa en los insectos que se alzaron de la tierra en el jardín de la tía Violet. En los pájaros que han rodeado la cabaña desde que llegó, como para darle la bienvenida. Incluso ahora oye los ásperos graznidos de los cuervos en el sicómoro, en cuyas ramas nevadas se posan, manchas oscuras contra el fondo blanco. Piensa en la experiencia que tuvo en el bosque. En el zumbido que sentía en la sangre, en el cuervo que la había guiado hasta casa.

También piensa en las cosas que ha oído decir sobre Violet: que no tenía miedo, que adoraba los insectos y las demás criaturas. La plaga de Orton Hall.

*Madre de escarabajos.*

Y piensa en Altha Weyward, juzgada por brujería. Kate sigue sin saber qué le ocurrió, si la ejecutaron, dónde la enterraron. Pero ha ido dejando ramitas de muérdago y de hiedra junto a la cruz del sicómoro. Por si acaso.

Por la noche, Kate está calentando uno de los platos de Emily —una sopa de tomate casera— cuando le suena el móvil. Corre a responder, segura de que será su madre o quizá Emily. O alguien de la consulta de la doctora que quiere saber cómo está.

—¿Diga?

Durante unos segundos, no oye nada, solo el latido de su propia sangre. Y, acto seguido, esa voz. La voz que desearía poder olvidar.

—Te he encontrado.

Simon.

# 40
# ALTHA

Grace no volvió a la cabaña. Solo la vi a lo lejos, en la iglesia, donde se sentaba junto a su esposo, y después él le sujetaba el brazo con fuerza como si pretendiera ponerle un yugo. El rostro de Grace era inexpresivo bajo la capa, y, si notó que yo la miraba, no levantó la vista. Por lo menos supe que estaba viva.

El invierno se suavizó hasta ser primavera, y conté los días que faltaban hasta la celebración de May Day, cuando pensé que quizá tendría una posibilidad de hablar con Grace.

Cuando mi madre estaba viva, organizábamos nuestra noche de hogueras particular en lugar de asistir a la del pueblo. Nos pasábamos los últimos días del mes de abril recogiendo musgo de las márgenes del arroyo a fin de colocar una suave capa verde delante de nuestra puerta para que bailaran las hadas. Luego encendíamos nuestra propia hoguera y quemábamos ofrendas de pan y queso para bendecir los campos.

Cuando yo era pequeña, le pregunté a mi madre por qué no íbamos a las celebraciones del pueblo, donde sabía que habría música, bailes y danzas alrededor de una altísima hoguera.

—La fiesta de May Day es pagana —me había dicho—. No es cristiana.

—Pero todos los habitantes del pueblo asisten —repliqué—. Y todos son cristianos, ¿no es así?

—No tienen por qué ser tan precavidos como nosotras —comentó.

—¿Por qué nosotras debemos ser tan precavidas? —pregunté.

—Porque no somos como los demás.

Desde el fallecimiento de mi madre, mantuve nuestra tradición. Pero esa iba a ser la primera gran fiesta en el pueblo desde el final del invierno, y me pregunté si Grace asistiría. Necesitaba saber que estaba a salvo y bien.

En cuanto salí de la cabaña, olí el humo de la hoguera. También la veía, un resplandor naranja a la distancia. Cuando llegué a los prados, los aldeanos bailaban en círculos alrededor de las llamas, que lanzaban altas chispas por los aires con cada nueva ofrenda. La noche estaba llena de los fuertes ruidos de las canciones y de los chisporroteos de la madera al quemarse.

El aroma punzante a cerveza flotaba en el ambiente, y muchos de los aldeanos parecían borrachos, y me dirigieron la mirada cuando me acerqué. Buscaba a Grace, pero no la vi, ni a ella ni a su esposo. Adam Bainbridge, el hijo del carnicero, me agarró las manos y tiró de mí hacia el jolgorio. Dimos vueltas y más vueltas, hasta que todo se convirtió en un borrón de tonos naranjas y negros. Empezaba a dejarme llevar, a disfrutar de los crujidos y del calor de otros cuerpos a mi alrededor, de la sensación de formar parte de una entidad mayor que yo.

Y entonces la vi. Una muchacha sentada sola sobre la hierba con sombras bailoteándole por el cuerpo. Vestida solo con una camisola, los muslos negros por la sangre. En la oscuridad no le vi la cara ni el color de pelo, pero era Grace, no me cupo ninguna duda.

Me abrí paso entre la multitud de cuerpos para llegar hasta ella.

—¿Grace? —la llamé.

Era demasiado tarde. Ya se había ido.

Me giré hacia los aldeanos que bailaban. Nadie la había visto, lo sabía.

Se me humedecieron los ojos, no sabía si por el humo o por las lágrimas. Quería regresar a casa. Eché a caminar hacia la cabaña cuando oí pasos tras de mí. Al dar media vuelta, me encontré con Adam Bainbridge, que había bailado conmigo alrededor de la hoguera.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—A casa. No soy una gran amante de las celebraciones. Buenas noches.

—No todos lo creemos, Altha —murmuró—. No hace falta que te escondas.

—¿No todos creemos el qué? —quise saber.

—Lo que dicen sobre ti y sobre tu madre.

La vergüenza me ascendió por la garganta, y me escabullí a toda prisa. Me sentí aliviada cuando me alejé de la luz de la hoguera, cuando la oscuridad me ocultó a los ojos de los aldeanos. Conforme caminaba, escuchaba los sonidos de la noche —el ululato de un búho, los correteos de los ratones y de los topillos— y notaba cómo se me ralentizaba la respiración. Veía sin problemas; había luna llena, como la noche en que Grace se quedó a dormir en la cabaña.

Grace. En realidad, no había estado allí, junto a la fogata, supe.

—La vista es muy curiosa —me solía decir mi madre—. A veces nos muestra lo que está ante nuestros ojos. Pero a veces nos muestra lo que ya ha pasado o lo que pasará en un futuro.

Aquella noche apenas dormí, y me levanté y me vestí en cuanto el cielo clareó. Me dirigí a la granja de los Milburn, y, cuando llegué, el alba rompía sobre el valle bañando las colinas de un rosa suave.

Me mantuve a cierta distancia, me quedé debajo de los robles de los límites de la granja, el mismo lugar donde mi madre había liberado a su cuervo tantos años atrás, para que no me advirtieran. Vi la granja, pero no del todo: la tierra ascendía ligeramente y escondía una parte. Debía estar a más altura.

Me envolví la cintura con las faldas y empecé a trepar por el roble más grande, un tronco enorme y retorcido que se alzaba hacia el cielo como si buscase a Dios. No trepaba por un árbol desde que era pequeña y lo hacía con Grace, pero mis manos y mis pies se acordaron de cómo encontrar agarraderas en los recodos y nudos de las ramas. Subí tanto que podía ver las siluetas elegantes de los cuervos en las

ramas, y entonces dejé de ascender. Me pregunté si uno de ellos sería el mismo del que se había despedido mi madre. Busqué la marca entre las plumas oscuras, pero no la encontré.

Ahora veía bien la granja y el establo de vacas de al lado. Observé cómo John salía de la granja y abría el establo para que las vacas se dirigieran hacia los prados. Conté un buen número de animales, más que en cualquier otra granja de la zona, que yo supiese. Sin duda, algunas eran vacas de los Metcalfe y se habían sumado a las demás como una parte de la dote de Grace. Me pregunté si John habría pegado a una de las vacas como pegaba a su esposa.

Al cabo de poco, vi que Grace salía de la granja con un barreño con agua y ropa sucia. Sentí cómo el alivio me recorría el cuerpo. Estaba viva. La vi arrodillarse en el suelo y frotar la ropa, y, cuando hubo terminado, la colgó en la cuerda que iba de la granja al establo. Las pequeñas prendas blancas brillaban doradas bajo el sol de primera mañana. Me pregunté si les habría estado quitando la sangre.

Vi que John cruzaba el prado para acercarse a ella. Grace giró la cabeza en su dirección y luego apartó la mirada, y en la postura de su cuerpo advertí algo que me recordaba a un perro que espera una patada de su dueño. Lo vi dirigirle la palabra, y luego los dos entraron en la casa, ella con la cabeza gacha.

Me quedé allí unos instantes, en ese árbol, contemplando la granja, pero ninguno de los dos volvió a salir. El día se iba calentando e iluminando. Bajé del árbol por si pasaba alguien del pueblo y me veía al levantar la vista.

Durante el camino de regreso a casa, me pregunté qué habría significado lo que había visto junto a la hoguera. Había habido muchísima sangre, la oscuridad era una cavidad abierta entre sus piernas. ¿Grace se habría quedado embarazada de nuevo y habría sufrido un aborto? ¿O seguiría embarazada? Recordé lo que me había dicho: «Pensé que, si el bebé nacía muerto como los otros dos, John me mataría».

Mayo dejó paso a junio, y los días se alargaron. El sol iluminaba el cielo durante horas, así que me quedaba dormida y me despertaba de día. Mientras llevaba a cabo mis labores diarias, y cuando recostaba la cabeza en la almohada por la noche, pensaba en Grace. John y ella seguían asistiendo a la iglesia y, después del sermón, en tanto John hablaba con otros aldeanos, Grace mantenía la vista clavada en el suelo. Me pregunté en qué pensaría, si estaría bien.

No podía enviarle un mensaje, pues Grace no sabía leer y no podría descifrarlo. Se me había ocurrido volver a acercarme a la granja de los Milburn —para hacer qué exactamente, no lo sabía—, pero me preocupaba demasiado que me viesen ahora que las noches eran tan breves. No me atrevía a preguntarles a los aldeanos que se presentaban en mi puerta en busca de remedios para las fiebres y para las picaduras de los mosquitos si tenían alguna noticia sobre la esposa de John Milburn. Nuestra pelea era bien conocida en Crows Beck. Que yo me interesara por ella ahora no haría sino provocar que muchos arquearan una ceja. Tal vez adivinarían que Grace había requerido mi ayuda. No me atreví a darle a su esposo otro motivo para hacerle daño.

Su esposo. No se me había pasado por la cabeza que era posible odiar tantísimo a una persona. Mi madre me había enseñado que todo el mundo merece amor, pero no negaré que me haría muy feliz ver a Grace siendo viuda, incluso entonces.

Recordé avergonzada que en la boda me había parecido que Grace y John hacían una buena pareja. Qué pocas cosas entendía yo en aquella época.

Creía que conocía bien a las personas solo porque sabía cómo curarles las heridas y bajarles la fiebre. Pero no sabía nada de lo que sucedía entre dos esposos ni del acto que hacía que una mujer se hinchara con un bebé en la barriga. No sabía nada de los hombres, tan solo lo que mi madre me había contado. De pequeña, siempre me

sorprendía que un hombre viniera en busca de la ayuda de mi madre. Por su tamaño, su voz grave, sus manos enormes. Por el olor que desprendía. A sudor y a poder.

Las hojas se oscurecieron y empezaron a caer. En el aire regresó cierto frescor. Un día, había ido a la plaza del mercado a comprar carne y pan cuando vi a una mujer detenida junto a una mesa con corazones de cerdo, con un mechón rojizo que sobresalía de su capa. Era Grace.

No podía abordarla allí, en la plaza del pueblo, delante de todo el mundo. Me mantuve a cierta distancia mientras Adam Bainbridge le envolvía dos corazones de cerdo con paños y se los metía en una cesta de mimbre que ella se colgó del hombro. Yo compré un poco de pan y la vigilé de reojo. Y luego la seguí, dejando unos cuantos pasos entre nosotras, cuando puso rumbo hacia la granja de los Milburn. A ambos lados del camino, los árboles aparecían desnudos sin las hojas, que centelleaban rojas en el suelo, mojadas por las semanas de lluvias. Vi que Grace se arrebujaba la bufanda de lana alrededor de los hombros.

Empecé a preguntarme si no oiría mis pasos tras ella, puesto que no se daba la vuelta. Pero, en cuanto la granja de los Milburn quedó a la vista entre los árboles, se giró.

—¿Por qué me sigues? —me preguntó. De la capa se le habían escapado otros bucles rojizos, y debajo de la tela su rostro estaba tan pálido como la leche.

—Hace seis lunas que no te veo más que de lejos —dije—. Te he visto en la plaza del pueblo y… quería asegurarme de que estuvieras bien. No hay nadie más en el camino, puedes hablar con libertad.

Al oír mis últimas palabras, se echó a reír, pero tenía los ojos inexpresivos.

—Estoy bien —respondió.

—¿Estás…? ¿Te has quedado…?

—No he vuelto a quedarme embarazada, si es lo que quieres saber. Y no es por falta de intentos de John.

Se le ensombrecieron los ojos. Di un paso adelante para ver si tenía cicatrices en la cara, como en el pasado.

—No verás nuevas marcas en mí —dijo como si me hubiese leído los pensamientos—. Desde que la última vez Mary Dinsdale me preguntó por el labio al salir de la iglesia. Ahora se preocupa por no pegarme en la cara.

—¿Has reflexionado sobre lo que te dije esa noche? —le pregunté. Guardó silencio durante un rato. Al tomar la palabra, no me miraba a mí, sino al cielo.

—Un hombre de la edad y la salud de John no cae y muere así como así, Altha. El doctor Smythson detectará el veneno enseguida. Cicuta, belladona… Sabrá que tú has tenido algo que ver. No hay nadie en el pueblo que sepa tanto de plantas como tú. Te colgarán. Nos colgarán a las dos. No me importa demasiado si vivo o muero, pero no pienso permitir que otra muerte caiga sobre mi conciencia. Ni siquiera la tuya.

Con estas últimas palabras, se giró para marcharse.

—Espera —la detuve—. Por favor. No puedo soportar saber que estás sufriendo… Podría pensar en algo, en una forma de que no nos descubrieran…

—No voy a seguir hablando de esto —me dijo sin volverse—. Vete a casa, Altha. Y aléjate de mí.

No me fui a casa enseguida como me había pedido. Observé cómo su cuerpecillo desaparecía entre los árboles. Al cabo de un rato, una columna de humo se alzaba de la granja de los Milburn. Me estremecí. Había refrescado y gélidas gotas de lluvia empezaron a caer sobre mi cara y mi cuello. Comencé a caminar hasta llegar al roble en el que había trepado para contemplar la granja. Hoy no iba a treparlo. Los cuervos aguardaban como vigías en las ramas superiores del árbol, y sus agudos gritos de dolor bien podrían haber sido los míos.

# 41
# VIOLET

Cinco días. A Violet la preocupó perder la noción de las veces en que el sol se hundía y se alzaba en el cielo. Allí, en la cabaña, el tiempo seguía unas normas distintas. No había ningún gong que la llamase para cenar, no estaba la señorita Poole para pedirle que conjugara diez verbos en francés durante varios minutos. Se pasaba la mayor parte del tiempo en el jardín escuchando los pájaros y los insectos hasta que el sol brillaba rojo sobre las hojas de las plantas.

Casi se imaginaba que ya era libre.

Casi.

Por la noche, dormía con la pluma de Morg aferrada en la mano y soñaba con su madre.

Su madre. Elizabeth Weyward. La que le había dado a Violet su segundo nombre. Su legado. Susurraba su nombre en alto, como si fuera un hechizo. Hacía que se sintiese fuerte, la preparaba para lo que debía hacer a continuación.

En el quinto día, el viento rugía y zarandeaba la cabaña, doblando las ramas del sicómoro hasta el punto de que parecía que las hojas estuviesen bailando.

Violet preparó la mezcla en la cocina. Utilizó dos latas vacías para separar el líquido dorado de los pétalos empapados con olor a podredumbre. Esperó a tumbarse en la cama para tomárselo. Era fuerte y agrio, y le picaba en el paladar. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se estiró y escuchó el viento, que sacudía las paredes de la cabaña, a la espera de que apareciese el dolor.

Poco a poco, notó un tirón en el interior. Empezó como los calambres que solían aquejarla durante su maldición mensual, flojos y palpitantes, pero enseguida ganaron intensidad. Era como si tuviese algo dentro que tirase de ella y retorciese sus entrañas hasta componer extrañas formas. Violet intentó encontrarle un ritmo, intentó respirar como si estuviese navegando en un barco por un mar revuelto, pero no lo consiguió. El dolor era apabullante. El viento agitó la ventana, y Violet oyó el crujido de una rama al golpear el tejado. Sintió una corriente en su interior que se abría paso, y luego un gran flujo.

Se maravilló ante el color intenso que procedía de su propio cuerpo. Parecía mágico, pensó. La sangre seguía manando y, pegajosa, le embadurnaba las piernas. Cerró los ojos y alcanzó la cresta de la ola. Y entonces se desplomó.

# 42
# KATE

En el pecho le retumba el corazón, que aletea como una polilla atrapada.

No puede haberla encontrado. Es imposible. Pero…

El correo electrónico.

Su móvil se ilumina con mensajes, uno tras otro.

«Iré a verte pronto».

«Muy pronto».

Durante un rato, se queda inmóvil; un agujero oscuro se abre en su interior y devora su capacidad de moverse, de pensar…, y entonces nota una patada del bebé.

Todo se vuelve hiperreal: el sol que se pone sobre la nieve, y mancha el jardín de rojo; los gritos de los cuervos sobre el sicómoro. Su sangre corriéndole por las venas. Todos sus sentidos alerta, aguzados.

Rápidamente, corre las cortinas, cierra las puertas, piensa con desesperación qué hacer después. Las cortinas y los cerrojos no servirán de gran cosa, ya lo sabe. Simon se limitará a romper una ventana. Ojalá tuviese el coche. Sin él, está atrapada, como un insecto que tiembla expuesto en la tela de una araña.

Puede llamar a la policía, a Emily. Preguntarle si puede ir a buscarla. Pero quizá no llegue a tiempo… Es domingo, y eso significa que Emily está en su casa, en su granja, a más de una hora en coche de allí…

El desván. Necesita esconderse. Se lleva una mano a la frente

mientras intenta dilucidar qué llevar consigo. Agarra una botella de agua y un poco de fruta, y lo mete en su bolsa de viaje. El móvil también, para llamar a la policía. Velas y cerillas, para no tener que gastar la batería del móvil utilizando la linterna.

Abre la puerta trasera para ir a por la escalera, que está apoyada contra la casa, cubierta de nieve. Intenta levantarla y el sudor le cae a chorros por las sienes al tambalearse bajo su peso.

Agarra la escalera por un lado y la arrastra hacia la casa. Pesa mucho y está cubierta de telarañas; una araña tiembla en uno de los escalones polvorientos. Con un gruñido, Kate la coloca debajo de la trampilla y sube lo más deprisa que puede, si bien le resbalan las manos.

En cuanto ha llegado arriba, contempla el oscuro abismo del desván. La trampilla es muy pequeña. Lleva meses sin subir. ¿Cabrá con la barriga de embarazada?

La duda le atenaza las entrañas. Debe pensar. No hay otro sitio donde esconderse.

Al principio, intenta subir al desván como ha hecho en otras ocasiones, pero sus brazos no son lo bastante fuertes como para levantar su hinchado cuerpo por el agujero. Cambia de posición, intenta subir de espaldas. La escalera cruje a sus pies, y durante unos instantes teme que vaya a desplomarse en el suelo. Tira de sí misma hacia arriba y suelta un grito al notar un gran dolor en la palma de la mano.

Se ha cortado. Pero lo ha logrado, está en el desván.

El corazón de Kate empieza a ralentizarse de nuevo. Y entonces lo oye: el crujido de las ruedas de un coche contra la gravilla de afuera. Se queda paralizada, con el pulso desbocado y las manos cada vez más resbaladizas por la sangre y el sudor. Alguien llama a la puerta.

Dios, debería haber telefoneado antes a Emily. O haberse quedado con ella desde el principio. Simon no la habría encontrado allí.

—¿Kate? —Al oír su voz, se le cae el alma a los pies—. Sé que estás ahí. Solo quiero hablar. Por favor, déjame entrar. —El pomo de la puerta se sacude, y Kate oye el crujido de la vieja madera cuando

Simon se abalanza contra la puerta delantera.

La trasera. Ha olvidado cerrar la puerta trasera después de haber ido a por la escalera.

Debe permanecer escondida. Pero… Mierda, la escalera. La verá en cuanto entre, apoyada en el pasillo, como una flecha que señala hacia su escondrijo. ¿Por qué no lo ha pensado antes? Será idiota. El pánico chisporrotea en su pecho y amenaza con sobrepasarla. Cierra los ojos y se obliga a inspirar y espirar, lentamente…

*Piensa. Piensa*. Abre los ojos. Simon sigue llamando, ahora más fuerte, y de vez en cuando utiliza todo su peso para intentar derribar la puerta. Kate tendrá que subir la escalera al desván. Es la única opción. Enciende la linterna del móvil. La vieja cómoda está detrás de ella. La rodea con una pierna para que le haga de ancla y reza por que Simon no la oiga, y luego se gira antes de bajar el torso por la trampilla.

La sangre baja hasta su cabeza martilleándola como si fuese el mar. Kate agarra la escalera y tira, con una mueca al notar el dolor de la mano. *Vamos, Kate. Vamos.* Media escalera está ya en el desván. Gracias a Dios que allí hay mucho espacio. Se arrastra hacia atrás tanto como puede sin soltar la escalera. Afuera, oye a Simon andando de allá para acá, con alguna que otra pausa. Se lo imagina mirando por las ventanas, buscándola.

Kate se pregunta de cuántos segundos dispone antes de que Simon llegue a la parte trasera y abra la puerta. Cinco, diez si tiene suerte. Le arden los brazos, y oye un crujido cuando por fin consigue subir toda la escalera. Cierra la trampilla justo cuando la puerta de atrás se abre de par en par.

# 43
# VIOLET

Violet estaba junto al haya, observando el valle. Más abajo, el riachuelo resplandecía como un hilo dorado. Vio el bosque, una cicatriz en la tierra. El aire corría a su alrededor. Estaba volando, volando lejos de allí.

El sueño se esfumó, y Violet regresó a la conciencia. Afuera, el viento se había convertido en un débil silbido. Las sábanas estaban empapadas de sangre.

*Empecé a soñar con ella, con que crecía hasta ser una belleza de pelo oscuro, pero sola y sangrando en nuestra cabaña.*

Era el destino que su madre había visto. El destino del que su madre la había intentado proteger por todos los medios, entregando su propia vida en el camino. En vano.

La vela seguía ardiendo, la llama azul titilaba. Violet tenía frío, tenía mucho frío.

Levantó la vela y retiró las sábanas.

Había funcionado.

Ya no había ni rastro de Frederick en su interior. Era libre.

Tardó un buen rato en levantarse. Se notaba débiles las piernas, y la estancia no dejaba de enfocarse y desenfocarse sin parar. Estaba muy cansada. Quizá debería recostarse y dormir, pensó. Cerrar los ojos y regresar al lado del haya, percibir el sol y el viento en el rostro. Pero esa cosa, la cosa que había engendrado Frederick… Debía deshacerse de eso.

Se dirigió hacia la otra estancia apoyándose en la fría piedra de las

paredes. Necesitaba agua, comida. Le temblaron los dedos al hacer un cuenco con las manos y beber agua del balde. Tardó una eternidad en abrir una de las latas de jamón dulce. Le resbaló la mano y el metal le hizo un corte en la palma; la sangre manaba en llamativas gotitas. Se mareó y se sentó pesadamente a la mesa. La sangre de su camisón empezaba a coagularse y a oscurecerse en unas manchas y rastros marrones, como si de un mapa se tratase.

El jamón resplandecía pálido y húmedo en la lata. Al verlo, Violet pensó en la espora. Lo apartó. El viento se había levantado de nuevo, y se quedó unos instantes sentada, a la escucha. La ráfaga soplaba con un agudo silbido, casi como si fuera una voz humana. *Violet*, parecía decir. *Violet.*

# 44
# KATE

Kate se lleva una mano a la boca y nota el sabor de la sangre.

En la planta de abajo, los tablones del suelo crujen cuando Simon recorre la cabaña.

—¿Kate? —la llama—. Sé que estás aquí. Venga, Kate, de mí no te puedes esconder.

Lo oye abrir armarios y luego cerrarlos de un portazo. Oye cómo la porcelana de la cocina se hace añicos contra la madera. Simon maldice en voz alta.

Oye el clic de la puerta trasera. Está buscándola en el jardín. Kate aprovecha la oportunidad para encender algunas velas con dedos temblorosos. Las formas del desván emergen bajo el destello naranja de las llamas parpadeantes. La cómoda. Las estanterías, con tarros de cristal llenos de insectos. Estar rodeada por las cosas de la tía Violet la vuelve un poco más fuerte.

Necesita llamar a la policía. Se saca el móvil del bolsillo y marca el 999, atenta a si lo oye regresar a la cabaña. La cobertura del desván es inestable y la conexión se interrumpe después del primer tono.

Maldiciendo entre dientes, lo vuelve a intentar.

—Emergencias, ¿qué servicio necesita?

Kate abre la boca para hablar. La puerta trasera se abre de nuevo.

—¿Hola? ¿Qué servicio necesita?

Los pasos avanzan ya por el pasillo. Se detienen. Kate cuelga el teléfono. No oye nada que no sea el latido de su propio corazón. Supone que Simon está justo debajo de ella. Está boqueando con

respiraciones rápidas y ásperas. ¿Y si él la oye?

Debe de estar mirando la trampilla. Preguntándose a dónde llevará. Si lo llevará hasta ella. Las lágrimas le escuecen los ojos a Kate al recordar las veces que la ha golpeado. Se roza la cicatriz del brazo. Todos los años que ha perdido. Seis años acobardándose, dejándole que le dijera que es estúpida, incompetente. Inútil. El miedo se ve sustituido por una ardiente oleada de furia.

Simon no va a volver a hacerle daño. No. Kate no se lo va a permitir.

Y no piensa dejar que se acerque lo más mínimo a su hija.

Los pasos se reanudan. Kate lo oye ir hacia el salón. Suena un débil crujido cuando se desploma en el sofá. Se lo imagina mirando por la ventana, esperando a que regrese a casa.

Cambia de posición, lenta y cuidadosamente. Mira la pantalla del móvil: las rayas de la cobertura parpadean. Necesita ayuda; debería haber llamado al 999 en cuanto vio los mensajes, pero su mente estaba demasiado entumecida por el pánico, por la necesidad de esconderse. Y ahora es demasiado tarde. Simon la oirá y descubrirá su escondite.

Se seca la mano ensangrentada en los pantalones y luego le escribe un rápido mensaje a Emily.

«Llama a la policía, por favor. Mi exmaltratador está en la cabaña. Estoy escondida en el desván».

Kate contiene la respiración.

«Error en el envío del mensaje».

Intenta reenviarlo, y una y otra vez recibe la misma frase fría e impersonal como respuesta.

Está sola.

En el desván debe de haber algo que pueda utilizar para defenderse. Algo que pueda usar como arma. Ojalá se le hubiese ocurrido agarrar el atizador del salón.

Alza una de las velas y mira alrededor en busca de una palanca, un palo de hóckey…, lo que sea.

La luz de la vela ilumina la cómoda y hace destellar los tiradores

dorados.

Kate ve algo en lo que antes no se había fijado.

Se agacha junto a la cómoda con el mayor sigilo y la mayor lentitud posibles, conteniendo el aliento.

Hay una «W» tallada en la manecilla del cajón cerrado.

Se saca el colgante de debajo de la blusa y se lo quita. Los grabados son idénticos.

Kate pasa los dedos por el colgante. Hay un bultito en la parte inferior, apenas visible. Lo pulsa sin respirar. No sucede nada.

Lo vuelve a pulsar.

Esta vez, el colgante se abre con un crujido. No es un colgante, no. Es un relicario. Dentro hay un trozo de papel enrollado. Lo saca con cuidado y encuentra una llavecita dorada.

El papel es blanco y nuevo, como si alguien lo hubiese puesto allí hace poco. Lo desenrolla con el corazón galopando en el pecho.

La letra ha cambiado: es más elegante, más refinada, pero reconoce la caligrafía enmarañada de la nota que encontró dentro del libro de los hermanos Grimm.

La tía Violet.

«Espero que ella te ayude como me ayudó a mí». No dice nada más. No explicita a quién se refiere con ese misterioso «ella». Pero, mientras gira con cuidado la llave en el cerrojo, Kate cree que ya lo sabe.

Abre el cajón, centímetro a centímetro, aterrorizada por que vaya a crujir y advertir a Simon de su presencia. No inspira de nuevo hasta que ha retirado el cajón lo suficiente como para ver lo que contiene.

Un libro.

Lo levanta del cajón y percibe un aroma a tiempo y a humedad. En cuanto sujeta el libro con ambas manos, oye las primeras gotas de lluvia sobre el tejado.

La tapa de piel está raída y es suave al tacto. Parece antiguo. De hace siglos.

Lo abre. El papel —que, como ahora ve, no es papel, sino pergaminos— es delicado. Transparente casi, como las alas de un

insecto.

La letra es borrosa y está apiñada, tanto que al principio le resulta ilegible. Kate acerca la vela y ve cómo las palabras cobran forma. Se le acelera el corazón al leer la primera línea.

«Diez días me tuvieron allí retenida…».

# 45
# ALTHA

No he escrito lo que ocurrió el último día. Ayer agarré el pergamino y la tinta, pero no me salían las palabras.

Anoche soñé con mi madre, con las palabras que me dedicó tumbada en su lecho de muerte. Luego, soñé que me devolvían a las mazmorras de Lancaster, donde la sombra de la muerte se cernía sobre mí. Cuando por la mañana me he despertado a salvo al oír los cantos de los pájaros, casi me he echado a llorar de alivio. Y entonces me he envuelto en mi bufanda y me he sentado a escribir.

Para contar la historia como sucedió realmente, debo dejar constancia en esta página de cosas que mi madre no habría querido que relatase. Cosas que me dijo que no podía comentar con nadie, o me arriesgaba a que nos expusieran. Debo referirme a la promesa que hice y cómo la incumplí.

He decidido que voy a cerrar estos papeles bajo llave para cerciorarme de que nadie los lea hasta que yo haya abandonado este mundo y me haya unido con mi madre en la próxima vida. Quizá se los dejaré a mi hija. Me agrada esa idea: una larga estirpe de mujeres Weyward que se inicia conmigo. Resulta que el primer bebé engendrado por una Weyward siempre es una niña, como me contó mi madre. Por eso ella solo me tuvo a mí, igual que su madre solo la tuvo a ella. Solía decir que en el mundo ya hay suficientes hombres.

Yo tenía catorce años y todavía estaba débil por mi primer sangrado cuando me dijo lo que significaba de verdad ser una Weyward. Era otoño, habían pasado doce meses desde que la pareja

de Clitheroe se había presentado en nuestra casa en plena noche, desde que mi madre se había despedido de su cuervo. Más tiempo había transcurrido aún desde el último y maravilloso verano que compartí con Grace.

Mi madre y yo habíamos recorrido el bosque durante el ocaso para recoger champiñones cuando nos encontramos con un conejo atrapado en una trampa. El cuerpecito estaba retorcido y ensangrentado, pero seguía vivo, y sus ojos brillaban por el dolor que sentía. Me arrodillé, me embarré el vestido que mi madre me había limpiado el día anterior y le rocé el flanco con mis deditos. Tenía el pelaje húmedo y el pulso, débil y lento bajo la piel. Sentí que la criatura temía la muerte, pero que al mismo tiempo la acogía sin problemas. Era el fin del sufrimiento. La forma natural en que sucedían las cosas.

Mi madre miró alrededor y examinó las oscuras sombras de los árboles como para asegurarse de que estuviéramos a solas. Acto seguido, se agachó junto a mí y puso una mano sobre la mía.

—Encuentra la paz —dijo. Noté cómo el latido del conejo desaparecía bajo nuestros dedos, vi cómo la luz se apagaba en sus ojos. El animal había muerto, se había liberado de este mundo. Ya no debía tener miedo de las trampas ni de los cazadores.

Regresamos a casa en silencio. Ya entonces mi madre había perdido fuerzas: su espalda, que siempre había mantenido erguida, se encorvaba hacia delante, y su larga cabellera estaba tan seca como la hierba. La agarré por el brazo y me la apoyé en el hombro para sostener su peso.

Cuando llegamos a la cabaña y la noche se adueñaba ya de nuestro jardín, me sentó a la mesa mientras el estofado se calentaba en el fuego. Voy a repetir las palabras que me dirigió de la mejor manera en que las rememoro, aunque el recuerdo se va volviendo más borroso con cada año que pasa.

Me dijo que había algo que yo debía aprender ahora que me había convertido en una mujer. Pero no tenía que contárselo a nadie.

Yo asentí, ansiosa por la idea de compartir un secreto con mi madre. Por la idea de comprender por fin lo que notaba en el interior,

el hilo dorado que parecía conectarme con las arañas que trepaban por las paredes de nuestra choza, con las mariposas y los caballitos del diablo que revoloteaban en el jardín. Con los cuervos que mi madre había criado desde siempre, cuyos ojos brillantes en la oscuridad repelían las pesadillas que me asaltaban de pequeña.

Me dijo que la naturaleza estaba en mi corazón. Como en el suyo y como en el de su madre antes que ella. En nosotras, en las mujeres Weyward, había algo que nos ataba más fuerte al mundo natural. Era algo que sentíamos, me dijo, así como sentíamos la rabia, la pena o la alegría. Los animales, los pájaros, las plantas…, todos nos daban la bienvenida al reconocernos como uno más entre ellos. Por eso las raíces y las hojas crecían con tanta rapidez entre nuestros dedos, para así elaborar tónicos que den consuelo y curen. Por eso los animales aceptaban encantados nuestras caricias. Por eso los cuervos, los que llevaban la marca, nos vigilaban y nos obedecían; por eso tocarlos aguzaba al máximo nuestras capacidades. Nuestras antepasadas —las mujeres que caminaron por esos senderos antes que nosotras, antes de que hubiese palabras para describir qué eran— no estaban enterradas en la tierra yerma del cementerio de la iglesia, encerradas en madera podrida. Los huesos de las Weyward descansaban en el bosque, en las colinas, donde nuestra carne alimentaba a las plantas y a las flores, donde los árboles rodeaban nuestros esqueletos con sus raíces. No necesitábamos que un cantero tallara nuestros nombres en una piedra para dar fe de que habíamos existido.

Lo único que necesitábamos era regresar a la naturaleza salvaje.

Es esa naturaleza salvaje la que da origen a nuestro apellido. Fueron los hombres los que nos designaron así en un tiempo en que el lenguaje no era sino un brote que emergía de la tierra. «Weyward»**** nos llamaban cuando no nos sometíamos, cuando no nos plegábamos a su voluntad. Pero aprendimos a llevar el nombre con orgullo.

Porque siempre había sido un don. Hasta ahora.

Me habló de otras mujeres de la zona —como esas a las que se había referido la pareja de Clitheroe, las Device y las Whittle— que habían muerto por tener ese don. O porque alguien sospechaba que lo

tenían. Las mujeres Weyward han vivido a salvo en Crows Beck en los últimos cien años, y en ese tiempo han curado a la gente. Los hemos traído al mundo y les hemos sostenido la mano cuando lo abandonaban. Podíamos utilizar nuestra habilidad para curar sin atraer demasiada atención. La gente le estaba agradecida a nuestro don.

Pero nuestro otro don, el vínculo con todos los seres vivos, es mucho más peligroso, me contó. Las mujeres han perecido —quemadas o ahorcadas— por tener una relación estrecha con los animales, a quienes los hombres celosos llamaban «espíritus familiares». Por eso tuvo que alejarse de su cuervo, el pájaro que había vivido en nuestra casa durante tantos años. Se le quebró la voz al referirse a él.

Y así fue como me hizo prometer que yo no iba a utilizar ese don, esa naturaleza salvaje de nuestro interior. Podía emplear mis habilidades sanadoras para llenarme la barriga de comida, pero debía mantenerme alejada de los animales, de las mariposas y las arañas y los cuervos. Acercarme a ellos podría poner mi vida en riesgo.

Quizá algún día, me dijo, llegue un momento en el que sea más seguro. Cuando las mujeres pudiesen pasear por la tierra, brillando con su poder, y aun así vivir. Pero hasta entonces yo debía ocultar mi don, moverme solo por los rincones oscuros del mundo, como un escarabajo por el suelo.

Si me limitaba a eso, tal vez sobreviviese. Lo suficiente como para continuar con nuestra estirpe, como para aceptar de un hombre tan solo su semilla y nada más. Ni su apellido ni su amor, que podrían hacer peligrar mi secreto.

En ese momento, yo no supe a qué se refería con lo de la semilla; pensaba que una semilla era algo que se metía en la tierra, no en el interior de una mujer. Me imaginé a la siguiente niña Weyward, que algún día crecería en mi interior para vivir y florecer.

Cuando tres días más tarde mi madre yacía moribunda, en aquella espantosa noche en que las pocas velas que teníamos no eran rivales para la negrura que se instaló en la estancia, con su último aliento me

recordó la promesa que le había hecho.

Había acatado sus palabras durante muchísimo tiempo. Después de hablar con Grace el día posterior al mercado, sin embargo, sentí por primera vez el deseo de desobedecerlas. Sentí por primera vez el deseo de incumplir mi promesa.

**** N. del T.: La autora hace un juego de palabras. En inglés, *wayward* significa «rebelde», «incontrolable». Recordemos, además, que en *Macbeth*, Shakespeare cambió «Weyward» por «Weird Sisters», «las hermanas extrañas».

# 46
# VIOLET

—¡Violet! —exclamó la voz de nuevo. Realmente parecía una voz humana. Violet se preguntó si estaría alucinando; seguro que era peligroso perder tanta sangre. Oyó unos golpecitos. Levantó la vista. Vio, o por lo menos creyó ver, un rostro en la ventana. Pálido y cetrino, con una mata pelirroja.

Violet abrió la puerta trasera, y Graham apareció delante del jardín. Detrás de él, las heleborinas se mecían en el viento, un mar rojo oscuro.

—Dios —decía Graham. Estaba observando el camisón de ella, la mancha negra que le cubría las piernas. Violet quiso escabullirse y ocultarse, como si fuese un animal agonizante. Graham siguió hablando, pero a su hermana le costaba comprender las palabras. Veía cómo sus labios se movían y conocía los sonidos que proferían, pero por lo visto huían flotando antes de que ella los apresara, como los suaves pelos de un diente de león.

Graham entró en la cabaña.

—Por el amor de Dios, Violet —dijo—. Siéntate.

Agarró una vela de la mesa y se dirigió hacia el dormitorio, con rostro serio bajo la luz titilante.

—No vayas —murmuró Violet, débil, pero era demasiado tarde.

—Santo Dios —lo oyó decir.

Oyó una especie de crujido, y Graham reapareció sujetando a cierta distancia una bola con las sábanas ensangrentadas. Su rostro blanco parecía culpable, como si transportase a un ser muerto. Sí que

transportaba a un ser muerto, recordó Violet.

—No quiero mirarlo —dijo ella.

—Tenemos que enterrarlo —afirmó Graham. Se quedó unos instantes quieto, observándola—. Encontré tu nota —dijo—. Estaba en tu cuarto buscando mi libro de biología. La hoja sobresalía del libro de cuentos que tanto te gustaba.

—El de los hermanos Grimm —susurró.

—Sí —asintió Graham—. Y luego Padre me dijo que Frederick y tú os ibais a casar. Después de leer…, de leer la nota, supe que no querías casarte con él. Pensaba ir a visitarte a Windermere, al sanatorio, para comprobar que estuvieses bien. Pero anoche escuché a Padre al teléfono en su despacho… Estaba hablando de ti con el doctor Radcliffe. Y luego… le dio esta dirección, así que esta tarde le he dicho a Padre que iba a dar un paseo… y he venido hasta aquí.

Miraba alrededor mientras hablaba, asimilando la tenue estancia de techo bajo.

—Dios sabe qué clase de sitio es este —dijo.

Violet no respondió, pero sintió una punzada de temor en el estómago. Que Padre hablase con el doctor Radcliffe, que le diese esa dirección… Ella sabía que no era buena señal, pero tampoco captaba por qué era tan mala. Tenía el cerebro entumecido, lento, como aquella tarde en el bosque con Frederick después de haber bebido tanto brandi. Antes de que su primo…

—¿Qué le ha pasado al bebé, Violet? —La voz de Graham sonaba grave—. ¿Has tomado algo? ¿Algo para hacer desaparecer al bebé?

—«Para recuperar los menstruos» —musitó.

—Violet, ¿me estás escuchando? Debes decirme si has tomado algo. El doctor Radcliffe vendrá aquí hoy. Ha quedado aquí con Padre. Se presentarán en cualquier momento. Si has tomado algo…, me lo tienes que decir. Debemos deshacernos de las pruebas. Es un delito, Violet. Podrían encerrarte de por vida.

El mismo temor en su estómago.

—Pétalos de tanaceto —dijo—. Remojados en agua durante cinco días antes de administrar el brebaje…

—Muy bien. —Graham dejó las sábanas en el suelo y regresó al dormitorio. La puerta se abrió de par en par y el viento entró en la cabaña y desenmarañó la ropa de cama para dejar a la vista un destello de carne pálida. Violet experimentó el espantoso terror de que la espora fuera a revivir y a entrar de nuevo en su interior. No podría soportarlo. Se giró para contemplar la pared.

Graham volvió con el cazo en que ella había preparado el brebaje de tanaceto. Percibió su aroma húmedo y empalagoso. Su hermano salió con el cazo y las sábanas. Violet oyó las primeras gotas de lluvia sobre el tejado, y vio el agua atravesar el agujero del techo. Quería levantarse, quería salir al jardín y dejar que la lluvia la lavase, pero estaba demasiado cansada como para moverse. Le cayó la cabeza sobre el pecho. La oscuridad se la tragó.

Cuando Graham volvió a entrar en la cabaña, tenía el pelo mojado y las ropas manchadas de barro.

—Lo he enterrado —dijo—. Al bebé. —Se limpió la suciedad de las manos al hablar, sin mirarla a la cara.

—Gracias —murmuró, aunque deseó que su hermano no se refiriera a eso como «bebé». Él asintió.

Le llevó un barreño con agua y un paño, además de un camisón limpio de la maleta del dormitorio.

—Me voy para que te limpies —dijo saliendo de la habitación—. Avísame cuando estés decente.

«He enterrado al bebé».

Violet se preguntó si algún día la decencia regresaría a ella.

Se levantó entre tambaleos y se quitó el mugriento camisón. La sangre le había pegado la tela a las piernas, así que quitárselo fue como arrancarse una capa de piel. Se le nubló la visión y se sujetó al respaldo de la silla. Se frotó los muslos con el paño y vio cómo la sangre le recorría las piernas en hilillos acuosos hasta manchar el suelo. En el exterior, debajo del sonido del viento soplando entre los árboles, le pareció oír el graznido de un cuervo. A continuación, el chisporroteo de un motor. Un coche.

—Violet —la llamó Graham—. Rápido. Vístete. Están aquí.

# 47
# KATE

Kate lleva varias horas en el desván.

Ha habido instantes de silencio en que se ha permitido preguntarse si Simon se ha cansado de esperarla y se ha ido. Pero al final ha vuelto a oír sus amenazadores pasos por el pasillo. Claro que no se ha cansado. No piensa dejarla nunca. No piensa dejar que se aleje de él nunca.

Esos son los peores momentos, cuando el miedo solo se retira hasta cerrar de nuevo un frío puño alrededor de su corazón. Pero a medida que Kate pasa las quebradizas páginas del manuscrito de Altha, a medida que lee una historia de hace siglos que le recuerda tanto a su propia vida, la rabia se desata en su interior.

La lluvia sigue cayendo, repicando en el tejado como una llamada a las armas. Ha terminado de leer el manuscrito. Conoce la verdad. Sobre Altha Weyward. Sobre la tía Violet también. Sobre sí misma, y sobre su hija.

La verdad. La nota extendiéndose líquida por su cuerpo, endureciéndole los huesos.

«Es esa naturaleza salvaje la que da origen a nuestro apellido».

Tantos años sintiéndose diferente. Aislada. Ahora sabe el porqué.

La lluvia empieza a arreciar. Hay algo extraño en ese sonido; en lugar del rítmico repiqueteo del agua, es errático y pesado. Plop. Plop. Plop. Como si cientos de objetos aterrizaran en el tejado. También oye arañazos. Al principio, Kate cree que es el viento, la rama de un árbol que rasguña las tejas. Se concentra. No es una rama. Son garras. Son

aleteos. Kate los siente allí, una creciente masa enloquecida. Pájaros.

Pues claro. El cuervo está ahí desde que llegó. En la chimenea. Observando desde los setos, desde el sicómoro. El mismo cuervo que la guio por el bosque después del accidente. El cuervo que tiene la marca.

Ahora ya no está asustada. Ni de las aves ni de Simon.

Piensa en todas las veces en que él le ha hecho daño, en que ha usado su reacio cuerpo como si existiese meramente por y para su placer. Ha hecho que se sintiera pequeña e inútil.

Pero ya no.

Le hierve la sangre, le hormiguean las terminaciones nerviosas. En la oscuridad, su visión se vuelve más clara, más aguda; le da la impresión de que los sonidos proceden del interior de su propia cabeza.

Los pájaros del tejado empiezan a parlotear y a graznar. Kate visualiza los cuerpos que cubren la cabaña como una aglomeración ondulante y emplumada.

Les da las gracias, les da la bienvenida. Se coloca una mano sobre la barriga.

*Estoy preparada. Estamos preparadas.*

Simon suelta un grito en la planta baja, y Kate sabe que él también los ha visto.

Y sabe que es ahora. Ahora o nunca.

Abre la trampilla del desván.

# 48
# ALTHA

Durante los últimos meses de 1618 estuve muy ocupada. Conforme las hojas se volvían rojizas, el cielo también, pues apareció un gran cometa que perseguía a las estrellas como un reguero de sangre. Mi madre a menudo interpretaba las estrellas, y me pregunté qué diría si viese el cielo rojo, si el firmamento la habría informado de lo que se avecinaba.

El otoño dio paso al invierno, y las fiebres asolaron el pueblo. Al parecer, la mitad de los aldeanos llamaron al médico y la otra mitad, quienes no disponían de dinero para ofrecer sus propias carnes a las sanguijuelas, me llamaban a mí. En cada rostro febril —los ojos vidriosos por el dolor, los puntitos de fuego en las mejillas—, veía a Anna Metcalfe. Veía a mi madre.

Un error me costaría la vida.

Y así fue como me pasé en vela la mitad de las noches, enfriándole la frente a un paciente en su jergón o trabajando por la cabaña a fin de preparar tónicos y ungüentos para el día siguiente. Mis dedos olían siempre a matricaria, como si la planta se hubiese filtrado en mi propia piel después de tanto arrancarla y desmenuzarla. Las noches en que recostaba la cabeza en el jergón, estaba tan agotada que me quedaba dormida de inmediato. Ni siquiera soñaba.

Que yo supiese, ni Grace ni su esposo habían enfermado, pero de lo contrario habrían avisado al doctor Smythson. Los dos asistían a la iglesia todos los domingos, y, aunque ese invierno los bancos estaban casi vacíos porque había muchos enfermos, seguí manteniendo cierta

distancia y sentándome lo más lejos posible. Durante el sermón, dejaba que la voz del reverendo Goode se desvaneciera hasta ser un bajo murmullo cuyas palabras chocaban unas con otras, y contemplaba los bucles cobrizos de Grace, que temblaban cuando agachaba la cabeza para rezar.

En ese momento, me preguntaba si Grace respetaría las antiguas costumbres, como su padre. Si le rezaría a María para obtener la salvación. Aunque yo dudaba de que la Virgen —que había eludido el roce de la carne de un hombre sobre la suya— fuese a salvar a Grace de su esposo.

Tenía el mismo aspecto de siempre. El rostro pálido y distante, la cabeza gacha. No había marcas visibles sobre su piel, pero recordé lo que me había dicho: que su esposo se preocupaba por no pegarle en la cara. Me resultaba insoportable pensar en lo que debía de ocultar su ropa. Recordé mi visión en la hoguera del May Day. La sangre.

La fiebre que había azotado el pueblo se apagó para el Advenimiento de Cristo, y, aunque la nieve formaba una espesa capa sobre la tierra, la mañana de Navidad la iglesia estaba abarrotada. Los aldeanos se sentaban en los bancos, y el hielo que les cubría el sombrero y el abrigo los hacía parecer hogazas de pan enharinadas. En mi asiento habitual del fondo de la nave, alargué el cuello para ver a Grace. Pero no estaba al lado de John. Busqué entre los bancos. No había ido a la iglesia.

A lo largo del sermón del reverendo Goode, me pregunté por qué no habría asistido. ¿Acaso estaría con fiebre? Después del servicio, John se quedó hablando con los Dinsdale, y echó la cabeza hacia atrás para reírse por algo que acababa de decir Stephen Dinsdale. No tenía el gesto preocupado de un hombre cuya esposa estuviese enferma, pensé. Pero quizá fuera lo esperable. A fin de cuentas, por lo que yo sabía, para él el valor de Grace se reducía a la capacidad de engendrarle un hijo, y era algo en lo que hasta la fecha ella había fracasado. Tal vez se alegraría al verla apagarse y morir, dándole así una excusa para casarse con una mujer que le diese un hijo que perpetuase la estirpe de los Milburn.

Me coloqué lo más cerca que me atreví en el patio de la iglesia, en caso de que John dijese algo que diera una pista del estado de Grace. Pero no oí nada: los aldeanos estaban contentos con la promesa de las fiestas que estaban por llegar y el patio bullía con numerosas conversaciones. Después de un tiempo, la gente empezó a marcharse, calándose más los abrigos y los sombreros, y deseándose feliz Navidad unos a otros. Me entristeció pensar en los festines y en las risas de que disfrutarían con sus respectivas familias, mientras yo me sentaba sola en mi cabaña. Vi que John se giraba para irse y oí que Mary Dinsdale le transmitía sus mejores deseos a su esposa.

—Gracias —respondió—. No hay duda de que mañana estará en pie. Bueno, tendrá que levantarse, pues hay que ordeñar a las vacas. —Soltó una áspera y extraña carcajada que me recordó al ruido de un arado, y les deseó feliz Navidad.

Volví a casa caminando por campos blancos, bajo árboles huesudos y desnudos. Pensé en las palabras de John, y el viento invernal me entumeció el rostro y me enfrió el corazón.

A la mañana siguiente, cuando me desperté había tal silencio que me pregunté si habría perdido el oído. Al mirar por la ventana, vi que por la noche la nieve había caído con tanta insistencia que había acallado al mundo entero. Ningún pájaro cantaba y el sol, aunque débil y grisáceo, ya se encontraba alto en el cielo.

Esperé que los aldeanos se quedasen encerrados y calientes en sus casas, quizá durmiendo todavía tras el jolgorio de la noche anterior. Esperé que nadie me viese atravesar el mundo níveo y silencioso.

Conforme caminaba sobre la nieve, los pies fríos en las botas y las manos heladas en los guantes, el miedo me revolvió el estómago. Lo que John le hubiese hecho a Grace, pensé, debía de haber sido muy grave si eso impedía que ella apareciera en público el día de Navidad.

Cuando llegué junto a la granja de los Milburn, pensé que me había perdido o que la casa había desaparecido. Y entonces oí el

mugido de las vacas en el establo, quejándose del frío, y me di cuenta de que un gran manto de nieve cubría el tejado de la granja. Intenté trepar por el roble para gozar de mejores vistas, pero mis manos y pies no encontraban agarraderas, pues el tronco estaba muy resbaladizo por el hielo. En ese momento, vi la oscura silueta de un hombre que se dirigía hacia el blanco montículo de la granja. Aun desde la distancia resultaba inconfundible con sus largas y ondulantes ropas, y con el maletín de cuero que llevaba en la mano.

El doctor Smythson.

En los últimos días de diciembre, me desperté antes de que saliera el sol, cuando la espesura del valle desprendía oscuridad y silencio. Cuando el cielo se volvía gris en los extremos, me dirigía a la granja de los Milburn, donde trepaba por el roble y me quedaba sentada en una de sus ramas. Casi como si fuese uno más de los cuervos, que me acogían en silencio con sus ojos brillantes. Uno de ellos se posaba a mi lado y me rozaba el abrigo con las plumas. Juntos observábamos la granja.

Vi el titileo de las velas entre los postigos. Vi abrirse la puerta trasera cuando John salía de la granja e iba al establo a ordeñar a las vacas. Oí los graves mugidos de protesta cuando los dedos ásperos de él les apretaban las ubres, y el temor creció en mí. Ordeñar había sido tarea de Grace. John llevaba a las vacas hasta las pasturas, que estaban oscuras y embarradas por la nieve derretida. Algunos días aparecía el joven Kirkby. No vi a Grace. El cielo invernal se llenó de luz, y luego el rosa se volvió un frío azul. Aun así, ella seguía sin salir de la granja, ni para lavar la ropa ni para ir a buscar agua al pozo ni para acudir al mercado.

Cinco días pasaron así. Y entonces, cuando clareó el sexto, vi salir por la puerta trasera a Grace en lugar de a John. La vi encaminarse hacia el establo para ordeñar a las vacas, avanzando poco a poco, encorvada sobre sí misma por el dolor. La vi tambalearse, y luego

desplomarse de rodillas y vomitar. Me llevé una mano a los labios al ver cómo se abría la puerta de nuevo. Salió John, que fue con paso vivo hasta su esposa, arrodillada sobre el lodo congelado.

A pesar de todo lo que sabía yo de ese hombre, una parte inocente de mí esperaba que le ofreciese cierta amabilidad a su esposa, que la agarrara y la levantara con ternura. Sin embargo, vi que le quitaba la capucha y que le hundía los dedos en el pelo. Bajo el cielo apagado, sus bucles eran del color de la sangre seca. John la alzó tirando de su cabello, y el agudo grito de dolor que profirió Grace me provocó un escalofrío. A mi alrededor, los cuervos se removían inquietos sobre las ramas.

Las lágrimas se congelaron en mis mejillas mientras lo contemplaba arrastrarla hasta el establo, como si no fuera más que un trozo de carne en mal estado. Oírla hablar de lo mal que la trataba John era una cosa. Presenciarla era otra distinta. La furia se extendió por mi sangre como si fuese fuego.

A la mañana siguiente, la víspera de Año Nuevo, Adam Bainbridge me trajo un regalo por el nuevo año. Me había envuelto un pedazo de jamón en un paño.

—Y hay otra cosa —dijo cuando le hube dado las gracias—. Esta mañana, a primera hora, me he detenido junto a la granja de los Milburn para darles mi regalo. Hace tiempo que John Milburn nos proporciona carne de ternero, y mi padre me pidió que por el año nuevo le llevase una prueba de nuestra gratitud. —Hizo una pausa como si detenerse lo pusiese incómodo. *Lo sabe*, pensé. Sabe cómo John la trata.

»John estaba en el prado, así que ha sido la señora Milburn la que me ha abierto la puerta. Grace. Me ha preguntado si pensaba entregar otros regalos hoy. Le he dicho que después de allí pasaría a verte a ti por el cariño que nos demostraste cuando este año murió mi abuelo. Y me ha pedido que te diese esto.

Me colocó en las manos un paquete envuelto en tela. No me atreví a abrirlo delante de Adam y fingir que el regalo era una sorpresa; en lo que a los aldeanos respectaba, hacía siete años que Grace no me dirigía ni una sola palabra agradable en público.

Me miró durante unos instantes, como si hubiese querido formular una pregunta y al final hubiera decidido que no.

—En fin, feliz Año Nuevo, Altha —dijo—. Que Dios te bendiga.

Se tocó la capa y se marchó.

Lo vi desaparecer por el camino, y acto seguido entré en la cabaña. En cuanto cerré la puerta tras de mí, desenvolví el paquete. Era una esfera dorada muy olorosa; una naranja, me percaté. Tan solo había oído hablar de ellas, son frutas poco frecuentes y muy valiosas. Un regalo caro. El aroma era punzante y en mi nariz se mezcló con otro olor más a madera. Clavo. Lo agarré y me pareció áspero al tacto. Vi que no se trataba de una simple ramita, sino de una silueta formada por varias ramitas y cordeles. Era burda y estaba hecha a toda prisa, pero la interpreté como lo que era. La silueta de una mujer con un ovillo de cuerda alrededor de la cintura. Un bebé.

Grace estaba embarazada de nuevo. Y me estaba pidiendo ayuda.

Esa noche, volví a soñar con mi madre postrada en su lecho. Tenía las facciones cerosas, y sus pálidos labios apenas se movían cuando hablaba.

—Altha —dijo—. Recuerda tu promesa… No puedes incumplir tu promesa… No es seguro. Debes mantener oculto tu don…

Me desperté con un sobresalto y el sueño se desvaneció. Aparté de mi mente la imagen de mi madre. Me percaté de que un ruido me había despertado. Un grito que perforaba la quietud. Un cuervo. Miré afuera. La noche tan solo empezaba a iluminarse desde el valle. Había llegado la hora.

Me vestí a toda prisa. En el espejo, mi pelo brillaba con el fulgor de las plumas. Con mi vieja capa atada alrededor de los hombros,

irradiaba oscuridad y poder como si yo misma fuera un cuervo.

# 49
# VIOLET

La llave abrió el cerrojo. Violet se puso el camisón deprisa, mareada por el esfuerzo. Se sentó. La oscuridad seguía presente en los confines de su visión. Quizá sería más fácil sumirse en ella, pensó. Dejar que se la llevase antes de que lo hicieran Padre y el doctor Radcliffe.

El crujido de la puerta principal y luego el viento que entraba rugiendo en la cabaña. Oyó la voz de Padre, alta por encima de la tormenta.

—¿Graham? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Padre… Lo puedo explicar…

—¿Dónde está la muchacha? —Violet reconoció la voz del doctor Radcliffe, fría y clínica.

Estaban en la estancia y la lluvia resplandecía sobre sus abrigos. Violet miró el suelo, manchado de rosa con su sangre.

—Ha perdido al bebé —se apresuró a decir Graham.

Padre no le preguntó cómo se había enterado de lo del bebé. Violet notó cómo le clavaba la mirada y levantó la vista. En los ojos de su padre no vio preocupación ni ternura. El gesto de él estaba demudado por la repulsa.

—Tendré que examinarla —terció el doctor Radcliffe—. Llévenla al dormitorio y que se tumbe.

Graham se puso el brazo de Violet sobre los hombros y la levantó. Ni Padre ni el doctor Radcliffe hicieron amago de ayudar. Violet cerró los ojos y se imaginó junto al haya, sintiendo la brisa de verano en el rostro. En el dormitorio, la ventanita arrojaba una luz intensa y el aire

chisporroteaba por la electricidad. Un relámpago. Dios moviendo los muebles, solía decir la tata Metcalfe. La tata Metcalfe. Estaría avergonzada, Violet lo sabía. Quizá Dios también. Había cometido un pecado.

Cuando estuvo tumbada, el doctor Radcliffe les pidió a Graham y a Padre que se volvieran antes de levantar la falda del camisón. Abrió las aletas de la nariz al oler la sangre. Su aroma, dulce y metálico, se adueñó de la atmósfera. Al mirar hacia abajo, Violet vio que en los muslos tenía círculos rojos, como el interior del tronco de un árbol. De repente, se sintió muy mayor, como si hubiese vivido cien años y no dieciséis.

—¿Puedes explicar lo que ha sucedido? —preguntó el doctor Radcliffe. Era la primera vez que el médico o Padre le dirigían la palabra directamente.

—Esta mañana he notado dolor —dijo—. Como los que me llegan con la maldición mensual, pero más fuertes…

—Me la he encontrado cuando empezaba a dolerle —intervino Graham sin despegar la mirada de la pared—. Ha comenzado a perder sangre al poco de que llegase yo. Y luego con la sangre… también…

—El bebé —dijo el doctor Radcliffe.

—Sí, el bebé… El bebé ha salido… Había muchísima sangre. —Graham tuvo arcadas, y Violet supo que su hermano también estaba pensando en el amasijo de carne. La espora, la podredumbre.

Violet notó el escozor de las lágrimas en los ojos, que le emborronaron tanto la visión que la cara del doctor Radcliffe nadaba delante de ella.

—¿Es eso lo que ha sucedido? —le preguntó el hombre—. ¿No has hecho nada para provocar el aborto? ¿No has tomado nada?

—No, nada —murmuró Violet con las mejillas empapadas por las lágrimas. La oscuridad había regresado, y se adentró en ella. Al sumirse en la negrura, oyó fragmentos de conversación a su alrededor, cómo soplaba el aire por ambos lados.

—Ha perdido muchísima sangre —iba diciendo el doctor Radcliffe —. Una semana en la cama, como mínimo. Y que beba mucho líquido.

—¿Está seguro, doctor? —le preguntó Padre—. ¿Está seguro de que no se lo ha provocado ella?

—No —negó el doctor Radcliffe—. Debemos fiarnos de su palabra. Y de la del muchacho.

Violet estaba volando ya, el viento cantaba sobre su piel. Se quedó dormida.

Cuando se despertó, Graham estaba sentado en la otra cama, observándola. Todo estaba tranquilo y en silencio. La vela se había apagado. Oyó una mosca pasar volando por fuera de la ventana.

—No están aquí —dijo Graham al ver que estaba despierta—. Se fueron anoche. Has dormido desde entonces. Padre dijo que podía quedarme contigo. Tuvo que guardar las apariencias delante del doctor Radcliffe, supongo.

Violet se incorporó. Notaba el cuerpo vacío y liviano.

—Volverán dentro de una semana para ver cómo te has recuperado. Padre le ha mandado una carta a Frederick. Imagino que la boda se ha cancelado.

La sensación de ligereza de nuevo. Violet oyó el canto de un colirrojo real y sonrió. Era un sonido precioso.

—No creo que Padre nos haya creído —añadió Graham. Violet asintió.

—Tanto da —dijo—. Siempre y cuando nos haya creído el doctor Radcliffe.

—Supongo que tienes razón —asintió Graham—. Es improbable que Padre acuda a la policía por voluntad propia. Sería un escándalo.

Se quedaron callados unos segundos. Violet vio el bailoteo de un débil rayo de sol por la pared.

—¿Sabes qué es este lugar, Violet?

—Sí. Era la casa de nuestra madre —contestó—. Se llamaba Elizabeth. Elizabeth Weyward.

Graham guardó silencio. Violet tardó unos instantes en darse

cuenta de que su hermano estaba llorando. Con la cara escondida entre las manos, sacudía los hombros. Violet no lo había visto llorar desde que se marchó a estudiar unos años atrás.

—¿Graham?

—Pensaba… —Respiró hondo para tranquilizarse—. Pensaba que tú también ibas a morir. Igual que ella. Que nuestra… nuestra madre.

Nunca habían hablado de ella.

—Por eso me odias, ¿verdad? —Graham levantó la cara de las manos al hablar. Su pálida piel estaba salpicada de lágrimas—. Porque yo… Porque yo la maté.

—¿A qué te refieres?

—Murió al darme a luz.

—No fue así.

—Sí, Violet. Lo sé. Padre me lo contó hace años.

—Te mintió —le aseguró. Y luego le contó la verdad. Lo que Padre y el doctor Radcliffe le habían hecho a su madre. Que su abuela había intentado ponerse en contacto con ellos, esa abuela a la que no habían llegado a conocer—. Así que no debes pensar que fue tu culpa —dijo al fin—. Y no debes pensar que te odio. Eres mi hermano. Somos familia.

Se tocó el colgante mientras hablaba. El relicario estaba caliente al tacto. Se sintió más fuerte al saber que la llave estaba en el interior. Se le ocurrió contárselo todo: el manuscrito de Altha, encerrado en la cómoda; a fin de cuentas, las Weyward también eran la familia de Graham.

Pero Graham era, o pronto sería, un hombre. Un buen hombre, pero un hombre de todos modos. No estaría bien que lo supiese, decidió Violet.

—¿Cómo supiste utilizar el…? ¿Qué era?

—Tanaceto. —Hizo una pausa—. Es algo que leí en un libro —dijo.

Graham le hizo compañía durante una semana. La ayudó a arreglar el

pestillo de la ventana del dormitorio para que pudiera respirar aire fresco todas las noches. Juntos limpiaron la sangre del suelo de la cocina hasta que la madera resplandeció con ricos tonos marrones. La cabaña estaba como nueva.

En el jardín crecían zanahorias entre las heleborinas, aunque tenían una forma extraña y un color claro, diferentes de las que había visto ella hasta la fecha. Había ruibarbo también; Violet extrajo los tallos directamente del suelo, con cuidado para no molestar a los gusanos que vivían cerca de allí.

Comieron las zanahorias con los huevos que había traído Padre. Ya no le revolvían las tripas ahora que la espora había desaparecido.

Graham encontró un hacha oxidada en el desván. Cortó las ramas que habían caído por la tormenta para tener leña.

—Así te mantendrás caliente en invierno —le dijo. Los dos sabían que Violet no regresaría nunca a Orton Hall. No después de todo lo que había ocurrido.

Graham utilizó una parte de la madera para construir una pequeña cruz, que clavó en la zona donde habían enterrado la espora, cerca del riachuelo. Violet pensó en pedirle que la quitase, pero no lo hizo.

Padre volvió junto al doctor Radcliffe.

—Parece que se ha recuperado bien —le dijo el médico a Padre—. Puede llevársela a casa, si lo desea.

El doctor Radcliffe se marchó y en la cabaña solo quedaron Padre, Graham y Violet. Guardaron silencio mientras escuchaban los chisporroteos del motor del coche del doctor Radcliffe.

—Seguro que comprendes —empezó a decir Padre mirando hacia la pared detrás de Violet— que no puedo permitirte volver a mi casa después de lo que has hecho. He dispuesto que te trasladen a un internado para señoritas en Escocia. Allí pasarás dos años, y después decidiré qué hacer contigo.

Violet oyó que Graham se aclaraba la garganta.

—No —dijo ella antes de que su hermano pudiese tomar la palabra —. Me temo que eso no lo voy a aceptar, Padre.

Se quedó boquiabierto por la sorpresa. Como si su hija le hubiese

asestado un bofetón.

—¿Cómo dices?

—No pienso ir a Escocia. De hecho, no pienso irme a ningún sitio. Me quedaré aquí. —Mientras hablaba, Violet fue consciente de una extraña sensación que se cocía en su interior, como si debajo de la piel le zumbara electricidad. En su mente pasaban las imágenes: un cuervo que atravesaba el aire con las alas brillantes por la nieve, el radio de una rueda al girar. Cerró los ojos unos segundos, concentrada en esa sensación hasta que casi fue capaz de visualizarla, centelleando dorada dentro de su cuerpo.

—Eso no lo vas a decidir tú —dijo Padre. La ventana estaba abierta, y una abeja entró en la habitación; sus alas eran un borrón plateado. Voló cerca de la mejilla de Padre, que se apartó del insecto.

—Ya está decidido. —Violet se levantó y fulminó los ojos claros de Padre con los suyos oscuros. Él parpadeó. La abeja revoloteaba cerca de su cara, bailaba para alejarse de sus manos, y Violet lo vio sudar por la nariz. El insecto enseguida se acompañó de otro, y luego de otro y de otro, hasta que pareció que a Padre, entre gritos y maldiciones, lo hubiese engullido una nube de cuerpos leonados y brillantes—. Creo que será mejor que te vayas ahora, Padre —murmuró—. Al fin y al cabo, como dijiste, soy la hija de mi madre.

—¿Graham? —Violet sonrió al oír el dejo de pánico en la voz de Padre.

—Yo también me quedo aquí —respondió su hermano con los brazos cruzados sobre el pecho.

Violet oyó la respiración superficial y acelerada de Padre. Varias de las abejas estaban peligrosamente cerca de su boca.

—La llave de la puerta, Padre, por favor —le pidió Violet. La llave cayó al suelo de madera con un apagado chasquido—. Gracias —dijo cuando Padre, perseguido por las abejas, cerró la puerta tras de sí.

Violet tendió una mano, y una sola abeja se posó en su palma.

—No tienes miedo, ¿verdad? —le preguntó a Graham mientras se giraba hacia él—. Esta vez no te harán daño.

—Ya lo sé —dijo Graham.

La rodeó con el brazo. Se quedaron callados un rato escuchando el traqueteo del coche al alejarse.

# 50
# KATE

En el pasillo, Kate oye lo que parecen ser los ruidos del granizo al golpear las ventanas. Pero no es granizo, como comprueba al mirar por la ventana desde la puerta de su dormitorio: son picos.

Afuera, iluminados por la luna, hay cientos de pájaros. Kate ve el brillo metálico de las plumas de un cuervo, la mirada amarillenta de un búho, el pelaje vivo de un petirrojo. Los cuerpos se contonean y revolotean contra el cristal. La nieve cae a su alrededor hasta el suelo. Los graznidos le retumban en los oídos. Están allí por ella, lo sabe.

La puerta del salón está ligeramente abierta. Simon chilla, histérico. No la oye acercarse, puesto que los gritos de los pájaros amortiguan sus pasos.

Kate abre la puerta. Simon se encuentra en el centro de la estancia, delante de la ventana. El atizador tiembla en una mano de nudillos blanquecinos. Se queda quieta unos segundos, viendo cómo los músculos de la espalda de él se tensan debajo de la cara lana de su jersey. Tiene el vello de la nuca erizado por el miedo.

Los pájaros vociferan junto a la ventana. Kate ve que en el cristal empiezan a formarse grietas, que resplandecen plateadas como el hilo de una telaraña. Se oyen arañazos desde la chimenea.

—Simon —dice. No la oye—. Simon —vuelve a llamarlo, esta vez más fuerte, intentando apartar el temor de su voz.

El pelo rubio de él destella al darse la vuelta.

A Kate se le acelera el corazón. Las hermosas facciones de Simon están afiladas por la rabia, los labios se retiran para mostrar los

dientes. La conmoción le tuerce el gesto al verla. Qué distinta debe de verla ahora, piensa, con la barriga hinchada, el pelo corto y la capa de cuentas de la tía Violet sobre los hombros. En ese momento, Simon entorna los ojos, que brillan por la furia.

—Tú —sisea.

Kate aspira una bocanada de aire cuando lo ve avanzar hacia ella. Intenta apartarse de él, regresar junto a la puerta, pero es demasiado rápido.

Simon la empuja contra la pared, tan fuerte que el aire se llena de polvo de yeso, que flota como la nieve de fuera.

—¿Pensabas que te podías ir? —le chilla, y las babas que escupe le caen a ella en la cara—. ¿Pensabas que podías irte con mi hijo?

El atizador se desploma en el suelo, y acto seguido la mano de él le rodea el cuello, que aprieta con fuerza como si fuese una tenaza.

El terror se instala en el estómago de Kate, frío y duro.

Los pensamientos prenden y mueren en su cerebro. Los colores de la habitación son más vivos, incluso cuando su visión empieza a nublarse en los extremos. Ve los puntitos dorados de los iris azules de él. El blanco de sus ojos, con el rojo entramado de venas. El aliento de Simon es ardiente y agrio.

Pues ya está, piensa cuando le arden los pulmones por la falta de oxígeno. Ese es el final. Aunque él le permita vivir —por el bien de su bebé, tal vez lo haga—, ya no será una vida, sino una célula. De pronto, piensa en la cárcel del pueblo; la fría piedra gris, la oscuridad que se cierra a su alrededor.

Simon le está diciendo algo, pero Kate apenas oye nada por encima del golpeteo de las ventanas y los chasquidos del tejado.

Se lo vuelve a repetir, más fuerte y más cerca, y le aferra el cuello con mayor presión. El colgante de la tía Violet se le está clavando en la piel.

—Sin mí —le dice, palabras que tañen en su mente— no eres nada.

El pánico va creciendo. Pero es que no es pánico, como bien sabe ahora Kate. Nunca lo fue. La sensación de que algo intenta salir de su cuerpo. Rabia ardiente y luminosa en el pecho. No es pánico. Es

poder.

*No*. Sí que es algo.

Es una Weyward. Y lleva a otra Weyward en su interior. Se arma de valor con todas las células en llamas y piensa: *Ahora.*

La ventana se rompe con una cascada de chasquidos. La habitación se oscurece con una marea de cuerpos emplumados que entran por la ventana rota, por la chimenea.

Picos, garras y ojos destellantes. Plumas que le acarician la piel. Simon grita y deja de apretarle el cuello.

Kate traga aire, cae de rodillas con una mano sobre la barriga. Algo le toca el pie, y ve una oscura oleada de arañas que avanzan por el suelo. Los pájaros siguen precipitándose por la ventana. Los insectos también: el parpadeo cerúleo de los caballitos del diablo, las mariposas con ojos naranjas en las alas. Libélulas diminutas y delicadas. Abejas en un rabioso enjambre dorado.

Kate nota algo que se le clava en el hombro, cuyas zarpas se le hunden en la piel. Al levantar la vista, ve plumas de un negro azulado, moteadas de blanco. Un cuervo. El mismo cuervo que la ha vigilado desde que llegó. Se le llenan los ojos de lágrimas, y es en ese momento cuando se da cuenta de que no está sola en la cabaña. Altha está ahí, en las arañas que bailan por el suelo. Violet está allí, en los caballitos del diablo que resplandecen y culebrean como una gigantesca serpiente plateada. Y todas las demás mujeres Weyward, desde la primera hasta la última, están allí también.

Siempre han estado con ella y siempre lo estarán.

Simon está aovillado en el suelo, chillando. Kate apenas lo ve por los pájaros, que lo rodean y lo picotean batiendo las alas; por los insectos, que forman patrones sobre su piel. Tiene la cara cubierta por las alas oscuras de un gavilán; sobre su pecho ha aterrizado una bandada de estorninos, cuyas cabezas brillan moradas. Un zorzal real le tira de la oreja, una araña se pasea por su cuello.

Las plumas giran en espiral en el aire; pequeñas y blancas, doradas y afiladas, de negro azabache.

Kate levanta el brazo —la luz ilumina su cicatriz rosada— y las

criaturas se apartan. Varias gotas oscuras salpican el suelo.

Simon se aprieta los ojos con las manos, cubiertas de marcas rojizas. Poco a poco, las retira, y Kate ve la carne rosada que supura sangre donde debería tener el ojo izquierdo. Se acobarda al ver que ella se yergue sobre él, con el cuervo en el hombro.

—Vete —le dice.

Las criaturas se marchan después de Simon.

El pelo de Kate se mueve por el viento creado por las alas. Primero los insectos, luego los pájaros. Como si lo hubiesen acordado.

Kate mira al suelo. Está cubierto de cristales, plumas y nieve, que brilla como si fuera joyas. Es lo más bonito que ha visto nunca.

Solo se ha quedado el cuervo. Merodea junto a la chimenea, con la cabeza ladeada. No sabe si dejarla sola o no.

Afuera se oye el gruñido de un motor, puertas de coches que se cierran.

Suena el timbre, y a continuación la puerta se sacude cuando alguien llama con insistencia.

—¡Policía, abran la puerta!

—¿Kate? ¿Estás ahí? —Oye el miedo que tiñe la voz de Emily. Emily. Kate sonríe. Su amiga.

—Vamos a derribar la puerta —dice el agente de policía—. ¡Apártense!

El cuervo se gira para mirarla por última vez. Kate contempla cómo se echa a volar y se alza por encima de la luna en dirección al cielo nocturno. Es libre.

# 51
# ALTHA

Al abrir los ojos esta mañana, durante unos instantes he olvidado dónde estaba. He tenido que pellizcarme para cerciorarme de que estuviera a salvo, de que las mazmorras y la sala de vistas habían quedado de verdad en el pasado, junto a la fría mañana de invierno en que el hielo resplandecía sobre los árboles.

Pero el sol brillaba con la intensidad del oro a través de mi ventana. El aire olía a primavera: el jardín estaba repleto ya de narcisos y de campanillas. Mientras escribo, los corderos nacen mojados y asustados, y les piden a sus madres que los lleven de vuelta a aquel oscuro lugar seguro donde nada puede hacerles daño.

A veces, recuerdo ese día con tanta claridad que creo que está sucediendo ahora, que toda mi vida sucede de pronto y que lo único que puedo hacer para refugiarme es cobijarme debajo de las sábanas y ponerme a sollozar. Soy como un cordero, que anhela regresar a un lugar cálido donde nada pueda hacerme daño. Que anhela regresar junto a su madre.

Mi madre. Espero que ella me hubiese comprendido. Quizá habría sido mejor aparecer culpable ante los ojos de los aldeanos, terminar colgada en la horca incluso, siempre y cuando ante los ojos de ella yo fuese inocente.

No quiero escribir lo que sucedió después, pero debo hacerlo.

Aquella gélida mañana, me moví deprisa. Entre los árboles, el cielo ya estaba pintado de rosa, así que debía apresurarme. Noté cómo algo latía en mi interior, pero no creo que fuese miedo. Veía mi aliento

delante de mí, sentía cómo la escarcha caía sobre mi pelo desde los árboles, pero no tuve frío. Pensé en lo que había visto que John le hacía a Grace y la sangre me hirvió en las venas y me calentó.

Cuando llegué hasta el roble, vi las grandes faldas de hielo que colgaban de sus ramas y que el tronco estaba duro por la escarcha. Iba a ser un ascenso resbaladizo, pensé, armándome de valor. Sin embargo, mis pies encontraron cavidades sin problemas, casi como si el árbol me ayudase a trepar, y, antes de que me diese cuenta, me encontraba a la misma altura que los cuervos, que tenían las alas cubiertas de cristales de hielo. Y entonces lo vi. El cuervo de mi madre. Tenía la marca, el trazo blanco sobre las plumas, como si unos dedos mágicos lo hubiesen pintado. La misma marca que mi madre había dicho que apareció en el primer cuervo cuando la primera de nuestra estirpe lo tocó, antes de que existieran las palabras para describir a uno y a otra.

Las lágrimas me anegaron los ojos y supe, ya entonces, que lo que planeaba hacer era lo correcto. El cuervo se posó sobre mi hombro y sus zarpas afiladas atravesaron mi capa.

Juntos, contemplamos la granja. Noté la frialdad del pico del cuervo contra mi oreja, y supe que había entendido lo que le estaba pidiendo.

Los campos estaban verdes y blancos por la nieve. Una oscura espiral de humo se alzó desde la chimenea hacia el cielo. Vi cómo se abría la puerta y salía John. Al dirigirse hacia el establo, una pequeña silueta se movió junto a su sombra, y me di cuenta de que era Daniel Kirkby. Me había olvidado de que el muchacho algunas mañanas trabajaba en la granja. Ahora iba a tener un testigo. Pero en ese momento, sin saber lo que se avecinaba, no me importó. No me importó que el mundo entero fuera a verme hacer lo que iba a hacer a continuación.

John abrió la puerta del establo y las vacas salieron. Ya estaban un poco nerviosas; no les gustaba el aire viciado de la vaquería, pero tampoco les gustaba el roce del viento invernal, cortante contra sus flancos. Vi cómo sacudían la cola y se formaban pequeñas ondas sobre

sus pieles, resplandecientes bajo el sol de la mañana.

Había llegado el momento.

El cuervo echó a volar y sus alas atravesaron el aire. Noté la madera congelada del roble debajo de mí, pero también noté el viento que cantaba contra las plumas del cuervo al caer en picado hacia el prado. Vi abrirse los blancos ojos de las vacas, vi el miedo en forma de espuma en sus hocicos. Con las pezuñas golpeaban la tierra congelada conforme el cuervo se acercaba dando vueltas y más vueltas con su pico y sus garras afiladas, avivándolas como uno aviva un fuego.

Lo vi de cerca: el sudor reciente que se congelaba en un flanco, los ojos totalmente blancos, el rostro de John cuando la muerte lo sorprendió. Y lo vi de lejos: las vacas formando una estampida dorada, el cuerpo machacado bajo sus patas. Los campos: verdes, blancos y rojos.

Y entonces todo terminó. La quietud matutina regresó, y oí que Daniel Kirkby jadeaba conmocionado, y también el suave goteo de la sangre de John sobre la nieve. El cuervo había vuelto junto a sus compañeros en las ramas y apenas se detuvo para mirarme. Bajé el árbol a toda prisa, a tiempo de oír el crujido de la puerta de la granja y los gritos de Grace.

Corrí hacia los ruidos, mis botas resbalaban sobre la hierba congelada, y, cuando estuve lo bastante cerca, olí el cuerpo. El hedor dulce y metálico de la sangre, de las vísceras y de otras entrañas, cosas que no debían quedar expuestas al mundo. Media cara había desaparecido formando una cavidad rojiza. Lo cubrí con la capa para evitar que Grace lo viera. Al aproximarme hacia la granja, la vi caer de rodillas, chillando una y otra vez. El joven Kirkby se quedó a un lado y se apretaba los ojos con los puños, como si quisiese borrar de su mente lo que había visto.

Le dije al muchacho que fuese a buscar al doctor, y echó a correr en dirección al pueblo. Me acerqué a Grace. Tenía el aliento agrio y vi

que había vomitado sobre la parte delantera del vestido. Le aparté un grumo marrón de la mejilla y la rodeé con los brazos.

—Ya está —dije, y la llevé hasta la casa—. Se ha ido.

Al sentarse a la mesa de la cocina, se sacudía, y tenía un tono grisáceo en la piel. Le preparé un té para tranquilizarla. El fuego se había apagado y el agua tardó una eternidad en hervir en el cazo. En cuanto las burbujas salieron a la superficie, puse la cabeza justo encima del vapor y respiré como si así pudiese limpiarme de mis pecados.

Terminé de preparar el té y me senté a su lado en la mesa. No tocó la taza. Sus ojos miraban a lo lejos, como si siguiese en el prado, observando el cuerpo de él. Tendí una mano por encima de la mesa hacia ella, y la dejé allí. Al cabo de un rato, Grace la cubrió con la suya. La manga de su vestido se arrugó y vi las cicatrices de su muñeca, tan púrpuras como una fruta de verano.

Nos quedamos así sentadas, su mano sudada sobre la mía fría, hasta que Daniel Kirkby regresó con el doctor Smythson.

Ya lo he dejado por escrito, como prometí hacerlo. Es la verdad. Dejaré que quienquiera que lo lea cuando yo me haya ido decida si soy inocente o culpable. Si cometí un asesinato o si impartí justicia. Hasta entonces, cerraré con llave estas palabras en la cómoda, y guardaré la llave junto al cuello. Para evitar que caigan en las manos inadecuadas.

Ayer, Adam Bainbridge vino hasta mi cabaña y me trajo una pierna de cordero envuelta en muselina. Lo hice pasar, y allí le pedí que me diese otra cosa. Ni su apellido ni su amor. Recordé la lección de mi madre, por lo menos en cuanto a eso.

Fue amable conmigo, aunque yo tenía miedo. Cuando mi cuerpo se abrió para aceptar su semilla, cerré los ojos y pensé en Grace. En la mano ardiente que había aferrado la mía cuando corríamos por la colina aquel último verano de la inocencia. En el modo en que su

cabellera rojiza se había esparcido sobre mi camastro, su aroma a leche y a sebo. En el alivio que le transformó la cara cuando me absolvieron.

Cuando el acto terminó, me hice un ovillo y me pregunté si habría arraigado, si dentro de mí ya empezaba a florecer una hija. Le pondría el nombre de mi amiga, decidí. El nombre de mi amor.

No he visto a Grace desde el juicio. No sé cómo se encuentra y no sé cuándo volveré a verla. Quizá algún día sea seguro que me haga una visita. Quizá algún día sea seguro que yo la acoja entre los brazos y le acaricie la bonita cabellera para oler su precioso aroma.

Hasta entonces, lo único que puedo hacer es imaginármela. Mirando el mismo cielo azul que veo yo ahora desde mi ventana. Sintiendo la brisa sobre el cuello y saboreando el aire dulce. Libre.

Libre como los cuervos que se instalaron en el sicómoro a la espera de mi regreso. El que tiene la marca ahora come de mi mano, como hizo tiempo atrás de la de mi madre.

Mi madre. Creo que entendería lo que hice. Lo que tuve que hacer. Tal vez incluso estaría orgullosa. Orgullosa de que yo sea su hija.

Yo también lo estoy. Por más que intente no recordarlo, la dura verdad de mi corazón es que estoy orgullosa de lo que hice.

Y por eso no pienso huir, he tomado una decisión. Ni siquiera si los aldeanos vienen en busca de justicia. No podrán obligarme a abandonar mi hogar.

No me dan ningún miedo.

Después de todo, soy una Weyward, y en mi interior hay una naturaleza salvaje.

# 52
# VIOLET

Graham se quedó hasta el mes de septiembre, cuando debía regresar a Harrow. Padre había escrito para decir que iba a pagar lo que quedaba de la educación de Graham, pero que después de eso tendría que buscarse la vida por su cuenta. La carta no mencionaba a Violet. Era como si Padre hubiese decidido que su hija no había existido nunca.

—No me convence la idea de dejarte aquí —dijo Graham antes de emprender la larga caminata hasta la estación del autobús. La mañana se había despertado con escarcha, que centelleaba sobre el sicómoro. Era la primera señal de que el invierno se acercaba—. ¿Estarás bien aquí totalmente sola?

—Estaré muy bien —respondió Violet. Tenía planeado pasarse el día en el jardín, sembrando semillas que le había dado el verdulero del pueblo. Se le había ocurrido pedirle a Graham que arrancase las heleborinas, pero al final había decidido dejarlas. Pensó que era una buena fuente de polen para las abejas. Al parecer, ahora había más insectos que nunca en el jardín; su constante zumbido la arrullaba todas las noches, una nana artrópoda.

—Te veré en Navidad —se despidió Graham al emprender el camino—. ¡Te traeré unos cuantos libros nuevos!

Al cerrar la puerta principal, Violet se preguntó si alguien habría encontrado el libro de biología que había escondido debajo de su cama de Orton Hall, además de las ropas ensangrentadas tras el paseo por el bosque.

Todavía soñaba con Frederick. El peso de su cuerpo encima del

suyo, dejándola sin aliento. Toda la sangre que manó de su interior.

Se despertaba y se quedaba contemplando el techo, mientras en su cabeza se repetía una frase del manuscrito de Altha.

«El primer bebé engendrado por una Weyward siempre es una niña».

Había matado a su hija. A la siguiente niña Weyward. Violet supo, ya entonces, que jamás tendría hijos. Nunca le hablaría a su hija de los insectos, los pájaros y las flores. De lo que significaba ser una Weyward.

—Pero no debías nacer todavía —susurraba en la oscuridad al pensar en el diminuto grupo de huesos enterrados debajo del sicómoro —. Debías llegar más tarde, cuando yo estuviese preparada.

Fue por culpa de Frederick y de lo que le hizo. De lo que la obligó a hacer. La tarde soleada en el bosque, los árboles sobre sus cabezas. La sangre que le manchaba de rosa los muslos.

Su primo le había arrebatado su decisión. Su futuro.

Por eso nunca lo perdonaría.

El problema era que tampoco estaba segura de si podría perdonarse a sí misma.

Otra carta llegó en noviembre. Dirigida a Violet, esta vez. Según el dorso del sobre, la habían mandado desde Orton Hall. No reconoció la letra.

El corazón de Violet se desbocó al desdoblar el papel y ver el nombre en el margen inferior. Era de Frederick.

Estaba de permiso por fallecimiento, le escribió. Padre había muerto. Un ataque al corazón mientras cazaba. Antes de morir, había declarado que ni Graham ni Violet eran sus hijos biológicos. Padre había conseguido presentar documentos —sin duda, falsificados— que demostraban que se encontraba en Rodesia del Sur cuando Graham fue concebido. Violet, dijo, había sido engendrada antes del matrimonio de sus padres, así que no se podía demostrar que fuese

hija suya.

Con la carta aferrada en las manos, Violet deseó que fuese cierto, que la sangre de Padre no corriese por sus venas, que sus células no fueran fantasmas de las de él. Las lágrimas le nublaron la visión, y el resto de la carta apareció borroso ante sus ojos.

Padre se lo había dejado todo a Frederick, que ahora era el décimo vizconde de Kendall. Adjunta a la carta había una escritura que ponía la cabaña Weyward a nombre de Violet. Al leerla, las lágrimas dieron paso a la furia. Durante unos segundos, la tentó la posibilidad de arrojar la carta al fuego.

¿Acaso Frederick pensaba de verdad que una hoja de papel compensaba lo que le había hecho?

Y, además, él no era quién para ceder la propiedad de la cabaña Weyward. Era de Violet, y siempre lo había sido, incluso antes de que naciera. Frederick no podía considerarse dueño de esas tierras como Padre en su día.

Los días posteriores a la llegada de la carta, la tristeza se instaló como una sombra en la cabaña. Pero Violet no lloraba la muerte de Padre; ¿cómo iba a hacerlo, después de lo que él le había hecho? Era a su madre y a su abuela a quienes echaba de menos. No había conocido a ninguna de las dos, de hecho, y, aun así, para ella haberlas perdido era como haber perdido una extremidad. Porque había logrado confirmar sus sospechas: Elinor había muerto. De cáncer, dijeron los aldeanos. Hacía solo cuatro años. Había muerto sola en su lecho, con los nietos a los que nunca había visto a unas pocas millas de allí.

Graham la visitó en Navidad, y los dos se despidieron juntos de su madre y de su abuela. Durante el verano, Violet había secado un ramo de lavanda, y fue lo que dejaron en el mausoleo familiar de los Ayres, un punto de color entre la nieve. Violet detestaba pensar que su madre estaba encerrada en esa fría piedra. Todavía resultaba más doloroso pensar en su abuela, enterrada en una tumba de pobres sin lápida.

Prefería imaginarse a Lizzie y a Elinor en el jardín que habían amado. En las colinas, en el arroyo.

Prefería no pensar en Padre en absoluto.

—Frederick me ha ofrecido una paga hasta que termine la universidad —le contó Graham más tarde—. Pero no voy a aceptarla. Mi antiguo profesor cree que podría conseguir una beca. Para estudiar Derecho en Oxford o en Cambridge. O quizá en Durham. Sería agradable estar por el norte. Además, no quiero su dinero.

—Aunque en realidad no es el dinero de Frederick, ¿no? —terció Violet—. Es… —Era incapaz de pronunciar el nombre de su padre—. Debería ser tuyo.

—Tanto da. —Se oyó un chisporroteo cuando Graham añadió otro leño al fuego. Afuera estaba nevando. Bajo la luz de la luna, los copos parecían estrellas caídas. El jardín estaba silencioso y tranquilo; los insectos, callados. Violet sabía que algunos insectos hibernaban durante el invierno. «Diapausa», se llamaba.

La semana anterior, se había arrodillado cerca de la cruz de madera y había contemplado el riachuelo, que resplandecía con una fina capa de hielo. Debajo de la superficie, Violet sabía que había miles de esferas minúsculas y brillantes adheridas a ramas y piedras. Huevos de efémeras. Congelados hasta la llegada de los meses cálidos, donde seguirían creciendo, las células se dividirían y se transformarían en ninfas, y después, cuando estuviesen listas, se alzarían para formar un ondulante enjambre de crías.

Aquello le dio una idea.

La noche siguiente hubo luna llena. Violet trepó por el sicómoro del jardín, la luz de la luna plateada sobre las ramas, hasta que vio a varias millas a la redonda. A lo lejos, divisaba las colinas, agachadas debajo del cielo estrellado. Al otro lado, se encontraba Orton Hall. Frederick. Violet cerró los ojos y se lo imaginó durmiendo en el dormitorio de Padre. En ese momento, se concentró tanto como pudo, hasta que todo el cuerpo le latía con energía. Vio de nuevo el resplandor dorado. Supo que siempre había estado allí, latente bajo su piel, iluminándole todas las células de su cuerpo. Solo había

desconocido cómo usarlo.

En verano empezaría todo. Visualizó la casa, las pertenencias de su padre: los valiosos muebles, desgastados y negros por la podredumbre; el globo terráqueo, medio devorado. El aire centelleaba por los insectos, un enjambre que año tras año crecía más, hasta que sería imposible escapar de él.

Y Frederick se quedaría atrapado allí, solo.

Siempre recordaría lo que había hecho.

—¡Ay! Casi se me olvida. Los regalos —dijo Graham mientras abría su mochila—. Directamente de la biblioteca de Harrow.

—¿Los has robado? —preguntó Violet cuando su hermano le entregó dos tomos pesados: un libro sobre insectos y otro sobre botánica.

—No se los han prestado a nadie desde antes de la guerra —le contó—. Nadie los va a echar de menos. Hazme caso.

—Gracias —dijo. Se quedaron sentados unos instantes en silencio, escuchando los leños que escupían chispas en el fuego.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer? —le preguntó Graham. Un par de los aldeanos le habían pagado para que los ayudara con los animales de la granja. Uno de ellos criaba abejas, y se quedó boquiabierto cuando Violet insistió en acercarse a la colmena sin un traje especial. Hasta el momento, había ganado suficiente como para comer pan y beber leche. Pero el invierno sería difícil. El verdulero buscaba a una dependienta. Había pensado en solicitar el trabajo. Sus sueños de convertirse en una entomóloga parecían muy pero que muy lejanos.

—Un poco —respondió mientras acariciaba con los dedos la cubierta del libro sobre insectos. *De los artrópodos a los arácnidos*, se llamaba.

—No te preocupes. En cuanto sea un abogado rico, te pagaré los estudios para que lo aprendas todo sobre tus malditos bichitos. Te lo

prometo.

Violet se echó a reír.

—Mientras tanto, pondré agua a hervir —dijo. Se acercó para encender el fogón, y se detuvo para mirar por la ventana. Un cuervo la observaba desde el sicómoro. La luna iluminaba los trazos blancos de su plumaje. Violet pensó en Morg.

Y sonrió.

No sabía por qué, pero estaba convencida de que todo saldría bien.

# 53
# KATE

Kate contempla el jardín mientras espera a que llegue su madre.

El sol de invierno reviste de dorado las ramas del sicómoro. El árbol hace de pueblo, como ha aprendido Kate. Es el hogar de los petirrojos, los pinzones, los mirlos y los zorzales.

Y, por supuesto, de los cuervos, una presencia reconfortante con sus familiares capas negras. El de las plumas moteadas a menudo se acerca a la ventana para aceptar algún bocado de la cocina. En esos momentos, cuando nota el afilado pico acariciarle la mano, Kate tiene la abrumadora sensación de que está donde debe estar.

El sicómoro también acoge insectos, aunque muchos de ellos se han alejado del frío para cobijarse en las grietas del tronco o en la tierra cálida junto a las raíces.

Kate se queda quieta unos segundos, escuchando. Es extraño pensar que se ha pasado toda la vida alejándose de la naturaleza. De quien es ella en realidad. Es como si hubiese estado escondida, como los insectos, durmiendo y dócil hasta que llegó a la cabaña Weyward.

Quizá haya otras como ella que necesiten despertar.

«Me habló de otras mujeres de la zona», había escrito Altha. «Las Device y las Whittle».

Puede que algún día, cuando haya nacido su hija, Kate vaya a buscarlas. Se dirigirá hacia el sur, hacia Pendle Hill, donde la tierra se curva para encontrarse con el cielo. Donde hace siglos sacaron a las mujeres de sus hogares. Tal vez algo haya sobrevivido en los lugares ocultos y oscuros donde los hombres no se atreven a mirar. Pero por el

momento está agradecida: a su madre, a Emily.

Y a Violet.

Los copos de nieve caen sobre la crucecita de madera que se alza al lado del sicómoro. Kate no está segura de qué es lo que está enterrado allí, pero sospecha que la tumba es más reciente de lo que pensó en un principio.

Recuerda a Grace, la amiga de Altha. Y la nota de Violet. «Espero que ella te ayude como me ayudó a mí». Ha decidido que hay secretos que deben seguir siendo eso, secretos.

Kate nota el relicario debajo de la blusa, cálido contra su piel. La llave está a salvo en el interior, acompañada de una pequeña pluma que anoche recogió del suelo, cubierta de trocitos de cristal.

La policía detuvo a Simon en Londres y lo ha acusado de agresiones. El año que viene habrá una vista en los juzgados de Lancaster. La policía le ha advertido que, aunque lo declaren culpable, Simon podría salir dentro de un par de años. Es probable que antes si muestra buena conducta. Ella está elaborando una declaración personal como víctima para el juicio, aunque detesta esa etiqueta. No es una víctima, sino una superviviente.

—¿No te preocupa que vuelva aquí cuando haya salido? —le preguntó Emily.

Kate recordó la cara que puso Simon esa noche, cuando se agarró el rostro destrozado mientras las plumas revoloteaban por el aire. Impotente en cuanto ella lo despejó de la única arma que podía blandir en su contra: su miedo.

—No —le respondió a Emily—. Ya no podrá hacerme daño.

Los neumáticos hacen crujir la nieve. Al poco, suena el dulce repiqueteo del timbre.

Su madre es más bajita de lo que recuerda: tiene arrugas alrededor de los ojos y el pelo salpicado de canas. Lleva el gorrito de rayas que Kate le regaló por Navidad hace muchos años, cuando era una

adolescente. Además del equipaje, llega con un ramo de rosas, recién compradas en el aeropuerto.

Durante unos segundos, ninguna de las dos dice nada. Los ojos de su madre se dirigen a los moratones del cuello de Kate, a la hinchazón de su barriga.

Empiezan a llorar las dos juntas.

Dos días más tarde. El primer y desgarrador tirón en el útero.

—No puedo —jadea Kate, tumbada de lado—. No puedo hacerlo.

—Sí —le dice su madre mientras llama a una ambulancia—. Sí que puedes.

Y entonces lo hace. Tensa los músculos, se le acelera el pulso.

La cálida sensación al romper aguas, las contracciones, que son intensas punzadas de dolor. A gatas en la cocina de la tía Violet, Kate tiene la sensación de que la parte animal de su cerebro ha tomado el control de la situación.

Su hija se mueve deprisa por su cuerpo, preparada para abandonar el oscuro mar del útero. Preparada para notar la luz del sol, para oír los trinos de los pájaros. Mientras la lucidez va y viene, y su cuerpo zumba con el dolor y el poder que siente, Kate piensa en esas cosas y en otras que le enseñará a su hija. Los cuervos que la llaman desde el sicómoro. Los insectos que revolotean por la superficie del riachuelo. El mundo y su salvaje naturaleza.

La siguiente Weyward nace en el suelo de la tía Violet, el mismo suelo que centelleó por la nieve y las plumas y los cristales rotos, en una marea de sangre y mucosidad.

Kate percibe el olor de la tierra, de las hojas mojadas, del barro, la lluvia, el aroma metálico del arroyo.

Llora al tocar los deditos diminutos, los sedosos mechones de pelo. La curva brillante de la mejilla. Los ojos de la pequeña son tan oscuros como los de un cuervo. La cabaña se llena de llantos. De vida.

Kate le pone el nombre de Violet.

Violet Altha.

# EPÍLOGO

## Agosto de 2018

Violet apagó la televisión del dormitorio. Estaba viendo el programa de David Attenborough en la BBC. Una reposición. *Vida en miniatura*, se llamaba. Ese episodio se había centrado en los rituales de apareamiento de los insectos. No era su tema preferido, la verdad. El acto siempre le había resultado un tanto bruto, incluso en el mundo de los insectos. Decidió ponerse a leer. En la mesita de noche la esperaba una montaña de nuevos números de su revista científica favorita, acumulando polvo.

Primero iba a abrir la ventana para que entrara un poco de aire. En la cabaña hacía un calor de mil demonios, y aun así Graham le había insistido en que pusiera doble cristal en las ventanas. Ni hablar. Si ya casi no oía nada cuando las cerraba, maldita sea.

Pobre Graham. Casi habían pasado veinte años desde su muerte. Un ataque al corazón, igual que su padre. Violet suponía que todas las horas que pasó escribiendo declaraciones juradas en un despacho de un rascacielos sin ventilación no habían ayudado. Ella siempre le decía que necesitaba añadir más naturaleza a su vida.

Se acordó del broche de abeja —dorado, con cristales en las alas— que le había regalado su hermano cuando ella se matriculó en la universidad para sacarse la carrera de Biología. Había estado muy nerviosa porque temía que, a los veintiséis años, sería demasiado diferente como para encajar con el resto de los alumnos.

Pero, como le dijo Graham cuando le dio el broche en una bonita caja verde, quizá ser diferente no estaba tan mal, después de todo.

Quizá fuera algo de lo que enorgullecerse.

Al principio, la idea de alejarse de la cabaña Weyward la aterrorizó; había ocupado una habitación en una residencia femenina dirigida por una mujer formidable llamada Basset («Su mordisco es peor aún que su ladrido», solían bromear los residentes) que le cobraba treinta chelines a la semana por una habitación húmeda con un grifo poco fiable. Violet se tumbaba en vela en su desvencijada cama individual, escuchando cómo gruñían las tuberías en la pared, y aferraba el broche con fuerza mientras se imaginaba en su jardín, observando el baile de las abejas entre las heleborinas.

Más tarde, se llevó el broche a todas partes. Así, dondequiera que estuviese —en Botswana siguiendo el rastro del escorpión sudafricano de cola gruesa o en el Parque Nacional de Khao Sok de Tailandia para estudiar las mariposas atlas—, nunca estaba lejos de casa.

Abrió la ventana, una tarea que pareció llevarle un tiempo desmesurado. Después, le temblaron los brazos por el esfuerzo. Lo cierto era que ya resultaban bastante patéticos. A veces todavía se sorprendía al mirarse en el espejo. Con las extremidades delgadas y larguiruchas, y la espalda encorvada, se parecía a una mantis religiosa.

Volvió a tumbarse en la cama. Buscó las gafas de leer, que por lo general dejaba encima de la pila de material de lectura que abarrotaba su mesita de noche. No estaban allí. Jolín. La muchacha del Ayuntamiento debía de haberlas movido. En realidad, era absurdo; Violet no necesitaba que una desconocida entrase en su casa, le preparase tazas de té y quisiese ordenar la cabaña. La semana pasada, la joven le preguntó si podía ayudar a «la señora Ayres» a limpiar el desván.

—¡De ninguna de las maneras! —le había gritado Violet tocándose el collar por debajo de la blusa.

Hoy no iba a leer, pues. Bueno, no pasaba nada. Miraría por la

ventana. Eran las nueve y media, pero el sol tan solo empezaba a hundirse en el cielo, tiñendo las nubes de rosa. Oyó los pájaros que cantaban en la copa del sicómoro. También a los insectos: grillos, abejorros. Le hicieron pensar en Kate, la nieta de Graham. Su sobrina nieta.

Recordó la primera vez que vio a Kate, en el funeral de Graham. A Violet la había embargado tanto la pena que apenas fue consciente de la presencia del hijo de Graham y su esposa, acompañados de su niña. Debía de tener unos seis años por aquel entonces. Una criatura con ojos atentos bajo una mata de pelo oscuro. En ella había algo que le resultaba familiar: las piernas juguetonas, los rasgos afilados de su rostro. Los elegantes calcetines blancos manchados de barro, la hoja que temblaba sobre su cabello.

Violet no lo vio ni siquiera entonces.

Ya había aceptado que la estirpe de las Weyward terminaría con su muerte. La única hija que llegó a tener —o sus débiles inicios— estaba enterrada debajo del sicómoro. Frederick estaba pagando por lo que había hecho —Violet experimentaba una oscura oleada de placer cada vez que se lo imaginaba en Orton Hall, asediado por caballitos del diablo—, pero ella no podía cambiar lo que importaba de verdad. La estirpe que había durado siglos, que avanzaba con la misma seguridad que las aguas doradas del riachuelo, iba a llegar a su fin. Y no había nada que Violet pudiese hacer al respecto.

Pero después del funeral, Henry, el hijo de Graham, y su mujer fueron a visitar a Violet para tomar el té. Henry se parecía mucho a Graham; incluso en el modo en que se inclinaba hacia delante para escucharla, con el ceño fruncido por la concentración. Le encantaba la historia de Violet de cuando viajó por la India en la década de 1960 para llevar a cabo un estudio de campo sobre las avispas gigantes asiáticas (seguía ostentando el récord de ser la única persona que había agarrado una sin que le picara).

Se había olvidado de la niña, que estaba jugando afuera, hasta que la oyó murmurar por la ventana.

—¿Ves? —estaba diciendo la pequeña—. Ya te he dicho que no

muerdo.

¿Con quién demonios estaba hablando? Violet abrió la ventana y asomó la cabeza. Kate estaba sentada con las piernas cruzadas en el jardín y observaba algo que tenía en las manos. Un abejorro.

Violet notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, cómo una ligereza se adueñaba de su pecho. Después de tantos años, se había equivocado. Más tarde, cuando ni Henry ni su mujer estaban mirando, se había quitado el broche del caftán y se lo había puesto a la pequeña en la mano.

—Será nuestro secretito —dijo mientras observaba unos grandes ojos oscuros que eran idénticos a los suyos.

A Violet le gustaba pensar que algún día el broche guiaría a Kate hasta la cabaña. Hasta descubrir quién era de verdad.

Después de que todos se hubiesen marchado y de que en la cabaña reinase el silencio de nuevo, Violet se sentó junto a la ventana a contemplar su jardín. La alegría se mezclaba con el dolor al recordar a la joven que era cuando llegó a esa casita: huérfana de madre y asustada, con los muslos manchados de sangre. Miró la cruz debajo del sicómoro, ahora desgastada por el paso del tiempo.

La soltó. Soltó la culpa que había crecido como maleza alrededor de su corazón.

Dos años después de la muerte de Graham, Violet se despertó después de tener una espeluznante pesadilla. Le tamborileaba el corazón en el pecho y tenía la piel cubierta de sudor. Se aferró al sueño, desesperada, pero solo recordó algunos fragmentos: la mancha roja de un coche que se acercaba a su sobrino y a la hija de este, un grito que perforaba el aire. Un hombre, alto y de pelo rubio con los ojos entornados por la rabia.

Un hombre que quería hacerle daño a Kate.

Aquellas viejas palabras, recorridas en innumerables ocasiones por sus dedos, zumbaron por su sangre.

«La vista es muy curiosa. A veces nos muestra lo que está ante nuestros ojos. Pero a veces nos muestra lo que ya ha pasado o lo que pasará en un futuro».

Era como si Altha le hablase desde hacía siglos. Le decía que Kate estaba en peligro.

Eran las 2 de la madrugada, el alba no era más que un punto plateado en el horizonte, pero Violet se levantó y se vistió de inmediato. Condujo durante toda la mañana hasta llegar a Londres, acompañada de uno de los cuervos, el que tenía la marca, que volaba algo adelantado como si fuese la Estrella Polar.

Llegó hasta East Finchley, donde vivía su sobrino con su familia, antes de las 8 de la mañana. Nadie respondió a la puerta cuando llamó al timbre.

Violet regresó al coche y se preguntó por primera vez si no se le habría ido la cabeza al cruzar el país así como así. Pero entonces pensó en la cruz debajo del sicómoro. Ella ya había perdido a su hija. Kate era su segunda oportunidad; no podía permitir que le sucediese nada.

¿Dónde estaban? Era un martes. Pues claro: de camino a la escuela.

Aparcó cerca de la casa y le pidió al cuervo que se adelantara, que fuese sus ojos y sus oídos en el cielo. Se le aceleró el corazón por el alivio cuando el pájaro encontró a su sobrino y a la pequeña unas calles más allá, acercándose a un paso de peatones. Pero entonces vio un coche que giraba por la calle y el hielo le congeló la columna.

Era el mismo coche rojo de su sueño.

Henry y Kate ya estaban cruzando la calle. El coche se iba acercando a ellos.

Violet tenía que hacer algo.

Cerró los ojos y se concentró en el destello dorado que había descubierto en su interior tantos años atrás.

Cuando el cuervo llamó a su sobrina nieta, Violet oyó el graznido en todos los latidos de su corazón, en todas sus células. Su única esperanza era que Kate también. Debía apartarla del coche, del

hombre de rostro cruel que con toda probabilidad lo conducía.

Al principio parecía que iba a funcionar. La niña se detuvo y se giró, contemplando los árboles que flanqueaban la calle. Pero el coche no reducía la velocidad.

*Sal de la calzada. ¡Deprisa!*

El cuervo echó a volar y Violet vio que Henry corría hacia su hija. Lo vio gritar y luego empujar a Kate. La goma chirrió sobre el asfalto cuando el conductor apretó el freno.

Pero era demasiado tarde.

El sol iluminó el rostro de Henry durante un breve instante, antes de que el coche arrollara su cuerpo. Los árboles y la calle se fundieron en un borrón verde, blanco y rojo.

Después de que se apagaran en la distancia las sirenas de las ambulancias, Violet arrancó el coche y regresó al condado de Cumbria. Durante todo el trayecto, el accidente se reprodujo en su cabeza una y otra vez. Henry arriesgó la vida para poner a salvo a su hija.

Era un buen hombre, no como el propio padre de Violet.

Y aunque ella no hubiese estado allí, Henry habría hecho cualquier cosa para defender a su hija. La habría alejado del hombre de rostro cruel. Pero Violet nunca valoró la posibilidad de que un padre fuera capaz de albergar tanto amor.

Así que interfirió y, en su intento por salvar a Kate, había puesto en peligro a Henry.

Y ahora estaba muerto.

Un extraño ruido animal le llenó los oídos. Violet tardó unos segundos en darse cuenta de que eran sus propios sollozos.

Violet no fue al funeral de Henry. ¿Cómo iba a mirar a la cara a la mujer y a la hija, después de lo que había hecho?

Los años fueron transcurriendo, y resultaba más fácil no agarrar lápiz y papel, no responder al teléfono. Violet se consolaba

imaginándose a su sobrina nieta creciendo. Visualizaba cómo la niña delgada maduraba hasta ser una joven con el pelo oscuro y los ojos brillantes de sus antepasadas. Una joven fuerte, se decía Violet, a pesar de la pérdida que había sufrido; una joven que perseguía la vida como una planta persigue el sol.

*Ahora tendrá once años, empezará el instituto.*

*Dieciocho. Rumbo a la universidad. Ciencias, quizá, como yo. O Filología, si le gusta leer.*

Seguía soñando con el hombre de rostro cruel, el conductor del coche. Tal vez, se decía, sí que le había ahorrado a la niña un destino peor que la pérdida de su padre. Tal vez sí que había hecho bien en intervenir.

Henry había querido a su hija. Puede que hubiese comprendido lo que había hecho Violet.

Últimamente, Violet había hecho el inquietante descubrimiento de que era mayor. En realidad, como sus padres habían muerto bastante jóvenes, era la persona más anciana a la que había conocido nunca. (Sin contar a Frederick, por supuesto. Él era como una cucaracha que se aferra a la parte inferior de una roca). Su piel y sus músculos parecían separarse de sus huesos, preparándose para abandonar el barco. Antes de quedarse dormida, noche tras noche, en la extraña duermevela entre el insomnio y el sueño, se preguntaba si todavía estaría allí cuando llegase la mañana.

Como un fuego ardiente se convertía en ascuas, su vida estaba llegando a su fin.

Se le agotaba el tiempo para ver a su sobrina nieta.

Había contratado a un investigador privado para seguirle la pista a Kate. Había encontrado una dirección, y Violet sintió tal emoción que estuvo dispuesta a recorrer al día siguiente el largo camino en coche hasta Londres. Llovía, y, a medida que dejaba atrás los campos en un borrón verdoso, le dolía el corazón al pensar en el viaje parecido que

había emprendido tantos años antes.

Pero ese sería distinto. Sería una ocasión feliz.

Se imaginó abrazando a su sobrina nieta, maravillada ante la vida que habría creado. (Una carrera brillante, un hogar precioso; lleno de plantas y de animales, quizá de niños; con un hombre amable con el que compartir la cama. Dos grillos que cantaban en armonía). El sol se coló entre las nubes y transformó en cristales las gotas de lluvia del parabrisas. Se tocó el relicario debajo de la blusa y se le hinchó el corazón.

Pero el entusiasmo se le apagó en cuanto aparcó junto a la dirección de Kate. Un bloque de pisos.

Más tarde, Violet señalaría ese como el momento en que supo que algo no iba bien. ¿Cómo iba a ser feliz Kate en ese lugar manchado de hollín, con el ambiente cálido por la suciedad y el cansancio? No se oía ni un solo pájaro, no se veía ni una sola brizna de hierba.

Pero bajó con cuidado del coche y se obligó a sonreír.

*Una ocasión feliz.*

—Hola… ¿Está Kate? —En el hombre que le abrió la puerta había algo que le resultaba familiar. Llevaba un albornoz de aspecto caro, y Violet se ruborizó al darse cuenta de que había interrumpido a su sobrina nieta un sábado. ¿Era ese hombre su esposo, su novio? Lo examinó con mayor atención. Tenía el cabello dorado, parecido a la melena de un león. Sus ojos entornados estaban un poco rojos, como si la noche anterior hubiese bebido demasiado.

—No. Aquí no vive ninguna Kate —contestó, aunque su gesto con los labios le dijo a Violet que estaba mintiendo. Había cierta frialdad en su voz. Le recordó a Frederick.

Violet empezó a disculparse, nerviosa, pero él le cerró la puerta antes de que consiguiera pronunciar una sola palabra.

Más tarde, en el coche, Violet supo por qué le resultaba familiar.

Era el hombre de rostro cruel de su sueño, con el pelo rubio y los ojos inyectados en sangre.

El mundo se desmoronó cuando se dio cuenta.

Había visto dos hechos del futuro de Kate, no solo uno: el

accidente de coche que mató a su padre y luego, muchos años más tarde, conocer a ese otro hombre. El que quería hacerle daño —y quizá ya lo había hecho.

Como su madre antes que ella, Violet había pensado que podría cambiar el futuro tan fácilmente como arrancando las páginas de un libro. Había pensado que podría salvar a su sobrina nieta.

Se había equivocado.

No había salvado a Kate de nada.

Pero Violet estaba decidida a enmendar sus errores mientras aún le quedase algún aliento en el cuerpo.

Al día siguiente de su viaje hasta Londres, pidió una cita para ver a un abogado. Ya iba siendo hora de que hiciese testamento.

En el despacho del abogado, se acordó del broche de abeja que le había dado a Kate cuando era pequeña. A lo mejor Kate lo había perdido, a lo mejor ni siquiera recordaba a Violet, la anciana excéntrica a la que solo había visto una vez, la mujer que había desaparecido de su vida tantos años atrás.

Pero ahora Violet podría arreglar las cosas. Iba a darle su legado a Kate.

Iba a darle una vida nueva. Alejada de él.

—Cuando llegue el momento —le indicó al abogado—, asegúrese de hablar directamente con mi sobrina nieta.

Afuera, la luz se iba apagando. Violet se miró el reloj: ya eran las diez y media. A saber a dónde se habría ido la última hora. El tiempo era así de simpático, pensó. Se aceleraba y se desaceleraba en los momentos más extraños. A veces, tenía la extraña sensación de que toda su vida sucedía al mismo tiempo.

Violet se quitó el colgante y lo dejó en la mesita de noche. Se tumbó de lado delante de la ventana. El sol ya estaba desapareciendo detrás del sicómoro y bañaba el jardín de tonos rojizos y dorados. Cerró los ojos y escuchó el parloteo de los cuervos. Estaba muy cansada. La oscuridad la abrazó con la amabilidad de un amante.

Notó algo que le rozaba la mano y abrió los ojos. Era un caballito del diablo, de alas ardientes por la puesta de sol. Qué bonito.

Cerró los párpados. Pero algo tiraba de ella para que no se durmiese.

Con un suspiro, se sentó en la cama. Tendió un brazo hacia la mesita de noche y arrancó un trozo de papel de su libreta. Dudó unos instantes, mientras pensaba qué escribir. Más valía que fuese simple, pensó. Directo al grano.

Garabateó la frase a toda prisa, y acto seguido enrolló el papel y lo metió dentro del relicario de su colgante.

Dejó el colgante a salvo en su joyero. Por si acaso.

«Las conexiones entre mujeres son las más temidas, las más problemáticas y la fuerza más transformadora del planeta».

Adrienne Rich

# AGRADECIMIENTOS

Cuando tenía diecisiete años y estaba terminando el último curso del instituto, mi profesora de Lengua me llevó aparte. «Haz lo que quieras», me dijo con los ojos brillantes y apasionados, «pero prométeme que seguirás escribiendo».

Señorita Halliday, he cumplido mi promesa. Muchas gracias por alimentar mi amor hacia las historias de ficción. Me he tomado la libertad de ponerle su nombre a uno de mis personajes en su honor. Espero que no le importe.

Felicity Blunt, mi maravillosa agente: tu correo me cambió la vida. Gracias por hacer de esta una mejor novela y de mí, una mejor escritora. Mi mayor agradecimiento a todo el mundo en Curtis Brown, sobre todo a los genios con los derechos a otras lenguas, Jake Smith-Bosanquet y Tanja Goossens. Gracias también a Sarah Harve y a Caoimhe White. Muchas gracias también a Rosie Pierce por su apoyo y su paciencia infinitos.

Alexandra Machinist, mi agente en los Estados Unidos: nunca olvidaré la increíble llamada de teléfono de marzo de 2021. Muchas gracias por tu apoyo.

Carla Josephson y Sarah Cantin: no podría haber deseado unas mejoras editoras. Valoro mucho nuestra relación laboral, así como la magia con que habéis trabajado en este libro. Ha sido un auténtico placer.

Gracias a todo el mundo en Borough Press y en St. Martin's. He tenido el privilegio de contar con equipos increíbles a ambos lados del charco. Muchísima gente talentosa se ha esforzado mucho con *Las*

*mujeres Weyward*. De Borough Press, mi enorme agradecimiento a mi encantadora publicista, Amber Ivatt, y a Sarah Shea, Maddy Marshall, Izzy Coburn, Sarah Munro y Alice Gomer del departamento de ventas y de *marketing*. Gracias a Claire Ward por la espectacular cubierta de la edición inglesa. Gracias también a Andrew Davis por el diseño y el *book trailer*. De producción, quiero darles las gracias a Charles Light y a Sophie Waeland.

De St. Martin's, les estoy especialmente agradecida a Jennifer Enderlin, Liza Senz, Anne Marie Tallberg, Drue VanDuker y Sallie Lotz. Gracias también a mi brillante equipo de *marketing* y publicidad: Katie Bassel, Marissa Sangiacomo y Kejana Ayala. Gracias a Tom Thompson y a Kim Ludlam por el diseño. De producción, gracias a Lizz Blaise, Kiffin Steurer, Lena Shekhter y Jen Edwards. Gracias a Michael Storrings por mi maravillosa cubierta de la edición norteamericana.

También les estoy muy agradecida a mis excelentes correctoras, Amber Burlinson y Lani Meyer.

Estoy enormemente agradecida a todo el mundo de Curtis Brown Creative, pero sobre todo a Suzannah Dunn —mi increíble tutora—, Anna Davis, Jennifer Kerslake, Jack Hadley y Katie Smart. Y, cómo no, a mis queridos compañeros estudiantes: gracias por vuestras maravillosas opiniones y vuestro apoyo.

Gracias a Krishan Coupland, cuyos comentarios de ánimo sobre un primer borrador de la novela me inspiraron para seguir adelante.

He tenido la suerte de estar rodeada de gente que creyó en mí desde que era muy pequeña. A mis padres y a mis padrastros: gracias por invertir incalculables horas para fomentar mi amor por la lectura y la escritura.

A mi madre, Jo. Me inspiras a diario con tu fuerza y tu resiliencia. Soy feminista gracias a ti. Gracias por apoyarme en todos los pasos del camino. Y, por supuesto, por leer (y analizar) este libro tantísimas veces. No sé qué haría sin ti.

A Brian: no me puedo imaginar a un padrastro que me apoyase más que tú. Gracias por toda tu ayuda y por tus ánimos a lo largo de

los años.

A mi padre, Nigel: gracias por inculcarme tu fuerte sentido de la justicia y tu determinación. Y ¡gracias por haber leído el libro, claro!

A Ollie, mi madrastra (¡y otra lectora beta!): gracias por todo tu apoyo y por descubrirme algunas de las novelas que inspiraron esta, entre las que incluyo sobre todo *El asesino ciego* y *Alias Grace*, ambas de Margaret Atwood.

A mi hermana Katie: siempre has sido mi pilar. Gracias por entenderme cuando paso por malas épocas. La próxima te la dedico a ti.

A mis hermanos. Oliver: muchas gracias por leer esta novela; me muero por ver qué llegas a hacer con lo mucho que también te gusta escribir. Adrian: gracias por tener fe en mí y por hacerme reír siempre.

A mis abuelos Barry y Carmel: vuestra casa llena de libros es mi refugio. Abuelo, gracias por tu agudo ingenio (y por tu boli rojo). Me emociona estar siguiendo tus pasos. Abuela, gracias por tus historias brillantes y por tu apoyo constante.

A mis abuelos John y Barbara: ojalá hubierais podido leer este libro.

A mi abuelastra Emöke: siempre me has inspirado mucho. Gracias.

A Mike y a Mary: nunca podré daros las suficientes gracias por haberme acogido en vuestra preciosa casa de Cumbria, donde se escribió el primer borrador de esta novela. Gracias por haberme cobijado durante una pandemia y por haberme consolado cuando estuve tan lejos de mi familia en Australia.

Ed: el primer lector de este libro. No podría haber escrito ni una sola palabra sin tu amor y tu apoyo.

Clare, Michael y Alex: gracias por las veces que hemos salido a correr juntos, hemos bebido vino y nos hemos reído.

A mis maravillosos amigos: es un honor conoceros a todos. Pero quiero hacer una mención especial a Gemma Doswell y a Ally Wilkes, que son unas autoras fantásticas. Gracias por vuestras increíbles opiniones… ¡y por vuestra paciencia durante unos cuantos ataques de pánico!

En mi vida ha habido una época en la que la escritura de esta novela —o, de hecho, de cualquier novela— pasó por serias dudas. Estoy agradecidísima al equipo médico que me trató después del derrame cerebral que sufrí en 2017. A los doctores y enfermeras del Moorfields Eye Hospital, el Royal London Hospital, el University College Hospital London y el St Bart's Hospital: mi admiración y mi agradecimiento infinitos.

# Table of Contents


PARTE UNO
PRÓLOGO ALTHA
1 KATE
2 VIOLET
3 ALTHA
4 KATE
5 VIOLET
6 KATE
7 ALTHA
8 VIOLET
9 KATE
10 ALTHA
11 VIOLET
12 KATE
13 ALTHA
14 VIOLET
15 KATE
16 ALTHA
17 VIOLET
18 KATE
19 ALTHA
PARTE DOS
20 VIOLET
21 KATE
22 ALTHA
23 VIOLET
24 KATE
25 ALTHA
26 VIOLET
27 KATE
28 ALTHA
29 VIOLET
30 KATE
31 ALTHA
32 VIOLET
PARTE TRES
33 KATE
34 ALTHA
35 VIOLET
36 KATE

37 ALTHA
38 VIOLET
39 KATE
40 ALTHA
41 VIOLET
42 KATE
43 VIOLET
44 KATE
45 ALTHA
46 VIOLET
47 KATE
48 ALTHA
49 VIOLET
50 KATE
51 ALTHA
52 VIOLET
53 KATE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS